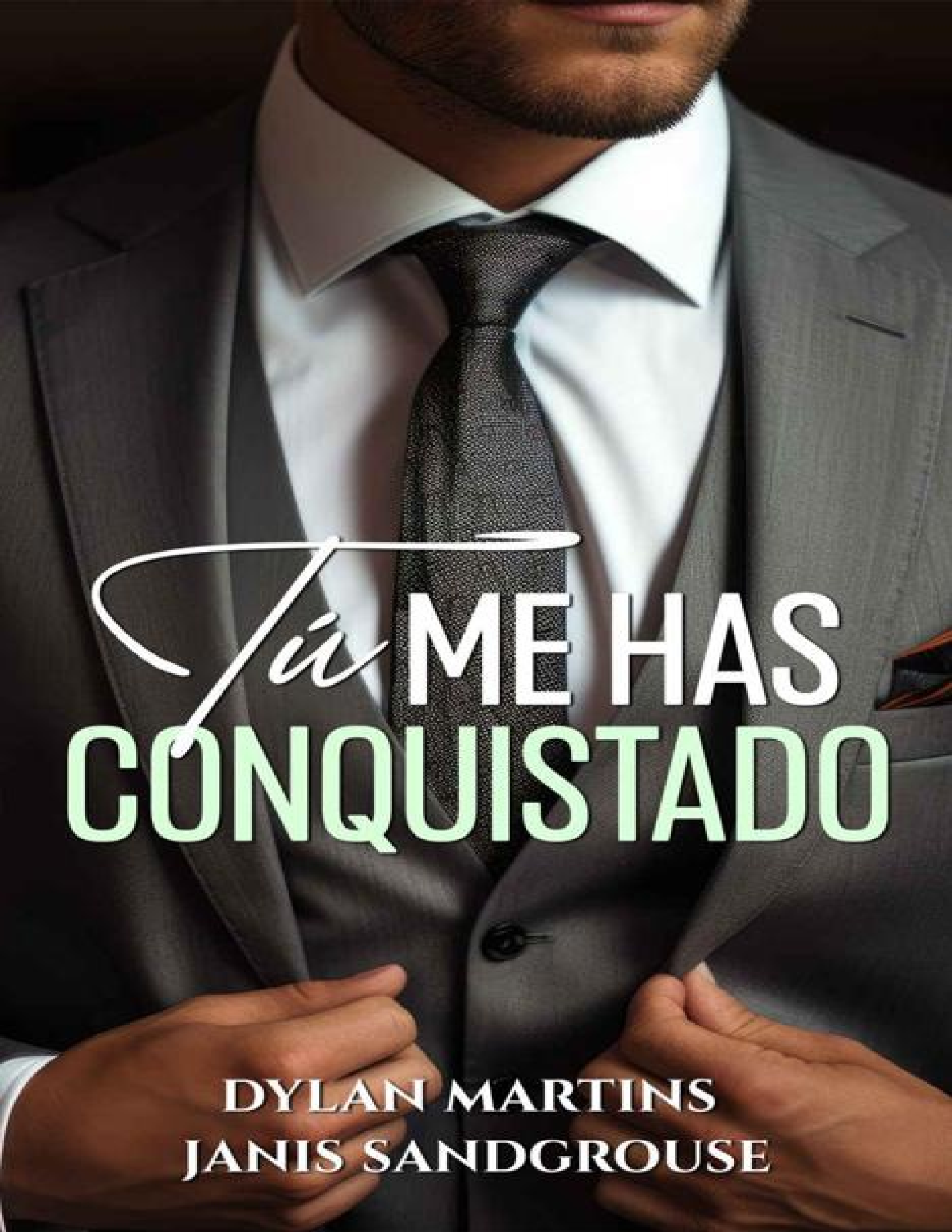


A close-up photograph of a man with a beard, wearing a dark grey suit, a white dress shirt, and a dark patterned tie. He is adjusting the lapels of his jacket with both hands. The background is dark and out of focus.

Tu ME HAS CONQUISTADO

DYLAN MARTINS
JANIS SANDGROUSE

Tu ME HAS CONQUISTADO

DYLAN MARTINS
JANIS SANDGROUSE

Tu ME HAS
CONQUISTADO

DYLAN MARTINS
JANIS SANDGROUSE

Primera edición.

Tú me has conquistado

Dylan Martins. Janis Sandgrouse

©marzo, 2024

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

Tú me has conquistado

Dylan Martins. Janis Sandgrouse

©marzo, 2024

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Epílogo](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1



Por mucho que una persona quiera huir del pasado, este siempre vuelve, de un modo u otro.

La mía podría ser una historia más, la de una joven cerca de los treinta años, con un buen empleo, un piso bonito y acogedor, aunque compartido, un mejor amigo con el que contar siempre y al que consideraba su hermano mayor, y la fortaleza de seguir adelante, a pesar de las pequeñas piedrecitas que encontraba en el camino, como decía Jorge, mi mejor amigo.

Pero a veces esas piedras podían ser tan grandes como rocas que se desprendían en una de esos desprendimientos en mitad de una carretera.

La primera vez que tuve que lidiar con algo inesperado tenía solo diez años.

Me crio una madre soltera a quien la vida no la trató demasiado bien, o al menos eso me solía decir ella.

Tenía dieciocho años cuando conoció a mi padre, ella era camarera en el restaurante de uno de los hoteles más lujosos y exclusivos de la ciudad, él, diez años mayor, era el asistente de un empresario que iba allí una semana al mes para cerrar los negocios que tenía con varios de sus clientes.

Mi madre se enamoró perdidamente, pero él no, él tenía otra vida, una familia consolidada, y ella no fue más que una aventura que duró un par de años con esas visitas mensuales.

Ella vivía con una tía suya, con la que se crio desde que su padre se fuera sin decir nada cuando tenía cuatro años, y su madre falleciera de cáncer un par de años después.

Cuando le dijo a mi padre que estaba embarazada, no solo se desentendió por completo, sino que dejó de acompañar a su jefe para no tener que verla.

Su tía siempre le había dicho que ese hombre le haría daño, que no era nada más que una aventura para él y que algún día le rompería el corazón, pero mi madre, inocente como era, decía que acabaría dejando a la mujer pues se lo había prometido.

Y no, su tía, no se equivocó, pues en el momento en el que embarazo fue más evidente, tuvo que pedir la baja y empezó a trabajar desde casa ayudando a su tía y a una vecina que trabajaban en el asador de pollos que había justo al lado del edificio en el que vivían.

No es que ganase mucho, pero al menos le daba para ir ahorrando algo de dinero.

Llegué al mundo de madrugada, sin que me esperasen y antes de lo previsto, pero fui una niña sana y bonita, como decía ella.

Vivimos con su tía durante un tiempo, hasta que una pulmonía mal curada se la llevó y nos quedamos solas, yo tenía cuatro años por aquel entonces.

✓ Muchas veces he pensado que, si la noche en la que todo cambió para nosotras, mi madre no hubiera estado
trabajando en aquel bar de copas, nuestras vidas habrían sido muy distintas.

Tenía seis años cuando ella conoció a un hombre con el que empezó una relación. La veía sonreír, la veía más feliz de lo que mi inocente mirada había visto en los últimos dos años desde que nos quedamos solas, y eso estaba bien.

Pero un año después ella dejó de ser la amable y cariñosa madre que era conmigo.

No supe hasta muchos años después qué fue lo que la hizo cambiar, por qué de cariñosa, pasó a ser dura conmigo, a estar más distante y a ni siquiera celebrar mi cumpleaños.

Aquel hombre la había llevado poco a poco al mundo de las drogas, y aquello podía destruir a una persona de mil maneras, romperla en pedazos y que se convirtiera en la sombra de la persona que una vez fue.

Tuvo otros novios, y a pesar de mi corta edad sabía que no eran buenas personas, algunos incluso me miraban como si quisieran algo más conmigo, de eso me enteré una noche en la que mi madre, le dijo al que compartía cama con ella que a mí no me podía tocar ni un solo pelo.

Pero le entró por un oído y le salió por el otro, pues una noche, a mis diez años, mientras dormíamos, entró en mi habitación.

Por suerte mi madre escuchó mis gritos y vino corriendo, haciendo que ese miserable saliera no solo de nuestra casa, sino también de nuestras vidas.

Dejamos ese pequeño piso poco después y nos mudamos a otro, de alquiler como en todos, y ella siguió
² trabajando en la noche como camarera.

Solo pasaron unos meses hasta que encontró otro novio, pero nunca salió de esa mala vida que llevaba, y todo fue a peor, a mucho peor, pues supe tiempo después, cuando tenía un poco más de madurez, que su último novio, con el que estuvo dos años, la utilizó para trapichear con esas drogas que ella también consumía.

¿Quién podría sospechar de una joven madre soltera que trabajaba como camarera para sacar a su pequeña adelante? Esa fue la pregunta que debió hacerle él a mi madre.

No sabría explicar por qué ella hizo lo que hizo, y jamás lo entendería, si no pensó en mí y en cómo me dejaba.

Tenía catorce años, había estado con unas compañeras del instituto haciendo un trabajo en la biblioteca y llegué a casa ya casi para la hora de la cena y que ella se fuera al trabajo.

La encontré en la bañera, ya sin vida.

Suicidio me dijeron, lo fácil para ella imaginé yo, un par de cortes en las muñecas y ya.

Había tomado drogas y alcohol antes de hacerlo, y por lo que me dijo una de las policías poco después, había rastros de lágrimas secas en sus mejillas.

Pasé a formar parte de los muchos casos de niños y adolescentes sin hogar que acababan en servicios sociales, y un par de semanas después me instalaron en una casa de acogida.

Fue allí donde conocí a Jorge, él había perdido a sus padres seis años atrás y desde entonces estaba en esa casa. Desde el primer momento congeniamos a las mil maravillas, y cuando me despertaba por alguna de esas pesadillas que los recuerdos provocaban en mí, dejaba su habitación para meterse conmigo en la cama y calmarme hasta que me quedaba dormida.

Aún hoy en día lo hacía, pues esas pesadillas, donde mi madre aparecía sin vida, o cuando alguno de esos novios intentaban hacerme algo que yo jamás permitiría, seguían estando presentes.

Como dije, el pasado siempre volvía a nuestro presente.

Pero Jorge siempre había cuidado de mí, aun cuando dejó la casa de acogida a sus veinte años para vivir solo, mientras se formaba como informático, pues le encantaba el tema de los ordenadores. Venía a visitarnos a la casa y me prometía que cuando yo tuviese dos años más, pues aún tenía dieciocho y estaba empezando a cursar secretariado para formar parte de la población activa, podría irme a vivir con él.

Y así fue. Encontré trabajo como secretaria en un despacho de abogados, aunque iba a ser solo algo temporal pues era para cubrir una baja por maternidad, y nos mudamos juntos.

Aquel trabajo se prolongó un poco más, hasta que tuve veintitrés años y encontré un puesto mejor pagado como

secretaria de un alto cargo en una empresa de telecomunicaciones.

Hasta ahora, cinco años después, que mi puesto peligraba por el cierre de la empresa, aunque el jefe aún no nos hubiese dado muchos detalles, pero eso estaba a punto de cambiar precisamente en ese momento...

—Chicos, lo siento de veras, pero los números no son lo que la compañía esperaba y... —el jefe soltó el aire pasándose la mano por el pelo antes de seguir— Cierran esta sucursal, van a centralizarla con la de la sede principal de Madrid. Si alguno de vosotros quiere ser reubicado allí, que lo diga, si no, lamento mucho tener que daros la noticia de que seréis despedidos.

Algunos quisieron ser reubicados, no les importaba dejar la ciudad pues ya lo habían hecho antes cuando pusieron estas oficinas en marcha, pero otros, como era mi caso, no tuvimos más elección que aceptar el hecho de que la empresa cerraba y nos quedábamos sin trabajo.

Al menos nos darían una buena liquidación, o me veía viviendo de Jorge hasta que encontrara otro empleo.

—Daniela —me giré cuando me llamó Pedro, mi jefe—. Ven conmigo, por favor.

Lo seguí a su despacho, ese en el que había entrado tantas veces pues era su secretaria, y en lugar de sentarse en su sillón, lo hizo en una de las sillas que había frente al escritorio, al igual que yo.

—Toma —dijo entregándome un sobre cerrado mientras sonreía—. Es una carta de recomendación, adjúntala con los currículums para que en recursos humanos vean que eres buena para el puesto de secretaria de dirección.

—Gracias, Pedro —sonreí.

—Te voy a echar de menos, que lo sepas. Podrías venirte conmigo a Madrid.

—No sé si me acostumbraría al cambio.

—Lo harías, estoy seguro —nos levantamos y me dio un abrazo—. Espero que te vaya bien, preciosa —me besó en la mejilla—. Cuídate, no olvides nunca que vales mucho, Dani.

Solo él y Jorge me llamaban así, pues eran las personas con las que más confianza tenía.

Pedro era quince años mayor que yo, estaba casado desde hacía seis y tenía una preciosa hija de cuatro años a la que adoraba, igual que a su mujer.

;

Desde el momento en el que me conoció, me acogió bajo su ala como haría una mamá gallina, en este caso un papá gallo, y no me soltó en ningún momento.

Conocía a su familia y yo también los iba a echar de menos, pero mi vida estaba aquí, donde empecé de cero cuando me llevaron a esa casa de acogida, con Jorge a mi lado.

Me despedí de Pedro y fui a mi pequeño despacho para recoger mis cosas pues al día siguiente ya no tendríamos que ir a trabajar, iban a empezar a desmantelarlo todo, así que esa tarde nos entregarían los papeles del despido y demás.

Iba a ser todo muy rápido, pero al parecer, y según me contó Pedro en confianza, ya tenían todo preparado desde hacía un par de semanas.

¶ Era increíble el cambio que había dado mi vida en apenas cinco meses.

El que era mi novio desde hacía casi tres años me dejó por una compañera de trabajo con la que llevaba liado seis meses, y ahora me quedaba sin empleo.

Después de meter todas mis cosas en un par de cajas y bajarlas al coche, fui a tomarme un café con algunos de los compañeros, una especie de despedida para los que se iban a la empresa a Madrid, y una de, buena suerte para los que nos quedábamos en la ciudad en busca de otro puesto de trabajo.

u

Esa misma tarde, después de comer, nos entregaron las liquidaciones y dije adiós a una etapa de mi vida, dando paso a otra incierta, pues a pesar de que me consideraba buena secretaria, formal y eficiente, y que tenía esa carta de recomendación de Pedro, no todos los jefes serían como lo había sido él y no todos los puestos de secretaria eran fáciles de llevar.

Subí al coche y puse rumbo a casa, a ese piso compartido con mi mejor amigo donde poder hundirme en la miseria de suerte que tenía, al menos un poquito por esa noche de jueves.

Al día siguiente ya buscaría empleo en los cientos de páginas de Internet, donde colgaban los anuncios de muchas empresas, o en las oficinas de trabajo temporal.

Cualquier cosa que me saliera en ese momento me valía, aunque fuera solo para cubrir una baja temporal de tres meses, el caso era poder seguir generando esos ingresos que me permitieran pagar mi parte de los gastos en la casa, por mucho que Jorge siempre me hubiera dicho que mientras él estuviera, no iba a faltarme nunca de nada.

En cuanto entré en casa me llegó la melodía de aquella obra que Jorge solía escuchar para relajarse mientras cocinaba, lo que hizo que se me dibujara una sonrisa en los labios.

Le encantaba escuchar música clásica y a mí, también solía relajarme hacerlo.

Dejé las dos cajas en el suelo a la entrada del piso, colgué el bolso tras sacar el móvil y fui hacia la cocina.

Vivíamos en un ático precioso, con dos habitaciones amplias con cuarto de baño propio, un salón bastante grande y una cocina donde podíamos desayunar, comer y cenar si queríamos.

Jorge trabajaba en una empresa de sistemas de seguridad informáticos, cobraba un buen sueldo y eso nos permitía vivir desahogados, a pesar de que yo también aportaba mi granito de arena a la economía familiar, pues eso éramos los dos, una familia.

Lo vi tan despreocupado como siempre, con un pantalón de chándal negro, una camiseta blanca y descalzo, nunca se ponía zapatillas para estar por la casa y a mí me sacaba de quicio, porque en alguna ocasión se nos había roto un vaso y los cristallitos diminutos se escondían por cualquier parte.

Jorge era un hombre guapísimo, metro ochenta y ocho de puro sexapil, cabello castaño que a veces llevaba ligeramente alborotado y le hacía aún más sexy, ojos marrones como el chocolate, sonrisa de anuncio y un cuerpo diez y bien trabajado en el gimnasio.

Y a pesar de que lo consideraba un hermano mayor, nunca habríamos pasado la barrera de la amistad y nos habríamos ido a la cama puesto que él era gay, muy gay según me dijo la primera noche que se metió en mi cama cuando me escuchó gritar tras aquella pesadilla.

Lo quería con locura, y esperaba que nunca jamás me faltara su compañía en mi vida.

—Hola —lo saludé al entrar y se giró.

—Hola, cariño —sonrió y me abrazó cuando me tuvo al lado—. Espero que traigas hambre, porque estoy preparando unos deliciosos canelones de carne y verduras.

—¿Tenemos helado?

—Sí —Frunció el ceño—. ¿Por qué lo preguntas?

—La empresa se va a la mierda, no, perdón, ya se ha ido a la mierda. Cierran estas oficinas y lo llevan todo a Madrid, algunos compañeros se trasladan, otros nos quedamos.

—No me jodas, ¿al final tenías razón?

—Eso parece —suspiré mientras metía el dedo en la fuente con bechamel—. Pedro me ha dado una carta de recomendación, mañana empezaré a buscar trabajo —suspiré.

—No creo que haga falta —dijo cogiendo su móvil—. Dame un segundo —hizo un guiño y fue hacia el salón, donde lo seguí para ver qué se le estaba pasando por la cabeza—. Hola, reina, sí soy yo —rio—. Oye, ¿para cuándo necesitas a la nueva secretaria? Ajá. Vale. Ok. Ajá. Bien, pues tengo a la candidata perfecta. Sí, sí, mucho

años de experiencia como secretaria, buena presencia, eficiente, y bla bla bla —rio—. Pues mañana la tienes ahí para la entrevista, solo dime la hora. Ok, genial. Nos vemos, adiós.

—¿Qué es lo que acabas de hacer, Jorge? —le pregunté cuando colgó.

—Verás, cariño —dijo pasándome el brazo por los hombros—. Resulta que en mi empresa necesitan una nueva secretaria para uno de los jefes, la que tiene se da de baja por maternidad en unos días y Elvira, la responsable de Recursos Humanos, andaba en busca de una adecuada para el puesto. Ya sabes que me llevo muy bien con ella —asentí—, y me ha dicho que ha hecho algunas entrevistas, pero no da con la adecuada.

—Ni que el jefe fuera tan estricto —sonreí.

—Tiene sus cosillas. Bueno, que tú tienes mañana una entrevista a las nueve y media, así que ve a sacar el currículum y una copia de esa carta de recomendación —hizo un guiño.

—¿Hasta cuándo vas a estar cuidando de mí, Jorge? —suspiré un poco triste, y él me abrazó sosteniendo mi barbilla con dos dedos para que lo mirase.

—Hasta el último de mis días, cariño —me dio un breve piquito en los labios, como solía hacer, y siguió preparando la cena.

Lo adoraba, lo quería, y no imaginaba mi vida sin él.

años de experiencia como secretaria, buena presencia, eficiente, y bla bla bla —rio—. Pues mañana la tienes ahí para la entrevista, solo dime la hora. Ok, genial. Nos vemos, adiós.

—¿Qué es lo que acabas de hacer, Jorge? —le pregunté cuando colgó.

—Verás, cariño —dijo pasándome el brazo por los hombros—. Resulta que en mi empresa necesitan una nueva secretaria para uno de los jefes, la que tiene se da de baja por maternidad en unos días y Elvira, la responsable de Recursos Humanos, andaba en busca de una adecuada para el puesto. Ya sabes que me llevo muy bien con ella —asentí—, y me ha dicho que ha hecho algunas entrevistas, pero no da con la adecuada.

—Ni que el jefe fuera tan estricto —sonreí.

—Tiene sus cosillas. Bueno, que tú tienes mañana una entrevista a las nueve y media, así que ve a sacar el currículum y una copia de esa carta de recomendación —hizo un guiño.

—¿Hasta cuándo vas a estar cuidando de mí, Jorge? —suspiré un poco triste, y él me abrazó sosteniendo mi barbilla con dos dedos para que lo mirase.

—Hasta el último de mis días, cariño —me dio un breve piquito en los labios, como solía hacer, y siguió preparando la cena.

Lo adoraba, lo quería, y no imaginaba mi vida sin él.

Capítulo 2



Viernes, nueve de la mañana, y ya estaba tomando café en una de las cafeterías cerca de las oficinas donde tenía la entrevista en apenas media hora.

Sí, así era yo, me gustaba llegar con tiempo a los sitios, aunque a veces, y como decía Jorge, me pasaba de llegar temprano.

Pero en este momento crucial de mi vida no quería llegar tarde, eso daría una mala impresión en la empresa y por Dios que necesitaba el trabajo.

Me quedé allí sentada junto al ventanal tomando el café mientras contemplaba el ir y venir de aquellos ejecutivos. Abogados, empleados de banca, agentes inmobiliarios y empresarios.

Estábamos en una zona donde había muchos edificios con oficinas y no era de extrañar ver a hombres y mujeres en trajes de chaqueta, luciendo de lo más elegantes y profesionales.

Jorge también iba en traje, todos en la empresa acudían a sus puestos vestidos de punta en blanco, según me dijo, y por eso había escogido uno de mis mejores trajes para la ocasión.

Falda lápiz en color gris marengo con chaqueta del mismo color y una camisa azul cielo que según Jorge, realzaba el bonito color marrón de mis ojos, junto a unos zapatos de tacón negros.

Él entraba a las nueve a trabajar y habíamos salido a la misma hora de casa, cada uno en nuestro coche, y me pidió que lo pusiera al corriente cuando saliera de la entrevista, aunque realmente los dos sabíamos que no haría falta pues lo más seguro es que Elvira le dijera si me contrataban o no para ese puesto.

Jorge: *¿Cómo van esos nervios? ¿Ya te has comido la galleta de chocolate que acompaña el café antes de darle un sorbo?*

Sonreí al leerlo, porque solo él podía conocerme de ese modo, era increíble, en serio.

Dani: *Sí, y estoy bien, gracias. No me pongas más nerviosa de lo que ya estoy.*

Jorge: *Deja los nervios a un lado, que el puesto es tuyo y lo sabes. Y no, no va a ser porque yo meta mano en el asunto y entres como una enchufada. Es porque vales más de lo que piensas. Cuéntame en cuanto salgas. Te quiero.*

Ese era Jorge, la voz de mi conciencia, mi Pepito Grillo particular, levantándome el ánimo como nadie.

Y es que además del peso que cargaba en mi mente tras aquel horrible suceso en mi vida, cuando cambié de instituto pasé a ser algo así como una rarita de manual para el resto de los compañeros y había quienes me decían eso de que no valía para nada y no llegaría a ser nadie en la vida.

a

Muchos de ellos supieron de mi pasado por los comentarios de sus padres, y decían que acabaría como mi madre, en asuntos turbios de drogas.

Terminé de tomarme el café y fui hacia las oficinas llevando en las manos aquella carpeta donde tenía algunas copias del currículum y la carta de recomendación, puesto que estaba más que dispuesta a salir de allí y entregar tantos como pudiera en oficinas de empleo si no me contrataban.

Al entrar encontré una estancia amplia, luminosa y con mobiliario en blanco y negro. Fui hacia el mostrador de recepción en el que estaba Mireia, una joven rubia de ojos azules guapísima. Sabía de ella que tenía veinticinco años, que dejó su pequeño pueblo por la ciudad siguiendo al que creyó que era el amor de su vida cuando tenía veinte años, y que este la dejó dos años más tarde, momento en el que se vio sola, dejó el trabajo en la recepción del hotel donde él trabajaba, y encontró empleo en las oficinas donde nos encontrábamos.

—Hola —saludé cuando me acerqué a ella—. Soy Daniela, vengo por la entrevista de trabajo.

—Ah, sí —sonrió—. Jorge me ha avisado cuando llegó. Elvira te está esperando en su despacho. Segunda planta, pasillo de la izquierda, tercera puerta a la derecha. No tiene pérdida.

a

—Gracias.

⁵—Buena suerte —dijo sin perder la sonrisa mientras cruzaba los dedos, y ahora entendía por qué Jorge se llevaba bien con ella, se veía que era un encanto de chica, además de simpática.

Subí siguiendo las indicaciones que me había dado y llamé un par de veces a la puerta del despacho con el letrero de Recursos Humanos y el nombre de Elvira. No tardó en darme paso, abrí asomando un poco la cabeza y la vi sentada en su escritorio.

Elvira era guapa y elegante, morena de ojos verdes y sabía por Jorge que tenía treinta y cuatro años y llevaba cuatro, divorciada de la sanguijuela que fue su marido, un hombre más preocupado de gastar el dinero que ella

ganaba que de buscar un empleo.

—Buenos días, soy Daniela.

—¡Daniela, querida! —se puso de pie y sonrió— Pasa, por favor. Siéntate. Tu hermano Jorge me ha hablado muy bien de ti.

—No es mi hermano —fruncí el ceño.

—Eso lo sé —volvió a sonreír—, pero siempre se ha referido a ti como su hermana pequeña.

—¿Habla de mí en el trabajo?

—Solo conmigo, con Mireia, la chica de recepción, y con Elisa, la secretaria de uno de los jefes.

Elisa, esa otra chica de la que Jorge me había hablado muchas veces, una joven de treinta años, igual que él, quier llevaba siendo la secretaria de uno de los dos socios de la empresa desde hacía seis años.

—Jorge me ha dicho que traías el currículum y una carta de recomendación de tu antiguo jefe.

—Así es —contesté abriendo la carpeta.

—¿Cuánto tiempo llevas sin empleo, querida?

—Un día.

—¿Un día? —Abrió mucho los ojos— ¿Y eso cómo ha sido?

Mientras revisaba mi currículum y la carta, le conté lo ocurrido en la empresa de telecomunicaciones, ella suspiró y la vi negar unos segundos.

—Es lo que tienen las multinacionales de ese tipo, que a veces piensan que es mejor quitar una de sus filiales y reestructurar con otra existente, no piensan en los trabajadores que pueden quedarse en la calle.

—Muchos de mis compañeros se van a Madrid, allí tienen un puesto asegurado.

—¿Y tú, por qué no te has ido? Si no es indiscreta la pregunta.

—Mi vida está aquí —sonreí—. Me gusta la ciudad y sé que hay muchas posibilidades de encontrar un buen empleo, ya lo hice dos veces.

—Eso veo, tienes varios años de experiencia como secretaria de dirección. Y es justo lo que buscaba. Voy a serte sincera, he hecho más de veinte entrevistas y me estaba quedando sin tiempo. La actual secretaria empieza su baja por maternidad el próximo miércoles, y necesitaba una incorporación con urgencia. Así que, bienvenida a la empresa, Daniela —dijo con una amplia sonrisa.

—¿En serio?

—Si quieres el puesto, obvio.

—Sí, sí, o sea... Yo es que no puedo estar parada. Iba a empezar a buscar otro trabajo hoy mismo, de hecho, salí de casa con varios currículums.

—Pues no tienes que buscar más, a partir del miércoles serás la nueva secretaria de dirección.

—¿No tendrá nada que ver, que Jorge...?

l

—Sé lo que estás pensando, y no, no entras por él. Entras porque veo cosas cuando miro a la gente, y en ti veo una buena persona, además, estoy segura de que sabrás estar a la altura de lo que se te pida. Y este currículum, y la carta, dicen todo lo que necesito saber —sonrió—. Si me dejas tu documentación y número de cuenta, preparo el contrato para que lo puedas firmar. Le diré a Jorge que te lo lleve hoy a casa y me lo devuelva el lunes, a ti te veré el miércoles.

—Claro, sí, perfecto —saqué mi documentación para que ella hiciera copias mientras me hablaba del horario que tendría, y me despedí quedando en vernos el miércoles a las nueve de la mañana.

Mientras bajaba en el ascensor escribí el mensaje para Jorge y se lo envié cuando salí. No tardó en responder diciéndome que sabía que iba a ser compañera suya.

Lo bueno es que podríamos ir en un solo coche y de ese modo ahorraríamos bastante en gasolina, pues alternaríamos, una semana con el suyo y otra con el mío.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó Mireia cuando llegué al mostrador.

—Muy bien —contesté con una sonrisa.

—Esa carita es que te han cogido.

—Sí, empiezo el miércoles.

—¡Felicidades! —se puso en pie y me acerqué, pues era lo que ella hizo, para que me diera un par de besos— Me va a encantar tenerte aquí, Jorge habla mucho de ti.

—Espero que cosas buenas.

—Oh, sí, puedes estar segura de ello —rio—. Sé que no sois hermanos, pero te tiene como si lo fueras.

—Si te soy sincera, sé algunas cosas sobre ti, Elvira y Elisa, se ve que Jorge se lleva muy bien con vosotras. Alguna vez me ha dicho que habéis salido a tomar algo los cuatro juntos.

—Sí, a ver si ahora también sales con nosotros.

—Seguro que Jorge me arrastrará a ello —reí, y en ese momento empezó a sonar el teléfono—. Me marchó y te dejo trabajar, nos vemos el miércoles.

—Adiós, Daniela.

Me despedí de Mireia con la mano mientras ella cogía el teléfono y salí de aquellas oficinas con una sonrisa en los labios.

Sabía que, aunque Jorge no hubiera tenido mucho que ver en mi contratación, Elvira y él se llevaban muy bien y, tal vez, el hecho de saber que yo era alguien de fiar y una secretaria formal y eficiente, la había llevado a tomar esa decisión.

Regresé a casa y cuando iba a entrar en el edificio, vi a Rosario, nuestra vecina del tercer piso, con varias bolsas de compra.

—Buenos días, Rosario —la saludé cuando llegó.

—Daniela, hija, ¿qué haces en casa tan temprano? ¿Te han dado el día libre? —preguntó mientras me daba un par de bolsas.

—Ayer nos despidieron, cerraron la sucursal —me encogí de hombros—, pero vengo de una entrevista y empiezo el miércoles —sonreí.

—Ay, mi niña, me alegro de que hayas encontrado algo tan pronto.

—Es en la empresa donde trabaja Jorge.

—Mejor todavía, vas a estar muy bien acompañada.

Rosario tenía setenta y cinco años y hacía catorce que se había quedado viuda, perdiendo en aquel accidente también a su único hijo y a su nuera, quienes dejaron una niña de ocho años a su cargo.

Carolina, que así se llamaba, ahora contaba con veintidós años y era un encanto de niña, estilista, y de las mejores y se volcaba con su abuela y la casa.

Acepté encantada un café de mi vecina cuando entré con ella a dejar las bolsas, y allí echamos juntas un ratito muy bueno, charlando de su nieta, de mi vida, preguntando cómo estaba después de aquellos meses desde que me dejara mi novio, y haciéndonos compañía hasta que me marché para preparar la comida.

Jorge: *Tengo algo de curro y me quedo a comer algo rápido aquí, pero esta noche soy todo tuyo, amorcito. Por cierto, no hagas planes para mañana que te llevo a cenar fuera y a tomar unas copas para celebrar que tienes nuevo curro.*

Al haberme quedado el día de hoy en casa me dijo que vendría a comer, cosa que normalmente ninguno de los dos hacíamos, puesto que comíamos en alguno de los bares o las cafeterías que había cerca de nuestros trabajos.

5 Por suerte había hecho una ensaladilla y una tortilla de patatas que podía servirnos para cenar esa noche.

Comí, me tomé un café y acabé tumbada en el sofá viendo una peli, o al menos eso intenté, porque me quedé dormida más o menos a la mitad.

Carolina, que así se llamaba, ahora contaba con veintidós años y era un encanto de niña, estilista, y de las mejores, y se volcaba con su abuela y la casa.

Acepté encantada un café de mi vecina cuando entré con ella a dejar las bolsas, y allí echamos juntas un ratito muy bueno, charlando de su nieta, de mi vida, preguntando cómo estaba después de aquellos meses desde que me dejara mi novio, y haciéndonos compañía hasta que me marché para preparar la comida.

Jorge: *Tengo algo de curro y me quedo a comer algo rápido aquí, pero esta noche soy todo tuyo, amorcito. Por cierto, no hagas planes para mañana que te llevo a cenar fuera y a tomar unas copas para celebrar que tienes nuevo curro.*

Al haberme quedado el día de hoy en casa me dijo que vendría a comer, cosa que normalmente ninguno de los dos hacíamos, puesto que comíamos en alguno de los bares o las cafeterías que había cerca de nuestros trabajos.

Por suerte había hecho una ensaladilla y una tortilla de patatas que podía servirnos para cenar esa noche.

Comí, me tomé un café y acabé tumbada en el sofá viendo una peli, o al menos eso intenté, porque me quedé dormida más o menos a la mitad.

Capítulo 3



Jorge se había puesto muy guapo esa noche, con un pantalón color beige, un polo azul marino, deportivas blancas y la chupa de cuero por si refrescaba, pues, aunque estuviéramos en mayo y a un pasito del verano, podría hacer frío por las noches.

Yo llevaba unos vaqueros ajustados, con un jersey de entretiempo finito en color blanco, la cazadora vaquera y unos zapatos de tacón azul marino que me encantaban.

—Esta noche ligas, cariño —dijo pasándome el brazo por los hombros cuando bajamos del taxi en la puerta del restaurante.

—¿Solo voy a ligar yo? —Arqué la ceja.

—Esta noche, sí.

—¿Y eso por qué? Si cuando salimos juntos siempre dices eso de: “esta noche, es nuestra noche, hoy ligamos”.

—Estoy viéndome con alguien desde hace unos tres meses.

—¿Qué? —se me abrieron los ojos como platos cuando me dijo aquello.

Entramos justo en ese momento al restaurante y una de las camareras nos llevó a la mesa, en cuanto nos quedamos solos después de pedir el vino, le pregunté por qué no me había contado aquello antes.

—Hacía solo unos meses que te había dejado ese idiota, y no quería que nos centráramos en mí, sino en ti.

—Jorge, por Dios, eres mi amigo, deberías haberme contado eso. ¿En qué lugar me deja el no saberlo? En el de la peor amiga del mundo, ya te lo digo yo, y en que soy una egoísta.

—No digas eso, fue mi elección no decirte nada, ¿vale?

—Pues empieza a contarme cosas ahora, que tenemos tiempo mientras cenamos.

—A ver, cariño, que esta noche es por y para ti, para que celebremos tu nuevo trabajo.

—Después de que me cuentes todo, absolutamente todo, sobre ese chico.

—Mira que eres cabezota —suspiró.

Pero me habló del chico en cuestión, un joven llamado Nando, de veintiséis años, moreno y de ojos azules que, según decía, le traía loco con ese aire de intelectual que le daban las gafas que llevaba en el trabajo, porque resulta que Nando, era uno de sus compañeros de trabajo desde hacía un par de años.

—¿Y cómo es que después de tanto tiempo conociéndoos, es ahora cuando habéis dado el paso? —pregunté mientras pinchaba un poco de mi ensalada.

—Cuando empezó a trabajar yo estaba tonteando con aquel hombre...

—El casado reprimido en un armario —volteé los ojos.

—Ese mismo. Y Nando tenía pareja con la que llevaba un año. Lo mío con el casado no funcionó, porque no iba a dejar a su familia y seguirá viviendo una mentira el resto de su vida, y él siguió con su chico hasta hace un año, que lo dejaron. Al parecer era mayor que él y, bueno, creo que alguna vez se le fue la mano, por eso Nando acabó la relación. Yo soy mayor que él y no quería que me viera como otro tipo que solo quería aprovecharse. Te aseguro que, aunque quien vea a Nando, y su metro ochenta de estatura, piense que es un tipo duro que te puede dejar tonto con una bofetada, es un chico de lo más sensible.

—Tú, te has enamorado —sonreí cogiendo mi copa de vino.

—Como nunca antes en mi vida, cariño —rio.

—Pues, por el amor —levanté mi copa y él chocó la suya para ese brindis.

s

Seguimos cenando mientras me hablaba de Nando. Al parecer era un cerebritito igual que él, al que le encantaban los ordenadores, y aunque no se dedicaba a ello puesto que era cometer delito, era un hacker de los buenos.

Me contó que se había encargado de hacer que su ex, que no sabía que Nando tenía ciertas habilidades, perdiera una cantidad de dinero que tenía de unos negocios poco lícitos y que acabaron, de manera anónima, en una asociación dedicada al estudio de enfermedades raras.

—Más vale que no me meta con tu chico o me deja en bragas —reí.

—Es muy gay, cariño, igual que yo —dijo arqueando la ceja.

—Me refería al dinero, no en sentido literal.

—Ah, bueno, ya creí que pensabas robarme el novio.

—¿Qué dices? Eso nunca, bobo. Pero está bien saber que lo llamas novio, y no solo un ligue, o un rollito —sonreí.
— ¿Y cuándo me lo vas a presentar?

—Pues cuando quieras, él está deseando conocerte.

—¿Es que le has hablado a todo el mundo en esa empresa de mí?

—No, solo a los de más confianza.

—Me alegro de verte así, Jorge —dije cogiéndole la mano por encima de la mesa—. Desde lo del casado te veía mustio.

—Pues igual que has estado tú por culpa de ese idiota, que parecías un zombi de *Walking Dead* andando por la casa. Me daba miedo hasta dormir con la puerta abierta por si aparecías y querías comerte mi cerebro.

—Por Dios, qué exagerado eres —reí.

—Dime que es mentira, si estabas pálida y con unas ojeras azules que ni con maquillaje las ocultabas.

—Vale, igual un poco pálida sí que estaba, pero de ahí a ser un zombi... —Volteé los ojos.

Reímos, seguimos comiendo y acabamos esa cena brindando con una copa de champán por mi nuevo empleo y lo bien que me iba a ir.

Salimos del restaurante y en cuanto pisamos la calle Jorge me pasó el brazo por los hombros y yo el mío por su cintura mientras caminábamos en dirección a un bar no muy lejos de allí donde tomarnos una copa.

—Eres consciente de que, si me abrazas de este modo, no voy a ligar en la vida, ¿verdad? —dije.

—O sí, quién sabe. Igual aparece un hombre que piensa, mira qué pedazo mujer lleva el idiota ese, a ver si me la ligo y se la quito.

—Jorge, que mides casi dos metros y tienes unos brazos que dan miedo, dudo mucho que alguien quisiera quitarte a tu chica.

—Qué poca fe tienes en ti misma. Cariño, si yo no fuera gay, ya hace tiempo que estaríamos casados y tendríamos al menos un par de críos.

—Lo dudo, nos llevamos demasiado bien como para ser pareja.

—También discutimos como cualquier pareja.

—Eso es cierto, tienes la manía insana de dejar las tazas de café en la encimera en vez de en el fregadero.

—¡Serás bruja! Pero si eso lo has hecho tú toda la vida.

Me reí pues el jodido tenía razón, pero es que eso me venía desde pequeña, cuando salía de mi habitación a beber agua en mitad de la noche y escuchaba ruidos que venían de la de mi madre, dejaba el vaso en la encimera y volvía corriendo a meterme en la cama.

Llegamos al bar y no tardamos en pedir un par de gin tonics en la barra, lugar donde nos quedamos bailando y charlando.

Aparecieron por allí unos antiguos amigos de Jorge con los que había estudiado y se quedaron a tomar una copa, ¿a mí no me molestaba, al contrario, me encantaba verlo en su salsa recordando viejos tiempos.

Yo no tenía amigas, las chicas del instituto no querían juntarse con una posible drogadicta, y cuando empecé a estudiar para formarme como secretaria no entablé amistad con nadie, pues me había vuelto reservada y retraída.

Estaba dando un sorbo a mi copa cuando me pareció ver a alguien al final de la barra observándome en el momento en el que me giré, pero cuando miré de nuevo en aquella dirección no había nadie.

Me puse intranquila puesto que, si era la persona que me había parecido que era, no sabía qué hacía allí.

Había pasado algún tiempo desde la última vez que la vi, esa que a la creí que no volvería a encontrarme de nuevo, y me puse tan nerviosa que cuando alguien me cogió del brazo, di un bote por el susto al tiempo que gritaba.

—Ey, tranquila, que soy yo, cariño —dijo Jorge.

—Lo siento, me distraje y no te había visto —sonreí.

—Ya lo veo. ¿Has visto a algún chico guapo? —Elevó ambas cejas en un movimiento de lo más gracioso.

—No, no he visto a ningún chico guapo —reí.

s—Pues entre mis amigos hay un par de ellos que me gustan para ti —echó un vistazo hacia ellos.

—Hazme un favor, Jorge —le puse la mano en el pecho al tiempo que me ponía de puntillas—. No hagas de casamentero conmigo, que no quiero hombres en mi vida por un tiempo, aparte de ti —le di un piquito en los labios y él sonrió.

Regresamos con sus amigos, nos tomamos un par de copas más recordando sus viejos tiempos y charlando de las futuras esposas de dos de ellos, y poco después nos marchamos a casa.

Una parte del camino la hicimos dando un paseo mientras nos abrazábamos como de costumbre, y en el que me sentí observada al menos un par de veces. Cuando llegamos al restaurante donde habíamos cenado, cogimos un taxi para irnos a casa.

Nada más entrar me quité los zapatos y fui descalza hasta mi habitación. Le di un beso de buenas noches a Jorge frente a la puerta y tras ponerme el pijama me metí en la cama.

Estaba a un día menos de comenzar en mi nuevo trabajo, y deseando empezar pues, como dije, no podía estar parada mucho tiempo.

—Pues entre mis amigos hay un par de ellos que me gustan para ti —echó un vistazo hacia ellos.

—Hazme un favor, Jorge —le puse la mano en el pecho al tiempo que me ponía de puntillas—. No hagas de casamentero conmigo, que no quiero hombres en mi vida por un tiempo, aparte de ti —le di un piquito en los labios y él sonrió.

Regresamos con sus amigos, nos tomamos un par de copas más recordando sus viejos tiempos y charlando de las futuras esposas de dos de ellos, y poco después nos marchamos a casa.

Una parte del camino la hicimos dando un paseo mientras nos abrazábamos como de costumbre, y en el que me sentí observada al menos un par de veces. Cuando llegamos al restaurante donde habíamos cenado, cogimos un taxi para irnos a casa.

Nada más entrar me quité los zapatos y fui descalza hasta mi habitación. Le di un beso de buenas noches a Jorge frente a la puerta y tras ponerme el pijama me metí en la cama.

Estaba a un día menos de comenzar en mi nuevo trabajo, y deseando empezar pues, como dije, no podía estar parada mucho tiempo.

Capítulo 4



Esa tarde de lunes bajé a ver a Carolina, y es que necesitaba que me diera un corte de pelo, pues hacía al menos dos meses que no pasaba por el salón en el que trabajaba.

—¡Daniela! —gritó al verme.

—Hola, Carol —sonreí y nos abrazamos—. Vengo a pedirte un favor...

—No hace falta que digas qué es, necesitas mis manitas en tu pelo.

—¿Cómo lo sabes? —reí.

—Te ha crecido desde la última vez, y las puntas necesitan un saneado.

—Daniela, mi niña, ¿ha pasado algo? —preguntó Rosario algo asustada cuando me vio entrar con su nieta.

—No, tranquila, solo venía a que Carolina me arregle un poco el corte.

—Pero si tienes una melena preciosa.

—Sí, abuela, la tiene, pero se la voy a dejar mejor todavía —le dijo ella sonriendo mientras me cogía de la mano para llevarme al cuarto de baño donde iba a lavarme el pelo y hacer su magia, como siempre decía.

En cuanto preparó todo para que me acomodara, puso música y supe que quería hablar sin que su abuela se enterara. Don Omar y su *“Diva virtual”* nos acompañó durante aquellos minutos de silencio en los que me lavaba el pelo, con masaje incluido, de esos que Carolina me daba y conseguía dejarme súper relajada.

Y una vez me dejó con la toalla para que me secara, cuando miré hacia el espejo, la vi sonriendo.

—Tú tienes algo que contarme y por eso has puesto música —dije, pues la conocía muy bien.

—He conocido a alguien.

—¿Sí?

—Sí —se sonrojó—. ¿Recuerdas que hace un par de semanas tenía que ayudar a mi jefa en un evento?

—Ese del viernes por la noche, donde habría varios influencers —contesté y ella asintió—. ¿Le conociste ahí?

—De hecho, es hermano de uno de los influencer más conocidos del momento. Es dueño de una de las firmas de ropa deportivas que patrocina el hermano —sonrió.

—¿Y por qué tengo la sensación de que hay algo que te preocupa? De lo contrario, no te importaría que tu abuela escuchara —arqueé la ceja.

—Tiene ocho años más que yo, la edad de Jorge —volvió a sonrojarse.

—Cielo, eso no es malo —sonreí.

—Ya, pero sabes lo que siempre ha dicho la abuela, que soy muy joven aún.

—No quiero ser metiche, como dicen en las novelas que ve tu abuela —se le escapó una risita—, pero, ¿ha pasado algo entre vosotros?

—Aquella noche hablamos, nos tomamos una copa, y después de darnos los teléfonos quedó en llamarme.

—¿Y?

—Me llamó al día siguiente para invitarme a cenar.

—Y fuiste, obvio —sonreí y ella asintió.

—No pasó nada, solo cenamos. Me escribió durante toda la semana, y volvimos a vernos el sábado para cenar. Nos besamos, y en mi vida me habían besado así, Daniela.

—Tienes veintidós años y has salido con dos chicos de tu edad, normalmente los más mayores son un poquito más expertos en todo —dije con un gesto de la mano como para quitar importancia, y ella volvió a reírse—. ¿Pasó algo más?

—No, hasta ahí. Solo fue un beso de despedida en su coche cuando me trajo a casa.

—Cielo —le cogí la mano.

—Lo sé, lo sé —sonrió mirándome a través del reflejo del espejo—. Pero creo que él es distinto a ese chico.

—Te gusta, ¿verdad?

—Sí, no voy a mentirte, pero voy con cuidado. Y quisiera hablar con él de lo que me pasó.

—Pero te da un poco de vergüenza —intuí.

—Sí, no quiero que piense que soy una chica fácil.

—Eh, no vayas por ahí —le advertí girándome para mirarla—. No eres así y lo sabes. Ese chico se propasó, no tuvo nada que ver contigo.

—Si no hubierais llegado Jorge y tú en ese momento, no sé qué me habría hecho.

—Yo sí sé lo que le habríamos hecho a él si hubiera ido hacia donde pretendía, por suerte no pasó, lo denunciaste, y un problema menos.

—Por eso no quiero hablarle a la abuela de esto. Lo pasó muy mal con ese tema.

—Carolina, tenías diecinueve años y era tu novio, una persona en la que debías confiar, no un imbécil que lo único que quería era... eso.

—Por aquello que pasó no volví a salir con nadie.

—Y hemos llegado al punto al que yo quería llegar —sonreí—. Temes que el no tener experiencia sea algo que a él lo frene.

—Sí.

—Pues no tengas ese miedo, cielo, solo habla con él y dile la verdad. Tiene treinta años, es una persona adulta igual que tú, y madura. Y ahora dime, ¿tienes una foto de tu Romeo, pequeña Julieta?

Volvió a dejar salir esa risilla mientras cogía el móvil y me lo dio cuando abrió sus redes.

—Jesús, María y José —dije al verlo—. Si parece modelo.

—Eso le dije yo, que podría hacerle la competencia al hermano.

—Es muy guapo, y parece formal y serio. Tienes mi bendición, y cuando tu abuela lo conozca, te dará también la

suya —le hice un guiño.

—No lo va a conocer todavía, primero quiero hablarle de ese asunto.

—Estoy segura de que lo entenderá, y si no es así, ni te preocupes, que ya aparecerá ese alguien que entienda tus miedos y sane tus cicatrices.

—Tú también lo vas a encontrar, estoy segura.

—Por el momento no lo busco. Y ahora, córtame el pelo antes de que tu abuela llame a la puerta preguntando si nos hemos colado por el lavabo.

Volvió a reír y eso era lo que quería.

Carolina había crecido con su abuela y esas pocas nociones que esta tenía sobre todo lo relacionado con las chicas de hoy en día.

Y era cierto, cuando pasó aquello, Rosario lo pasó muy mal, sobre todo, por ver a su pequeña encerrada en casa sin querer salir.

Aquel novio no era lo que ninguno de nosotros habíamos pensado, el joven formal que nos mostró a todos se convirtió en un monstruo una noche en la que se pasó con todo lo que pudo pasarse, y no solo de alcohol.

Por más que ella intentó volver a casa sola, él insistió en traerla con el coche, poniendo en peligro la vida de ambos y la de otros conductores.

Jorge y yo llegábamos de tomar unas copas y al ver que había alguien forcejeando dentro del coche, dimos un par de golpecitos en la ventana y al verla a ella, llorando y con la parte de arriba del vestido rota, Jorge sacó al chico del coche y le dio un puñetazo en la cara mientras yo me encargaba de una temblorosa Carolina.

Le pillamos con el pajarito fuera de la jaula sobre ella, que también tenía la ropa interior rota.

El chico denunció a Jorge por aquel puñetazo, pero como Carolina lo había denunciado por casi abusar de ella, el juez consideró que lo de Jorge había sido por defender a la niña.

Carolina no confiaba en los hombres, y no era de extrañar.

Yo tampoco es que hubiera confiado mucho en ellos después de aquellas experiencias con los novios de mi madre

—Esto ya está —dijo sacándome de mis pensamientos—. Espero que te guste, porque no puedo usar Loctite para volver a pegarte el pelo.

—Me encanta, me has dejado una melena a capitas monísima —sonreí.

—Más vale que digas eso delante de la abuela, porque con lo que le gusta a ella tu melena rubia, capaz de dejarme sin tarta de chocolate un mes —volteó los ojos y me eché a reír.

—Pero si tú también tienes el pelo rubio.

—Pero un poco más oscuro que el tuyo, qué le vamos a hacer —se encogió de hombros.

Me secó el pelo después del corte y cuando salimos, Rosario nos tenía preparados un par de cafés y unos pasteles.

—¿Has salido de casa y no nos has dicho nada? —le preguntó Carolina.

—Hija, cuando viene Diana y pones música, es que quieres hablar con ella. Que soy mayor, pero no tonta —Rosario volteó los ojos, nosotras nos miramos y acabamos riendo a carcajadas.

Desde luego que la abuela nos había sorprendido a las dos.

Me quedé a merendar con ellas y Rosario me pidió que le dijera a Jorge que bajara algún día a verlas, que se vendía caro el señorito, cosa que me hizo soltar una carcajada, pues de no ser porque yo vivía con él, habría días que no lo vería.

Tras despedirme de ellas, regresé a casa y preparé una empanada de atún para la cena, y menos mal que hice suficiente porque Jorge me envió un mensaje diciendo que teníamos un invitado especial para cenar esa noche con nosotros.

—Me encanta, me has dejado una melena a capitas monísima —sonreí.

—Más vale que digas eso delante de la abuela, porque con lo que le gusta a ella tu melena rubia, capaz de dejarme sin tarta de chocolate un mes —volteó los ojos y me eché a reír.

—Pero si tú también tienes el pelo rubio.

—Pero un poco más oscuro que el tuyo, qué le vamos a hacer —se encogió de hombros.

Me secó el pelo después del corte y cuando salimos, Rosario nos tenía preparados un par de cafés y unos pasteles.

—¿Has salido de casa y no nos has dicho nada? —le preguntó Carolina.

—Hija, cuando viene Diana y pones música, es que quieres hablar con ella. Que soy mayor, pero no tonta —Rosario volteó los ojos, nosotras nos miramos y acabamos riendo a carcajadas.

Desde luego que la abuela nos había sorprendido a las dos.

Me quedé a merendar con ellas y Rosario me pidió que le dijera a Jorge que bajara algún día a verlas, que se vendía caro el señorito, cosa que me hizo soltar una carcajada, pues de no ser porque yo vivía con él, habría días que no lo vería.

Tras despedirme de ellas, regresé a casa y preparé una empanada de atún para la cena, y menos mal que hice suficiente porque Jorge me envió un mensaje diciendo que teníamos un invitado especial para cenar esa noche con nosotros.

Capítulo 5



Acababa de terminar de poner la mesa cuando escuché la puerta abrirse.

—Ya estoy en casa, cariño —dijo desde la entrada.

—Buenas noches, amor mío —reí asomándome por el comedor.

Sonreí al ver que venía con su chico, y no porque lo conociera, sino porque aquel moreno alto de ojos azules llevaba gafas.

—Tú debes de ser Nando.

—Y tú la famosa Daniela —sonrió inclinándose para darme un par de besos.

—Te pasa como a este —señalé a Jorge—, con el traje parece más un abogado que un informático. Tienes un novio muy guapo, Jorge.

—No, nosotros no...

—No se te ocurra decirme que no sois novios, porque te aseguro que para él lo sois —le corté—. ¿Vino tinto o blanco? He hecho empanada de atún para cenar.

—Blanco —contestaron al unísono.

—Eso es compenetración —reí.

Fui a la cocina, abrí la botella y regresé con ella y un plato con jamón y queso que había preparado para picar antes de la empanada.

Nos sentamos a la mesa y vi que Nando estaba un poco cortado, pero no tardamos mucho en hacer que se soltara.

Le pregunté si era cierto que había desplumado a su ex y soltó una carcajada.

—Sí, y creo que sigue sin saber que fui yo.

—Yo es que de ordenadores sé lo esencial, el manejo de documentos, e-mails y esas cosas que hacen las secretarías. Si me dices que intente hackear la cuenta de uno de mis ex, igual acabo entrando en alguna cuenta del gobierno y la lio parda.

—Tú mejor sigue como secretaria, que todavía me acuerdo de aquella vez que intentaste hacer una limpieza de tu portátil —contestó Jorge, volteando los ojos.

—Oye, que ese programa ponía que era buenísimo para la limpieza de ordenadores.

—Y tan bueno, como que, si no te quito el portátil a tiempo, lo dejas como salido de fábrica.

—Exagerado —suspiré.

—Exagerado, dice. En fin...

—La empanada está buenísima —dijo Nando.

—Me alegro de que te guste. ¿Eres goloso? —le pregunté cogiendo mi copa para dar un sorbo.

—Empieza el interrogatorio —murmuró Jorge.

—Oye, de interrogatorio nada, solo quiero saber cosas sobre tu chico, para cuando lo invites a comer o cenar, saber a qué atenerme.

—Soy goloso —rio—. Si me das unas chuches, palomitas y chocolatinas para pasar una tarde de domingo viendo películas, me haces un chico feliz.

—Jorge, me voy a hacer más amiga suya que tuya.

—Temía que pasara eso. Sois más parecidos de lo que imagináis.

—¿Vas a decirme que no es bonito que tu mejor amiga y tu novio se lleven bien? —Arqué la ceja.

—No, no, si es perfecto, solo que estoy seguro de que mi novio me dejará plantado más de una vez para acompañarte a ir de tiendas.

—Ah, eso sí que no, os vendréis los dos conmigo —reí.

—Eso, para que carguemos los dos con las bolsas, que te veo venir.

—Amor mío, si es para que no tengas que llevar tú todas.

—Tienes un morro... —sonrió mientras negaba.

—Pero no vas a querer a otra chica como me quieres a mí, y lo sabes. Bueno, si algún día tienes una hija la querrás más que a mí, eso sí.

—¿Te gustaría tener hijos? —curioseó Nando.

—Sí, al menos dos.

—A mí también.

Terminamos de cenar y decidimos tomar una copa sentados en la terraza, esa de la que tanto Jorge, como yo, estábamos completamente enamorados.

Nando resultó ser un chico de lo más simpático, y tenía un punto guasón como Jorge, que los hacía perfectos el uno para el otro.

Estuvimos allí tomando gin tonics hasta las once y media, momento en el que Nando dijo que se marchaba para casa.

—Daniela, me ha encantado conocerte al fin —dijo abrazándome—. Espero que este sea el comienzo de una bonita amistad.

—De eso puedes estar seguro —sonreí—. Tú y yo vamos a salir solos sin este, muy a menudo.

—Eso, para que le cuentes mis vergüenzas —protestó Jorge.

—Sí, sí, y tus puntos débiles —reí.

—No debí traerte a casa —le dijo a su chico antes de darle un beso de despedida en la puerta.

—Lo habrías traído antes o después, y lo sabes —me encogí de hombros.

—Mándame un mensaje cuando llegues a casa —le pidió.

—Tranquilo, sabes que siempre lo hago —Nando sonrió y le dio otro beso.

Cuando entró en el ascensor cerramos la puerta y yo estaba sonriendo en el momento en el que Jorge me miró.

—Conozco esa sonrisa —dijo señalándome.

—Qué bonito es el amor, por favor —lo abracé y se echó a reír—. Estás pilladísimo.

—Sí que lo estoy, cariño —suspiró—. Le has caído bien.

—Y él a mí, gracias por presentármelo. ¿Cuánto hacía que no conocía a uno de tus novios?

—Cuatro años por lo menos —sonrió.

—Y eso quiere decir que este, es posiblemente el definitivo. Hacéis muy buena pareja. Ya sabes que cuando quieras puedes invitarlo a pasar el fin de semana aquí —le di un leve golpecito en el brazo con el hombro.

—Él vive solo, podemos ir a su piso para que no te sientas muy incómoda.

—¿Qué dices? Jorge, por Dios, este ático es más tuyo que mío, así que no digas tonterías. Yo encantada de pasar un rato con mis chicos. Ya sabes, pelis, chuches, cena, unas copas en la terraza, y a dormir.

—Qué haría yo sin ti, pequeñaja —me abrazó aún más fuerte.

—Eso debería decírtelo yo, siempre estás ahí para ayudarme, Jorge.

—Y siempre estaré, Dani —me besó en la frente—. Te hice una promesa hace catorce años, y voy a cumplirla.

—No tienes por qué, no soy tu responsabilidad.

—Eres mi hermana por elección, la única familia que tengo, y a la familia se la cuida y se la protege de todo —volvió a besarme en la frente y me aferré a él con un fuerte abrazo.

Tenía razón, yo era la única familia que tenía, al igual que él era la mía.

Estuvimos en contacto con nuestros padres de acogida durante unos años, hasta que nos dijeron una mañana hacía tres años que se iban a vivir al pueblo de él para cuidar de su madre enferma.

Dejamos de vernos y las llamadas pasaron a ser menos frecuentes, hasta que un día simplemente dejaron de llegar

—Hora de dormir, cariño —dijo llevándome hacia el pasillo.

Tras nuestro habitual beso de buenas noches entré en mi habitación y me puse el pijama.

Antes de meterme en la cama cogí aquel viejo álbum de fotos de Jorge y mías, empezamos a hacerla al día siguiente de esa primera noche que se acostó en mi cama para calmarme.

Desde ese momento decidimos que nos haríamos una foto cada día, y así fue hasta que él se marchó de la casa, que pasamos a hacernos una cada vez que venía de visita los fines de semana y salíamos juntos a comer o cenar.

Mi infancia no había sido fácil, mi madre me dejó sola en plena adolescencia y Jorge fue esa persona que se encargó de hacer que yo saliera a flote cada vez que comenzaba a hundirme.

Era ese salvavidas que siempre había estado ahí para mí.

A veces la vida nos golpeaba tan duro que costaba recuperarse de ese golpe, pero acabábamos haciéndolo y resurgiendo mucho más fuertes.

Dejé el álbum en la mesita de noche y la vista se me fue al cajón, ese en el que guardaba las únicas fotos que había podido coger del piso en el que viví con mi madre antes de que me llevaran los de Servicios Sociales, con una mochila con algo de ropa.

Eran pocas, pero para mí lo eran todo.

En ellas estábamos mi madre yo cuando apenas era una bebé de unos cuatro meses, otra en la que tenía un año, otra con tres años y otra con cinco. En esa

época éramos felices, ella sonreía y se veía bien.

Así quería recordarla, por eso nada más tenía esas fotos, las demás quedaron perdidas en algún lugar de aquel piso, junto a parte de mi alegría y mi corazón, pues mi madre, se lo llevó al dejarme sola.

Habían pasado catorce años y seguía sin saber por qué no pensó en mí, en que me dejaba sola en el mundo y con el corazón hecho pedazos.

Era mi madre y la quise con toda mi alma, aun sabiendo que se metió en ese mundo del que no consiguió salir.

Pero siempre, desde el primer momento en el que supo que estaba sola para cuidar de mí, sin la ayuda de un padre que jamás querría saber nada de su hija bastarda, trabajó duro para que nunca me faltara un plato de comida que llevarme a la boca.

La culpaba por muchas cosas, por todo ese dolor que me causó que decidiera tomar aquella decisión, pero no podía culparla por no haber trabajado para darme de comer porque sí lo hizo.

Aún hoy en día me seguía preguntando muchas cosas sobre ella, sobre lo que habría sido nuestra vida si nunca se hubiese cruzado en su camino aquel novio que la llevó a ese mundo.

A veces cerraba los ojos, la recordaba y nos imaginaba a las dos durante aquellos años en los que no tuve la mejor de las infancias con una vida completamente distinta, llegando a mi adolescencia con ella y contando con sus consejos en temas de chicos y demás cuestiones.

Incluso podía imaginarnos a día de hoy, siendo ella una hermosa mujer de cuarenta y ocho años, con un buen empleo, tal vez un marido cariñoso y atento que también me hubiese querido a mí como su hija, y pasando esas tardes de madre e hija en el centro comercial de tiendas, tomando café y riendo por cualquier cosa.

Volví a guardar las fotos con las lágrimas cayendo por mis mejillas, y me acurruqué en la cama cerrando los ojos, al tiempo que le daba las buenas noches a aquella madre que conocí en mis primeros años de vida, en esa que sonreía con absoluta felicidad.

a

;

Aún hoy en día me seguía preguntando muchas cosas sobre ella, sobre lo que habría sido nuestra vida si nunca se hubiese cruzado en su camino aquel novio que la llevó a ese mundo.

A veces cerraba los ojos, la recordaba y nos imaginaba a las dos durante aquellos años en los que no tuve la mejor de las infancias con una vida completamente distinta, llegando a mi adolescencia con ella y contando con sus consejos en temas de chicos y demás cuestiones.

Incluso podía imaginarnos a día de hoy, siendo ella una hermosa mujer de cuarenta y ocho años, con un buen empleo, tal vez un marido cariñoso y atento que también me hubiese querido a mí como su hija, y pasando esas tardes de madre e hija en el centro comercial de tiendas, tomando café y riendo por cualquier cosa.

Volví a guardar las fotos con las lágrimas cayendo por mis mejillas, y me acurruqué en la cama cerrando los ojos, al tiempo que le daba las buenas noches a aquella madre que conocí en mis primeros años de vida, en esa que sonreía con absoluta felicidad.

Capítulo 6



Primer día de trabajo y estaba que me comían los nervios.

Jorge me había dicho que no me preocupara de nada, pero cada vez que había empezado en un puesto de trabajo nuevo, era como el primer día de la vuelta al cole. Todo tan nuevo, con tanta incertidumbre de cómo serían los compañeros y el jefe, sobre todo, el jefe.

Jorge y yo llegamos juntos, a partir de ese momento cada uno cogería su coche durante una semana y llevaría al otro, así que además de compartir los gastos de la casa, también compartiríamos los de la gasolina.

Nada más entrar en el edificio, Mireia nos recibió con una amplia sonrisa.

—Buenos días, Jorge. Daniela, me alegro verte de nuevo.

—Buenos días —sonreí—. Yo también.

—Elvira te espera en su despacho para llevarte a ver al jefe.

—Gracias.

—Vamos, cariño —Jorge me pasó el brazo por los hombros y me besó la sien—. Y deja de temblar que estás para ir a robar panderetas ahora —rio.

—Calla, idiota —le di un codazo en el costado—. Estoy nerviosa, joder.

—Pues no tienes motivos. El jefe no muerde —se encogió de hombros.

Fuimos hasta el despacho de Elvira y cuando nos vio entrar a los dos, saludó a Jorge con un par de besos y tras quedar con él para tomar algo esa noche, insistiendo en que yo los acompañara, le mandó a su puesto a trabajar.

—Que vaya bien el primer día, cariño —me hizo un guiño antes de salir y nos dejó solas.

—Bien, ¿lista para conocer a tu jefe?

—Sí, solo espero estar a la altura.

—Oh, querida, lo estarás, de eso no tengo la menor duda. Vamos.

La seguí por el pasillo hasta el ascensor, donde tras entrar pulsó el botón de la última planta, en la que me dijo que estaban los despachos de los dos socios y dueños de la empresa.

Al salir, me encontré con una salita de espera de lo más acogedora y luminosa. Dos sofás de tres plazas con una mesa de café en el centro, amplios ventanales y una mesa con una máquina de café de cápsulas, una cesta con azucarillos, vasos y cucharillas, y una fuente de esas de agua embotellada para quien tuviera que esperar allí a ser recibido.

—Hacia la derecha está el despacho de David, uno de los socios, y el de Elisa, su secretaria. Tú tendrás que ir hacia la izquierda —sonrió—. Vamos.

Fui tras ella, notando cómo me latía el corazón a toda velocidad por los nervios, y es que conocer al jefe siempre era una prueba de fuego para mí. Quería causar una buena impresión y que viera que era una secretaria eficiente, organizada y con capacidad de llevar a cabo todas y cada una de las peticiones que tuviera.

Me había puesto un conjunto de lo más elegante y profesional, ese que según Jorge me hacía lucir más sexy de lo que yo me imaginaba. Falda lápiz en color azul marino, camisa rosa pastel de seda y los zapatos de tacón también en azul. El problema de eso era que la falda, en palabras de mi mejor amigo, me hacía un culo, que ni el de Jenifer López.

Paramos ante la puerta del despacho del jefe y me señaló el que iba a ser mi lugar de trabajo. Tenía mi propio despacho y era acogedor, luminoso y con todos los muebles blancos, en contraste con las paredes grises, al igual que el resto del edificio.

Tras llamar a la puerta, abrió asomándose y le dio los buenos días al jefe.

—Su nueva secretaria está aquí —le dijo.

—Hazla pasar, por favor —contestó él, con una voz de lo más varonil.

Elvira me miró con una sonrisa en los labios, se hizo a un lado y me dejó pasar.

—Te dejo con tu jefe, nos vemos después.

Entré y la vi cerrar la puerta, poco después escuché de nuevo la voz de mi jefe.

—Así que, tú eres Daniela.

Me giré para mirarlo y tuve que tragar con fuerza al ver al hombre que tenía delante.

Alto, moreno, con los ojos de un color azul casi gris que resultaban ligeramente intimidantes.

Llevaba un traje gris que le quedaba como un guante, se notaba que era hecho a medida, acompañado de una camisa blanca y una corbata en azul marino.

—Sí, soy... Soy Daniela, señor.

—Tienes un currículum impecable, y esa carta de recomendación que le diste a Elvira, se nota que tu anterior jefe te aprecia. Hablé con él, no dejó de alabarte como secretaria. Espero que estés a la altura en esta empresa.

—Le aseguro que lo estaré, señor.

—Eso ya lo veremos —dijo recostándose en su sillón, yo seguía de pie delante del escritorio, pues no me había dicho que podía sentarme, así que, no lo hice—. Antes de encontrar a mi secretaria, tuve algunas que no eran tan competentes como decían ser. Soy exigente, me gusta la puntualidad, el trabajo bien hecho y si te pido algo para ayer, lo tengas para antes de ayer. No me gusta que mis empleados pierdan el tiempo, no me gusta que me hagan esperar y no soporto el café frío.

—Entendido.

—Puedo pedirte trabajar fuera de horario, por lo que un no, no sería la respuesta correcta.

—No hay problema por eso.

—Te necesito las veinticuatro horas del día a mi disposición, puede que una noche te llame para que redactes el borrador de un contrato que querré en mi mesa a primera hora de la mañana. O que tengas que ir a recoger mi traje a la tintorería antes de irte a casa. Cosas que puede que creas que no son competencia de una secretaria, pero en esta empresa, sí lo son. ¿Estás realmente dispuesta a ser una secretaria veinticuatro horas al día, los siete días de la semana?

—¿Los fines de semana también? Por Dios eso es...

—Estás dispuesta, sí o no —arqueó la ceja—. Sé que has firmado un contrato, pero puedo hacer que lo rescindan y encontrar otra secretaria.

—Dudo mucho que la encuentre, señor —dije dejando mis nervios a un lado—. Elvira hizo varias entrevistas antes que la mía, y no encontró a la indicada. Por algún motivo yo le parecí la indicada para el puesto, supongo que debe ser porque lo conoce bien y sabe lo exigente que es, lo que busca en una secretaria y lo que necesita de ella. Así que, si quiere rescindir mi contrato, perfecto, pero no encontrará una secretaria a su gusto en, al menos, una semana, y dudo mucho que la secretaria de su socio pueda hacer la tarea de dos secretarias. Si no le parezco lo suficientemente buena, despídame.

—Y ahí está lo que sabía que podía encontrar —dijo con una media sonrisa de lo más peligrosa—. Eres tímida, Daniela, se ve a leguas, pero tienes agallas. Soy exigente, me gusta que mi secretaria sea eficiente y me facilite el trabajo, pero no soy un ogro que va a tenerte los fines de semana a mi entera disposición. De lunes a viernes puedes que sí te llame o te escriba para que redactes algún borrador, pero los fines de semana son tuyos para hacer lo que quieras. Ahora ve a tu despacho, tienes algunos borradores que prepararme. Y los necesito para...

—Antes de ayer —le corté—. Me ha quedado claro.

—Eso es. ¿Puedes traerme un café? Tengo una llamada que hacer y ya voy tarde —suspiró.

—¿Cómo le gusta?

—Solo y muy caliente.

—Ahora se lo traigo.

Salí del despacho y lo dejé con esa llamada que tenía que hacer. Dejé el bolso sobre mi mesa y fui a prepararle el café en la máquina que había en la sala de espera, momento que aproveché para prepararme uno también, con leche y azúcar, totalmente diferente a lo que él tomaba.

Dejé el mío en mi despacho y le llevé el suyo, estaba hablando aún por teléfono, así que puse el café en la mesa y salí de allí cerrando la puerta.

Cuando me senté en mi sillón vi el montón de carpetas que había en la mesa con algunas anotaciones en las páginas, y tras el primer sorbo al café me dispuse a preparar aquellos borradores durante el resto de la mañana.

Vi salir a mi jefe sin decirme nada y cuando vi que era la hora de comer, decidí bajar a la cafetería que había en la esquina de nuestra calle por un sándwich y un refresco para regresar a mi despacho.

Para cuando llegó la hora de salida tenía todos los borradores listos y los llevé a su mesa, no había vuelto a verle desde que se marchó y tampoco me llamó por teléfono para decirme nada.

Recogí mis cosas y bajé hasta la recepción para esperar a Jorge y Elvira, pues aquel primer día estaba superado y después de lo que el jefe me había hecho pasar, necesitaba tomarme una copa y hablar con mi mejor amigo de lo

gilipollas que me había parecido mi jefe, ese que ni siquiera se había presentado.

o

e

l

gilipollas que me había parecido mi jefe, ese que ni siquiera se había presentado.

Capítulo 7



Estaba mirando en el móvil qué podría ver esa noche al llegar a casa mientras cenaba, cuando noté el brazo de Jorge alrededor de mis hombros.

—¿Qué tal el primer día de mi chica? No me has llamado para ir a comer —dijo dándome un beso en la mejilla.

—Bajé por un sándwich a la cafetería y regresé al trabajo, tenía varios borradores de contratos que quería mi jefe, redactados para mañana.

—Ya estamos otra vez —volteó los ojos—. ¿Por qué siempre activas el modo “prisas” el primer día?

—Porque quería demostrarle al capullo de mi jefe que soy eficiente.

—¿Y ese tonito? ¿Qué ha pasado?

—Pues que mi jefe me ha puesto a prueba, eso ha pasado.

—Ya estoy aquí, chicos —nos giramos al escuchar a Elvira—. ¿Y Mireia?

—Cuando he llegado no estaba —contesté.

—Estoy aquí —dijo la recepcionista, que venía con un zapato de tacón en la mano, andando medio descalza—. A mi zapato se le ha ocurrido la genial idea de romperse hoy, y he tenido que ir al almacén en busca de pegamento extra fuerte. Estoy esperando que se seque del todo.

—Desde luego, lo que no te pase a ti —rio Jorge—. ¿Cuántos tacones se han roto en lo que va de mes? Vamos a tener que hacer algo con ese chico de seguridad tan mono que hace que pierdas el equilibrio y se te rompan, que cualquier día lo que se acabará rompiendo será tu tobillo.

—No es por...

—Ni se te ocurra negarlo —rio Elvira—, que todos hemos visto cómo te sonrojas cuando está delante. Y no me extraña, es muy mono. Y ese pantalón del uniforme, le hace un culito...

—Ah, todavía estáis aquí —miré hacia la zona de ascensores y vi acercarse a nosotros a una chica morena con una amplia sonrisa que debía ser Elisa—. Creí que llegaba tarde. Estaba terminando de enviar unos e-mails que me pidió David. Tú debes de ser Daniela —dijo al verme.

—Y tú, Elisa.

—La misma —me dio un par de besos—. ¿Qué tal ha ido tu primer día?

—¿Puedo hablar con total confianza y tranquilidad de mi jefe? —pregunté mirando a las tres chicas, puesto que con Jorge sí tenía confianza.

—Sí —contestaron ellas al unísono.

—Ese hombre se ha portado como un auténtico gilipollas conmigo, nada más quedarnos a solas en su despacho.

—Buenas tardes a todos —me paralicé en cuanto escuché su voz, ¿de dónde coño había salido mi jefe, que venía de la zona de los ascensores?

—Buenas tardes, jefe —le saludaron y, al pasar por nuestro lado, se quedó mirándome.

—Daniela, te quiero mañana a las ocho en mi despacho —abrí la boca, y no me dejó hablar—. Sí, sé que entras a las nueve, pero recuerda lo que hablamos. Disponible para mí las veinticuatro horas.

—Sí, señor —respondí, y lo vi salir de las oficinas.

—Me da que te ha escuchado —murmuró Jorge.

—No me digas, ¿en serio? Por Dios, no se puede tener peor suerte —me pasé la mano por la frente.

—Vamos a la cafetería, que yo tengo curiosidad por saber qué te ha pasado con Alex —dijo Elvira, cogiéndome del brazo para ir a hacia la puerta.

—¿Se llama Alex? —pregunté— Es que ni siquiera se ha presentado.

—Pues eso sí que es raro —rio Elisa—. Con lo majo que es, ¿no se ha mostrado simpático contigo?

—Necesito una cerveza —dije mientras salíamos.

En cuanto pusimos un pie fuera vi a mi jefe subiendo a un coche deportivo negro de lo más elegante. Pero no fue su coche lo que me llamó la atención, sino el hecho de que seguía mirándome como si me fuera a perdonar la vida.

a

Vamos, que, si esa primera mañana de trabajo me había recibido de aquel modo tan poco agradable, haciéndome querer dimitir porque se creyera que no era lo suficientemente buena para el puesto, después de escucharme llamarlo gilipollas, mi puesto como secretaria corría peligro, estaba segura.

Entramos en la cafetería donde había comprado mi sándwich para comer, y nos sentamos en una de las mesas de la terraza, cuando se acercó la camarera a tomarnos nota, pedimos cervezas para todos.

—Entonces, ¿qué ha pasado, cariño? —preguntó Jorge.

Suspiré y les conté lo ocurrido en el despacho de Alex, mi jefe, y el modo en el que yo contesté al decirle que no podía tenerme también los fines de semana a su entera disposición, y que finalmente resultó que solo me estaba poniendo a prueba.

—En una cosa lleva razón, hasta que encontró a su antigua secretaria, tuvo unas cuantas que no eran para nada eficaces ni competentes —dijo Elvira—. Nos dimos cuenta enseguida, por suerte. Pero has hecho bien en recordarle que no encontraría a nadie antes de una semana —sonrió—. Mira, cielo, Alex puede ser un poco... terco, a veces. Exigente —continuó—, sin lugar a dudas, impaciente e incluso algo intimidante.

—¿Solo algo? —Arqué la ceja— La mirada que me ha echado cuando ha pasado por delante nuestra y desde su coche, podría haberme hecho desaparecer.

—Sea como sea, Alex es muy perfeccionista en lo que a su empresa respecta, igual que David, les gusta que todo se haga bien —dijo Elisa, que, al ser la secretaria del otro socio, conocía muy bien a mi jefe.

—Por no hablar de que es un hombre que siempre consigue lo que quiere —añadió Elvira.

Nos quedamos allí tomando aquella cerveza mientras yo pensaba que, después de aquella pillada por parte de mi jefe diciendo que era un gilipollas, probablemente estaría pensando en despedirme al día siguiente, por eso quería verme en su despacho una hora antes de mi turno de entrada.

Y si era un hombre que, como decía Elvira, siempre conseguía lo que quería, tendría fácil despedir a su nueva secretaria, puesto que estaba dentro de ese periodo de prueba en el que, si comprobaba que no era lo que buscaba y necesitaba para el puesto en el que me habían contratado, no tendría ni que darme una cuantiosa indemnización.

No debería ser alarmista, pero es que con la suerte que había tenido en los últimos tiempos...

En mi mente ya estaba planificando la búsqueda de empleo en cuanto llegara a casa, nada de cenar viendo una

película o una serie con Jorge.

Desconecté la mente de aquellos pensamientos y me centré en las tres mujeres que estaban conmigo y mi mejor amigo en ese momento, y debía reconocer que no era de extrañar que él se llevara bien con todas.

Eran simpáticas y de lo más agradable, por no hablar de esos puntos que cada una tenía.

—Ahora que ya conocemos a tu chica, a ver si salimos los cinco a quemar la noche —propuso Elvira.

—Eso está hecho, pero avisadme con tiempo no sea que tenga planes —contesté.

—¿Qué planes podrías tener tú? —preguntó Jorge, elevando ambas cejas.

—Pues no sé, quedarme en casa con una botella de vino y una peli, o, quién sabe, igual en estos días conozco a alguien y me invita a salir.

—Si eso pasa, cariño, me paso por la iglesia del centro y le pongo unas velitas a todos los santos y las vírgenes habidas y por haber.

—La madre que te parió —reí—, qué cabrito eres.

—Chico, ni que Daniela fuera un bicho que no quiere nadie —dijo Elisa—. Mírala, es preciosa.

—No es por eso, puedes creerme —rio él—. Es que aquí la señorita no busca hombres desde que la dejó su ex por otra.

—Querida, te voy a decir una cosa: si se fue con otra, él se lo pierde. Si no valoró lo que tenía, el Karma se encargará de hacer que lo pague, y tú estarás sentada en una silla viendo el espectáculo, tomándote una cerveza con unas patatas fritas, unas aceitunitas y disfrutando de ese momento cuando te des cuenta de que tu ex pagó lo que te hizo.

—Haz caso a Elvira, que habla por experiencia —me aconsejó Mireia.

—¿Qué te pasó? —curioseé, aunque sabía algunas cosas porque Jorge me las había contado.

—Me casé enamorada, él era muy trabajador cuando nos conocimos, hasta que, por una mala racha de su empresa cerraron despidiendo a todos. Pasó a ser un hombre pegado a un sofá, el asiento tenía la forma de su culo, como el sofá de Los Simpson —volteó los ojos—. Cobraba poco del paro y se lo gastaba, y lo mío también. Hasta que decidí que era suficiente cuando me llegó devuelto el recibo del seguro de mi coche, ni se molestó en dejar ese dinero ahí. Me divorcié, y a los tres meses a él le tocó la lotería, un buen pellizco, no creas que no, y conoció a alguien. Al cabo de unos pocos meses se casó y esa mujer es la sanguijuela que él fue conmigo. Tienen dos hijos y

ella gasta el dinero como si tuvieran una impresora en casa que sacara miles de euros cada noche. ¿Sabes lo peor? Que según me dijo su abogado, que es el marido de mi abogada, una buena amiga del instituto, si le pide el divorcio le despluma y se queda sin nada, así que está casado con una sanguijuela que le quiere solo por su dinero. El Karma es sabio, querida, solo espera a que actúe —sonrió antes de dar un sorbo a su cerveza.

No sabía si el Karma actuaría con mi ex, pero de ser así, esperaba que a él le hicieran lo mismo que me había hecho a mí. Sería muy poético que esa mujer a la que tanto decía querer y por la que me había dejado, lo engañara con otro hombre.

Después de aquella cerveza, nos despedimos hasta el día siguiente y Jorge y yo nos fuimos para casa.

La verdad era que estaba deseando llegar, darme una ducha y ponerme el pijama para acomodarme en el sofá.

—¿Pizza para cenar? —preguntó Jorge cuando salimos del parking del edificio.

—Por mí, genial —sonreí.

Paramos en nuestra pizzería favorita de camino a casa para cogerlas.

Aquel primer día de trabajo había sido tranquilo, si obviaba lo sucedido con mi jefe, y esperaba que los siguientes fueran así, siempre que Alex no me despidiera a la mañana siguiente con efecto inmediato, claro.

:

l,
l

y

ella gasta el dinero como si tuvieran una impresora en casa que sacara miles de euros cada noche. ¿Sabes lo peor? Que según me dijo su abogado, que es el marido de mi abogada, una buena amiga del instituto, si le pide el divorcio le despluma y se queda sin nada, así que está casado con una sanguijuela que le quiere solo por su dinero. El Karma es sabio, querida, solo espera a que actúe —sonrió antes de dar un sorbo a su cerveza.

No sabía si el Karma actuaría con mi ex, pero de ser así, esperaba que a él le hicieran lo mismo que me había hecho a mí. Sería muy poético que esa mujer a la que tanto decía querer y por la que me había dejado, lo engañara con otro hombre.

Después de aquella cerveza, nos despedimos hasta el día siguiente y Jorge y yo nos fuimos para casa.

La verdad era que estaba deseando llegar, darme una ducha y ponerme el pijama para acomodarme en el sofá.

—¿Pizza para cenar? —preguntó Jorge cuando salimos del parking del edificio.

—Por mí, genial —sonreí.

Paramos en nuestra pizzería favorita de camino a casa para cogerlas.

Aquel primer día de trabajo había sido tranquilo, si obviaba lo sucedido con mi jefe, y esperaba que los siguientes fueran así, siempre que Alex no me despidiera a la mañana siguiente con efecto inmediato, claro.

Capítulo 8



Salí de casa con tiempo suficiente para estar a las ocho en el despacho de mi jefe, por lo que Jorge debería ir con su coche esa mañana.

Seguía sin saber en qué momento de la tarde anterior el jefe había regresado a las oficinas, puesto que no lo vi aparecer desde que se marchó. Tal vez nos cruzamos en los ascensores, él subió en uno mientras yo bajaba en el otro.

Aparqué en la plaza que tenía asignada para mí, esa que el chico de la garita me dijo que estaba junto a la de Alex y sí, encontré su coche aparcado.

Me di tanta prisa como pude para llegar puntual al despacho dado que no le gustaba que le hicieran esperar, y a falta de solo dos minutos para las ocho, estaba llamando a su puerta.

—Adelante —dijo desde el interior del despacho.

—Buenos días, señor —saludé, asomando la cabeza.

—Buenos días, Daniela. Pasa y siéntate.

Asentí, cerré la puerta y fui hacia una de las sillas que había frente a su escritorio.

Estaba guapísimo con aquel traje azul marino, la corbata un poco más clara y la camisa blanca.

Su perfume llenaba el despacho, era varonil, amaderado y con un leve toque de canela, o eso me parecía.

Aquellos ojos seguían resultándome intimidantes, pero al mismo tiempo me generaban curiosidad.

—Usted dirá para qué quería verme a esta hora —dije tras sentarme.

—Cuando regresé ayer no estabas en tu puesto.

—Bueno, a la hora de salida me marché. No sabía que iba a volver, no me dijo nada cuando se fue y tampoco llamó.

—¿Dejaste todos los borradores preparados? —preguntó.

—Sí, se los dejé en la mesa —señalé las carpetas—. Dijo que los quería a primera hora de hoy —me encogí de hombros.

—Los vi, por eso te preguntaba. Pero supuse que habría alguno que no te daría tiempo.

—Bueno, soy una secretaria eficiente —me limité a contestar.

—Llevo desde las seis aquí, y están todos perfectos. Pásalos al correo de Elisa y que se los haga llegar a David, en cuanto tenga el visto bueno de mi socio, podremos enviarlos para firmar.

—Entendido. ¿Alguna cosa más?

—Sí —entrelazó los dedos y apoyó ambos brazos en la mesa al tiempo que se inclinaba hacia delante—. ¿A qué venía eso de que soy un gilipollas? —preguntó arqueando la ceja.

—No debí decirlo, lo siento.

—Pero habría un motivo para ello.

—Fue por cómo me trató por la mañana, sin conocerme de nada, pensar que no estaba cualificada para el puesto, aun habiendo alabado mi currículum y el hecho de que mi último jefe le hablara bien de mí.

—Verás, Daniela —dijo recostándose en el asiento con las manos aún cruzadas sobre su vientre—. No sería la primera vez que pido información sobre una secretaria, y recibo solo aquello que ella quería que me dijeran para permanecer en el puesto. En alguna ocasión incluso esos jefes alababan a sus secretarias por cuestiones que para nada tenían que ver con el cargo, no sé si me entiendes... —Arqueó la ceja.

—Pues no, la verdad.

—Sexo, Daniela, me refiero al sexo. Hubo algunos hombres que me dijeron que habían tenido sexo con sus secretarias. Necesitaba comprobar si tu anterior jefe, te alababa por ese tema, y no por tu eficiencia y buen hacer en el puesto de secretaria de dirección.

—Deje que le diga algo, señor —me puse en pie al tiempo que apoyaba ambas manos en la mesa—. Jamás, en mi años como secretaria me he acostado con mi jefe, a pesar de que solo haya tenido un par de trabajos. Eso es algo

que no va conmigo. Trabajo es trabajo, nada más. Si quiero tener sexo con un hombre, lo busco fuera de la empresa. Así que le pido por favor que deje de hacer suposiciones sobre mí y se limite a valorar mi trabajo como su secretaria —me incorporé sin apartar la mirada de la suya—. Y si no tiene nada más que decirme, voy a enviarle copia de esos borradores a Elisa, para que se los haga llegar a su socio a su e-mail cuando estén en sus despachos.

Giré sin decir nada más para irme, comencé a caminar hacia la puerta y sentí que me estremecía cuando dijo mi nombre con un tono de lo más autoritario, pero al mismo tiempo, me pareció hasta sensual.

—Tráeme un café, ya sabes cómo me gusta.

—Sí, señor.

Salí de su despacho y fui a dejar mis cosas en el mío, encendí el portátil para que fuera arrancando y estuviera listo a mi regreso, y fui a preparar nuestros cafés.

Dejé el mío sobre el escritorio y llamé a su puerta esperando que me diera paso para entregarle el suyo, cosa que hice dejándolo sobre el escritorio, frente a él.

—Daniela, creo que tengo agendada una reunión para hoy a las diez, ¿puedes comprobarlo, por favor?

—Por supuesto, señor.

—Llama al cliente para verificar que sigue en pie.

—Lo haré, señor —esperé unos segundos por si decía algo más, pero al no hacerlo, giré sobre mis talones para ir a mi despacho y empezar a trabajar, hasta que me llamó haciendo que me detuviera frente a la puerta con la manilla en la mano—. ¿Sí, señor? —pregunté mirándolo por encima del hombro.

—Deja de llamarme así, que me siento como si estuvieras hablando con mi padre. Llámame Alex, solo Alex.

—Es que ayer no me dijo su nombre, señor —contesté, dejando claro que no iba a tutearlo—, y, aunque así hubiera sido, soy su secretaria, no una amiga o una colega con la que sale a tomar unas cervezas.

Antes de girarme para salir le vi una leve sonrisilla de medio lado, cosa que hizo saber que a mi jefe le causaba gracia cuando yo dejaba salir ese genio ocultando mi timidez, tal como había dicho la mañana anterior.

Me senté frente mi escritorio, le di un sorbo al café y verifiqué en la agenda de Alex que tenía una reunión esa mañana a las diez, allí mismo, en las oficinas. Llamé al cliente que me confirmó su asistencia, y se lo hice saber a él mediante la aplicación de mensajería de texto interna que teníamos en la empresa.

De Diana: *Reunión a las diez de hoy confirmada con el cliente.*

No tardó en responderme, también con un mensaje interno.

De Alex: *Perfecto. Avísame a las diez menos cuarto para salir con tiempo para recibirle.*

No respondí, no era necesario puesto que cuando se leía el mensaje, al igual que en las aplicaciones del móvil, quedaba registrado que el destinatario lo había leído.

Busqué en sus correspondientes carpetas los borradores que había redactado durante el día anterior y se los envié a Elisa, haciéndole saber que, en cuanto David los hubiera revisado, llamara a Alex para proceder a redactarlos bien y enviárselos a los clientes.

El tiempo hasta tener que avisar al jefe de su reunión lo pasé echando un vistazo a su agenda.

Debía admitir que la secretaria anterior de Alex era muy organizada, cosa que me puso el trabajo muy fácil en cuanto a la agenda de la semana siguiente, con las horas de las reuniones y demás citas.

De Elisa: *Buenos días, guapa. Ya tiene David los borradores, te aviso cuando los haya revisado. ¿Te veo a las once para un café?*

Sonreí mientras leía y le dije que sí, que a las once nos encontrábamos en esa pequeña salita donde prepararnos un café de media mañana.

A las diez menos cuarto, tal como me había pedido, llamé a la puerta del despacho de mi jefe.

a

—Señor, si quiere recibir a su cliente, será mejor que vaya bajando ya —dije cuando me dio paso.

—Gracias, Daniela.

Asentí y regresé a mi despacho.

Estaba revisando algunos correos de clientes para comprobar que las reuniones de la semana siguiente no hubieran sido canceladas, cuando el bolígrafo con el que jugaba entre los dedos, una manía que no conseguía quitarme, salió disparado y acabó rodando por el suelo hasta que se coló debajo de la estantería que tenía en la pared de la izquierda.

Suspiré, fui hacia allí y tras arrodillarme para echar un vistazo y cogerlo, metí la mano con la suerte de que lo toqué enseguida.

Escuché un carraspeo desde la puerta y, cuando miré por encima del hombro, encontré a Alex allí parado, con

ambas manos en los bolsillos, mirándome con la ceja arqueada.

—¿Necesita algo, señor? —pregunté poniéndome de pie, sacudiéndome un poco la falda.

—Pasaba por delante cuando te he visto —tragó con fuerza, parecía un poco nervioso—. Un consejo, Daniela —dijo entrando en el despacho y haciendo que pareciera mucho más pequeño de lo que era—. Si vas a inclinarte de ese modo, no uses tanga de hilo para venir a la oficina. Nunca se sabe quién podría ver algo que no debería haber visto —susurró, y a mí se me hizo tal nudo en la garganta que no podía ni hablar, eso sin mencionar que notaba mis mejillas ardiendo—. Venía a traerte esto —cogió la carpeta que llevaba bajo el brazo y en la que no me había fijado hasta ese momento—. Quiero que revises este borrador y lo mejores, es para un posible cliente con el que me reúno el lunes.

—Claro, señor.

—Si me sigues llamando así... —vi el modo en el que su mirada bajó hacia mis ojos, y en ese momento sentí un leve escalofrío recorriéndome el cuerpo, pero no dijo nada más al respecto— Quiero ese borrador cuando regrese sobre mi mesa.

—Sí, señor —dije en un tono más bajo del que debería, sin duda alguna por culpa de esa timidez que me acompañaba en ocasiones.

Alex se quedó allí, mirándome fijamente los labios, después volvió a mirarme a los ojos y salió de mi despacho dejando allí su perfume.

Y olía bien, eso debía admitirlo.

A las once me reuní con Elisa en la pequeña salita de espera y mientras nos tomábamos el café me preguntó qué tal ese segundo día con Alex.

—Por el momento va bien —contesté sin más, pues no tenía todas conmigo y no sabía si habría alguna cámara en ese lugar que estuviera grabando y después mi jefe lo usara en mi contra.

Charlamos unos minutos hasta que su móvil empezó a sonar y dijo que era David buscándola.

Aún no conocía al otro socio y no sabía si lo vería pronto.

Regresé al despacho y pasé el resto de la mañana con ese borrador que me había dejado el jefe.

No era un contrato, sino un dossier muy completo de todo lo que la empresa hacía para mantener la seguridad de los sistemas informáticos de los clientes bien protegidos.

A la hora de comer seguía sin noticias de Alex, llamé a Jorge para ver si comíamos juntos y me dijo que tenía un

pequeño problema que estaba solucionando con Nando, así que comerían algo de la cafetería, por lo que decidí hacer lo mismo.

—Oye, dice Nando, que mañana nos invita a cenar en su casa —dijo antes de que me despidiera.

—Dile que acepto encantada —sonreí—. Que os sea leve. Te quiero, bicho.

—Bicho dice, qué valor el tuyo, nena —reí mientras colgaba y cogí mi bolso antes de salir.

Bajé por un sándwich y un refresco a la cafetería tal como había hecho el día anterior, y no tardé en regresar a mi despachito para seguir trabajando en lo que me había pedido Alex.

Al igual que el día anterior no había rastro de mi jefe cuando llegó la hora de irme, por lo que decidí llamarlo al móvil.

—¿Sí? —preguntó al descolgar, había ruido de bar de fondo.

—Señor, soy Daniela.

—Dime.

—Me marcho ya, ¿necesita alguna cosa?

—¿Has revisado el borrador que te di esta mañana?

—Sí, he modificado algunas cosas, lo tiene en su despacho.

—Bien, puedes marcharte. Nos vemos mañana.

—Muy bien, hasta mañana entonces.

Colgué, recogí mis cosas y me dispuse a marcharme.

pequeño problema que estaba solucionando con Nando, así que comerían algo de la cafetería, por lo que decidí hacer lo mismo.

—Oye, dice Nando, que mañana nos invita a cenar en su casa —dijo antes de que me despidiera.

—Dile que acepto encantada —sonreí—. Que os sea leve. Te quiero, bicho.

—Bicho dice, qué valor el tuyo, nena —reí mientras colgaba y cogí mi bolso antes de salir.

Bajé por un sándwich y un refresco a la cafetería tal como había hecho el día anterior, y no tardé en regresar a mi despachito para seguir trabajando en lo que me había pedido Alex.

Al igual que el día anterior no había rastro de mi jefe cuando llegó la hora de irme, por lo que decidí llamarlo al móvil.

—¿Sí? —preguntó al descolgar, había ruido de bar de fondo.

—Señor, soy Daniela.

—Dime.

—Me marchó ya, ¿necesita alguna cosa?

—¿Has revisado el borrador que te di esta mañana?

—Sí, he modificado algunas cosas, lo tiene en su despacho.

—Bien, puedes marcharte. Nos vemos mañana.

—Muy bien, hasta mañana entonces.

Colgué, recogí mis cosas y me dispuse a marcharme.

Capítulo 9



Fui al centro comercial para desconectar un poco, eso de ir de tiendas era algo que siempre funcionaba para ese cometido, aunque acabara sin comprar nada.

Solo que en esa ocasión sí quería comprar algo, pues al día siguiente tenía una cena con los chicos en casa de Nando y no quería ir con las manos vacías.

A los dos les gustaba disfrutar de unas copas de vino con la cena, así que iba a ir a bodega en la que tenían los mejores de toda España.

Pero antes pasaría por mis tiendas favoritas, esas donde siempre encontraba alguna prenda de la que me enamoraba a primera vista, a muy buen precio, y la compraba para darme un capricho.

—Hola, Daniela —me saludó Romina, la dependienta de una de ellas.

—Hola —sonreí.

—Llegas justo a tiempo, acaban de traernos un pedido con unos vestidos que te van a encantar —dijo cogiéndome del brazo y me llevó hasta la zona de novedades.

Y a ella, que me conocía muy bien, no le faltó razón para decir aquello.

Tenía unos vestidos largos de esos vaporosos en colores pastel, blanco, azul marino y algunos con flores, de tirante ancho y con un cinturón, que eran preciosos.

Me probé varios y acabé comprando tres, en blanco, amarillo pastel con flores y azul marino.

Tenía unas cuñas negras, pero Romina me enseñó unas blancas que iban a ir de lujo con aquellos vestidos, y con los vaqueros cortos y la camiseta de manga corta y hombro caído que también compré.

—Ya llevo modelitos para medio verano —dije cuando me dio las dos bolsas.

—Esto es lo bueno de que nos lo traigan tan pronto, que te haces con unas cosas monísimas. Yo me he cogido un par de vestidos, uno largo y otro corto, y unas cuñas. Ya me he gastado una parte del sueldo antes de cobrarlo —rio.

—Eso suele pasar, que ves el sueldo entrar un día y al siguiente, se ha ido —volteé los ojos—. Voy a seguir echando un vistazo, que seguro que pico con algo más.

—En la tienda de ropa vaquera han traído cosas muy monas también, por si quieres mirar.

—Ah, pues sí, que, con estos vestidos para las noches de fresquito, una chaqueta vaquera nueva me vendrá bien.

—Adiós, Daniela —sonrió.

—Adiós, guapa.

Salí cargada con mis bolsas y fui hacia la tienda de ropa vaquera.

Allí acabé por picar también y compré dos pantalones vaqueros ajustados que, con las cuñas o los zapatos de tacón quedarían monísimos, un par de camisetas, una blanca y otra negra, que eran colores que combinaban con todo, y una chaqueta vaquera.

Acababa de pagar y estaba saliendo por la puerta cuando empezó a sonar mi teléfono.

—Hola, amor mío —sonreí.

—Hola, cariño. ¿Qué hace mi chica? —preguntó Jorge.

—Tu chica está de tiendas en el centro comercial.

—No me digas más, ya has pasado a ver a Romina —resopló.

—Ajá. Y acabo de salir de la tienda de ropa vaquera —reí.

—Vale, llegarás a la hora de cenar, entonces. ¿Pido pizza?

—De jamón y queso, por favor.

—Oído cocina. Pero no es por eso por lo que te llamaba. Es sobre mañana.

—Tengo en cuenta la cena, no te preocupes —sonreí.

—Lo sé. Quería comentarte que no estaremos los tres solos, Nando ha invitado a un amigo.

—¿Gay o hetero? —Arqué la ceja.

—Hetero, muy hetero.

—Jorge... —suspiré.

—Oye, es su mejor amigo, igual que tú la mía, y desde que lo dejó la novia hace un año apenas sale.

—Más os vale que no estéis intentando emparejarnos, que tú y yo nos conocemos muy bien.

—No, no, Dios me libre. Solo queremos que, de vez en cuando, salgamos los cuatro juntos.

—Porque te quiero, que, si no...

—Yo también te quiero, cariño. Nos vemos en un rato. Adiós.

—Adiós.

Suspiré mientras colgaba, y es que, a pesar de que quería a Jorge con locura, loca era lo que podía volverme a veces ese hombre.

No sería la primera vez que me organizaba una cita a ciegas, pero bueno, iba a hacerle caso y suponer que no era una doble cita, sino una cena, simple y llanamente, para conocer a la otra parte de este cuarteto de amigos que estábamos formando.

Me detuve frente al escaparate de la tienda de lencería y me llamó la atención un bonito conjunto en blanco, con lacitos rosas, entré por él del tirón y me compré un par de conjuntos más que me habían gustado.

No había duda de que esa tarde estaba desconectando de lo lindo, y no fue en ropa para mí en lo único que me gasté el dinero, dado que, al pasar frente a una de las tiendas de ropa masculina, entré para comprar un par de corbatas que regalarles a Jorge y Nando, sabía que les darían un buen uso en el trabajo.

Finalmente entré en la bodega y compré dos botellas de vino para esa noche, si íbamos a ser cuatro, mejor tener de sobra.

Fui a la cafetería donde servían unos gofres con Nutella y helado de nata que estaban buenísimos, pedí uno con un café y, no había hecho más que irse el camarero, cuando alguien dijo mi nombre.

—Daniela, ¿eres tú? —Me giré y vi a una chica más o menos de mi edad, morena, empujando un carrito.

—Sí, soy Daniela, ¿y tú?

—Marisa, del curso de secretariado —contestó sonriendo—. Cuánto tiempo —se acercó y me puse en pie.

—Ay, Marisa, no te había conocido —sonreí dándole un abrazo.

—No me extraña, con el embarazo cogí algunos kilos y ahí se han quedado, agarrados a las caderas —suspiró.

—Qué bebé más bonita —dije al verla en su capazo.

—Se llama Bea, y tiene seis meses.

—¿Te casaste con ese novio que tenías?

—No, ese aceptó un empleo en una multinacional en Barcelona y se fue. Conocí a un chico en el trabajo, majísimo —sonrió—, y después de unos meses que sí, que no, acepté tomar un café con él, y hasta hoy.

—Pues me alegro mucho. ¿Quieres sentarte? Iba a tomarme un café y un gofre.

—Acabas de decir las palabras mágicas, dulce —me eché a reír—. Así no se me van a ir los kilos, lo sé, pero —se encogió de hombros— subo escaleras en casa todos los días.

—Eso lo compensa, obvio —dije quitándole importancia con la mano y se sentó en la mesa.

Llamé al camarero para que trajera otro café y un gofre para ella, y cogió a la niña en brazos para darle el biberón mientras lo traía.

Al igual que yo, Marisa llevaba un buen montón de bolsas, ropa de mujer, de hombre y de bebé.

—Cuéntame —dijo mientras la bebé tomaba su biberón tranquilamente—. ¿Te casaste?

—No, y ahora estoy soltera, mi novio me dejó hace unos meses.

^e—Vaya, ¿llevabais mucho?

—Unos añitos, sí.

¹

—Eso es una faena, te lo digo por experiencia. Pero, como dice mi madre, si el que se va no te quería, ya llegará el que lo haga —hizo un guiño—. Prueba de ello soy yo —rio.

Nos pusimos al día enseguida mientras tomábamos aquella dosis de cafeína y azúcar, cogí a la bebé en brazos y se me caía la baba al ver a aquella cosita tan bonita que me miraba con una leve sonrisilla en los labios.

De todas las chicas y chicos con los que hice aquel curso de secretariado, Marisa era con la que más había tratado, nos sentamos juntas y si una faltaba, la otra le daba los apuntes al día siguiente.

No es que fuéramos grandes amigas, pero sí buenas compañeras.

—Oye, dame tu número y así hablamos —dijo cogiendo el móvil—. Desde que lo dejé con aquel novio, perdí el contacto con sus amistades y, claro, las chicas hicieron sus vidas y eso —se encogió de hombros—. Y desde que dejé el trabajo, no tengo contacto ni con mis antiguas compañeras.

—Yo no salía ni con mis compañeras de trabajo —reí, le di mi número y me hizo una perdida, para que pudiera guardarme el suyo.

—¿Y ese chico tan mono que iba a buscarte a veces a clase?

—¿Jorge?

—Sí, ese —sonrió—. ¿Qué fue de él? Porque siempre me decías que solo erais amigos, pero yo no me daba picos con mis amigos.

—Sigue siendo mi mejor amigo, vivimos juntos, y tiene novio desde hace poco.

—Anda, que es gay, y yo pensando que era algo así como un follamigo tuyo —rio—. Vaya ojo tengo. Como nunca me dijiste nada.

—No suelo ir contando su vida, la verdad —sonreí.

—Pues te voy a decir una cosa, a mí me parecía un chico muy guapo. Menos mal que yo en aquel entonces tenía novio y no me insinué, porque habría hecho el ridículo.

—No sabes lo que es salir con él de copas, le miran tanto mujeres, como hombres, y cuando alguna se acerca y le dice que no juega en su liga, se quedan con la cara roja como tomates.

—No me extraña.

Empezó a sonarle el móvil y mientras contestaba la llamada, yo seguía con su pequeña en brazos, que no dejaba de cogerme del pelo y jugar con él entre los dedos.

—Hora de irse, hija. Tu padre está llegando —le dijo a la bebé guardando el móvil en el bolso y sacó la tarjeta para pagar.

—Eh, ¿dónde vas tú tan rápida? —Le aparté la mano.

—A pagar.

—De eso nada, hoy invito yo. Otro día quedamos y me invitas.

—Pues que sepas que te tomo la palabra, que necesito una amiga —rio.

Llamé al camarero y después de que me cobrara, cogí mis bolsas y dejamos la terracita de la cafetería para ir hacia la salida del centro comercial.

—Me ha alegrado mucho verte, Daniela —dijo dándome un abrazo—. Estamos en contacto, ¿sí?

—Claro, siempre es bueno pasar una tarde en el centro comercial tomando café y comiendo gofres —sonreí.

—Dios mío, voy a ser gordita por culpa del dulce el resto de mi vida —volteó los ojos.

—No digas bobadas, Marisa, que estás estupenda. Cuántas quisiera tener ese cuerpo después de haber tenido un bebé.

—En serio, tenemos que vernos más, qué manera de levantarme el ánimo. Cuídate, preciosa, y a ver si no pasan otros tantos años en vernos.

—Descuida, que no —sonreí—. Adiós, princesita —le dije a la bebé, cogiéndole la manita, mientras ella hacía un gorgojeo que acababa en una risilla.

Cuando Marisa y su pequeña salieron, fui hacia las escaleras para bajar al parking. Mientras caminaba por allí en dirección a mi coche, volví a tener esa extraña sensación como si me siguieran, y eso hizo que acelerara el paso mientras buscaba las llaves dentro del bolso un tanto nerviosa, hasta que llegué al coche y sin pensarlo, lancé las bolsas de aquella manera en la parte de los asientos traseros y subí encerrándome con los seguros puestos.

Puse el coche en marcha y miré para todas partes, esa sensación seguía ahí, y a cada segundo que pasaba, más nerviosa me ponía.

Estaba a punto de salir del aparcamiento, cuando alguien dio un par de golpes en la ventana y solté un grito.

—Dios mío —me encontré con un chico de unos dieciséis años.

—Señora, se le ha caído esta bolsa —dijo a través del cristal levantando la bolsa pequeña donde iban las corbatas de Jorge y Nando.

—Vaya, gracias, no me di cuenta —sonreí abriendo la ventana y cogiéndola.

—No hay de qué.

Me devolvió la sonrisa y se apartó para dejarme salir, cosa que hice un poco más tranquila.

Si seguía pensando que alguien me observaba y seguía a todas partes, acabaría por volverme loca, tenía que relajarme y olvidarme de ese asunto.

a

A fin de cuentas, si era quien yo creía, ¿por qué me estaría siguiendo? No tenía sentido, hacía años que no sabíamos nada el uno del otro, y así debía seguir siendo, por mi parte.

—Señora, se le ha caído esta bolsa —dijo a través del cristal levantando la bolsa pequeña donde iban las corbatas de Jorge y Nando.

—Vaya, gracias, no me di cuenta —sonreí abriendo la ventana y cogiéndola.

—No hay de qué.

Me devolvió la sonrisa y se apartó para dejarme salir, cosa que hice un poco más tranquila.

Si seguía pensando que alguien me observaba y seguía a todas partes, acabaría por volverme loca, tenía que relajarme y olvidarme de ese asunto.

A fin de cuentas, si era quien yo creía, ¿por qué me estaría siguiendo? No tenía sentido, hacía años que no sabíamos nada el uno del otro, y así debía seguir siendo, por mi parte.

Capítulo 10



Viernes, tercera mañana de trabajo en la empresa, y mi jefe acababa de ir a ver a su socio, ese hombre que seguía siendo un misterio para mí, porque aún no lo había visto.

Eran poco más de las diez y media y estaba preparándome un café para revisar algunos contratos antes de enviárselos a Elisa y que se los diera a David para dar el visto bueno, cuando escuché el sonido del ascensor avisando de que llegaba alguien.

Miré levemente por encima del hombro y vi a una mujer de cabello castaño recogido en un moño, con un bonito vestido azul marino y un cinturón ancho en color blanco, igual que los zapatos y el bolso, mirando su móvil mientras salía del ascensor, hasta que miró al frente y me vio.

—Buenos días —saludó con una sonrisa, caminando hacia el despacho de Alex.

—Buenos días. ¿Deseaba algo?

—Oh, creí que estabas esperando para hablar con alguno de los socios. Voy a ver a Alex.

—Lo siento, pero en este momento el señor no está en su despacho.

—¿Y tú eres...?

—Su secretaria —respondí señalando hacia la puerta del despacho de Alex—. Y no tenía programada ninguna reunión para hoy.

—Soy su madre —sonrió—. Si no vengo a verlo aquí, no lo haré muy a menudo.

Fue entonces cuando vi el color de sus ojos, el mismo que tenía Alex, solo que los de ella eran mucho menos intimidantes.

—Lo siento, creí que...

—No te preocupes, cielo, llevas apenas unos días aquí por lo que sé. Me verás al menos un día en semana, ya sabes, una madre siempre quiere saber cómo está su único hijo.

Sonreí, pero teniendo en cuenta que mi madre no se había preocupado mucho por mí, no podía decir nada al respecto.

—Está reunido con David —dije—, puedo llamarlo y...

—No, no, no —se acercó a mí—. No lo avises o dirá que está muy ocupado y te pedirá que me digas que me vaya y que después me llamará. Mi hijo es así, pero tengo veintitrés años más que él, lo que me hace un poquito más sabia. Voy a entrar a su despacho y me voy a sentar a esperarlo, y tú, vas a hacer como que no me has visto entrar —sonrió—. Le diré que no encontré a nadie, que llegué y simplemente me senté a esperar porque la chica de recepción me dijo que sí estaba en las oficinas. ¿Me guardarás el secreto?

—No sé por qué, pero si lo hago, creo que su hijo tendrá munición contra mí —suspiré.

—¿A qué te refieres? —Frunció el ceño.

—Oh, no se preocupe. Diré que fui un momento al baño y no la vi llegar.

—Me parece perfecto. Muchas gracias, cielo. Soy Leonor, por cierto.

—Daniela, encantada.

—Igualmente. Creo que tú y yo vamos a ser buenas aliadas...

Y sin decir nada más, se fue hacia el despacho de Alex, momento en el que yo misma me fui al mío para seguir trabajando.

No habían pasado más de veinte minutos cuando escuché la voz de Alex acercándose, cuando pasó por delante de mi puerta lo vi hablando por teléfono, por lo que no podría haberlo avisado de que su madre lo estaba esperando dentro.

Jorge: *Buenos días, cariño. ¿Cómo se presenta el sábado?*

Sonreí al ver aquel mensaje en mi móvil, como si no fuéramos a vernos en casa esa noche.

Daniela: *De momento tranquilo. ¿Por qué lo preguntas?*

Jorge: *Nando y yo hemos pensado que estaría bien salir los cuatro, cenar y tomar algo. ¿Qué te parece?*

Daniela: *Por mí, genial, pero podías haberme preguntado esta noche.*

Jorge: *No iré a casa, me voy a pasar la noche con Nando.*

Daniela: *Qué bonito es el amor. Me apunto a un sábado con vosotros, ya me dirás dónde nos vemos.*

Jorge: *Eso está hecho. ¿Qué tal te llevas ya con tu jefe?*

Daniela: *Nos vamos entendiendo, así que es un avance. Te dejo, que tengo una llamada.*

Descolgué el teléfono que tenía en mi escritorio y fue Elisa quien respondió.

—¿Puedes venir un momento? David tiene algunas dudas sobre unos borradores que está revisando. —me dijo.

—Claro, dame unos minutos.

—Muchas gracias.

Cogí el móvil que estaba asociado a mi línea de teléfono cuando salía, puse el desvío de llamada y salí para ir a ver al otro socio, ese al que conocería finalmente después de tres días allí trabajando.

Di un par de golpecitos en la puerta del despacho de Elisa y sonrió al verme.

—Gracias por venir —dijo poniéndose en pie.

—Descuida.

—Vamos, te está esperando.

La seguí hasta el despacho de su jefe, llamó y cuando dio paso desde dentro del despacho, Elisa abrió la puerta.

—David, aquí está Daniela.

—Hazla pasar, por favor —le pidió, y se apartó para que entrara.

Cuando lo hice, me encontré allí sentado a un hombre guapo y sexi, de cabello rubio y ojos verdes, con un traje gris que realzaba el color de sus iris.

—Por fin te conozco —dijo al verme con una sonrisa de medio lado y se puso de pie, por lo que pude comprobar que era casi tan alto como Alex—. Siéntate, por favor.

—Me ha dicho Elisa que tiene algunas dudas sobre los borradores.

—Tutéame, o tú y yo nos vamos a llevar mal —sonrió—. Sí, he revisado los borradores y hay un par de cosas que quiero hablar antes de que lo pasemos a limpio. Sé que Alex redacta algunos de estos borradores y tú los modificas.

—Así es.

—Bien, pues si tienes unos minutos, quería revisarlos contigo.

—Claro.

Durante los siguientes veinte minutos David y yo estuvimos revisando algunas cifras de los borradores y modificando aquellas que no cuadraban, cuando terminamos y los borradores estaban tal como él quería, me pidió que redactara los contratos y se los enviara a los clientes para que les echaran un vistazo y poder concertar citas con ellos para firmarlos.

Regresé a mi despacho y encontré a Alex sentado en mi sillón, de espaldas a la puerta, mirando por la ventana.

—¿Necesita algo? —pregunté, y se giró.

—¿Dónde estabas?

—Hablando con su socio sobre unos borradores.

—¿Y antes de eso? Porque se ha colado alguien en mi despacho —dijo arqueando la ceja.

—Me ausenté solo un momento para ir al cuarto de baño. No me suele gustar hacer mis necesidades en la papelería —volteé los ojos—. ¿Quién se ha colado en su despacho?

—Por suerte esta vez solo era mi madre, pero podría haber sido cualquiera. Se supone que estás aquí para recibir a mis visitas —contestó mientras se levantaba.

—Bueno, tal vez debería haber puesto un cuarto de baño en este despacho —me encogí de hombros.

—Llevas solo tres días aquí, y esa chica tímida que entró en mi despacho prácticamente ha desaparecido —dijo con una media sonrisa.

—Tal vez es solo que mi jefe saca lo peor de mí —volteé los ojos y fui hacia mi sillón, pero no di más de dos pasos puesto que Alex me cogió del brazo.

—Si es eso, te aseguro que no soy el único. Tú también sacas algo de mí, Daniela.

Me miraba con aquellos ojos azul grisáceo que me imponían y al mismo tiempo, hacían que me pusiera nerviosa.

Nunca antes había tenido a un jefe tan cerca, y mucho menos que me mirara como lo hacía Alex.

—Señor...

—¿Cuándo te escucharé decir mi nombre, Daniela?

—Dado que soy su secretaria, y que con todos mis jefes he tenido un trato formal y profesional, seguirá siendo así con usted, señor.

—¿Sabes? Algún día dirás mi nombre —dijo mientras se inclinaba— y quién sabe, quizás te guste pronunciarlo —susurró en mi oído de un modo tan sensual, que me hizo tragar con fuerza—. Tengo que irme. Puedes salir antes esta tarde si quieres, no volveré por la oficina hasta el lunes. Disfruta del fin de semana, Daniela.

Alex salió de mi despacho y se marchó, tal como había dicho. Pasé esas últimas horas de la mañana trabajando y organizando algunas nuevas reuniones en su agenda para la semana siguiente, bajé a comer a la cafetería con Elisa, y a la vuelta de nuestro descanso revisé algunos correos y me marché antes de la hora pues tenía el permiso de mi jefe.

Iba a estar sola en casa, así que pasé aprovecharía para darme un baño de esos relajantes acompañada de una copa de vino, un poco de música, y después cenaría una ensalada ligera antes de acomodarme en el sofá a ver una película antes de acostarme.

a

1

—Si es eso, te aseguro que no soy el único. Tú también sacas algo de mí, Daniela.

Me miraba con aquellos ojos azul grisáceo que me imponían y al mismo tiempo, hacían que me pusiera nerviosa.

Nunca antes había tenido a un jefe tan cerca, y mucho menos que me mirara como lo hacía Alex.

—Señor...

—¿Cuándo te escucharé decir mi nombre, Daniela?

—Dado que soy su secretaria, y que con todos mis jefes he tenido un trato formal y profesional, seguirá siendo así con usted, señor.

—¿Sabes? Algún día dirás mi nombre —dijo mientras se inclinaba— y quién sabe, quizás te guste pronunciarlo —susurró en mi oído de un modo tan sensual, que me hizo tragar con fuerza—. Tengo que irme. Puedes salir antes esta tarde si quieres, no volveré por la oficina hasta el lunes. Disfruta del fin de semana, Daniela.

Alex salió de mi despacho y se marchó, tal como había dicho. Pasé esas últimas horas de la mañana trabajando y organizando algunas nuevas reuniones en su agenda para la semana siguiente, bajé a comer a la cafetería con Elisa, y a la vuelta de nuestro descanso revisé algunos correos y me marché antes de la hora pues tenía el permiso de mi jefe.

Iba a estar sola en casa, así que pasé aprovecharía para darme un baño de esos relajantes acompañada de una copa de vino, un poco de música, y después cenaría una ensalada ligera antes de acomodarme en el sofá a ver una película antes de acostarme.

Capítulo 11



Llegué a casa de Nando cinco minutos antes de la hora, aparqué cerca de la puerta del edificio y cogí las bolsas del asiento del copiloto para bajar.

Cuando llamé al portero del piso que me había dicho Jorge, no preguntaron quién era, por lo que dieron por hecho que era yo, o tal vez el amigo de Nando.

Entré en el ascensor y subí hasta la quinta planta.

La puerta del piso estaba abierta y además de que se escuchaba música jazz de fondo, salía un delicioso olor a carne de allí.

—¿Hola? —grité— Vengo a robar.

—Hija de fruta —rio Nando, saliendo de la cocina.

—Oye, no te quejes que al menos te he avisado de a qué vengo —me encogí de hombros.

—Hola preciosa —me dio un abrazo y un par de besos—. ¿Qué traes? Mira que le dije a Jorge que no era necesario que trajeras nada.

—Pues traigo vino, que eso siempre viene bien en una cena —levanté la bolsa con las dos botellas—. Y unos regalitos para vosotros.

—¿He oído vino? —Jorge se asomó por la cocina y volteé los ojos.

—Me alegra saber que eso es lo que más esperabas esta noche.

—Cariño, te esperaba a ti con impaciencia —se acercó y me dio un piquito en los labios.

—A ver si se va a poner celoso tu chico porque me saludes así —reí.

—No lo haré, si me dejas hacerlo a mí también.

—Eso, y si nos ven por la calle que se piensen que soy un poquito casquivana y tengo dos amantes.

—Que se mueran de envidia —Nando se encogió de hombros y volvió a acercarse—, pero yo quiero mi piquito.

—Tú tienes mucha cara, me parece a mí —sonreí, al tiempo que me ponía de puntillas para darle un piquito.

—Estás guapísima, ese tono de amarillo te sienta genial —me dijo cogiendo la bolsa con el vino mientras les seguía a la cocina.

—Es nuevo, ayer quemé tarjeta.

—No hace falta que lo jure, la de bolsas que traía con ropa —dijo Jorge volteando los ojos.

—Tomad, vuestro regalito.

Le di a cada uno la caja donde iba la corbata que les había comprado y cuando las vieron, me abrazaron y comieron a besos, haciéndome reír.

Definitivamente, estaban los dos igual de locos, por lo que con Nando sabía que me iba a llevar de maravilla.

Nando guardó las botellas en la nevera para que conservaran el frío, tal como las traía, y mientras Jorge seguía dorando la carne en la sartén, él me pasó el brazo por los hombros para enseñarme el piso.

Era una monería, tenía un amplio salón con una terracita acristalada, la cocina que era grande y muy luminosa, un aseo en la entrada del pasillo para las visitas, y dos habitaciones, la principal con cuarto de baño propio y otra un poco más pequeña y que Nando había destinado a despacho y biblioteca.

—¿Qué hace un informático con cinco ordenadores diferentes? —pregunté con curiosidad arqueando la ceja.

—Te sorprenderías —sonrió—. Soy un pequeño hacker en la sombra, y tengo que investigar si los sistemas de seguridad que vendemos son efectivos, suelo hacer pruebas en casa, con el visto bueno de mi supervisor, por supuesto.

—O sea, que te traes el trabajo a casa, como hace Jorge —volteé los ojos.

—A veces sí. Oye, espero que no te importe que venga mi amigo, es que desde que rompió con su novia el año pasado, no sale apenas. Yo hago lo que puedo para llevarlo a cenar o tomar una copa, pero muchas veces me cancela el día anterior con alguna excusa.

—No te preocupes, mientras no queráis que haya algo entre nosotros, no hay problema.

—No, no, descuida. Creo que al paso que va se hace monje o seminarista para ingresar en el clero como cura, está desencantado con las mujeres.

—Lo teniendo, a mí me pasa lo mismo con los hombres —sonreí—. Pero no me veo en un convento con el hábito de monja.

—No, yo tampoco. Este cuerpo hay que lucirlo, no esconderlo.

—Me vas a sacar los colores, Nandito —reí.

Regresamos a la cocina y cuando estábamos llegando al salón, escuchamos unas risas.

Junto a Jorge había un chico alto, de cabello castaño y ojos marrones. Llevaba un pantalón vaquero, un polo blanco y sonreía mientras se acercaba la copa de vino a los labios.

—Ah, ya estás aquí, Izan —dijo Nando cuando entramos.

—Hola, tío, ¿qué tal? —preguntó acercándose a su amigo y dándole un abrazo.

—Enseñándole la casa a Daniela —contestó mirándome—. Daniela, él es Izan, mi mejor amigo.

—Encantada —sonreí acercándome para darle un par de besos.

Debía reconocer que era un chico muy guapo, tenía una perilla bien cuidada y la mirada limpia, de esas que mostraban las personas en las que se podía confiar plenamente.

—Lo mismo digo —contestó—. No me dijisteis que era una chica tan guapa —Izan miró a Jorge y Nando y estos disimularon.

—Chicos —arqueé la ceja—. Me lo prometisteis.

—Tranquila, no me han invitado para que esto sea una cena de dobles parejas, no es una encerrona —me aseguré riendo.

—¿Una copita de vino, cariño? —me preguntó Jorge con ella en la mano, y asentí.

—Así que Jorge y tú, ¿vivís juntos? —curioseó Izan.

—Sí, desde que nos conocimos hace catorce años, somos inseparables —respondí dando un sorbo al vino que yo había llevado.

—Es como una monita, la tengo todos los días encima.

—¡Oye! —protesté tirándole una aceituna que él cogió al vuelo abriendo la boca— Te recuerdo que fuiste tú, quien se metió en mi cama hace catorce años —reí.

—Vaya, parece que tenemos una historia aquí —dijo Izan cogiendo un trozo de queso—. ¿De adolescente no sabías que eras gay?

—Lo sabía de sobra, pero ella me dio un susto de muerte, empezó a gritar como si hubiera una tarántula del tamaño de un tiranosaurio rex en su habitación.

—Tenía pesadillas —murmuré.

—Ok, esta noche nada de traumas ni de dramas —dijo Nando y sonreí.

Algo me decía que Jorge le había contado a su chico la historia de cómo nos conocimos y pasamos a ser inseparables como un par de hermanos gemelos.

Mientras mi amigo terminaba de dorar la carne y freír unas patatas, Nando se encargó de aliñar la ensalada. Nos quedamos los cuatro allí en la cocina picoteando ese queso, con el vino y las aceitunas, y cuando la carne estaba lista Jorge sacó un cuenco con salsa a la pimienta negra que tenía en el microondas manteniéndose caliente.

Fuimos llevando todo al salón, nos sentamos y Nando me contó que Izan y él se conocían desde el instituto.

Izan iba dos cursos por delante, pero eran vecinos pues los portales donde vivían estaban uno al lado del otro, y desde que Izan se mudó a la ciudad y se conocieron, empezaron a ir y volver juntos de clase todos los días.

—Y mientras que él resultó ser un cerebritito con los ordenadores, lo mío eran los números. Acabé estudiando economía y trabajo como asesor financiero en un banco —dijo Izan.

—Es bueno saberlo, para cuando no sepa qué hacer con los dos euros que tengo ahorrados —reí—. Es broma, tengo un poco más, pero por el momento no lo toco.

—Haces bien, empléalo en algo que de verdad te resulte rentable —me aconsejó.

—Lo guardo para cuando estos dos se casen y me tenga que buscar la vida.

—¿Ya no estás casando? —preguntó Jorge— Si llevamos unos meses nada más.

—¿Y? Se os nota en la mirada que estáis enamoraditos perdidos —reí.

—Eso es cierto —dijo Izan—. Jamás me había hablado Nando de un tío, como lo ha hecho de ti. Antes de que tuvierais la primera cita, me escribía o me llamaba todos los días diciendo que seguías insistiendo, que le parecías un hombre muy guapo y simpático, y que no sabía qué hacer.

—¿Y tú lo convenciste para que aceptara esa invitación? —pregunté.

—Solo le dije una cosa, o la aceptas tú, o lo hago yo y me quedo con ese hombre —contestó, y nos echamos a reír—. Por favor, con lo bien que me lo estaba vendiendo, me daban ganas hasta de probar con un hombre.

—Sí, claro, no has probado conmigo en doce años, y vas a probar ahora —Nando volteó los ojos.

—Pues como él, que la última amenaza que me hizo para sacarme del pozo por culpa de mi ex, fue que, o salía de casa a comerme el mundo, o me echaba un polvo que me iba a dejar sin poder andar un mes.

—Y la cara de susto que puso —rio Jorge.

—Yo la entiendo, que estás tú muy bien dotado y la pobre ya se veía con las piernas arqueadas como si hubiera pasado una semana montando a caballo —comentó Nando.

Me sentía cómoda con los tres allí, y la alegría que me daba el hecho de que para Izan fuera tan natural como para mí el que ellos hablaran abiertamente de sus cosas y su sexualidad, era indescriptible.

Jorge había estado saliendo con algunos chicos que me presentó a lo largo de los años, muchos de ellos con amigos heteros como yo, pero que se sentían un poco incómodos si salían este tipo de conversaciones.

Izan resultó ser igual de guasón que Nando y Jorge, por lo que no tenía la menor duda de que íbamos a formar un buen cuarteto y que la acabaríamos liando si salíamos a cenar y tomar unas copas alguna noche.

Después de la carne a la pimienta que estaba buenísima, Nando sacó un pastel de queso con frutos rojos para chuparse los dedos, el jodido tenía buena mano en la cocina igual que Jorge.

Tras el postre nos tomamos un café siguiendo con la charla y hablando de salir a comer algún sábado o domingo, cosa que nos pareció perfecto.

Y pasamos a la terraza con las copas, prolongando entre risas esa primera cena.

—Oye, Daniela —Izan me llamó cuando entraba para ir por más hielo y ginebra.

—Dime.

—Quería decirte que me has caído genial —sonrió.

—Lo mismo digo.

—Y, bueno, pensaba que, si te apetece, podemos quedar alguna vez en plan, amigos, por supuesto —levantó ambas manos para dejar claro su punto.

—Pues me parece una buena idea, así hago que salgas un poquito de casa —le hice un guiño.

—Yo sé de uno que te lo agradecerá mucho —rio—. En serio, eres una tía genial, no sé cómo tu ex te dejó por otra.

—Cosas que pasan, supongo —me encogí de hombros.

Ambos habíamos hablado sobre nuestras exparejas, y pensábamos lo mismo, con lo buena persona que era quien teníamos delante, y la mala suerte que había tenido en cuestiones amorosas.

Regresamos a la terraza con esa nueva ronda de gin tonics y, pasadas las once, dimos la velada por finalizada.

Nos despedimos quedando en repetir otra noche y dejé allí a Jorge, pues se quedaba a dormir con Nando.

Izan me acompañó al coche y esperó a que me pusiera en marcha para ir hasta el suyo.

Era cierto lo que le había dicho, me caía bien y salir con él sería todo un acierto.

Con Izan me había pasado como con Jorge y Nando, teníamos muchas cosas en común y podíamos hablar de cualquier tema sin quedarnos en blanco o con esos silencios incómodos que ocurrían a veces con otras personas.

Cuando entré en casa le mandé un mensaje a Jorge para decirle que había llegado bien, de modo que se quedara tranquilo, pues de lo contrario podría quedarse despierto hasta que lo hiciera, y hablaba por experiencia porque ya lo hizo una vez.

Me puse el pijama y me metí en la cama, estaba agotada y el sueño me venció casi al instante.

—Quería decirte que me has caído genial —sonrió.

—Lo mismo digo.

—Y, bueno, pensaba que, si te apetece, podemos quedar alguna vez en plan, amigos, por supuesto —levantó ambas manos para dejar claro su punto.

—Pues me parece una buena idea, así hago que salgas un poquito de casa —le hice un guiño.

—Yo sé de uno que te lo agradecerá mucho —rio—. En serio, eres una tía genial, no sé cómo tu ex te dejó por otra.

—Cosas que pasan, supongo —me encogí de hombros.

Ambos habíamos hablado sobre nuestras exparejas, y pensábamos lo mismo, con lo buena persona que era quien teníamos delante, y la mala suerte que había tenido en cuestiones amorosas.

Regresamos a la terraza con esa nueva ronda de gin tonics y, pasadas las once, dimos la velada por finalizada.

Nos despedimos quedando en repetir otra noche y dejé allí a Jorge, pues se quedaba a dormir con Nando.

Izan me acompañó al coche y esperó a que me pusiera en marcha para ir hasta el suyo.

Era cierto lo que le había dicho, me caía bien y salir con él sería todo un acierto.

Con Izan me había pasado como con Jorge y Nando, teníamos muchas cosas en común y podíamos hablar de cualquier tema sin quedarnos en blanco o con esos silencios incómodos que ocurrían a veces con otras personas.

Cuando entré en casa le mandé un mensaje a Jorge para decirle que había llegado bien, de modo que se quedara tranquilo, pues de lo contrario podría quedarse despierto hasta que lo hiciera, y hablaba por experiencia porque ya lo hizo una vez.

Me puse el pijama y me metí en la cama, estaba agotada y el sueño me venció casi al instante.

Capítulo 12



No sabía cuánto tiempo llevaba dormida, cuando escuché el tono de llamada de mi móvil rompiendo con el silencio y la tranquilidad que me rodeaba.

Lo cogí aún con los ojos cerrados, sin mirar quién era el responsable de interrumpir mi sueño.

—¿Diga? —pregunté con voz somnolienta.

—Daniela, soy Carolina. ¿Estás en casa?

—¿Carolina? —Abrí los ojos y aparté el móvil para mirar la hora, eran casi las dos de la madrugada— ¿Qué pasa?

—Es la abuela, dice que no se siente bien —sonaba preocupada.

—Bajo enseguida —me levanté mientras cortaba la llamada, cogí unos vaqueros y una camiseta para vestirme y, tras ponerme las deportivas, cogí el bolso y salí de casa para bajar hasta el piso de mis vecinas.

—Se queja de un dolor en el brazo —dijo Carolina cuando me abrió la puerta, y entré corriendo para ir hasta la habitación de Rosario.

—Rosario —la llamé acercándome a ella, que estaba sentada en el sofá junto a la ventana.

—Ay, Daniela, hija, me dan pinchazos.

—Rosario, que igual es un infarto. Carolina, llama a la ambulancia.

—Voy.

—¿Cómo va a ser un infarto?

—Puede ser, Rosario. Mejor será que te vean los médicos y te lleven al hospital de ser necesario.

—Daniela, que no me puedo morir y dejar a mi niña sola —murmuró con pena.

—Y no te vas a morir, no me seas alarmista.

—Han enviado a la ambulancia —dijo Carolina—. Me han asegurado que no tardaba mucho.

Y allí nos quedamos esperando que llegara.

Carolina se puso ropa deportiva y poco después llegó la ambulancia.

—Está en la habitación —les informé cuando abrí la puerta y les guie hasta ella.

Le echaron un vistazo y efectivamente estaba teniendo un principio de infarto, por suerte llamamos a tiempo y pudieron pararlo.

Se llevaron a Rosario en la ambulancia hasta el hospital para que le hicieran unas pruebas, y Carolina y yo fuimos en mi coche.

? La pobre estaba asustada y se le escapaba alguna que otra lagrimilla.

—No llores, cielo, que tu abuela va a estar bien —le dije cogiéndole la mano para darle un leve apretón.

—Daniela, tengo miedo —sollozó—. No quiero quedarme sola.

—Oye, no pienses eso, ¿vale? No va a pasarle nada.

Llegamos al hospital y tras aparcar el coche, entramos en la zona de urgencias donde Carolina preguntó por su abuela, a quien habían metido en una de las salas para hacerle pruebas.

Nos sentamos en la salita de espera hasta que saliera alguien para darnos noticias, y Carolina apoyó la cabeza en mi hombro.

Permaneció callada todo el tiempo y yo no podía dejar de pensar en cómo se sentía.

Era una niña cuando perdió a sus padres, pero le quedaba la abuela, quien la sacó adelante del mejor modo posible para una mujer de sesenta y un años.

Yo no tenía a nadie cuando encontré a mi madre en nuestra bañera, era mucho más joven que Carolina ahora, pero el miedo a la soledad y la incertidumbre de qué pasaría después, era lo que esa chiquilla estaba sintiendo en ese momento.

—Oye —le dije acariciándole la mano—. Sabes que no estás sola, nunca lo estarás. A Jorge y a mí nos vas a tener siempre.

—Lo sé —suspiró.

Poco después salió un médico para decirnos cómo se encontraba Rosario.

Aquel había sido un aviso que le daba el corazón, ese que hasta aquella noche había sido fuerte y saludable.

—Tendrá que tomar algunos medicamentos y procurar no alterarse demasiado —dijo—. Esta vez hemos llegado a tiempo, pero quién sabe qué pasaría si hubiera una próxima vez. Vamos a dejarla en observación hasta la mañana, y podrá irse a casa.

—Pero, ¿está bien? —insistió Carolina.

—Sí, es solo por precaución.

—¿Podemos pasar a verla? —pregunté y asintió, llevándonos por aquellos pasillos hasta la salita en la que estaba Rosario en una cama con algunos cables conectados.

—Mis niñas —sonrió al vernos.

—Abuela, qué susto me has dado —dijo Carolina con la voz entrecortada mientras se inclinaba para abrazarla.

—Lo siento mucho, hija.

—El médico ha dicho que tienes que tomarte unas pastillas y llevar una vida tranquila y sin sobresaltos.

—Vamos, que no voy a poder ir a hacer puéting —Rosario volteó los ojos y nos reímos las tres.

—Eso sin duda es un sobresalto.

—Abuela, tienes que hacer caso de lo que te diga el médico, por favor. Que, si te pasa otra vez...

—Lo sé, cariño, me lo ha dicho —le acarició la mejilla—. Es que ya estoy mayor.

—¿Mayor? —protesté— Estás estupenda, Rosario.

—Os prometo que me voy a cuidar, ¿sí?

—Más te vale, abuela, porque me tienes que acompañar muchos años todavía. ¿O es que no me quieres ver siendo
: mamá?

—Huy, cariño, pues claro que sí, con la ilusión que me haría tener un bisnieto. O bisnieta, lo que venga —sonrió.

—Pues ya sabes, a tomarte en serio lo que diga el médico.

Me quedé un poco más con ellas, haciéndoles compañía, hasta que Rosario nos dijo que nos fuéramos y Carolina se negó.

1 Pensaba quedarse, aunque fuera en la sala de espera hasta que le dieran el alta e irse juntas a casa.

Antes de marcharme le dije a Carolina que me llamara si necesitaba algo y me acompañó afuera, ya que iba a tomarse un café mientras esperaba en la sala a que llegara la mañana.

Y para eso apenas quedaban unas horas, pues eran ya las cuatro de la madrugada cuando salí del hospital para irme a casa.

No solía conducir a esas horas, cuando las calles estaban más tranquilas y los únicos coches que se veían eran los de la policía patrullando la ciudad, los taxistas esperando su próxima carrera, y aquellos que volvían de una noche de fiesta, iban al trabajo o regresaban de un turno demasiado largo.

Paré en un semáforo y en ese momento empezó a sonar en la radio una canción que solía escuchar mi madre cuando yo era pequeña y que le encantaba.

Sonreí pues la recordé en aquellos años bailando conmigo en la cocina de casa de su tía, y pensé en Carolina.

Había perdido a sus padres demasiado pronto, Rosario era todo lo que le quedaba en el mundo y si la perdía también a ella, eso tal vez acabara pasándole factura.

Pero yo sabía cuánto quería Rosario a su nieta y lo mucho que le importaba, por eso estaba convencida de que iba a seguir todas las indicaciones del médico y se tomaría la vida con mucha calma y a partir de ese momento, iba a cuidarse y hacer lo posible para no volver a darnos un susto como ese.

Cuando llegué a casa me volví a poner el pijama y me metí en la cama, recostándome de lado y mirando por la ventana.

No tardaría mucho en empezar a amanecer, dando paso a un nuevo día.

Cerré los ojos acomodándome y no tardé en quedarme dormida, solo que, en lugar de un sueño tranquilo, relajante y reparador, volví a ver a mi madre en aquella maldita bañera.

,

Apenas había dormido una hora y media cuando me desperté gritando y cubierta de sudor, como en otras ocasiones, y decidí levantarme y darme una ducha fresquita con el gel de lavanda, ese que alguna vez me había dicho mi madre, siendo una niña, que conseguiría calmarme y hacer que me relajara.

Odiaba esos días, o noches, en los que me despertaba con aquella pesadilla como si fuera real, como si aún pudiera escuchar el sonido de esas gotas cayendo sobre el agua que se desbordaba de la bañera, y el olor metálico de la sangre.

Cerré los ojos apoyando ambas manos en la pared, así como la frente, y mientras el agua caía sobre mi cansado cuerpo, volví a hacerme las mismas preguntas que me repetía una y otra vez.

¿Por qué lo hizo mi madre? ¿Por qué decidió dejarme sola?

,

,

Apenas había dormido una hora y media cuando me desperté gritando y cubierta de sudor, como en otras ocasiones, y decidí levantarme y darme una ducha fresquita con el gel de lavanda, ese que alguna vez me había dicho mi madre, siendo una niña, que conseguiría calmarme y hacer que me relajara.

Odiaba esos días, o noches, en los que me despertaba con aquella pesadilla como si fuera real, como si aún pudiera escuchar el sonido de esas gotas cayendo sobre el agua que se desbordaba de la bañera, y el olor metálico de la sangre.

Cerré los ojos apoyando ambas manos en la pared, así como la frente, y mientras el agua caía sobre mi cansado cuerpo, volví a hacerme las mismas preguntas que me repetía una y otra vez.

¿Por qué lo hizo mi madre? ¿Por qué decidió dejarme sola?

Capítulo 13



Escuché sonar mi móvil y cuando vi en el reloj de la mesita que eran las ocho de la mañana, quise matar a Jorge porque solo él podría estar llamando en ese momento.

—Cariño, más te vale que sea importante para que me estés llamando a esta hora —dije sin tan siquiera mirar la pantalla cuando descolgué.

—¿Cariño? —me incorporé de inmediato al escuchar la voz de mi jefe, y aparté el móvil para comprobar que, efectivamente, era él quien estaba llamando en ese momento.

—¿Qué hace usted llamándome un sábado?

—Veinticuatro horas, disponible para mí, ¿recuerdas?

—Menos los fines de semana, y le recuerdo que hoy es sábado.

—Necesito que vengas a la oficina. Te veo en una hora.

Y colgó sin darme apenas tiempo para contestar o intentar negarme. Resoplé mientras me levantaba, cogí unos vaqueros y una camiseta que acompañaría con los zapatos de tacón y en cuanto estuve lista, fui a la cocina por una galleta pues ni tiempo me daba para tomarme un café.

A falta de tres minutos para las nueve estaba saliendo del ascensor en la planta donde estaban nuestros despachos. La cafetera me tentó a ir hacia ella y prepararme un café, pero eso supondría retrasarme y al jefe no le gustaba que llegaran tarde.

—Buenos días —dije asomándome a la puerta.

—Tráeme un café, por favor —me pidió sin levantar la vista de su portátil.

Dejé el bolso en la silla frente al escritorio y volví hacia la salita donde casi abracé a la cafetera, era como si mi

jefe hubiera adivinado que yo misma necesitaba uno.

Preparé los dos y regresé al despacho, sentándome frente al jefe y disfrutando de ese primer sorbo de mi café.

—Tengo una reunión en cuarenta y cinco minutos con un cliente, y necesito que estés conmigo —dijo tras beber de su café.

—¿Yo? —Fruncí el ceño— ¿Por qué?

—Recuerdas el borrador que te di para que revisaras, el del dossier.

—Sí, me dijo que tenía la reunión el lunes.

—El cliente me llamó anoche pidiendo adelantar la reunión a hoy, el lunes tiene que salir temprano de viaje y no regresa hasta el jueves, Hoy quería dejarlo todo solucionado.

—Aun así, no entiendo para qué me necesita.

—Hay algunos puntos que tú modificaste y puedes explicarle mejor que yo, me dijo David que le razonaste muy bien algunas cosas de los borradores que estuviste viendo con él.

Eres buena con los números, has sacado cálculos impecables para esos presupuestos, mejor que algunos contables que han trabajado para nosotros. Solo quiero que le hables de los números, del tema informático me encargo yo. Sé que somos la mejor empresa del sector, pero hay otras que ofrecen lo mismo a un coste más bajo y a la larga no es el mismo servicio, siempre hay algún fallo en esos sistemas de seguridad, brechas que las hacen susceptibles de ser hackeadas, y eso es lo que quiero que me ayudes a explicarle al cliente, que puede que tengamos un coste alto, pero nuestra seguridad es inquebrantable.

—De acuerdo, haré lo que pueda.

a

—Gracias. Te pagaré el día de hoy como horas extras.

—Creí que no entrarían las horas extras en mi paga, al tener que estar disponible las veinticuatro horas —comenté.

—La Daniela descarada se está dejando ver más a menudo —sonrió.

Nos centramos en el dossier que habíamos elaborado, repasamos algunos datos, me dijo en qué parte de la que debía explicarle al cliente tenía que centrarme más, y cuando el chico de seguridad llamó al despacho avisando de que había llegado la visita que Alex esperaba, le pidió que le dejara subir y le esperamos frente al ascensor.

Recibimos a un hombre de unos cincuenta y cinco años, con traje y una barba bastante bien cuidada. Alex hizo las presentaciones, le preguntó si quería un café y este dijo que sí, por lo que fui a preparar uno para el cliente y otro para mi jefe antes de reunirme con ellos.

Durante las siguientes tres horas, Alex y yo le hablamos sobre la empresa, los sistemas de seguridad que ofrecían, lo satisfechos que estaban lo demás clientes que habían contratado la seguridad de su negocio con nosotros, de los costes, así como de aquello en lo que él quería que me centrara.

Nunca antes había tenido que hablar con un cliente, estaba nerviosa y no quería meter la pata, más que nada porque, si Alex perdía ese cliente por mi culpa, sí que podía darme por despedida de manera inmediata.

Pero finalmente aceptó contratar los servicios de sistema de seguridad informático de su empresa con nosotros y redacté el contrato en ese mismo momento para dejarlo firmado y que pudiera irse de viaje el lunes con total tranquilidad.

Cuando nos despedimos de él frente al ascensor y se cerraron las puertas, Alex me felicitó por lo bien que había expuesto los puntos que me correspondían.

—Gracias.

—Eres buena, creo que voy a llevarte a más reuniones conmigo para que convenzas a los clientes —dijo con una sonrisa cuando regresábamos a su despacho—. Te invito a comer.

—Oh, no se moleste.

—Insisto. Ya que te he hecho venir un sábado.

—No tiene por qué, señor.

—Pero quiero hacerlo. Así podemos hablar tranquilos y conocernos un poco más.

—¿Y para qué quiere conocer más a su secretaria? —Fruncí el ceño.

—Vas a estar unos cuantos meses conmigo, mejor que nos conozcamos y nos llevemos bien. Y sí, deberíamos empezar porque me tutees.

—Por mucho que insista, no voy a hacerlo. Y si voy a comer es porque no he desayunado antes de salir de casa y tengo hambre.

—Por algo se empieza —sonrió.

; Cogí mi bolso mientras él apagaba el portátil y se guardaba el móvil en el bolsillo del pantalón, y regresamos al ascensor para bajar hasta la planta de recepción.

Le dijo al guardia que en un rato volveríamos por los coches y fuimos caminando hasta la cafetería donde había comprado mis sándwiches los dos primeros días y comí con Elisa el día anterior.

; Nos sentamos dentro, en una de las mesas del fondo, y tras pedir vino para él y agua para mí, echamos un vistazo a la carta. Finalmente me decanté por una ensalada César, dado que los platos de comida que ponían allí eran de los más generosos.

—Debo admitir que tu anterior jefe tenía razón —dijo cuando volvimos a quedarnos solos—. Eres una secretaria muy eficiente.

—Pedro es un buen hombre —sonreí—. Cuando la empresa cerró quiso que me fuera con él a Madrid.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Mi vida está aquí —respondí encogiéndome de hombros.

Nos sirvieron la comida y Alex preguntó si ser secretaria había sido una vocación para mí, a lo que sonreí.

—Era lo que podía estudiar en aquel momento para encontrar un trabajo.

—Se te dan bien los números, habrías sido una buena contable —dijo mientras se llevaba un poco de su pasta a la boca.

—Digamos que toda mi vida he sido como una hormiguita en cuanto al dinero y al ahorro, tal vez por eso se me da bien el tema contable. Y usted, ¿cómo es que acabó siendo el dueño de una empresa de renombre como esta?

—David y yo a los quince años éramos bastante buenos con los ordenadores. Con veinte años empezamos a trabajar en sistemas de seguridad informáticos, nos contrataron algunas empresas y fuimos subiendo hasta llegar donde estamos. Han sido veinte años de crecimiento continuo.

—O sea, que tiene cuarenta años —deduje.

—Yo sí, él, uno menos.

—Es bueno tener a alguien que te apoye en lo que quieres hacer —dije mirando mi plato de ensalada—. ¿Y su mujer qué dice de que se lleve el trabajo a casa, o que haga como hoy y acuda a la oficina para una reunión un sábado?

—Si estuviera casado podrías preguntarle a mi mujer, pero no lo estoy —sonrió—. A quien puedes preguntarle es a mi madre, ella es quien se pasa a menudo por la oficina para verme, según ella, no voy muy a menudo a comer con ellos a casa.

—Supongo que todos los padres son así.

—No me digas que los tuyos también se quejan de que no vas a verlos.

o

—Nunca conocí a mi padre, y mi madre murió cuando tenía catorce años —contesté, sin saber muy bien por qué, pero de algún modo Alex me hacía sentir cómoda hablando con él, al menos allí, fuera de las oficinas.

—Lo lamento.

—Han pasado catorce años, está casi superado —me encogí de hombros.

—Casi, no es superado por completo.

—Es complicado —sonreí.

—Vale, no quieres seguir hablando de ello. Cambiemos de tema —dijo cogiendo su copa de vino—. ¿De verdad vas a seguir tratándome de usted? Me haces parecer mayor de lo que soy —me señaló con el dedo.

—No tengo tanta confianza como para tutearle.

—¿Y con mi socio sí? —Arqueó la ceja— Porque me ha dicho que lo llamas por su nombre, y no tuvo que insistir tanto para conseguirlo.

—Es diferente, no soy su secretaria directa.

—Eso podemos arreglarlo. A partir del lunes dejas de ser mi secretaria para ser la de él, y a mí me llamas Alex en vez de señor.

—Dudo mucho que él quiera cambiar de secretaria, Elisa es una mujer cualificada y eficiente y ya le tiene cogido el punto —sonreí.

—Voy a decirte algo que poca gente sabe —se inclinó hacia delante con los codos apoyados en la mesa y las manos entrelazadas—. Soy un hombre muy paciente cuando quiero conseguir algo, y siempre consigo aquello que quiero.

—Y lo que quiere es que yo empiece a tutearle, pero deje que le diga algo: eso no va a pasar, señor.

—Ya lo veremos —se recostó en la silla con esa media sonrisa que solía lucir a veces y que me parecía tan sexy y arrebatadora como desconcertante.

Seguimos hablando de la empresa, de lo orgullosos que estaban sus padres de lo que David y él habían conseguido en esos veinte años, y cuando terminamos de tomar el café regresamos a las oficinas.

—Gracias por la comida —dije cuando llegamos a nuestros coches, pues estaba uno aparcado junto al otro.

—Qué menos que invitarte después de sacarte de la cama tan pronto, puesto que no era la persona que esperabas que te llamara un sábado a esas horas de la mañana.

—A él lo habría matado si hubiera podido —reí—. Suerte tiene de que le quiero mucho y no me desharía de él de ese modo.

—No te entretengo más, que tengas un buen fin de semana, Daniela —dijo un poco más serio.

—Igualmente, señor. Nos vemos el lunes —contesté abriendo la puerta de mi coche y cuando me senté, él la cerró y dio un par de golpecitos en el techo antes de ir hacia el suyo.

Puse el coche en marcha y me fui tocando el claxon a modo de despedida mientras sonreía.

Tenía que reconocer una cosa, y era que mi jefe sabía cómo llevar a la gente a su terreno, algo peligroso puesto que, antes de lo que me imaginaba, podía estar llamándolo por su nombre y dejando la profesionalidad y el saber estar que me caracterizaban en el trabajo a un lado.

r

2

—Ya lo veremos —se recostó en la silla con esa media sonrisa que solía lucir a veces y que me parecía tan sexy y arrebatadora como desconcertante.

Seguimos hablando de la empresa, de lo orgullosos que estaban sus padres de lo que David y él habían conseguido en esos veinte años, y cuando terminamos de tomar el café regresamos a las oficinas.

—Gracias por la comida —dije cuando llegamos a nuestros coches, pues estaba uno aparcado junto al otro.

—Qué menos que invitarte después de sacarte de la cama tan pronto, puesto que no era la persona que esperabas que te llamara un sábado a esas horas de la mañana.

—A él lo habría matado si hubiera podido —reí—. Suerte tiene de que le quiero mucho y no me desharía de él de ese modo.

—No te entretengo más, que tengas un buen fin de semana, Daniela —dijo un poco más serio.

—Igualmente, señor. Nos vemos el lunes —contesté abriendo la puerta de mi coche y cuando me senté, él la cerró y dio un par de golpecitos en el techo antes de ir hacia el suyo.

Puse el coche en marcha y me fui tocando el claxon a modo de despedida mientras sonreía.

Tenía que reconocer una cosa, y era que mi jefe sabía cómo llevar a la gente a su terreno, algo peligroso puesto que, antes de lo que me imaginaba, podía estar llamándolo por su nombre y dejando la profesionalidad y el saber estar que me caracterizaban en el trabajo a un lado.

Capítulo 14



El taxi me dejó en la puerta del bar donde había quedado con los chicos para cenar unas tapas y después ir a tomar una copa.

Jorge no estaba en casa, se quedó con Nando, me dijo que dejara el coche, que después ellos me llevarían de vuelta.

Cuando entré, vi a los tres en la barra y sonreí, parecían modelos de alguna firma de ropa. Vaqueros, polo y deportivas, así iban vestidos.

Yo me había puesto un vestido corto de tirantes y la chaqueta vaquera con las cuñas.

—A vosotros os van a confundir con modelos —dije abrazando a Jorge.

—Mira quién lo dice. ¿Te has mirado en un espejo, preciosa? —contestó Nando, y me dio un par de besos.

—Eso es que tú me miras con muy buenos ojos, Nandito —reí.

—Entonces es que te miramos todos así, porque te ves la mar de bonita —dijo Izan cogiéndome la mano y haciendo que diera una vuelta sobre mí misma.

—Vamos a ser los hombres más envidiados de la noche, ya te lo digo yo.

—Jorge, por Dios —reí.

Me pidieron una cerveza, pues ellos estaban tomando una, y cuando se quedó libre una de las mesas, la camarera nos dijo que podíamos sentarnos.

La noche iba de cervezas y tapas, y de estas últimas pedimos varias para compartir.

—Me ha llamado mi ex —dijo Izan de repente.

—¿Y qué quería? —pregunté.

—Saber cómo me iba. Al parecer ha encontrado una foto nuestra en una caja de la mudanza y pensó en mí.

—¿Se ha vuelto a mudar? —Nando frunció el ceño.

—Ha roto con el tío por el que me dejó —Izan dio un sorbo a su cerveza—. Bueno, él, la ha dejado a ella.

—¿No será que ahora que se ha quedado sola, quiere volver contigo? —curioseó Jorge.

^r Izan frunció el ceño y yo sonreí, pues no sería la primera vez que un ex quería volver con su antigua pareja.

—No creo —se encogió de hombros—. Cuando me dejó hace un año lo tenía muy claro.

—¿No has pensado que, tal vez, si ha pensado en ti es que realmente no te ha olvidado? —dije cogiendo una patata— Digo, yo cuando se acabó la relación con mi ex rompí todas las fotos.

—Y yo quemé los pedazos —añadió Jorge.

—Solo ha sido una llamada para saber de mí, se lo cogí porque...

—Porque tú tampoco has dejado de pensar en ella, Izan, reconócelo —le cortó Nando.

—Bien sabes tú que ha sido un año duro, que la quería mucho.

—Y aún la quieres, tío, si no, ¿por qué no has tenido sexo con nadie en este tiempo?

—Joder, no sabía que deciros lo de mi ex, iba a acabar en una conversación revelando mis intimidades —sonrió.

—Acostúmbrate, eso entre nosotros cuatro va a ser así siempre. Ahí donde la ves, esa hermosa mujer no tiene sexo desde hace meses, y lo peor es que no me deja regalarle un Satisfayer.

—Jorge, por Dios —protesté riendo.

—La quise mucho, pero si me engañó una vez...

—Puede volver a hacerlo, eso seguro —dijo Jorge—. Pero hazme caso en una cosa, contra este —se dio un par de golpecitos en el pecho, justo sobre el corazón—, no se puede hacer nada si él sabe que es la persona correcta.

Izan le dio otro sorbo a su cerveza y se quedó un poco pensativo.

Jorge sabía bien lo que decía, pues hasta que Nando llegó a su vida estuvo muy enamorado de aquel hombre casado que no pensaba dejar su cómoda vida por otro hombre.

Terminamos de cenar y fuimos a tomar una copa al local donde solíamos salir Jorge y yo.

Pedimos unos chupitos de vodka caramelo y cuatro gin tonics.

Y como yo era la única chica del grupo, fui pasando de mano en mano, bailando con uno y otro aquellas canciones que iban sonando.

Salsa, merengue y bachata, nada se les resistía a esos tres hombres que me hacían girar sobre mí misma, una canción tras otra.

Cuando acabó la canción de Romeo Santos, con la que Nando me llevó de un lado a otro, fue Izan quien me cogió en esa ocasión cuando empezó a sonar la melodía de una de Luis Fonsi.

Nos movíamos al ritmo de ese *“Panamá”* y hasta nos atrevimos a cantar una parte de estribillo a todo pulmón.

—*Pasa la página na na na. Sigue con tu vida da da da...* —nos echamos a reír y me cogió por la cintura para hacerme girar y dejarme de nuevo frente a él, volviendo a cantar— *Llorar no sirve de nada, lo que pasó, pasó...*

Era duro que se acabara una relación cuando habías querido tanto a una persona, pero el dolor podía estar ahí tiempo después, hasta que la herida se cerrara por completo.

Cuando acabó la canción le di un beso en la mejilla a Izan y sonreí al mirarlo.

—Solo voy a decirte una cosa, si aún la quieres y crees que ella a ti también, habladlo.

—No creo que volviéramos...

—Izan, no te mientas más. Nando es tu mejor amigo y probablemente no te lo diga, aunque debería.

—¿Decirme qué?

—Que te brillan los ojos cuando hablas de ella —sonreí—. Voy al baño, ahora vuelvo.

, Crucé todo el local para ir al cuarto de baño y me tocó esperar en el pasillo hasta que pude entrar, era increíble la cantidad de gente que venía a este lugar cada noche, sobre todo los fines de semana.

Cuando regresaba con los chicos, de nuevo tuve esa sensación de que me observaban.

Miré hacia el pasillo por el que acababa de salir y vi una silueta que se alejaba por la zona más oscura.

—Aquí está mi chica —dijo Jorge, rodeándome por la cintura—. ¿Estás bien? —Frunció el ceño.

—Sí —sonreí.

—Tardabas y pensé que te habías encontrado al hombre de tu vida en ese pasillo.

s—Vosotros los hombres tenéis suerte de no encontraros mucha cola esperando para entrar en el cuarto de baño.

—Nunca entenderé por qué las mujeres sí tenéis que esperar.

—Nos retocamos el maquillaje, el peinado...

' —Sí, sí, cosas de chicas —rio—. Anda, vamos a tomarnos a la última y te llevamos a casa.

—Sí, que estoy un poquito cansada —dejé que me abrazara y me besó la sien.

Mientras íbamos hacia la barra donde Nando e Izan nos esperaban, eché un vistazo por encima del hombro. Miré el pasillo, pero no volví a ver esa sombra de antes.

No le había dicho nada a Jorge, no quería preocuparlo y que empezara a estar más pendiente de mí de lo que ya lo estaba, pero si seguía sintiéndome así, si volvía a tener la sensación de que había alguien observándome en la sombra y a cada paso que daba, tendría que acabar contándoselo.

Izan me cogió de la mano cuando llegamos y me hizo girar, no tardó en llevarme de nuevo al ritmo de aquella bachata mientras Nando pedía una nueva ronda de gin tonics.

Fue una hora después cuando dimos la noche por terminada, nos despedimos de Izan en la calle y subí al coche de Jorge.

Cuando me dejaron en la puerta de nuestro edificio le di un piquito a cada uno y esperaron hasta que entré para marcharse.

Agradecía el tenerlos a ellos en mi vida. Jorge había estado durante ese tiempo en el que tan mal lo pasé siendo aún una niña, y durante los meses después de que me dejara mi novio.

Ahora contaba con Nando y también con Izan, quienes sabía que se encargarían de sacarme una sonrisa cuando más lo necesitara sin que tuviera que pedirselo a ellos.

Capítulo 15



Sexto día de trabajo, séptimo si contaba la mañana del sábado, y debía admitir que en los dos anteriores desde aquella comida con mi jefe, parecía que habíamos empezado a llevarnos un poco mejor.

Realmente sí nos llevábamos mejor, pero yo seguía llamándolo señor solo para molestarlo, pues verlo resoplar, suspirar o voltear los ojos cuando lo hacía, era lo que me sacaba una risilla de esas de niña traviesa.

Y no, Alex ya no me parecía el jefe gilipollas del primer día, sino que había descubierto que ese hombre de apariencia seria, tenía un humor de lo más peculiar.

También había coincidido con David los dos días pues ambos se reunieron en el despacho de Alex para hablar de unos contratos y querían mi opinión en lo referente al tema contable.

Era miércoles y Jorge se había empeñado en llevar su coche, con lo cabezón que era mi mejor amigo cualquiera le decía que no, así que acabábamos de entrar en el edificio tras dejarlo en su plaza de parking.

—Buenos días, chicos —nos saludó Mireia al vernos.

—Buenos días —respondimos al unísono.

—Daniela no subas, que Alex me pidió que lo avisara cuando llegaras, quiere que lo esperes aquí.

—¿Te dijo por qué? —Fruncí el ceño.

—No, solo que lo avisara —dijo cogiendo el teléfono para llamar al despacho de mi jefe.

—¿No irá a despedirme? —murmuré mirando a Jorge.

—Ay, cariño, no seas tan alarmista. ¿Cómo va a querer despedirte? Quitando a su anterior secretaria, eres la mejor que ha tenido.

—Pues ya me dirás por qué no puedo subir a mi puesto.

—¿No me dijiste ayer que has estado revisando los presupuestos de algunos contratos con él y David? —asentí—
Pues ya está, querrá hablar de otros nuevos. Anda, tú tranquila —sonrió y como siempre, se despidió de mí con un piquito, justo en el momento en el que Alex se acercaba a nosotros—. Nos vemos.

—Buenos días —dijo Alex en un tono algo serio.

—Buenos días, señor —contestamos los dos, y Jorge se fue hacia los ascensores para empezar su jornada.

—Vamos —Alex pasó por mi lado con ambas manos en los bolsillos, fuimos hasta la zona que llevaba al ascenso de acceso al parking y entramos en él en silencio.

—¿Dónde vamos? —pregunté antes de que el ascensor llegara al parking.

—Tengo una reunión y quiero que estés ahí.

No sabía por qué, pero Alex parecía molesto. Si era por algo que yo había dicho o hecho, me gustaría poder hablarlo, y por más vueltas que le di a qué podía haber pasado el día anterior o el lunes para que se mostrara así, no daba con un motivo.

Subimos a su coche y lo puso en marcha saliendo del parking mientras llamaba a David con el manos libres.

—Voy de camino —dijo cuando David descolgó, sin darle tiempo a preguntar.

—Ok, yo estoy en la puerta, entramos juntos.

—Perfecto —y colgó.

Alex condujo por las calles de la ciudad sin decirme una sola palabra mientras yo lo miraba de vez en cuando.

No sabía qué lo podía tener así, pero estaba alterado, incluso molesto, y por el modo en el que apretaba el volante, haciendo que los nudillos se le volvieran completamente blancos, diría que estaba enfadado.

—¿Puedo preguntar qué pasa? Nunca te había visto tan... ¿enfadado? —me atreví a preguntar aun sabiendo que probablemente no me diera una respuesta.

—Teníamos un contrato prácticamente firmado y ayer por la noche me llamó para decirme que lo iba a pensar. Le
r ha hecho una oferta la competencia.

—¿De quién se trata?

—El banco que hay cerca de la playa.

1—Oh, vaya —no dudé en sacar la Tablet que Alex me había facilitado para llevarme a casa y poder tener acceso a todos los documentos que guardaba en mi portátil, y entré en la carpeta de ese cliente.

Había sido él quien se puso en contacto con la empresa de Alex y David, para contar con ellos y sus sistemas de seguridad dado que la empresa con la que estaban trabajando había tenido algunos fallos en el sistema y no se la podían jugar más. El banco era el responsable de miles de millones de euros de todos sus clientes y una brecha en la seguridad informática era una absoluta catástrofe.

r

En el poco tiempo que duró el trayecto en coche revisé aquel borrador que habíamos elaborado, anoté algunas cosas y le pregunté si sabía qué oferta le había hecho esa otra empresa que quería hacerse con el contrato, pero dijo que no.

Con lo poco que sabía al respecto y el margen de beneficios con el que podía jugar a la hora de hacer un presupuesto para los clientes, lo hice a mano en una libreta y se lo enseñé a Alex cuando aparcó frente a la puerta del banco.

—¿Crees que al ver esto aceptará? —pregunté mientras me devolvía mi libreta.

—Si acepta, esta noche te llevo a cenar donde quieras —dijo mientras bajaba del coche y vi que David también bajaba del suyo.

Salí para darles el encuentro a ambos y David sonrió al verme. Fuimos hacia la entrada del banco y una vez dentro fue el propio David quien se encargó de decirle a la chica de caja que queríamos hablar con el director, tal era el estado de alteración de Alex en ese momento.

Eso era algo de lo que me había dado cuenta en los dos días anteriores. Alex y David eran como la noche y el día, mientras que el primero podía alterarse y mostrar su cara de pocos amigos cuando estaba molesto por un tema de trabajo, David era la calma personificada, controlando la situación y haciendo que Alex no estallara.

Yo también podía poner mi granito de arena y sin pensarlo, me acerqué a mi jefe, entrelacé mi mano con la suya para hacer que dejara de apretar los puños de ese modo, y cuando me miró con el ceño fruncido me pregunté si él también había sentido aquella pequeña descarga eléctrica.

—Tranquilo —murmuré sonriéndole—. Va a salir bien, Alex.

;

En el momento en el que dije su nombre se le abrieron los ojos por la sorpresa, y yo misma me sorprendí de haberlo hecho. Alex sonrió y lo vi soltar un poco el aire al tiempo que su cuerpo parecía relajarse.

Fui a retirar la mano, pero no me dejó, seguía agarrándose con fuerza sin apartar la mirada de la mía, y sentí un escalofrío recorriéndome el cuerpo de un modo que antes no había experimentado a su lado.

—Decidme que tenemos una buena oferta para este tío —dijo David, y ahí sí que conseguí soltar la mano de mi jefe.

—He hecho algunos cálculos en el camino —contesté—. Sin saber qué le ofrece la otra empresa, no podemos saber si la nuestra le parecerá mejor, pero...

—Es lo que tenemos, vale, entiendo —suspiró—. Ese cabrón de Zamora siempre está igual, detrás de nuestros clientes.

—¿Quién es Zamora? —pregunté.

—Nuestra principal competencia —contestó Alex, a quien vi apretar los dientes mientras miraba al frente, y cuando miré hacia el mismo lugar, vi salir a dos hombres del que suponía era el despacho del director del banco, sonriendo y estrechándose la mano.

—Qué cabrón —dijo David, que también miraba hacia ese despacho—. Cómo ha venido en busca de su hueso, el muy perro.

—¿Ese es Zamora? —murmuré y ambos asintieron.

El tal Zamora no debía tener más de cuarenta años, era alto, de cabello cobrizo y ojos marrones de esos que no inspiran demasiada confianza.

Tras estrechar la mano al director del banco, se giró y sonrió de un modo perverso mientras miraba a Alex.

—Vaya, vaya, a quién tenemos aquí —dijo cuando llegó hasta nosotros—. David, Alex —y entonces, me miró—. ¿Y tú quién eres, preciosa?

—Ni la mires —le advirtió Alex con los dientes apretados, al igual que las manos.

—Ya veo —dejó escapar una risilla—. Lamento que hayáis venido hasta aquí, no tenéis nada que hacer. El contrato es mío.

—¿Ya lo has firmado? —preguntó David arqueando la ceja.

—Eso es solo una minucia —se encogió de hombros—. Os he quitado el cliente —murmuró—. Me ha alegrado veros, chicos. Estáis estupendos. Y tú, si quieres un trabajo de verdad —sacó una tarjeta del bolsillo de su chaqueta, me la ofreció y me limité a quedarme mirándola— llámame, preciosa.

—Eso no va a pasar —Alex cogió la tarjeta y la estrujó con la mano sin dejar de mirarlo.

—Quién sabe, Alex, quién sabe... —sonrió con malicia sin apartar los ojos de mí, y se marchó.

Alex dio un paso hacia él, pero David lo detuvo.

—Tío, no merece la pena. Vamos, hagamos nuestro trabajo y recuperemos el cliente.

Seguimos a David, que saludó al director del banco y después de que lo saludara Alex, me presentó como la contable de la empresa.

Miré a David con los ojos muy abiertos y me hizo un guiño acompañado de una sonrisa cuando el director entró en su despacho.

Las siguientes dos horas las pasamos allí hablando de nuestros sistemas de seguridad, de los buenos resultados que habían dado en otras sucursales bancarias, así como a los clientes que habían firmado contratos para sus hoteles y otros muchos, asegurándole que no había brechas en ninguno de esos sistemas.

Cuando le enseñamos el ajuste que podíamos hacer para su presupuesto, ofreciéndole las mismas condiciones en la seguridad, se quedó mirando el papel que dejé sobre la mesa, con las manos cruzadas y sin dejar de dar golpecitos con los pulgares, chocando uno con otro, claramente pensando en que la nuestra, era la mejor oferta de las dos.

—Espero no arrepentirme de esto —dijo finalmente—. Si me aseguras que tengo el contrato en esta mesa antes de quince minutos, me quedo con vosotros.

—Lo tendrás en diez —le aseguró David mirándome, y asentí.

—Si me disculpan —sonreí al tiempo que iba hacia la puerta.

Me senté en la zona de espera con la Tablet, abrí el contrato que teníamos listo para el banco, modifiqué los importes, añadí la fecha y me acerqué a una de las chicas de la mesa para preguntar si podía imprimirme aquellas hojas que guardé en un pendrive, cosa que pude hacer sin problemas.

—Aquí lo tiene —dije al entrar de nuevo en el despacho.

David y Alex lo firmaron también y tras despedirnos de él, salimos de allí un poco más relajados, David y yo incluso con una leve sonrisa.

—Crisis resuelta —dijo David.

—Solo a medias —contestó Alex.

—Tenemos el contrato firmado, el cliente es nuestro, y no de Zamora.

—Sí, pero dime algo, David —Alex se giró para mirarlo—. ¿Cómo coño sabía Zamora que teníamos este contrato casi firmado? ¿Y qué me dices de la semana pasada? ¿Otra casualidad?

—¿No estarás insinuando que tenemos un topo en la empresa?

—Pues todo apunta a que sí. ¿No has visto cómo ha intentado llevarse a Daniela a su empresa? Quién sabe lo que puede haberle ofrecido a alguno de nuestros empleados.

—No me jodas Alex, siempre hemos confiado en nuestra gente.

—Pues empiezo a no hacerlo —dijo sacando las llaves del coche de su bolsillo—. Si tenemos una jodida manzana podrida en la empresa, la quiero fuera.

Se subió en el coche y puso el motor en marcha, yo me quedé ahí parada con David sin saber qué hacer hasta que Alex bajó la ventana del copiloto y me llamó para que entrara, me despedí de David y me senté. Casi no me dio ni tiempo a cerrar la puerta cuando Alex ya estaba saliendo disparado con el coche por la carretera a toda velocidad.

—Oye, despacio, que nos vamos a matar y yo me quiero mucho —protesté agarrándome a la manilla de la puerta.

⁂ Alex no dijo nada, se limitó a seguir conduciendo y yo sin saber a dónde me llevaba, hasta que vi que nos alejábamos de la ciudad para ir hacia las afueras, llegando a una colina frente al mar.

—Solo a medias —contestó Alex.

—Tenemos el contrato firmado, el cliente es nuestro, y no de Zamora.

—Sí, pero dime algo, David —Alex se giró para mirarlo—. ¿Cómo coño sabía Zamora que teníamos este contrato casi firmado? ¿Y qué me dices de la semana pasada? ¿Otra casualidad?

—¿No estarás insinuando que tenemos un topo en la empresa?

—Pues todo apunta a que sí. ¿No has visto cómo ha intentado llevarse a Daniela a su empresa? Quién sabe lo que puede haberle ofrecido a alguno de nuestros empleados.

—No me jodas Alex, siempre hemos confiado en nuestra gente.

—Pues empiezo a no hacerlo —dijo sacando las llaves del coche de su bolsillo—. Si tenemos una jodida manzana podrida en la empresa, la quiero fuera.

Se subió en el coche y puso el motor en marcha, yo me quedé ahí parada con David sin saber qué hacer hasta que Alex bajó la ventana del copiloto y me llamó para que entrara, me despedí de David y me senté. Casi no me dio ni tiempo a cerrar la puerta cuando Alex ya estaba saliendo disparado con el coche por la carretera a toda velocidad.

—Oye, despacio, que nos vamos a matar y yo me quiero mucho —protesté agarrándome a la manilla de la puerta.

Alex no dijo nada, se limitó a seguir conduciendo y yo sin saber a dónde me llevaba, hasta que vi que nos alejábamos de la ciudad para ir hacia las afueras, llegando a una colina frente al mar.

Capítulo 16



Me quedé mirando aquella preciosa casa cuando atravesamos las puertas de la entrada, contemplando embelesada el camino asfaltado y los árboles que había bordeándolo.

—¿Dónde estamos? —pregunté, aunque podía intuirlo.

—En mi casa —dijo tras abrir la puerta de lo que era un garaje donde había un par de coches más.

Dejó el coche en una de las plazas libres y salió, abriendo mi puerta poco después para que yo también bajara.

Lo seguí hasta una puerta que daba al interior de la casa y, si el exterior era una pasada, el interior no se quedaba atrás.

Paredes blancas, muebles en color madera oscura, suelos de mármol gris y grandes ventanales que daban muchísima luz a toda la estancia.

—¿Un vino? —preguntó y asentí.

Lo seguí por la amplia zona y vi el salón, donde había una chimenea, tres sofás amplios formando una “u” con un mesa de mármol blanco en el centro, varios cuadros de paisajes, fotos de Alex con su madre y un hombre que, sin duda, era su padre dado el gran parecido físico que tenían, y algunos trofeos que reposaban en las estanterías dejando claro que mi jefe estaba orgulloso de ellos.

La cocina era muy amplia, con una isla en el centro, muebles blancos y negros y electrodomésticos de lo más modernos.

Alex sacó una botella de vino de lo que sin duda era una nevera especial para los vinos, algo así como una mini bodega, y cogió dos copas de uno de los armarios altos.

Tras descorchar la botella y servir las copas, me ofreció una.

—Gracias.

Le di un sorbo y él se bebió el contenido de la copa de una sola vez, lo que hizo que yo lo mirara con los ojos muy abiertos. No tardó en servirse la segunda copa.

—Oye, despacio —le dije y me miró con la ceja arqueada—. Vale, vale, no he dicho nada —levanté la mano y di otro sorbo pequeño a mi copa mientras salía de la cocina y me iba al salón.

Desde el ventanal que tenía como puerta de acceso al jardín trasero, pude ver las maravillosas vistas que había del mar desde esa colina.

No tardé en escuchar sus pasos acercándose y cuando lo tuve a mi espalda, sentí un escalofrío pues se había pegado demasiado a mí.

—Me enamoré de estas vistas nada más ver el anuncio de la venta del terreno. Me hice con él y construí la casa —dijo.

—No me extraña que te enamoraras, esto es precioso.

—Ven, te enseñaré el resto —Alex me cogió de la mano y así me llevó a recorrer la casa.

En la planta baja contaba con un despacho que me recordó al que vi en aquella habitación en casa de Nando, lleno de pantallas de ordenador, además de un gimnasio.

Fuimos hasta la escalera al final del pasillo y subimos a la zona de las habitaciones: dos de invitados con cuarto de baño, la principal con un vestidor del tamaño de una habitación pequeña y un cuarto de baño con bañera y ducha.

Moderna y minimalista, además de muy masculina.

a

Alex no me soltaba la mano y yo no hacía más que mirar hacia ellas, notando el modo en el que me acariciaba de manera distraída el interior de la muñeca.

Regresamos a la cocina y, tras dejarme junto a uno de los taburetes, fue a la nevera para sacar queso que troceó y puso en un plato, acompañado de unos picatostes de pan.

—¿Por qué me has traído aquí? —pregunté, dejando ya de lado el hecho de tratarlo de usted y empezando a tutearlo.

—Me gusta venir a relajarme a casa con una copa de vino.

—Pero tenemos que volver al trabajo.

—Daniela, estás con el jefe, despreocúpate que no van a despedirte —dijo cogiendo un trozo de queso y acercándolo a mi boca.

Pasé la lengua por los labios antes de abrirlos y aceptarlo mientras él me miraba fijamente a los ojos.

Cogió un trozo para él y se acercó a mí, que seguía sentada en el taburete.

—¿De verdad crees que ese hombre ha podido pagar a alguien de la empresa para que le den información? —pregunté.

—Es una posibilidad muy grande.

—¿Por qué has reaccionado antes así? Digo, cuando le pediste que no me mirara.

—Porque no quiero que lo haga —contestó.

—Pero, ¿por qué?

—Daniela, soy más de actos que de palabras —dijo mirándome—. Si quieres una respuesta, te la muestro.

—Vale, adelante.

Lo último que pensaba recibir como respuesta, fue lo que hizo a continuación.

Alex colocó un mechón de cabello detrás de mi oreja mientras me miraba con esos ojos intimidantes y de un intenso color azul en ese momento, me acarició la mejilla y llevó la mano a mi nuca, acortando la distancia entre nuestros labios para besarme.

Aquello me pilló tan desprevenida, que no reaccioné en el momento y cuando fui a hacerlo, la lengua de Alex ya estaba traspasando mis labios para adentrarse en mi boca buscando esa compañera de juegos que no tardó en encontrar.

Me acarició la pierna desnuda con la otra mano y la sentí subir por ella haciendo que la tela de mi falda lápiz se deslizará por ella mostrando aún más piel.

Se detuvo al llegar al muslo, peligrosamente cerca de mi zona más íntima, en ese momento sentí una leve punzada de deseo y se me escapó un gemido bajo.

—Me has llamado Alex —dijo en un susurro mirándome fijamente—. En el banco.

—Lo sé, fue un lapsus —me encogí de hombros.

—No lo ha sido, lo sabes tan bien como yo.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté.

—Demostrarte por qué Zamora no puede mirarte, ni tan siquiera desearte.

—Alex —susurré.

—Llámame loco, pero desde que te vi en mi despacho el primer día, he querido hacer esto, y mucho más.

—No podemos, eres mi jefe.

—En ese caso... Daniela, estás despedida.

Volvió a besarme y lo hizo de un modo tan pasional y arrebatador, que dejé que tomara las riendas de la situación sin oponer resistencia.

Se situó entre mis piernas de tal modo que la falda quedó completamente subida dejando mis muslos y mi zona íntima al descubierto.

Llevó la mano al interior de mi muslo y noté el modo en el que su pulgar comenzaba a tocarme esa zona por encima del encaje de mi bragueta, haciendo que a cada segundo que pasaba la humedad aumentara y se notara en la tela.

Gemí cuando lo apartó a un lado y sentí el pulgar sobre mi clítoris, jugando, frotando y llevándome a la locura.

Y entonces me penetró con el dedo al tiempo que su pulgar seguía dando esas atenciones al clítoris, excitándome más y más a cada instante.

Tiró con el dedo en mi interior hacia él y gemí arqueando la espalda, apartándome de sus labios mientras me agarraba como podía a la encimera de la isla que tenía a mi espalda.

Alex comenzó a besarme el cuello mientras con la mano libre desabrochaba uno a uno los botones de mi camisa, liberando mis pechos poco después y retirando la tela del sujetador para cernirse sobre ellos. Lamió y mordisqueó los pezones haciéndome gemir y gritar como una loca mientras seguía penetrándome hasta que llegué al orgasmo mucho antes de lo que pensaba.

No se detuvo, sino que me bajó del taburete para desnudarme por completo y me llevó hasta la mesa del salón, donde me recostó y comenzó a lamer todo mi cuerpo hasta detenerse en mi sexo.

Movía la lengua en rápidas lamidas, me penetraba con ella y me hacía gritar y gritar, presa del momento que estaba viviendo.

Hacía meses que no tenía sexo con un hombre y lo que menos esperaba, era tenerlo con mi jefe.

Pero si era sincera conmigo misma, debía admitir que ese hombre era una fantasía andante, sería de necios no reconocer que no había pensado en mi jefe de ese modo.

Volví a correrme y me hizo levantarme para llevarme hasta el sofá, donde, tras despojarse por completo de su ropa, nos recostamos y comenzamos a besarnos, más bien a devorarnos, y me penetró con una fuerte y poderosa embestida.

Me agarré al sofá con fuerza y recibí una estocada tras otra mientras gritaba completamente excitada.

Alex no se detenía, seguía besándome el cuello, dejando sutiles mordiscos en mi hombro mientras me penetraba fuerte y hasta lo más hondo.

Entrelazó nuestras manos y siguió entrando y saliendo de mi cuerpo hasta que los dos sentimos que estábamos llegando a ese punto álgido del momento, a la culminación de un encuentro rápido y excitante que nos hizo estallar en gritos mientras el clímax era liberado.

Se dejó caer sobre mi cuerpo con la frente apoyada en mi hombro mientras recobrábamos el aliento y esperábamos que el corazón volviera a sus latidos tranquilos y pausados de siempre.

Me miró con los ojos velados por el deseo, con el brillo de la lujuria aún en ellos, y volvió a besarme una vez más sin retirar su miembro erecto de mi interior.

La cabeza me iba a estallar, acababa de tener sexo con mi jefe, algo que nunca antes había hecho y que jamás debería haber sucedido, pero ahí estaba, en su casa, besándome con él en aquel sofá donde acabábamos de follar.

—Alex —murmuré cuando comenzó a besarme el cuello y a moverse, deslizando nuevamente su erección aún en su punto más álgido, dentro y fuera de mi vagina.

—¿De verdad tanto te costaba llamarme por mi nombre, preciosa? —susurró mientras lamía uno de mis pezones.

Tragué con fuerza, y mientras mi mente y mis cuerdas vocales querían poder decirle que parase, que aquello no debía haber pasado y que no tendría que volver a pasar, mi cuerpo los mandaba callar y se movía al compás que él marcaba.

Volví a susurrar su nombre, con los ojos cerrados y la mente completamente perdida en el momento, mientras mi

jefe seguía entrando y saliendo con su enorme y poderosa erección en lo más hondo de mi ser, consiguiendo que los músculos de mi vagina se contrajeran a su alrededor y haciendo que Alex jadeara con cada nueva embestida.

Se sentó en el sofá llevándome consigo y fue mi turno de moverme sobre él, subiendo y bajando, contoneando las caderas con círculos de lo más sensuales y sugerentes mientras me mantenía sujeta por la cintura y yo me agarraba con fuerza al respaldo del sofá sin perder el ritmo ni el compás.

Alex era doce años mayor que yo y tenía mucha más experiencia en ese tema, por lo que no quería parecer una mujer tímida que no sabía lo que hacía con un hombre.

Comencé a moverme aún más rápido, arriba y abajo una y otra vez, besándolo, mordisqueando su labio al igual que él lo hacía, ya no podía más, mi cuerpo me decía que estaba preparado para alcanzar de nuevo ese clímax que tanto ansiaba liberar.

Noté que las manos de Alex me agarraban con más fuerza por las caderas, moviéndome a su antojo, y supe que él también estaba cerca de esa liberación.

Nos besamos mientras seguíamos follándonos, disfrutando de aquel momento envueltos por un deseo y una lujuria intensos como nunca antes había experimentado, y cuando quise darme cuenta, estaba rodeándolo por los hombros mientras seguíamos moviéndonos al tiempo que él jadeaba y yo gritaba, corriéndonos, y alcanzando el éxtasis al unísono.

Alex me estrechó con fuerza entre sus brazos mientras ambos cogíamos aire con el que llenar nuestros pulmones, mientras tratábamos de volver una vez más a ese estado tranquilo y relajado de nuestros cuerpos tras el momento compartido.

Me besó el cuello y suspiré al pensar en lo que acababa de hacer, en la cagada monumental que era el haberme acostado con mi jefe.

Pero lo peor de todo fue darme cuenta de que aquello era peligroso a la vez que adictivo. Que, aunque quisiera, aunque lo intentara, no iba a poder dejar de hacerlo, pues en el fondo sabía que mi jefe me hacía sentir algo, algo que había estado dormido en mi interior durante meses, tal vez durante años.

jefe seguía entrando y saliendo con su enorme y poderosa erección en lo más hondo de mi ser, consiguiendo que los músculos de mi vagina se contrajeran a su alrededor y haciendo que Alex jadeara con cada nueva embestida.

Se sentó en el sofá llevándome consigo y fue mi turno de moverme sobre él, subiendo y bajando, contoneando las caderas con círculos de lo más sensuales y sugerentes mientras me mantenía sujeta por la cintura y yo me agarraba con fuerza al respaldo del sofá sin perder el ritmo ni el compás.

Alex era doce años mayor que yo y tenía mucha más experiencia en ese tema, por lo que no quería parecer una mujer tímida que no sabía lo que hacía con un hombre.

Comencé a moverme aún más rápido, arriba y abajo una y otra vez, besándolo, mordisqueando su labio al igual que él lo hacía, ya no podía más, mi cuerpo me decía que estaba preparado para alcanzar de nuevo ese clímax que tanto ansiaba liberar.

Noté que las manos de Alex me agarraban con más fuerza por las caderas, moviéndome a su antojo, y supe que él también estaba cerca de esa liberación.

Nos besamos mientras seguíamos follándonos, disfrutando de aquel momento envueltos por un deseo y una lujuria intensos como nunca antes había experimentado, y cuando quise darme cuenta, estaba rodeándolo por los hombros mientras seguíamos moviéndonos al tiempo que él jadeaba y yo gritaba, corriéndonos, y alcanzando el éxtasis al unísono.

Alex me estrechó con fuerza entre sus brazos mientras ambos cogíamos aire con el que llenar nuestros pulmones, mientras tratábamos de volver una vez más a ese estado tranquilo y relajado de nuestros cuerpos tras el momento compartido.

Me besó el cuello y suspiré al pensar en lo que acababa de hacer, en la cagada monumental que era el haberme acostado con mi jefe.

Pero lo peor de todo fue darme cuenta de que aquello era peligroso a la vez que adictivo. Que, aunque quisiera, aunque lo intentara, no iba a poder dejar de hacerlo, pues en el fondo sabía que mi jefe me hacía sentir algo, algo que había estado dormido en mi interior durante meses, tal vez durante años.

Capítulo 17



Alex se puso el pantalón del traje y yo su camisa, así fuimos hasta la cocina donde había quedado desperdigada toda mi ropa.

Acabamos preparando una ensalada para comer y tomarnos la botella de vino que había abierto, mientras no me quitaba las manos de encima.

Me abrazaba desde atrás, me besaba constantemente el cuello y me hacía tener esa sonrisa boba en los labios de manera permanente.

Estábamos tomando el café cuando saqué el tema de Zamora.

—¿De verdad crees que ese hombre está pagando a alguien para que le dé información sobre los clientes que están a punto de firmar con vosotros?

—No sería la primera vez que intenta algo contra mí —dijo tras dar un sorbo a su café.

—¿Contra ti? —Fruncí el ceño— Creí que iba contra la empresa.

—Ir contra la empresa, es ir contra mí, Daniela. Y sí, de Zamora no me extrañaría que hubiera pagado a alguien para que le dé información y quitarnos los clientes.

—Pero, ¿a quién? Todos en la empresa te son leales.

—Eso pensaba, pero ahora no estoy tan seguro.

—¿Puedo preguntar qué pasó entre vosotros?

—Éramos amigos —contestó—. David, Zamora y yo, íbamos juntos al instituto. A los tres nos gustaba el tema de los ordenadores, siempre hablamos de crear algo gordo juntos, y así habría sido si no fuera porque él nos la jugó con una de las empresas con la que empezamos a trabajar antes de que David y yo pusiéramos en marcha nuestra

propia empresa. Hubo una brecha de seguridad en el sistema y nos culpó a David y a mí, solo porque él ya tenía en marcha su propia empresa y quería a ese cliente para él solo. Conseguimos demostrarle al dueño que no había sido cosa nuestra, sino que Zamora manipuló el sistema para jodernos a todos, y dejó de trabajar con él.

—Hay algo más —dije convencida—. Me atrevería a decir que se trata de una mujer, a juzgar por cómo has perdido los nervios en el banco.

—Eres muy suspicaz para ser una sencilla secretaria —sonrió arqueando la ceja y me encogí de hombros—. Hubo una mujer, sí, y él se quedó con ella, fin de la historia.

—Sé que es una historia más larga, pero no me la quieres contar.

—No —dijo de manera tajante y se levantó para llevar las tazas de café al fregadero.

Cuando regresó se sentó a mi lado y me cogió por la cintura para sentarme a horcajadas sobre su regazo y comenzó a besarme.

No tardé en sentir sus manos en mis muslos, deslizándose despacio arriba y abajo mientras me besaba y mordisqueaba los labios.

—Alex —me aparté apoyando la frente en la suya—. Esto no tenía que haber pasado.

¹ —¿Te arrepientes?

—Eres mi jefe —respondí con un suspiro.

—No es eso lo que te he preguntado, Daniela —cogió mis mejillas entre sus manos haciendo que lo mirara—. ¿Te arrepientes? Porque yo no.

—No, Alex, no me arrepiento. Somos adultos, hemos hecho lo que queríamos en este momento, pero sigues siendo mi jefe.

Me levanté y fui hacia la puerta que daba al jardín mientras me abrazaba a mí misma.

Miré hacia el mar y sentí que en ese rincón donde se sentía tanta calma y tanta paz, podría quedarme el resto de mi vida.

Alex me abrazó desde atrás, apoyando la barbilla en mi hombro, y cerré los ojos disfrutando de ese momento.

¿Cuándo fue la última vez que un hombre me hacía sentir así de bien?

—No quiero que nadie sepa lo que ha pasado —dije—. No quiero que piensen...

—Tranquila, no suelo ir contando por la empresa con quién me he acostado.

—Y no podemos volver a hacerlo, no está bien. Sigo siendo tu secretaria.

—Se te olvida que te he despedido antes de que lo hiciéramos. Y en lo que a mí respecta —me mordisqueó el lóbulo de la oreja— sigues despedida, pequeña —murmuró antes de llevar la mano entre mis piernas.

—Alex —jadeé, y supe que estaba perdida.

Entre los brazos de ese hombre me convertía en una masa gelatinosa que perdía la cabeza por completo.

Cogió mis manos y las colocó en el cristal de aquella puerta, manteniéndolas sujetas por mis muñecas mientras con la otra mano seguía tocándome el clítoris y penetrándome hasta hacerme gemir y gritar al tiempo que me corría con todas mis fuerzas.

Sin que apartara las manos de la puerta, hizo que me inclinara hacia adelante y, tras separar mis piernas elevando las caderas, liberó su erección y me penetró de manera ruda y posesiva, golpeando con fuerza y profundamente, haciendo que mi cuerpo temblara con cada una de sus embestidas.

Cuando volví a correrme con un grito casi ahogado, se retiró mientras me hacía girarme y me arrancó la camisa, su camisa, esa en la que los botones salieron volando por todas partes. Me cogió por las nalgas y tras hacer que lo rodeara con las piernas por la cintura, me penetró y comenzó a follarme contra el cristal, que esperaba fuera de esos resistentes a cualquier cosa o acabaríamos haciéndolo añicos.

Alex me besaba, mordisqueaba mis labios, me penetraba con fuerza y volvió a hacer que ambos nos corriéramos con fuerza y entre gritos de placer.

Salimos al jardín y acabamos metidos en la piscina, donde entre besos y juegos volvimos a caer en la tentación de entregarnos al placer de la carne, sentados en las escaleras y sin dejar de comernos el uno al otro, saboreándonos sin el más mínimo pudor.

—Ahora entiendo que dijeras con tanta seguridad que siempre conseguías lo que querías —dije cuando entramos de nuevo en la casa, desnudos, para ir a darnos una ducha juntos.

—Y no has visto todo —sonrió besándome.

Aquello sonó a promesa, de eso no me cabía la menor duda, una promesa que me daba miedo que Alex llevara a cabo puesto que, de hacerlo, corría el peligro de quemarme, de abrazarme más bien, si seguía jugando con ese fuego al que mi jefe me había arrastrado para jugar juntos.

Me enjabonó con mucho mimo, me lavó el pelo y cuando terminó conmigo se duchó rápido para salir y ayudarme a secarme.

Regresamos a la cocina donde seguía mi ropa y empecé a vestirme.

Escuché mi móvil sonando dentro del bolso y al cogerlo vi que era Jorge.

—Hola.

—¿Hola? ¿En serio? Joder, Dani, llevo una hora llamándote. ¿Dónde estás?

—Eh... trabajando con mi jefe —mentí.

—¿Estás en la oficina?

—No, no, estoy en un bar. Oye, ahora voy para casa, ¿sí?

—Nando viene a cenar.

—Vale, genial. Tengo que hablar con él.

—Oye, ¿estás bien? Te noto rara.

—Sí, sí, perfectamente. Os veo ahora.

Colgué y cuando levanté la vista, Alex estaba apoyado en la isla de la cocina con los brazos cruzados.

—Tengo que irme.

—¿Era ese chico de la empresa? —preguntó y fruncí el ceño— Con el que te has besado esta mañana.

—Tengo que irme —repetí cogiendo el bolso.

—Te llevo.

No dijo más, cogió las llaves del coche y fuimos al garaje. Ni siquiera me pidió la dirección, pero claro, venía en mi currículum, por lo que debía saberla de memoria.

—Déjame aquí —le pedí cuando estábamos a una calle de mi edificio.

Se limitó a asentir, paró el coche y cuando fui a bajar, me cogió de la mano atrayéndome hacia él para besarme.

—Nos vemos mañana —dijo.

Salí del coche y fui caminando hasta el edificio sin mirar atrás. Nadie podía saber que me había acostado con mi jefe, y si volvía a pasar, nadie debía saberlo nunca, nunca jamás.

Se limitó a asentir, paró el coche y cuando fui a bajar, me cogió de la mano atrayéndome hacia él para besarme.

—Nos vemos mañana —dijo.

Salí del coche y fui caminando hasta el edificio sin mirar atrás. Nadie podía saber que me había acostado con mi jefe, y si volvía a pasar, nadie debía saberlo nunca, nunca jamás.

Capítulo 18



Cuando entré en casa me llegó el olor de la pizza, y fui directa a la cocina donde escuchaba las voces de los chicos.

—Hola —saludé.

—Hombre, la desaparecida —dijo Jorge.

—¿Quieres dejarla tranquila? —le pidió Nando— Te ha dicho que estaba trabajando con el jefe.

—Podía haber llamado —protestó.

—Lo siento, es que...

—¿Te has desmaquillado? —preguntó entrecerrando los ojos.

—No, yo...

—¡Hostia! Tú vienes de estar con un hombre. Trabajando con el jefe, dice...

—Jorge, por Dios. Me sentí un poco mal después de algunas copas de vino y me mojé la cara en el cuarto de baño normal que se me quitara el maquillaje.

—No te creo.

—Pues es la verdad —cogí una botella de agua de la nevera y me la bebí casi de un trago.

—Venga, vamos a cenar que las pizzas se enfrían —dijo Nando, cogiendo las dos cajas.

Nos sentamos en los sofás y pusieron una película para ver mientras cenábamos, y sabía que Jorge tenía la mosca detrás de la oreja pues me miraba cada poco tiempo.

No iba a contar nada de lo que había hecho con mi jefe, pero necesitaba hablar con ellos sobre lo ocurrido con el contrato del banco y ese tal Zamora, así que en cuanto acabó la película, fui por una tarrina de helado para cada uno.

—Nando, tú que entiendes de ordenadores —dije.

—Y yo de qué entiendo, ¿de cortacésped? —protestó Jorge volteando los ojos.

—Nando es hacker, tú no.

—Pues haber empezado por ahí, que me he sentido muy excluido de la conversación.

—Ay, Dios —resoplé—. Necesito que hagas algo —miré a Nando.

—Y me da que va a ser un poquito ilegal —dijo arqueando la ceja.

—En cuanto hable con David y Alex de lo que te he pedido, no será ilegal.

—Espera, ¿quieres que haga algo en la empresa?

—¿A vosotros os suena el nombre de Zamora? —pregunté en respuesta.

—¿Y tú de qué lo conoces?

—Esta mañana cuando Alex me dijo que fuera con él —miré a Jorge y asintió—, era para tratar de conseguir firmar el contrato con un banco que estábamos a punto de perder. El tal Zamora estaba allí, quería quitarnos el cliente.

—Qué cabrón —dijo Nando—. No es la primera vez, por lo que sé. La semana pasada hizo una jugada igual.

—Lo sé, Alex se lo dijo a David. El caso es que él sospecha que Zamora puede estar pagando a alguien de la empresa para que le dé información sobre los clientes y, de ese modo, adelantarse y llevárselos con él.

—Y tú lo que quieres es que me meta en la vida de mis compañeros para ver si alguno tiene mierda debajo de la alfombra —intuyó Nando.

—Sí. No le he comentado nada a ellos, pero siendo un experto en indagar allí donde nadie más podría entrar...

—Los jefes podrían hacerlo —comentó Jorge—, te recuerdo que son expertos en informática también, por lo que deben saber de hackeo.

—Sí, pero, piensa como si fueras jefe —le dijo Nando—. Zamora también sabe dónde podrían indagar ellos y sabría que han sido Alex o David, no sospecharía de ninguno de los empleados.

—¿Lo vas a hacer? —le pregunté.

—¿Pintó Velázquez las famosas Meninas? —Nando volteó los ojos— Dame mi bolsa, princesa, que vamos a jugar a los hackers —me hizo un guiño y sonreí al tiempo que lo abrazaba para darle un beso antes de levantarme.

Cogí la bolsa que había dejado sobre la mesa grande y se la entregué, no tardó en sacar el portátil y empezar a teclear.

Cuando quise darme cuenta estaba en la base de datos de la empresa para mirar en las fichas de todos los empleados.

Fui a preparar café porque la noche se preveía larga, y cuando estaba en la cocina me llegó un mensaje al móvil.

Alex: Estoy pensando en Zamora, no se me va de la cabeza que pueda tener a alguien de la empresa como informante.

Sonreí, y en vez de responderle, marqué su número.

—Hola —dije cuando descolgó.

—Creí que estarías ocupada.

—Estoy preparando café.

—¿A estas horas? Yo tomaba café cuando iba a quedarme despierto para estudiar y preparar un proyecto. ¿Cuál es tu motivo, preciosa?

—Sabes que tienes muy buenos informáticos en la empresa, ¿cierto?

—Obvio, solo contrato a los mejores.

—Pues resulta que uno de ellos es un experto en indagar donde nadie indagaría.

—Hackear, querrás decir.

—Tus palabras, no las mías —reí.

—Vale, te escucho.

—Le he pedido que averigüe lo que pueda sobre cada uno de los empleados para ver si hay algo raro.

—Pagos.

—Exacto. Si damos con algo, te lo diré mañana.

—Daniela, eso es peligroso.

—Lo sé, y él también, pero está muy bien cubierto, no te preocupes. Solo quiero ayudar, Alex.

—Me encanta cuando dices mi nombre. Y cuando lo gritas mientras te follo, más.

—Sí...esto... Si averiguamos algo, te lo digo por la mañana.

—Si averiguáis algo, me llamas, da igual la hora que sea.

—No pienso llamarte para que te despiertes.

—Puedes estar tranquila, el tema de Zamora me está quitando el sueño. Por si no lo has visto, ya es más de medianoche.

—Vaya, no me había dado cuenta.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro.

s

—Jorge, el chico con el que te besaste esta mañana. ¿Tú y él...?

—Buenas noches, jefe.

—Sabes que siempre consigo lo que quiero, ¿cierto? Y tú estás la primera de la lista, preciosa. Buenas noches.

Colgó y me quedé mirando el móvil como una idiota, pensando en aquellas palabras.

No podía ser que quisiera algo más que sexo conmigo, y eso ya lo había tenido. Cuatro veces ese día, para ser exactos, así que...

—¿Dani? —me giré cuando escuché la voz de Nando.

—Voy, voy, ya llevo el café —dije cogiendo la bandeja con las tres tazas—. Aquí está.

—A ver, entre las cosas sospechosas que podríamos tener en cuenta como posible soborno, ¿cuenta una transferencia de diez mil euros en concepto de servicios de asesoría?

—Podría, sí —contesté cogiendo mi taza y sentándome a su lado en el sofá para ver de quién podría tratarse.

—Pues vamos a ver si el remitente de la transferencia nos lleva hasta Zamora —dijo mientras volvía a teclear.

—A ver, Nando, que ese tío es informático y habrá sabido ocultar muy bien su rastro —comentó Jorge.

—Sí, lo sé, pero, ¿sabes que hay gente que por muy bien que intente hacer las cosas, siempre deja algo que lo acaba delatando? Algo, por poco que sea, nos puede llevar hasta Zamora, y eso, mi querido Watson, podría usarse como prueba en el caso de que Alex y David quieran denunciarlo por pagar a uno de sus empleados por espionaje

—Así que yo soy Watson... y supongo que tú eres Sherlock —Jorge arqueó la ceja.

—Efectivamente.

—Vale, va a ser una noche larga —Jorge suspiró y le dio un sorbo al café—. Espero que tengamos café de sobra, porque mañana vamos a ir los tres con unas ojeras al trabajo, que va a parecer que nos hemos pasado la noche follando juntos.

—¡Hala! Mira que eres bruto —reí.

—Se me olvidaba que, de los tres, cierta persona venía de follar —arqueó la ceja.

—Y dale, qué perra te ha dado —resoplé.

—A ver, princesa, que no es por darle la razón a mi chico —dijo Nando mientras tecleaba todo concentrado—, pero has llegado a casa sin oler a tu perfume habitual, sino a gel de ducha y champú de aroma ligeramente masculino. No puedes negar que, follar, has follado. Ahora bien, ¿ha dado la talla? Porque si no hay química en la cama y no saltan fuegos artificiales cuando te corres, no hay nada que hacer.

—Por Dios —suspiré mientras me levantaba, esperando que no viera la rojez de mis mejillas, pero por las palabras de Nando, sí las habían visto.

—Fuegos artificiales con traca final —dijo—. No hay duda, venía de follar a lo grande.

—¿Podemos centrarnos en lo que estamos haciendo? —protesté desde la puerta de la terraza.

—Sí, sí, estamos en ello. Pero no te vas a librar, princesa —me miró, al tiempo que me señalaba con el dedo—. En algún momento querremos detalles.

—Madre mía, ¿eres tan jodidamente cotilla como Jorge?

—Soy peor —se encogió de hombros volviendo a mirar la pantalla de su portátil.

Estaba perdida, si se enteraban de quién era el hombre con el que me había acostado, estaba segura de que me acabarían diciendo que me había vuelto loca por mezclar trabajo y placer, una combinación cuanto menos, mala, por no decir absoluta y jodidamente peligrosa.

;

.

l

—¿Podemos centrarnos en lo que estamos haciendo? —protesté desde la puerta de la terraza.

—Sí, sí, estamos en ello. Pero no te vas a librar, princesa —me miró, al tiempo que me señalaba con el dedo—. En algún momento querremos detalles.

—Madre mía, ¿eres tan jodidamente cotilla como Jorge?

—Soy peor —se encogió de hombros volviendo a mirar la pantalla de su portátil.

Estaba perdida, si se enteraban de quién era el hombre con el que me había acostado, estaba segura de que me acabarían diciendo que me había vuelto loca por mezclar trabajo y placer, una combinación cuanto menos, mala, por no decir absoluta y jodidamente peligrosa.

Capítulo 19



La noche anterior estuvimos los tres en casa hasta bien entrada la madrugada siguiendo el rastro de aquel dinero, ese que nos llevó hasta una cuenta en Suiza que sí, era de Zamora.

Había ocultado bien su rastro, eso se lo reconocíamos, pero Nando era una máquina buscando donde nadie imaginaría que podría buscarse información.

Se quedó a dormir en casa y salió temprano para ducharse y cambiarse en la suya, y cuando llegamos a la cafetería junto al edificio en el que trabajábamos, ya estaba esperándonos en una mesa con tres desayunos completos.

—No sabía que tenía tanta hambre hasta que he visto todo esto —dije sentándome, y cogí una tostada para ponerle mantequilla y mermelada.

—Y eso que anoche te atiborraste a pizza —rio Nando.

—Yo no sé dónde lo mete. Con todo lo que come la tía, y mira, vientre plano —dijo Jorge señalándome.

—En las caderas, Jorge —reí—, lo tengo todo en las caderas.

Desayunamos mientras Nando revisaba todo lo que habíamos imprimido para enseñarles a los jefes sobre el topo, o la rata más bien, que le había dado información a Zamora sobre el contrato del banco y el de la semana anterior que también pudo perder la empresa.

En ello estábamos cuando me llegó un mensaje de Alex.

Alex: *¿Algo que contarme?*

Daniela: *Cuando lleguemos a la oficina te ponemos al día, y a David también. Se nos hizo tarde como para escribir o llamarte. Nos vemos a las nueve.*

—Mira qué sonrisa de pava tiene —escuché a Jorge y lo miré con el ceño fruncido—. No me mires así, que tengo

razón.

—¿Qué dices? No he sonreído.

—No, qué va —volteó los ojos—. Desde luego, el tío con el que estuviste ayer te tuvo que dar un buen repaso después de tantos meses de sequía.

—Y dale, qué obsesión con eso. No estuve con nadie.

—Te delata el sonrojo de tus mejillas —me señaló Nando—. A ver, has conocido a alguien, folla como un dios y te pone los ojos en blanco, ¿qué tiene de malo? Y ya sabes lo que dicen: “lo que se vayan a comer los gusanos, que lo disfruten los humanos”.

—Sí, admito que sí, que estuve con un tío ayer, ¿me dejaréis en paz?

—Solo en parte, al menos hasta saber quién es el responsable de tus orgasmos.

^a —¿Y por qué piensas que fueron varios? —le pregunté a Jorge.

^e —Cariño, cuando hay atracción física y una química brutal entre dos personas, nunca es solo un orgasmo, siempre hay varios.

—Doy fe —rio Nando.

—No quiero detalles de vuestras cochinadas —le señalé y volvió a reír aún más.

—Pues nosotros sí queremos de las tuyas. ¿Cómo es el dios en cuestión? —preguntó el moreno con aquellos ojos azules brillantes mientras se apoyaba en la mesa con el codo y ponía cara de angelito.

—Nando, no voy a contaros nada.

—El sábado la emborrachamos en casa, y canta hasta la Traviata —dijo Jorge mientras se acercaba la taza de café para dar el último sorbo.

Negué mientras reía, no podía hacer otra cosa. Era mi mejor amigo y tenía ese punto de cotilla que ni siquiera Rosario, nuestra vecina, había dejado ver en los años que hacía que la conocíamos.

Tras el desayuno fuimos a las oficinas y Mireia dijo que Alex nos esperaba en su despacho con David. Los chicos me miraron con la ceja arqueada y les dije que como había sido él quien pensó que teníamos una rata infiltrada en la empresa, lo puse al corriente de algunas cosas la noche anterior.

—Buenos días —saludé al entrar en el despacho, puesto que la puerta estaba abierta, y tanto Alex como David se levantaron para recibirnos.

—Me ha dicho Alex que tenéis algo —dijo David.

—Bueno, él tiene algo —sonreí señalando a Nando.

—Me suena tu cara —David entrecerró los ojos mirando a aquel hombre moreno con gafas y pinta de intelectual—. ¿Estás en el departamento de seguridad?

—Sí, de hecho, los dos lo estamos —miró a Jorge—. Alguna vez me habéis pedido investigar algunas cosas que los informáticos no pueden buscar.

—Ah, joder, tú eres el hacker —sonrió.

—Mago negro mejor —rio Nando—. A ver si vamos a tener micros o algo y me trinca la poli.

—Me caes bien, ahora, si me dices que tienes al topo que le pasa información a Zamora, me caerás mejor.

—Lo tengo —sonrió mientras sacaba el portátil de su bolsa y se sentaba en una de las sillas frente al escritorio—. No lleva mucho tiempo con nosotros, al parecer. Entró en diciembre para hacer las prácticas junto con otras seis personas. Contrataron a todos y el resto está limpio, pero este, no —les enseñó la ficha del chico en cuestión.

Tenía apenas veintidós años y no había cursado una carrera universitaria puesto que era de una familia humilde y tampoco pudo obtener becas. Fue uno de sus profesores del instituto quien le dio el contacto de una academia donde poder hacer un par de cursos con salidas profesionales al acabar, y probó suerte.

Su padre los abandonó a él y su madre cuando solo tenía tres años y no volvieron a saber nada, la madre estaba enferma y los medicamentos se llevaban buena parte del sueldo de todos los trabajos que había tenido, por lo que no era de extrañar que hubiera sido una presa fácil para Zamora.

—Sabes lo que significa esto, ¿verdad, Alex? —le preguntó David, y él asintió— Zamora ha tenido que investigar a nuestro personal para llegar hasta ese chico.

—Pero, no ha podido hacer eso, jefe —dijo Jorge.

—Claro que ha podido, de algún modo ha conseguido hackear la base de datos para conseguirlo —contestó Nando.

—¿Cómo va a hacer eso? Tenemos el mejor sistema de seguridad.

—Y ellos también, Jorge, y al igual que yo, deben tener un hacker en la empresa. O más de uno.

—Vale, tenemos que reforzar los sistemas de nuestra empresa —ordenó David—, y eso lo queremos para hacer tres días. ¿He hablado claro?

—Cristalino, jefe —respondió Jorge.

—Y en cuanto a ese chico, tenemos que hacer algo.

—¿Y si le ponéis una trampa? —sugerí, aunque podía ser una ocurrencia un poco descabellada.

—Te escuchamos —dijo Alex apoyándose en su escritorio, con brazos y piernas cruzados.

—Una empresa que sea de lo más succulenta para Zamora, alguien que podría firmar un contrato alto para los sistemas de seguridad de su empresa. Si eso llega a oídos de ese chico y se cuenta, Zamora irá a por el cliente y habremos pillado a los dos con las manos en la masa.

—Una trampa con queso para las dos ratas, me gusta —David me hizo un guiño al tiempo que me señalaba—. Yo me encargo de eso, tengo alguien que podría hacernos el favor y fingir que es dueño de una nueva empresa que necesita seguridad. Antes de que acabe la próxima semana tenemos a Zamora fuera de juego. Y ese chico...

—De él me encargo yo —dijo Alex—. Espero que nada de lo que se ha hablado aquí, salga de este despacho.

—Puede estar tranquilo, jefe, nosotros somos un par de tumbas —contestó Jorge señalando a Nando también.

—Confío en ello. Ahora, todo el mundo al trabajo.

Asentimos, Nando recogió sus cosas y los acompañé a la puerta, momento en el que Jorge me pasó el brazo por los hombros y no se cortó lo más mínimo en darme un piquito.

—Daniela, quédate —escuché a Alex a mi espalda y me despedí de ellos.

—Os dejo, voy a llamar a nuestro futuro cliente —dijo David yendo hacia la puerta—. Oye, acuérdate que esta noche tenemos esa cena con los del hotel, a ver si firman con nosotros.

—Estaré allí a la hora acordada, tranquilo.

—Ok. Nos vemos, Daniela.

—Adiós, David —sonreí y lo vi cerrar la puerta.

Cuando quise darme cuenta, tenía a Alex pegado a mí, rodeándome por la cintura con un brazo, sosteniéndome por la nuca con la otra mano, y adueñándose posesivamente de mis labios.

Me escuché gemir unos segundos después y sentí la dureza que había crecido entre sus piernas pulsando sobre mi vientre.

Mordisqueó mi labio y la mano con la que sostenía mi nuca fue directa al bajo de mi falda, esa que no dudó en subir de tal modo que pudo adentrarse entre mis piernas y tras retirar la tela de las braguitas hacia un lado, comenzó a deslizar el dedo entre mis húmedos pliegues.

Me penetró y gemí de nuevo en su boca, llevando mis manos a sus anchos hombros para sostenerme.

No le costó mucho llevarme al borde de la locura, excitándome a cada segundo que pasaba un poco más.

Y cuando comencé a mover las caderas en busca de ese placer que me daba, acercándome al orgasmo sin poder frenarlo, retiró la mano y dejó de besarme.

, —Nadie que no sea yo, va a besarte —dijo mirándome fijamente—. Y nadie que no sea yo, va a hacer que te corras. Ven conmigo esta noche a la cena, necesito que les hables de los costes.

—Tengo un horario, por si lo ha olvidado —no le tuteé.

—Y yo te recuerdo que tienes que estar disponible para mí las veinticuatro horas. Te recojo en tu casa a las ocho —me dio un piquito y volvió a colocar la tela de mi braguita como si no hubiera pasado nada—. ¿Todo bien? —preguntó al ver que me quedaba mirándolo con el ceño fruncido.

—Perfectamente —me aparté—. Voy a revisar unos borradores que me envió ayer Elisa.

Estaba a punto de abrir la puerta cuando me llamó y me giré para mirarlo por encima del hombro.

—Algún día voy a hacer que te corras en este despacho. Y recuerda, solo yo puedo besarte.

No dijo más, se sentó en su sillón y centró toda su atención en la pantalla del ordenador.

Salí del despacho y tuve que apoyarme en la puerta para coger aire, me había llevado al límite solo para dejarme a medias y con las ganas. ¿Se podía ser más descarado?

Había que joderse, ahora iba a tener que enfrentar el resto de la mañana con la braguita húmeda y un calentón de tres pares de narices.

Ni tres minutos hacía que me había sentado en mi despacho y estaba revisando un borrador, cuando me llegó un

mensaje suyo en mi móvil.

Alex: *No has sido la única que se ha quedado con las ganas, puedes estar segura. Te habría follado sin pensarlo en mi despacho, pero tengo una videollamada en cinco minutos y para hacer todo lo que quiero, necesito tiempo. Y ahora, tienes mi permiso para ir al cuarto de baño, tocarte pensando en mí, y correrte.*

Tragué con fuerza tras leerlo y miré hacia la pared que comunicaba ambos despachos.

No sería la primera vez que me tocaba pensando en un hombre, ya lo había hecho una vez, o quizás dos, con aquel novio que tuvo que pasar el verano en el pueblo de sus padres porque la abuela estaba a las puertas de reunirse con su creador, tal como dijo él.

Pero esto era diferente, no estaba en mi casa sino en el trabajo, y no iba a arriesgarme a que Elisa entrara en el cuarto de baño y me pillara gimiendo mientras pensaba en mi jefe.

No respondí a su mensaje, lo dejé en visto y seguí centrada en el trabajo.

Eso sí, tenía claro que se me iba a hacer el día larguísimo por su culpa, porque cada vez que tenía un minuto libre, mi mente vagaba hasta su despacho, hasta ese beso y al momento en el que su dedo me tocaba y excitaba sin piedad.

mensaje suyo en mi móvil.

Alex: *No has sido la única que se ha quedado con las ganas, puedes estar segura. Te habría follado sin pensarlo en mi despacho, pero tengo una videollamada en cinco minutos y para hacer todo lo que quiero, necesito tiempo. Y ahora, tienes mi permiso para ir al cuarto de baño, tocarte pensando en mí, y correrte.*

Tragué con fuerza tras leerlo y miré hacia la pared que comunicaba ambos despachos.

No sería la primera vez que me tocaba pensando en un hombre, ya lo había hecho una vez, o quizás dos, con aquel novio que tuvo que pasar el verano en el pueblo de sus padres porque la abuela estaba a las puertas de reunirse con su creador, tal como dijo él.

Pero esto era diferente, no estaba en mi casa sino en el trabajo, y no iba a arriesgarme a que Elisa entrara en el cuarto de baño y me pillara gimiendo mientras pensaba en mi jefe.

No respondí a su mensaje, lo dejé en visto y seguí centrada en el trabajo.

Eso sí, tenía claro que se me iba a hacer el día larguísimo por su culpa, porque cada vez que tenía un minuto libre, mi mente vagaba hasta su despacho, hasta ese beso y al momento en el que su dedo me tocaba y excitaba sin piedad.

Capítulo 20



Jorge se quedaba esa noche en casa de Nando, así que no había problema en que Alex me recogiera en la puerta.

Me mandó un mensaje cuando ya estaba abajo esperando, cogí el bolso y las llaves de casa y fui a darle encuentro

Estaba esperando dentro del coche, en doble fila, así que me di prisa en subir y nos marcháramos antes de que pasara la policía.

—Hola —saludé al entrar.

—Hola, preciosa —se acercó y me dio un beso en los labios.

—Espero ir bien vestida —dije mientras me ponía el cinturón.

—Vas perfecta, como una secretaria eficiente —sonrió.

Había cambiado mi ropa de trabajo por un vestido sencillo, pero elegante en color blanco, cruzado, con un cinturón negro al igual que los zapatos.

Llevaba el pelo recogido en una coleta alta y maquillaje de lo más natural.

Alex conducía de lo más concentrado, pero no me pasó desapercibido el que de vez en cuando me miraba las piernas por el rabillo del ojo.

—¿Has revisado el contrato? —me preguntó.

—Sí, tranquilo.

Asintió y el resto del camino lo hicimos en silencio hasta que llegamos al hotel del que tanto Alex, como David, esperaban salir con ese nuevo cliente.

Cuando llegamos, uno de los empleados se acercó a abrirme la puerta mientras otro iba a coger las llaves del coche y aparcarlo. Alex se unió a mí y, tras abrocharse la chaqueta, llevó su mano a la parte baja de mi espalda yendo hacia la puerta.

Entramos y fuimos hacia el bar donde dijo que David nos esperaba, y allí lo encontramos, en la barra tomando un whisky.

—Ah, veo que traes refuerzos —dijo con una sonrisa al verme.

—Hay que hacer presión —sonreí.

—¿Qué tomáis?

—Yo, un vino blanco —contesté.

—Whisky —dijo Alex, a quien notaba un poco preocupado.

Tal vez el hecho de que Zamora estuviera detrás de esos dos clientes y casi los dejara sin el contrato le hacía teme que pudiera haber ido también a por este.

Me acerqué a él cuando David salió a atender una llamada y le di un apretón en el brazo.

—¿Estás bien? —pregunté cuando me miró.

—Sí —dio un sorbo a su whisky.

—Te conozco poco, pero no me engañas, sé que te ronda algo por la cabeza. ¿Es Zamora?

—¿Sabes que eres demasiado lista? —Arqueó la ceja.

—Algo me habían dicho —me encogí de hombros y sonrió al tiempo que se inclinaba.

—Déjame besarte —susurró.

—Ni se te ocurra —me aparté abriendo los ojos.

—No vas a dormir en tu casa, lo sabes, ¿verdad?

—No tengo pensado dormir en otro sitio que no sea mi casa.

—Entonces me quedo contigo.

—¿Qué? No, ni hablar.

—Pues ya sabes, preciosa —se había ido acercando a mí, poco a poco y me cogió por la cintura con la mano—, esta noche te tengo en mi cama.

—Ya estoy aquí —dijo David, y Alex se apartó—. Acabo de ver a los dueños, me han pedido que vayamos al restaurante.

—Vamos —Alex se acabó el whisky de un sorbo y volvió a poner la mano en la parte baja de mi espalda para que caminara delante de él, no tardó en deslizar la mano hacia abajo y acabó por darme un leve apretón en la nalga, lo que provocó que lo mirara por encima del hombro con cara de pocos amigos, y él tuvo la poca vergüenza de hacerme un guiño.

Entramos en el restaurante y David nos llevó hasta la mesa en la que estaban los dueños del hotel, saludamos con apretones de manos y nos sentamos para empezar con aquella reunión.

r Yo me mantuve al margen en un segundo plano, escuchándolos a ellos con todos esos términos técnicos y palabrería de seguridad, hasta que llegaron al tema económico y tuve que poner mis cartas sobre la mesa.

Si hubiera estudiado economía, sería una contable buenísima.

Para cuando acabamos con el postre y nos trajeron los cafés, teníamos ese cliente más que asegurado, quien no dudó ni un minuto en pedir una reunión con ellos al día siguiente, a las diez y media de la mañana, para firmarlo.

Nos despedimos de ellos y David propuso tomar una copa para celebrarlo, a lo que ni Alex, ni yo, nos negamos.

Acabamos los tres en un local de moda, sentados en una de las mesas de la terraza tomando un gin tonic.

—Por Daniela —dijo David levantando su copa—, la mejor contable que hemos tenido en la empresa en años.

—Soy su secretaria —reí, señalando a Alex.

—Te acabo de ascender, mañana te paso el contrato —contestó antes de dar un sorbo.

—No vas a quitarme a mi secretaria —Alex arqueó la ceja.

—No, no, tranquilo. Puede quedarse en su puesto, solo que hará funciones de contabilidad.

—¿Eso conlleva doble sueldo? —pregunté.

—Hostia, es lista.

Alex sonrió y yo me encogí de hombros.

Debía admitir que David era un tipo majísimo, y con ese humor que tenía el tiempo pasaba volando entre bromas.

Ellos estuvieron hablando de trabajo mientras yo me tomaba mi copa viendo a las parejas que había por allí, bailando o riendo, incluso muchas se notaban que eran de esas que comenzaban a conocerse, tonteando, dedicándose miradas y sonrisas de esas que, por lo general, acababan con ambos dejándose llevar por el deseo.

; Tenía a Alex sentado a mi lado, y noté su mano en mi espalda, acariciándome de manera distraída sin que David, a quien teníamos enfrente, lo viera.

Tragué con fuerza y procuré que no se me notara, pero estaba nerviosa. Si David se enteraba de lo que estaba pasando...

De nuevo tuve la sensación de que me observaban, miré alrededor esperando ver de nuevo a quien creí haber visto aquella primera noche, pero no fue el caso. Tal vez solo estaba ya sugestionada, o volviéndome loca y paranoica, que también podría ser.

—Este que está aquí se retira —dijo David tras acabarse la copa—. Nos vemos mañana en la oficina.

—Yo debería irme también —me puse de pie, con la esperanza de poder ir hacia la calle con David.

—Te llevo —contestó Alex.

Quería decirle que no, pero iba a ser imposible que me dejara coger un taxi, así que, asentí.

Nos despedimos de David en la entrada y cuando me estaba dando dos besos, me pareció ver a alguien en la puerta del local observándome, cuando volví a mirar no había nadie, por lo tanto, sí, debía estar imaginando cosas.

Alex me abrió la puerta del coche, me senté y mientras él iba hacia su asiento yo seguía mirando la calle en busca de quien fuera que me observaba.

Cuando entró y puso el motor en marcha, me abroché el cinturón y en el momento en el que emprendió el camino llevó la mano a mi rodilla, acariciándola despacio.

—Has estado bien en la cena —dijo poco después—. Y podrías ser la responsable de contabilidad de la empresa si quisieras.

—No tengo tantas nociones para eso. Y estoy bien como secretaria. Oye, por aquí no se va a mi casa.

—Vamos a la mía.

—Alex...

—Te quiero esta noche conmigo, preciosa —cogió mi mano y se la llevó a los labios para besarla.

No sabía qué tenía este hombre, pero había algo que me impedía negarme a mí misma el seguir mis instintos y dejarme llevar por eso que me hacía sentir.

En su despacho había estado a punto de correrme esa misma mañana, y si hubiera seguido, si él no se hubiese detenido, lo habría dejado terminar eso que había empezado, incluso si quisiera haber llegado mucho más lejos que simplemente tocarme, algo en mi mente me decía que se lo habría permitido, que no lo apartaría ni le pediría que parase, sino que yo misma me habría entregado al momento.

Alex dejó la mano de nuevo en mi pierna y subió acariciando el interior del muslo de ese modo tan sensual y sutil que me hacía imaginar todo aquello que ese hombre podría hacerme.

Si había algo que tenía claro es que me iba a costar mantenerme lejos de él, por más que lo intentara o quisiera, no podría alejarme de mi jefe.

h.

,

i

—Vamos a la mía.

—Alex...

—Te quiero esta noche conmigo, preciosa —cogió mi mano y se la llevó a los labios para besarla.

No sabía qué tenía este hombre, pero había algo que me impedía negarme a mí misma el seguir mis instintos y dejarme llevar por eso que me hacía sentir.

En su despacho había estado a punto de correrme esa misma mañana, y si hubiera seguido, si él no se hubiese detenido, lo habría dejado terminar eso que había empezado, incluso si quisiera haber llegado mucho más lejos que simplemente tocarme, algo en mi mente me decía que se lo habría permitido, que no lo apartaría ni le pediría que parase, sino que yo misma me habría entregado al momento.

Alex dejó la mano de nuevo en mi pierna y subió acariciando el interior del muslo de ese modo tan sensual y sutil, que me hacía imaginar todo aquello que ese hombre podría hacerme.

Si había algo que tenía claro es que me iba a costar mantenerme lejos de él, por más que lo intentara o quisiera, no podría alejarme de mi jefe.

Capítulo 21



En el mismo momento en el que entramos en su casa, Alex me cogió en brazos y comenzó a besarme.

Comenzó a caminar y subió hasta su habitación, dejándome en el suelo junto a la cama para despojarme de mi ropa. Y lo hizo despacio, a pesar de que por el modo en el que me miraba y su respiración, se notaba que me deseaba, y mucho.

Era recíproco, de eso podía estar segura, deseaba a Alex y mi cuerpo también. No hacía falta ser muy lista para saberlo, por el modo en el que me estremecía con cada caricia, cuando las yemas de sus dedos se deslizaban por mi piel haciendo que cada centímetro de esta se erizara ante su contacto.

Me besó por todo el cuerpo mientras me iba quitando la ropa, e hizo que me sentara en el borde de la cama, dejándome como espectadora, observando cómo se desnudaba.

No podía apartar los ojos de él, al igual que Alex me observaba con esa mirada de ojos azul grisáceo que en ese momento bien podrían confundirse con llamas, por el modo en que sentía mi piel ardiendo.

Se apoyó con ambas manos en la cama y me besó, haciendo que me recostara en ella mientras separaba mis piernas para colocarse entre ellas.

Llevó sus labios por todo mi cuerpo dejando un camino de besos suaves mientras me acariciaba el costado y la pierna con una mano, hasta que llegó a esa zona que sentía ya húmeda y excitada, y aún ni la había tocado.

Colocó mi pierna sobre su hombro y besó el interior del muslo, lo lamió despacio y llegó con esa lengua jugueton hasta rozar el clítoris con ella en una lenta lamida que me hizo estremecer de pies a cabeza.

Gemí arqueando la espalda cuando volvió a hacer lo mismo, igual de despacio, y lo noté sonreír.

—Me vas a torturar, lo sé —dije mirándolo, y no hizo falta que contestara, con esa sonrisa que me dedicó y el brillo en sus ojos, lo había dicho todo.

Siguió lamiendo de ese modo lento, pero excitante, y poco después comenzó a penetrarme con el dedo, tirando hacia él como si de un gancho se tratara, haciendo que mis jadeos se convirtieran en gemidos desesperados.

Estaba claro que ese hombre sabía no solo cómo dar placer a una mujer, sino cómo torturarla y llevarla al borde de la locura.

No me permitió correrme, cada vez que sentía que llegaba a ese punto de no retorno, se detenía y me besaba el interior del muslo.

Cuando finalmente permitió que liberara aquel orgasmo que mi cuerpo tanto ansiaba y necesitaba, grité agarrándome a las sábanas mientras arqueaba la espalda y sentía el clítoris de lo más sensible por tantas atenciones.

Hizo que me pusiera de rodillas en la cama, apoyada en mis brazos y con las caderas elevadas con una de las almohadas debajo, y fue así como comenzó a penetrarme, despacio de manera deliberada, entrando y saliendo mientras me acariciaba la espalda con la yema de sus dedos de arriba abajo por toda la columna.

Me moví al ritmo que él marcaba, despacio y disfrutando del modo en el que su longitud se adentraba en mi vagina, notando de vez en cuando cómo los músculos internos lo aprisionaban y Alex, jadeaba o siseaba, sin duda controlándose a sí mismo para no perder el control, ese que yo quería que perdiera desesperadamente.

—Alex —dije entre jadeos—. Más fuerte.

—Quiero tomarme mi tiempo, preciosa —susurró dejándose caer sobre mí, besándome el hombro—. Cuanto antes acabe esto, antes llegará la mañana y volverás a ser mi secretaria —dijo, y me dejó un leve mordisco en el hombro.

—Necesito que lo hagas más fuerte, quiero que lo hagas más rápido.

—¿Tanto me deseas? —preguntó, llevando una mano a mi pecho, cubriéndolo con ella y pellizcándome el pezón.

—Sí.

^a—Dímelo, Daniela.

—Te deseo, Alex.

Me rodeó con el brazo por la cintura y comenzó a penetrarme más rápido y más fuerte, llegando tan hondo como nuestros cuerpos le permitía, haciendo que en esa postura pudiera sentirle mucho más.

Entraba y salía sin parar, con fuerza, con rudeza, con embestidas que me llevaban al borde del abismo y me

acercaban a esa liberación que mi cuerpo pedía a gritos.

Alex se retiró y tras recostarme bocarriba en la cama, se situó entre mis piernas y volvió a penetrarme mientras mantenía una de mis piernas alrededor de su cadera, sosteniéndola así para llenarme mucho más profundamente.

Acabamos llegando juntos al orgasmo, él jadeando mientras dejaba la cabeza caer hacia atrás con los ojos cerrados, y yo gritando a todo lo que daban mis pulmones y me permitía la garganta.

Cuando ambos acabamos, se dejó caer sobre mí, apoyando la frente en la almohada, con la respiración agitada y en busca de esa bocanada de aire que tanto necesitábamos después de ese encuentro.

Me besó el hombro y después el cuello antes de sostenerme con la mano en la nuca para darme uno de esos besos post orgasmo que toda pareja compartía.

Se retiró y tras levantarse, me cogió en brazos para llevarme al cuarto de baño, donde disfrutamos de una ducha entre besos y caricias sin necesidad de palabras.

Alex me abrazó cuando terminó de ducharse, besándome la frente antes de que apoyara la mejilla en su pecho y le rodeara con mis brazos por la cintura. Cerré los ojos y mientras el agua seguía cayendo sobre nosotros, me permití quedarme allí con él.

Había vuelto a acostarme con mi jefe, aquello era de locos, y cuando lo supiera Jorge, porque al final lo acabaría descubriendo, me diría que era una puta loca por mezclar trabajo y sexo.

s

—¿Estás bien? —preguntó sosteniendo mi barbilla con dos dedos, haciendo que lo mirase.

—Sí —sonreí, él me devolvió la sonrisa y se inclinó para besarme de nuevo.

Tras secarnos me llevó a la cama de la mano, nos acostamos y no tardó en rodearme con el brazo por la cintura para pegarme a su cuerpo de tal modo que yo prácticamente desaparecía dado mi pequeño tamaño en comparación con él.

Alex me acariciaba el vientre mientras se iba quedando dormido, podía notarlo por la forma en la que respiraba, yo, por el contrario, era incapaz de conciliar el sueño.

Seguía con los ojos abiertos mirando por la ventana, contemplando la Luna en todo su esplendor, y pensando en eso que había vuelto a hacer, eso que no debió haber pasado y que, en vez de impedir esa noche, había dejado que volviera a ocurrir.

Pero como dije, Alex tenía algo que me hacía dejarme llevar por él y eso que sentía cuando me besaba y me tocaba.

No sabría decir en qué momento acabé quedándome dormida, pero sí que desperté con él besándome y haciendo que de nuevo lo deseara esa noche.

No lo detuve, dejé que me arrastrara una vez más hacia ese fuego que nos envolvía y en el que me quemaba cada vez que sus besos y sus caricias me hacían estremecer y temblar entre sus brazos.

Cuando ambos llegamos al clímax por segunda vez juntos esa noche, Alex me besó con mucha ternura, abrazándome y acariciando mi vientre hasta que me quedé dormida.

¿Qué había de malo en dejarse llevar cuando la atracción entre dos personas era innegable? Éramos jefe y empleada, sí, pero también un hombre y una mujer libres, sin ataduras, que disfrutaban de la compañía del otro y de lo que esos momentos de pasión les hacían sentir.

Así que, no, decidí que no había nada de malo en que me hubiera acostado con él.

;

í

No sabría decir en qué momento acabé quedándome dormida, pero sí que desperté con él besándome y haciendo que de nuevo lo deseara esa noche.

No lo detuve, dejé que me arrastrara una vez más hacia ese fuego que nos envolvía y en el que me quemaba cada vez que sus besos y sus caricias me hacían estremecer y temblar entre sus brazos.

Cuando ambos llegamos al clímax por segunda vez juntos esa noche, Alex me besó con mucha ternura, abrazándome y acariciando mi vientre hasta que me quedé dormida.

¿Qué había de malo en dejarse llevar cuando la atracción entre dos personas era innegable? Éramos jefe y empleada, sí, pero también un hombre y una mujer libres, sin ataduras, que disfrutaban de la compañía del otro y de lo que esos momentos de pasión les hacían sentir.

Así que, no, decidí que no había nada de malo en que me hubiera acostado con él.

Capítulo 22



Cuando desperté Alex no estaba en la cama. Me levanté y por la luz que entraba por la ventana supe que era demasiado tarde.

No me equivoqué, y al coger el móvil de mi bolso, ese que había quedado tirado en el suelo desde el momento en el entramos en esa habitación la noche anterior, vi que eran las ocho y diez.

—Joder —murmuré tirando el móvil y el bolso sobre la cama, yendo hacia el cuarto de baño para darme una ducha rápida.

Cuando salí encontré a Alex completamente vestido, dejando una bolsa en la cama.

—Llego tarde —dije yendo por mi ropa interior que seguía en el suelo.

—Tienes ropa en la bolsa para que te cambies —fruncí el ceño al escucharlo y eché un vistazo.

Había una falda lápiz en color burdeos, una camisa blanca, un cinturón negro y un bonito conjunto de lencería blanco.

—¿Has ido a comprarme ropa? —pregunté.

—He hecho una llamada a una vieja amiga que tiene una tienda, y le he pedido que me la enviara.

—¿Del tipo de amiga con la que acabas follando? —Arqué la ceja.

—¿Eso son celos, pequeña? —sonrió mientras me abrazaba.

—No, no son celos, solo curiosidad.

—Está casada, felizmente casada debo decir, desde hace quince años. Y no, nunca hemos tenido sexo —me besó, y lo que podría haber sido un simple roce de labios, acabó siendo uno de esos besos con los que mi cuerpo se

derretía entre los brazos de Alex—. Tienes el desayuno en la cocina.

—Pídeme un taxi, por favor —dije mientras me ponía el tanga y el sujetador.

—Daniela, vamos al mismo sitio, ¿para qué voy a pedirte un taxi?

—Pues porque no pueden vernos juntos, Alex, por eso. Esto —señalé de él a mí y viceversa varias veces— no puede saberlo nadie. Dime, ¿qué pensarían si nos vieran llegar juntos al trabajo?

—Que nos hemos encontrado en el parking —arqueó la ceja.

—No voy a ir contigo, Alex —me puse la falda y abroché la cremallera—. Pídeme un taxi.

—Solo por esta vez, Daniela, la próxima noche que te quedes a dormir aquí, irás en mi coche al trabajo y me importará una mierda lo que puedan pensar.

—Alex, eres mi jefe.

—Por eso mismo, porque soy tu jefe, el jefe de esa empresa, y a nadie le importa con quién me acuesto y me levanto. ¿O es que te preocupa la relación que tienes con Jorge?

No contesté, no iba a entrar en eso, si mi mejor amigo no había dicho en la empresa que era gay, no sería yo quien lo haría.

Solo lo sabían las chicas de más confianza para él en ese lugar, así como Nando, quien ahora era su pareja.

Terminé de vestirme y cogí el móvil y el bolso tras guardar la ropa que había llevado la noche anterior y meterla en la bolsa donde venía la que él me había comprado.

Salí de la habitación mientras marcaba el número de la empresa de taxis y pedí uno, momento en el que fui hacia la puerta de la casa.

—¿De verdad vas a marcharte? —preguntó agarrándome por el codo.

—Por si lo has olvidado, entro a las nueve, ya voy tarde, y a las diez y media David y tú, tenéis una reunión con el dueño del hotel para firmar el contrato, ese que voy a pedirle a Elisa que imprima desde mi ordenador.

—Daniela, por el amor de Dios, puedes llegar diez minutos tarde.

—Tú puedes llegar cuando te venga en gana, que para eso eres el jefe, pero yo no.

Salí de la casa y apenas unos minutos después estaba subiendo al taxi, al que le pedí que se diera prisa en llegar a las oficinas.

Y lo hizo, me dejó a las nueve y cinco frente al edificio y cuando entré, vi a Jorge y Nando hablando con Mireia.

No se podía tener más mala suerte.

—¿No has dormido en casa? —preguntó Jorge cuando me acerqué— Porque has salido de ese taxi.

—Madre mía, qué marcaje. ¿No puedo haber tenido un problema con el coche, y por eso he llamado un taxi? —
Volteé los ojos.

—Sí, claro que podrías, si no fuera porque llevas una bolsa de una conocida firma de ropa de mujer, y ese conjunto que llevas no lo he visto nunca en tu armario. Por no hablar de que no te has maquillado.

—¿Otra noche con el dios del sexo? —Nando sonrió al tiempo que hacía un movimiento gracioso con las cejas.

—No tengo tiempo para esto —dije pasando por su lado.

—No vas a librarte mucho más tiempo de nuestro interrogatorio, princesa —rio Nando.

—¡Ni del mío y el de las chicas tampoco! —gritó Mireia.

—Perfecto, no sabía que estaba en un patio de cotillas —resoplé entrando en el ascensor.

—Pues ya lo sabes, cariño —dijo mi mejor amigo, con esa sonrisilla suya.

Subí hasta mi planta y fui directa al despacho, había llegado con tiempo para poder imprimir yo misma el contrato después de revisarlo y modificar el coste. Cuando lo tuve listo salí para ir a llevárselo a David, pero Alex estaba allí, me cogió de la mano y volvió a llevarme adentro cerrando la puerta.

—¿Se puede saber qué haces? —protesté cuando se quedó mirándome.

—Bésame —dijo.

l

—Pero, ¿qué?

—Daniela, bésame.

—Alex, estamos en el trabajo, tengo que llevarle el contrato a David.

—Bésame.

Me puse de puntillas y le di un piquito en los labios.

—¿Contento?

—No —casi parecía un gruñido.

Se inclinó pegándose a mí, apoderándose de mis labios en un beso rudo y fiero que no dejaba lugar a dudas, Alex necesitaba eso en aquel instante.

Me mantuvo entre su cuerpo y la pared durante unos segundos interminables, sosteniéndome con la mano en la nuca, evitando que me apartara, y finalmente mi cuerpo cedió y se relajó entre sus manos.

Disfruté de aquel beso, me agarré a sus hombros y gemí en su boca lo que hizo que me besara aún más rudo.

—Estos son los besos que quiero —dijo cuando se apartó—. Ya te dije que solo yo puedo besarte, Daniela. Te quiero para mí en exclusiva, así que lo que sea que tengas con Jorge, rómpelo.

—Así que el celoso eres tú... —Arquee la ceja.

—No estoy celoso —se apartó.

—Sí que lo estás. Y para tu información, Jorge es mi mejor amigo, le conozco desde hace media vida, vivimos juntos y él tiene pareja. Así que, jefe, deja esos celos a un lado porque sí, me tienes en exclusiva. Y ahora, deja que vaya a llevarle el contrato a David para que podáis ir al hotel a que lo firme, antes de que Zamora se entere y os joda el cliente.

,

—¿De verdad me has hecho creer que estabas liada con uno de mis empleados? —Arqueó la ceja.

—Yo no te he hecho creer nada, has sido tú el que ha pensado lo que no era. Vamos, deja que salga.

—¿Qué tienes, Daniela, que no puedo apartarme de ti?

—Tal vez sea solo un capricho, jefe —me encogí de hombros.

—No, pequeña —me acarició la mejilla mirándome fijamente—. No eres solo un capricho.

Se apartó y salimos juntos del despacho para ir al de David, ambos echaron un vistazo al contrato y tras comprobar que estaba tal como habíamos hablado la noche anterior, se fueron para el hotel a firmar el contrato.

Yo regresé al despacho y me pasé el resto de la mañana revisando borradores, haciendo números para ajustar alguno de los próximos contratos y respondiendo e-mails.

Alex me envió un mensaje para decirme que el contrato estaba firmado, y el hotel era cliente de la empresa de manera oficial, que me invitaba a cenar esa noche para celebrarlo, y no iba a aceptar un no por respuesta, así que acabé cediendo.

Cuando llegó la hora de comer fui con todos a la cafetería. Y no, no me dejaron comer tranquila, puesto que los cinco se empeñaron en saber quién era el responsable de que tuviera el cutis tan perfecto desde hacía unos días.

No dije nada, no quería que supieran que me había liado con mi jefe, menos aun cuando aquello podía acabarse en cualquier momento, porque sí, tenía claro que lo nuestro, era pura atracción sexual y que llegaría un momento en el que todo pasara y se terminaría acabando.

Yo regresé al despacho y me pasé el resto de la mañana revisando borradores, haciendo números para ajustar alguno de los próximos contratos y respondiendo e-mails.

Alex me envió un mensaje para decirme que el contrato estaba firmado, y el hotel era cliente de la empresa de manera oficial, que me invitaba a cenar esa noche para celebrarlo, y no iba a aceptar un no por respuesta, así que acabé cediendo.

Cuando llegó la hora de comer fui con todos a la cafetería. Y no, no me dejaron comer tranquila, puesto que los cinco se empeñaron en saber quién era el responsable de que tuviera el cutis tan perfecto desde hacía unos días.

No dije nada, no quería que supieran que me había liado con mi jefe, menos aun cuando aquello podía acabarse en cualquier momento, porque sí, tenía claro que lo nuestro, era pura atracción sexual y que llegaría un momento en el que todo pasara y se terminaría acabando.

Capítulo 23



Aparte de la innegable atracción que existía entre Alex y yo, quedaba claro que ese hombre conseguía lo que quería, al menos en lo que a mí respectaba

¿Cenar el viernes? Claro, accedí.

¿Tomar una copa? Venga, un gin tonic, un baile, y para casa.

¿Dormir en su casa? Nada, ya que estábamos... Noche completa.

Suspiré cuando me desperté, de nuevo sola en su cama, desnuda, bocabajo, con la sábana cubriendo mi cuerpo tan solo de cintura para abajo, y abrazada a la almohada.

Al tomar aquella bocanada de aire su aroma me invadió por completo, y es que no solo estaba en su habitación y en la ropa de cama, sino en mi propio cuerpo.

Durante unos segundos contemplé la vista que ofrecía aquel ventanal, el mar de fondo con el cielo azul y las nubes, esas que apenas se movían, hasta que me levanté y fui a darme una ducha rápida.

Cuando acabé cogí una camiseta y un bóxer del vestidor, no era plan de andar por su casa con el vestido de la noche anterior, que para desayunar iba a ser un poquito incómodo, la verdad.

Bajé y no tardé en escuchar ruido en la cocina, sonreí al saber que estaba preparando zumo de naranja, podía escucharse el exprimidor, así como café, pues me llegó el delicioso aroma y mi cuerpo comenzó a activarse.

Sí, yo era de ese porcentaje de humanidad que no era persona hasta que se tomaba, al menos, un sorbito de café.

Alex estaba de espaldas a la puerta de la cocina cuando llegué, llevaba solo un pantalón de chándal azul marino que colgaba de sus caderas, y al ver aquella espalda, donde mis dedos y mis uñas habían estado la noche anterior, sentí un escalofrío y una especie de picor en las yemas de los dedos, como si quisieran volver a tocarla de nuevo.

—Buenos días —dije.

—Buenos días, preciosa —sonrió mientras me miraba por encima del hombro y siguió preparando el desayuno—. Siéntate, ahora te sirvo café.

Si había algo que destacaba en él, era lo distinto que era a hombres de mi edad, en Alex se notaba la madurez de esos doce años más que yo que tenía.

Echaba la vista atrás, a mis recuerdos con aquel novio, a esas noches en las que acabábamos durmiendo en su casa y al día siguiente por la mañana cuando me despertaba todo eran prisas.

Él no preparaba ni tan siquiera un café para compartir, mucho menos un desayuno completo.

Me vestía, nos despedíamos, y me iba a mi casa hasta la siguiente vez que nos viéramos.

¿Alex? Alex no me dejaba salir de su casa si no era llevándome él, prueba de ello fue el día anterior cuando se molestó por el hecho de que quisiera irme en taxi al trabajo.

—Aquí tiene, señorita —dijo mientras dejaba una taza de café humeante con leche y un plato con pan tostado ante mí—. Tenemos mantequilla, mermelada, aceite, jamón y tomate. También hay queso para untar, si quieres.

—¿Puede ser un poquito de todo? —sonreí— Es que tengo hambre.

—Normal —se echó a reír mientras rodeaba la isla para acercarse a mí—. Con todo el ejercicio que hicimos anoche —sus labios se posaron en los míos y comenzó a besarme de ese modo que tanto me gustaba.

Se había quedado entre mis piernas, con ambas manos en mis nalgas, y me atrajo hacia su cuerpo de modo que pudiera sentir en mi zona íntima su miembro, ese que comenzaba a estar ligera, y peligrosamente duro.

—Te has puesto mi camiseta favorita —dijo dándome un beso en la punta de la nariz.

—¿En serio?

—Sí.

Eché un vistazo y vi que tenía un ordenador en el centro y algunos símbolos, y entendí por qué era su camiseta favorita.

—Eres un friki —reí.

—Oye, un respeto, que soy tu jefe.

—Mi jefe es un friki —solté una carcajada.

—No siempre voy en traje, señorita —me mordisqueó el labio—. En casa estoy así, cómodo, con una camiseta y un pantalón de chándal. Y esa en concreto me la regaló mi madre hace un par de años.

—Pues está como nueva.

—Eso es porque la uso poco —sonrió.

—Ah, pues voy a ponerme otra.

—Ni se te ocurra —me agarró con más fuerza evitando que me levantara—. Quédate con ella, me gusta verla en ti.

—¿Me queda mejor que a ti? Porque, parece que llevo un vestido.

—Te queda perfecta, preciosa —volvió a besarme y fue por su desayuno para después traer los zumos, y todo lo que íbamos a ponernos en el pan tostado.

Cuando miré el reloj de la cocina vi que eran las once y media, y no podía recordar un solo día de mi vida que me hubiera levantado tarde y desayunara a esa hora, pero ahí estaba, aquella mañana de sábado en la cocina de Alex.

Durante la cena quedó prohibido hablar de trabajo, pero ahora que estábamos desayunando aproveché para preguntar si había hablado con David sobre lo que pensaba hacer para la trampa a Zamora.

—¿Dónde estamos? —preguntó tras dar un sorbo a su café.

—En tu casa —contesté dando un bocado a mi tostada.

—Exacto, en mi casa, no en la oficina. Esto es una cocina, no uno de nuestros despachos. Así que, nada de hablar de trabajo.

—Pero quiero saber si te ha dicho algo, solo eso.

—No, no me ha dicho nada. Está maquinando, eso seguro. Ahí donde le ves, David puede ser muy maquiavélico. Y eso que tiene cara de no haber roto un plato en su vida.

—Mira quién habla —sonreí—. El que no paró hasta conseguir conquistar a su secretaria.

—No, no, yo no he hecho tal cosa. Has sido tú quien me ha conquistado a mí —dijo volviendo a ponerse en pie y

abrazarme—. Con tu forma de ser, con tu sonrisa, con esa mirada. Me has hechizado, Daniela —sonrió.

—Ah, que ahora resulta que soy bruja.

—Mi bruja, para ser exactos —murmuró al tiempo que se inclinaba para besarme.

Le dije que era hora de irme a casa y, ¿qué dijo? Que no, que yo de ahí no me movía en todo el fin de semana.

Me tocó sacar ese genio que decía que le gustaba de mí y que tenía tan escondido, pero ni con esas conseguí que me dejara marchar.

Y ahí estábamos, a las doce y media, preparando una ensalada de pasta y un pescado con patatas y verduras que hacer en el horno para comer.

Cuando sonó el timbre de la puerta nos quedamos mirando.

—¿Estás esperando a alguien? —pregunté mientras seguía troceando una zanahoria.

—No. Tal vez sea David, que viene a hablar de trabajo —contestó volteando los ojos.

—Ah, con él sí puedes hablar de trabajo, ¿eh? ¡Muy bonito! —grité mientras se iba hacia la puerta, riendo a carcajadas.

Y yo me quedé sonriendo, porque estar allí con él era... Bueno, estaba bien, eso seguro.

Hasta que escuché voces acercándose y una de ellas era claramente femenina.

—Eres un desapegado, hijo mío —dijo ella, y me puse tan nerviosa al reconocerla, que acabé haciéndome un pequeño corte en el dedo.

—¡Ay, joder! —grité soltando el cuchillo y yendo hacia el grifo del fregadero deprisa para abrirlo y poner el dedo debajo del agua fría.

—Daniela, ¿estás bien? —me preguntó Alex, hasta que se acercó y vio la sangre— Joder —no dudó en hacerse cargo y, tras cogerme la mano, siguió dejando que el agua tratara de cortar la hemorragia.

—Me estoy mareando —murmuré notando cómo se me empezaban a cerrar los ojos, y el modo en el que se movió toda la cocina a mi alrededor.

—Mierda. Mamá, dame ese paño de cocina, por favor —le pidió.

—Claro, hijo, claro. Ten, aquí tienes —se lo dio y cuando ella me miró a la cara, se le abrieron los ojos al reconocirme—. Ay, Daniela, hija, estás pálida.

—Ahora vuelvo, voy a curarla —dijo Alex que, tras envolver mi dedo con el paño, me cogió en brazos y comenzó a caminar hacia el pasillo para ir a la planta de arriba.

Yo era demasiado aprensiva con la sangre, por poca que fuera, pero con lo escandaloso que era cualquier mínimo corte, me ponía malísima. Pero claro, tenía un buen motivo para ello después de encontrar a mi madre como la encontré en la bañera, y sin que yo le dijera nada a Alex al respecto, lo dedujo él solo mientras me hacía aquella cura.

—¿Mejor? —preguntó después de que me hubiera dejado unos minutos recostada en la cama con una toalla húmeda en la frente.

—Está tu madre abajo, y yo con estas pintas —suspiré.

—Mis padres —sonrió—, están los dos abajo.

—¿Qué? —Me incorporé demasiado rápido y acabé mareándome de nuevo— Ay, Dios mío. Tus padres aquí y yo de esta guisa.

—No se comen a nadie —sonrió—, y aunque los veas elegantes, en casa están con ropa cómoda.

—No me mientas.

—Vale, no lo haré —se inclinó y me dio un beso en los labios—. Puedo dejarte unas bermudas deportivas que tengo, si así vas a sentirte más cómoda. Yo me pondré una camiseta también.

—Sí, por favor, que no sea tan evidente que me he follado a su hijo.

—Pequeña, he sido yo quien te ha follado a ti —sonrió.

Fue hacia el vestido y salió con una camiseta blanca puesta y unas bermudas negras que me dio. Decir que me quedaban grandes, era un eufemismo.

—Átate bien el cordón para que no se te caigan —me dijo mientras cogía ambos lados y él mismo hacía la lazada—. Listo —me besó la frente y entrelazó nuestras manos para volver a bajar a la cocina.

Le pedí que me soltara, pero no hubo manera, me tenía bien sujeta, como si nos hubieran pegado con Loctite.

En la cocina nos esperaban sus padres tomando una copa de vino, ella sonrió cuando entramos y nos ofreció una

copa a cada uno.

—¿Cómo estás, querida? —me preguntó Leonor.

5

—Bien, gracias. Es que...

—Tranquila, yo también soy un poquito aprensiva con la sangre —dijo frotándome el brazo.

—Y vosotras, ¿de qué os conocéis? —curioseó Alex con la ceja arqueada.

—Verás, hijo, ¿recuerdas aquella mañana que me encontraste en tu despacho?

—Perfectamente, y también recuerdo que dijiste que no habías visto a mi secretaria —Alex me miró—, esa que según dijo estaba en el cuarto de baño y no vio a mi madre.

—No la culpes a ella, que yo le pedí que fingiera no haberme visto.

—Ah, genial, mi madre y mi secretaria conspirando contra mí.

—¿Seguro que es solo tu secretaria? —Leonor sonrió de ese modo que lo hacían las madres cuando habían pillado a sus hijos en alguna trastada.

—Mamá —protestó Alex, pero sonriendo.

—Yo... —murmuré

—Ya que ni mi hijo ni mi mujer me presentan, lo hago yo —dijo el padre tendiéndome la mano—. Soy Carlos, encantado de conocerte.

—Igualmente —contesté.

—No nos quedaremos mucho tiempo, hijo, pero ya sabes cómo es tu madre. Si no vas a verla, tiene que venir ella —su padre suspiró y Leonor volteó los ojos.

—Soy una madre incomprensible. ¿Es que no puedo echar de menos a mi hijo? Vive pegado a esos ordenadores todo el tiempo.

—Todo no, Leonor, por lo que se ve —dijo el padre sonriendo mientras me miraba, y yo solo quería que la tierra me tragara.

—Me voy a hacer amiga íntima de tu secretaria, a ver si ella consigue que vayas a casa. Mañana podrías venir, po

ejemplo.

—No puedo, tengo una comida ya programada —mentí, porque algo debía decir.

—En otra ocasión, entonces —Leonor sonrió y no dejó de mirarnos a uno y a otro.

Hasta que finalmente se marcharon después de tomar aquella copa de vino y hablar unos minutos con su hijo.

—Qué vergüenza —dije cuando Alex regresó al a cocina.

—No te han comido —rio mientras me abrazaba.

—Por Dios, que saben que hemos follado.

—No suelen encontrarme en casa con mis secretarias, la verdad.

—¿Y con otras mujeres?

—Solo una vez, y no así.

,

—Ah, perfecto, soy la única a la que han encontrado medio desnuda en tu casa, me quedo mucho más tranquila.

—Relájate, preciosa —me besó en el cuello—. A mi madre le caes bien. Nunca había invitado a una de mis novias a comer en casa.

—Es que yo no soy tu novia, soy tu secretaria.

—Y al parecer vas a ser su mejor amiga —rio—. Eso quiero verlo, las dos mujeres de mi vida conspirando contra mí.

Me quedé callada y sin saber realmente qué decir, puesto que eso de que yo fuera la mujer de su vida, no tenía sentido.

Seguimos preparando la comida y me dijo que esa noche me llevaba a cenar fuera, otra vez, y que no iba a aceptar un no por respuesta, así que no tuve opción para negarme.

Hasta le pidió a su amiga que le enviara ropa para mí, y no solo para salir esa noche, sino que cuando entregaron las bolsas había algunos pijamas, camisetas y pantalones deportivos, así como conjuntos para ir al trabajo.

Protesté, me quejé y le eché una buena bronca, pero dijo que, si tenía ropa en su casa, ya no habría excusas para que no me quisiera quedar a dormir alguna noche.

No podía con Alex, de verdad que no podía con mi jefe.

Pero tampoco podía alejarme, y si me preguntaran, diría que quería poder seguir conociéndolo y ver qué pasaba, hasta dónde nos llevaba aquello que estábamos viviendo los dos.

s

r

No podía con Alex, de verdad que no podía con mi jefe.

Pero tampoco podía alejarme, y si me preguntaran, diría que quería poder seguir conociéndolo y ver qué pasaba, hasta dónde nos llevaba aquello que estábamos viviendo los dos.

Capítulo 24



Acababa de terminar de ponerme los zapatos cuando Alex entró en la habitación.

—¿Estás lista? —preguntó mientras miraba en su móvil.

—Sí.

—Vaya —dijo al mirarme a mí—. Esta noche me van a tener mucha envidia. Estás increíble con ese vestido.

—No exageres —sonreí notando cómo me sonrojaba.

El vestido era precioso, sí, sencillo y elegante como a mí me gustaban, de tirantes anchos, escote en “v” y a la altura de las rodillas, de color rojo y entallado. Los zapatos y el bolso eran negros, haciendo que esos dos colores combinaran a la perfección.

Fuimos al garaje y tras subir al coche, salimos de casa en dirección al restaurante al que quería llevarme a cenar esa noche.

No tardamos apenas pues resultó que estaba cerca de la zona que podíamos ver desde su casa, con aquellas maravillosas vistas al mar.

Nos acomodaron en una de las mesas de la terraza y el sonido del agua de fondo era de lo más relajante.

Alex pidió vino y una bandeja de marisco para compartir, así como unas tostas de queso crema y salmón, acompañando unas deliciosas brochetas de pollo.

—¿Vienes mucho a cenar aquí? —pregunté cogiendo una de las tostas.

—Menos de lo que me gustaría —sonrió—. Pero tienen servicio a domicilio y suelo pedir algún fin de semana para comer.

—No me extraña, está todo buenísimo.

—Pues hacen aquí una paella de lo más buena.

—En mi barrio hay un restaurante donde hacen una que me encanta, algunos domingos hemos encargado una para los dos.

—¿Cómo es que acabasteis viviendo juntos?

—Es una larga historia —sonreí, sin querer volver a contarla.

—Tenemos tiempo, y no hay prisa por marcharnos. ¿Más vino?

—Sí, por favor, voy a contarte mi vida y para eso necesitamos vino.

Alex me miró con el ceño fruncido, pero no dijo nada, se limitó a pedir otra botella de ese vino blanco que estaba buenísimo y maridaba a la perfección con todo lo que habíamos pedido. Cuando nos la trajeron y sirvió las copas y comencé a contarle mi historia.

No me interrumpió ni una sola vez, se quedó allí callado escuchándome y de vez en cuando me dio algún que otro apretón en la mano por encima de la mesa.

No era fácil de contar, ya le había dicho que no conocía a mi padre y que mi madre había muerto, pero hablar con él sobre la verdad, era duro.

Cuando terminé tenía un nudo en la garganta, di un sorbo al vino y conseguí pasarlo.

—Sois como hermanos —dijo y asentí.

—Y nunca se me pasó por la cabeza liarme con él —sonreí, sin decirle que Jorge era gay.

—No tuviste una vida fácil y, aun así, saliste adelante.

—Jorge me ayudó mucho, sin él no sé qué habría hecho.

—Eres consciente de que tu madre hizo algunas cosas por ti, ¿verdad?

—Sí, pero no entenderé por qué se suicidó. Me dejó sola, y eso...

—No se lo has podido perdonar.

—No.

—¿Alguna vez has tenido curiosidad por saber quién era tu padre?

a —Nunca, la verdad. Él fue quien decidió que no quería saber de mí, así que, ¿por qué iba a querer buscarlo? No le veía sentido.

—Te admiro —me dio un apretón en la mano.

—¿Tú, a mí?

—Sí. Eres una luchadora, has luchado por eso que querías y no te has dado por vencida. Te has hecho a ti misma, pequeña.

—Jorge ha tenido mucho que ver, encontrarlo en aquella casa de acogida fue lo mejor que pudo pasarme.

—¿Fue él quien te consiguió la entrevista en la empresa?

—Sí, pero Elvira no me contrató por enchufe ni nada de eso.

—Lo sé, no es su estilo —sonrió.

Terminamos de cenar y no dudó en entrelazar nuestras manos para salir del restaurante, gesto que volvió a repetir cuando puso el coche en marcha.

Fuimos a un local de copas no muy lejos de allí, pedimos un par de gin tonics y nos quedamos en la barra, había mucha gente y las mesas estaban todas ocupadas.

En el momento en el que empezó a sonar una bachata, Alex me rodeó por la cintura con el brazo y tras pegarse a mi espalda, fue moviéndose despacio, haciendo que me meciera al compás que iba marcando.

Lo miré por encima del hombro y sonrió mientras se inclinaba para besarme.

Me despreocupé al igual que hacía él y dejé que todo fluyera, que mi cuerpo se relajara y siguiera el ritmo de la canción.

Alex entrelazó nuestras manos y me hizo girar antes de volver a atraerme a él de nuevo.

—No sabía que se te daba tan bien bailar —dije mientras seguíamos moviéndonos al ritmo de Romeo Santos.

—Para que veas que no soy tan friki como decías.

—Sí, sí eres un friki —reí.

—Sabes lo que te va a hacer este friki cuando lleguemos a casa, ¿verdad? —preguntó mirándome fijamente.

—No —murmuré.

—Te va a arrancar la ropa —susurró en mi oído, haciéndome tragar con fuerza—, va a hacer que te corras simplemente tocándote con dos dedos entre tus piernas, y después te va a follar tan fuerte y tan duro, que no vas a poder dejar de gritar pidiendo más.

Volví a tragar cuando terminó de relatar aquello, y en el momento en el que se apartó y nuestras miradas se encontraron, vi el brillo en sus ojos.

Deseo y lujuria se mezclaban en ellos, y eso mismo fue lo que sentí en sus labios cuando se apoderó de ellos con un beso pecaminosamente adictivo.

Un baile nos llevó a otro junto con una segunda copa, incluso una tercera, y cuando sentí que tenía demasiado alcohol en mi organismo, me disculpé para ir al cuarto de baño un momento, Alex aprovechó para pagar la cuenta y así podríamos irnos a casa cuando yo regresara.

En el momento en el que salimos a la calle tuve de nuevo esa sensación de que había alguien en la sombra observándome, pero al igual que otras veces no vi a nadie.

Alex me abrió la puerta y subí al coche dejándome caer sobre el asiento con los ojos cerrados, sin duda había tomado más alcohol de la cuenta esa noche, entre el vino de la cena y los gin tonics.

Nada más poner el coche en marcha Alex cogió mi mano y se la llevó a los labios para besarla, lo miré y en ese momento sentí algo en el pecho que no supe cómo identificar.

¿Sería así como se sentía el amor? Obvio había querido a mi ex, pero, ¿alguna vez lo amé? Me había enamorado, de eso estaba segura, pero, ¿aquel enamoramiento fue de verdad o solo una especie de ilusión?

Porque de lo que estaba plenamente convencida era de que nunca había sentido por mi ex lo que estaba sintiendo en ese momento por Alex.

Que me pareciera no solo un hombre atractivo e interesante, sino que cuando estaba con él todo parecía tan real entre nosotros, que eso sí que me daba miedo.

Era mi jefe, y lo seguiría siendo, lo que dejaba más que claro que el amor no tenía cabida en esa relación, y antes de después tendría que olvidarme de él y seguir siendo solo aquello para lo que de verdad estaba en su vida, para ser

la secretaria suplente en su empresa bajo sus órdenes.

Solo que en el momento en el que entrábamos por la puerta de su casa, la realidad se me olvidaba y era solo eso que él y yo queríamos en ese instante, la persona que se entrega a él sin reservas, compartiendo besos, caricias y esa intimidad que nos ofrecía su habitación, o cualquier otro rincón de la casa, donde nos dejábamos llevar por el deseo y las ganas de saciarnos el uno al otro.

la secretaria suplente en su empresa bajo sus órdenes.

Solo que en el momento en el que entrábamos por la puerta de su casa, la realidad se me olvidaba y era solo eso que él y yo queríamos en ese instante, la persona que se entrega a él sin reservas, compartiendo besos, caricias y esa intimidad que nos ofrecía su habitación, o cualquier otro rincón de la casa, donde nos dejábamos llevar por el deseo y las ganas de saciarnos el uno al otro.

Capítulo 25



Me había costado mucho que Alex me dejara volver a casa el domingo, pero Jorge y Nando, iban a pasarlo allí para no dejarme sola y habían planeado toda una tarde de palomitas, chuches y pelis a la que no podía decirles que no.

Y esa mañana de lunes íbamos los tres en el coche de Jorge hasta las oficinas, dado que Nando había dejado algo de ropa en nuestro piso para poder quedarse a dormir alguna que otra noche.

—Buenos días, chicos —Mireia sonrió cuando entramos—. Alex me ha pedido que os diga que os espera con David en su despacho.

—¿A los tres? —preguntó Nando.

—Sí.

Fuimos hacia el ascensor y una vez dentro, fue Jorge quien dijo que posiblemente era para hablar de Zamora.

Y tenía razón.

—Ya tengo en marcha el plan para pillar a Zamora —dijo David—. Ahora lo que necesito es que vosotros pongáis el queso para nuestra pequeña rata —señaló a Jorge y Nando.

—¿Qué tenemos que hacer? —curioseó Jorge.

—Vais a ser los encargados de preparar el sistema de seguridad para ese hotel, así que hablar de ello delante de él. Este es el nombre del cliente—le dio un papel—, si busca en internet va a encontrar información sobre este multimillonario y no les costará dar con el número de teléfono de una de sus empresas, ficticias todas ellas, obviamente, y cuando Zamora le llame, le dirá que acepta la reunión y ahí estaremos Alex y yo también, junto con la policía.

—¿Has hablado también con tu colega? —le preguntó Alex.

—Sí, está al tanto de todo.

—Espionaje industrial, a Zamora se le va a caer el pelo —comentó Nando, al tiempo que negaba.

Tras aquella reunión los chicos se fueron a su departamento para empezar a llevar a cabo su misión, yo fui a trabajar en mi despacho y dejé a David y Alex hablando sobre otros contratos que tenían para firmar en breve y de los que, esperaban, Zamora no tuviera ni idea o acabaría también por quitarles esos clientes.

Tenían que reunirse con uno de esos clientes y ultimar los detalles del contrato para que pudiéramos prepararles el borrador, por lo que se fueron antes de la hora de comer, ya que habían quedado en un restaurante con él.

² Yo debía hacer algunos cambios en varios de los contratos que estaban a punto de ser firmados, así que bajé a la cafetería un poco antes de la hora de comer por un sándwich y un refresco.

Acababa de pagar y estaba a punto de salir, cuando alguien dijo mi nombre. Al girarme vi a Zamora allí parado, sonriendo, con un traje azul eléctrico hecho a medida y una camisa blanca, no llevaba corbata, se veía que iba arreglado, pero de manera informal y ligeramente despreocupada.

—Justo la persona a la que quería ver —dijo acercándose a mí.

—Mala suerte, yo no quiero verlo a usted —intenté salir, pero me cogió del codo.

—Créeme, claro que quieres.

—Suélteme, no he dicho que pueda tocarme.

—Vamos, hablemos de negocios. Te ofrezco un buen puesto en mi empresa.

^s —No, gracias.

—Te pagaré el doble de lo que te paga Alex. Seguro que haces tareas que no le corresponden a una secretaria y no te paga lo suficiente.

[.] —Lo que me paguen o no, no es asunto suyo.

¹ —Nadie que trabaje para Alex acaba bien. Te estoy ofreciendo una salida.

—No quiero nada de usted, estoy bien donde estoy.

Salí de la cafetería y Zamora me siguió, lo que empezaba a ponerme un poquito nerviosa.

—¿Sabes cuántas secretarias ha tenido Alex desde que empezó con la empresa? Doce, contándote a ti. Antes de la que ocupaba tu puesto, hubo diez secretarias en menos de dos años, y todas acaban de igual manera.

—Si no eran competentes, no es mi problema —me encogí de hombros.

—No puedes ser tan ingenua —rio—. ¿Ya te ha llevado a su casa? ¿Te ha dicho que nunca llevas a mujeres a comer a casa de sus padres? Apuesto a que a Leonor le caes bien, pero como las otras diez secretarias con las que Alex tuvo algo.

l

Abrí los ojos ante aquellas palabras, pero disimulé de inmediato para que no viera mi sorpresa. La verdad es que no le había preguntado a Alex, pero de algún modo pensé que no había tenido nada con sus secretarias, que, tal vez, yo era una excepción porque sí que lo había conquistado tal como me dijo.

—¿Sabías que la última pensó que era especial? Esa pobre chica creyó que Alex estaba enamorado de ella, pero no lo estaba. Le abrió su corazón, le dijo lo que sentía, y él tan solo dijo que nunca tendría una relación con su secretaria, sexo todo el que quisiera, pero nada más.

—No quiero seguir escuchando nada más —dije cruzando la calle.

—Antes o después se cansará de ti, como lo hizo de todas —volvió a agarrarme por el codo haciendo que me parara y quedándose frente a mí—. Te doy la salida que necesitas, te ofrezco un puesto en mi empresa, como mi asistente personal, y quién sabe, tal vez lleguemos a algo más —me acarició la mejilla y me aparté.

—No voy a aceptar ningún puesto en su empresa —dije, comenzando a caminar—. Estoy bien aquí, así que, ahórrese las palabras porque no me va a convencer.

—Recuerda lo que te he dicho, Alex acabará cansándose de ti, solo es cuestión de tiempo. ¿Sabes dónde acabó esa última secretaria? —no respondí, simplemente continué caminando mientras él me seguía— En terapia, con depresión y culpándose por haberse enamorado de un hombre sin escrúpulos como Alex. Esa chica aceptó un puesto en mi empresa, pero no estuvo más de cinco meses. No soportó más lo que Alex le había hecho, y se suicidó.

Aquellas palabras no me podrían haber hecho más daño ni, aunque Zamora lo hubiera intentado.

Tragué con fuerza, pero no me detuve, no podía pararme, no quería que ese hombre viera el efecto que habían tenido en mí.

—Pareces una buena chica, y lista, no me gustaría saber que has acabado como ella —dijo antes de que yo entrara en el edificio y lo perdiera de vista.

—Daniela, ¿estás bien? —me preguntó Mireia cuando me vio entrar.

Pero no contesté, no podía hacerlo, si abría la boca para decir una sola palabra, acabaría llorando y no quería que me viera así.

Entré en el ascensor y solo en ese momento de soledad me permití llorar, soltar el dolor que me había hecho sentir ese hombre al contarme lo ocurrido con aquella chica.

No sabía cuánto tiempo llevaba la secretaria que se había dado de baja por maternidad trabajando para Alex, pero estaba claro que, si antes que ella, habían sido diez las secretarias que pasaron por su puesto en menos de años, tal como había dicho Zamora, y que Alex y David pusieron en marcha la empresa con unos veintidós años, eso quería decir que aquella chica llevaba muerta cerca de dieciséis años.

Me senté frente a mi escritorio y sentí que se me había pasado hasta el apetito, y durante lo que me parecieron horas me quedé allí sentada mirando el sándwich y el refresco.

Solo salí del shock en el que estaba cuando me llegó un mensaje al móvil.

Jorge: *Necesito un café, y sé que en tu planta hay una cafetera de cápsulas que es una maravilla. ¿Te tomas uno conmigo? Echo de menos a mi chica.*

Sonreí, le dije que subiera y me comí el sándwich antes de que me echara la bronca por no haber comido. Otra cosa no, pero Jorge tenía un punto de lo más paternal conmigo, y eso que solo tenía dos años más que yo.

Y sabía que podía confiar en él, así que iba a contarle lo que me había pasado con Zamora, y de paso pedirle consejo sobre si se lo decía a Alex, o me guardaba el secreto para mí.

—Daniela, ¿estás bien? —me preguntó Mireia cuando me vio entrar.

Pero no contesté, no podía hacerlo, si abría la boca para decir una sola palabra, acabaría llorando y no quería que me viera así.

Entré en el ascensor y solo en ese momento de soledad me permití llorar, soltar el dolor que me había hecho sentir ese hombre al contarme lo ocurrido con aquella chica.

No sabía cuánto tiempo llevaba la secretaria que se había dado de baja por maternidad trabajando para Alex, pero estaba claro que, si antes que ella, habían sido diez las secretarias que pasaron por su puesto en menos de años, tal como había dicho Zamora, y que Alex y David pusieron en marcha la empresa con unos veintidós años, eso quería decir que aquella chica llevaba muerta cerca de dieciséis años.

Me senté frente a mi escritorio y sentí que se me había pasado hasta el apetito, y durante lo que me parecieron horas me quedé allí sentada mirando el sándwich y el refresco.

Solo salí del shock en el que estaba cuando me llegó un mensaje al móvil.

Jorge: *Necesito un café, y sé que en tu planta hay una cafetera de cápsulas que es una maravilla. ¿Te tomas uno conmigo? Echo de menos a mi chica.*

Sonreí, le dije que subiera y me comí el sándwich antes de que me echara la bronca por no haber comido. Otra cosa no, pero Jorge tenía un punto de lo más paternal conmigo, y eso que solo tenía dos años más que yo.

Y sabía que podía confiar en él, así que iba a contarle lo que me había pasado con Zamora, y de paso pedirle consejo sobre si se lo decía a Alex, o me guardaba el secreto para mí.

Capítulo 26



Estaba mirando por la ventana cuando dieron un par de golpecitos en la puerta, me giré y sonreí al ver a Jorge.

—Hola, cariño —me dio un abrazo cuando llegó a mi lado.

—Vamos a por ese café —dije.

Salimos de mi despacho abrazados y nos preparamos un par de cafés de esos de cápsulas, regresamos y nos sentamos juntos frente a mi escritorio.

—¿Qué tal os ha ido con lo de la trampa? —pregunté mientras removía mi café.

—Bien, el pequeño ratoncillo ha mordido el queso —hizo un guiño.

—Entonces no tardaremos mucho en tener noticias.

—En cuanto Zamora y su gente busquen información en Internet.

—Estaba en la cafetería —dije sin apartar la mirada del café.

—¿Quién?

—Zamora —lo miré—. Estaba en la cafetería cuando bajé a por algo de comer.

—Vaya, sí que le ha avisado rápido de lo que pasaba.

—Me buscaba a mí.

—¿Perdón?

—Ha venido para hablar conmigo. Igual que el día que le conocí en el banco, me ha ofrecido trabajo en su

empresa.

—No me jodas. ¿Ha venido para eso?

—Al parecer, sí. Lo que no entiendo es cómo sabía que suelo comer ahí.

—Parece que el ratoncillo le tiene bien informado de los movimientos de todos. O al menos de las personas que más le interesan a Zamora. Así que, además de quitarle los clientes a la empresa, se quiere hacer también con la secretaria de uno de los socios. Qué fuerte lo de ese tío.

—Me ha ofrecido un puesto como su asistente personal, y me pagaría el doble —volteé los ojos.

—Si no fuera el mayor rival de esta empresa, te diría que te fueras, que ni siquiera lo pensaras. Pero si me dices que dejas a Alex por Zamora, te mato.

—No voy a dejar este trabajo, Jorge, no estoy tan loca.

—Más te vale, porque me consta que Alex está encantado con su secretaria.

—Zamora me ha dicho algo más.

—No sé si preguntar, porque, capaz de sorprenderme más todavía —dio un sorbo a su café.

Suspiré y le conté lo que me había dicho Zamora sobre Alex y las secretarías anteriores a la que yo estaba sustituyendo.

Jorge me miraba con los ojos muy abiertos, escuchando cada palabra que le decía sobre esa chica en concreto y lo que había sido de ella.

Se me acabaron saltando las lágrimas y mi mejor amigo me abrazó pensando que era por el hecho de que esa chica había terminado como mi madre, quitándose la vida.

Que sí, ese era un motivo, pero el principal era que yo me había enamorado de Alex sin apenas darme cuenta de que eso me estaba pasando, y no quería terminar siendo una secretaria más, otra chica a la que se llevaba a la cama y con la que jugaba hasta tenerla completa y absolutamente rendida a él y enamorada hasta el punto de no poder superarlo.

Porque yo no quería acabar como esa pobre chica, sintiendo el dolor del abandono del hombre al que amaba y en terapia para poder sacarlo de mi cabeza y arrancarlo de mi corazón.

—La verdad es que no sé qué decir, cariño —me acariciaba la espalda mientras me mantenía abrazada—. Todo

eso fue hace mucho, imagino que desde entonces habrá habido otras mujeres y, bueno, la secretaria que se ha dado de baja. Pero el caso es que Zamora ha ido más lejos que un simple empleado de la empresa, te quiere a ti.

—Ya lo insinuó en el banco, y cuando me dio su tarjeta Alex la cogió sin que yo pudiera hacerlo, que no la iba a coger, vaya, pero se atrevió a ofrecerme trabajo delante de los dos jefes.

—Una cosa es que lo hiciera allí con Alex y David presentes, y otra muy distinta es que haya tenido los santos huevazos de venir hasta aquí para abordarte y ofrecerte un trabajo y el doble de sueldo. Desde luego que le va el deporte de riesgo, si es tan idiota como para venir a sabiendas de que en esa cafetería se podría haber encontrado con ellos también.

—No, si ha venido justo hoy es porque sabía que no se encontraría ni con Alex, ni con David. ¿Y si el cliente con el que se han reunido es otro objetivo de Zamora?

—Pues lo sabremos cuando llegue tu jefe, cariño.

Nos quedamos abrazados unos minutos más y nos tomamos el café mientras me contaba cómo habían hecho Nando y él para que el topo de Zamora se enterara de ese nuevo contrato que teníamos a la vista, y claro, ahora que sabían de quién se trataba, pues estuvieron mucho más atentos y pendientes de sus reacciones.

—Se mostró nervioso —dijo—, eso sin duda, y anotaba en un papel lo que sin duda era el nombre del cliente —sonrió.

—Me parece a mí, que te está gustando esto de hacer de espía —reí.

—Pues como que le da vidilla, fíjate. Pero, en serio, si con esto podemos hacer que Zamora deje de ser ese grano en el culo que tenemos en la empresa, perfecto.

—Tenías que haber visto a Alex ese día en el banco —suspiré mientras lo recordaba—. Se nota que ya no le cae bien.
a

—No me extraña, él sí que es una rata. Si eran amigos los tres y trabajaban juntos, ¿cómo se atrevió a hacerles ese jugarreta? Esas puñaladas por la espalda no las dan los amigos, cariño. Y ahora encima viene en tu busca, ¿y si lo que realmente quiere es que sigas trabajando aquí, pero dándole información a él?

—Se me ha pasado por la cabeza, Jorge, pero eso sí que no lo voy a hacer. Jamás traicionaría a Alex, ni por Zamora, ni por nadie.

—¿Zamora ha venido a buscarte? —gritó Alex desde la puerta, y tanto Jorge, como yo, nos giramos sobresaltados no lo habíamos escuchado llegar.

o—Alex —me puse en pie.

—Contéstame, Daniela —exigió acortando la distancia y me agarró por el codo—. ¿Ese hijo de puta ha venido buscándote a ti?

—Sí —murmuré apartando la mirada de la suya, centrándome en la punta de mis zapatos.

—Déjanos solos —le pidió a Jorge, que antes de marcharse se inclinó para besarme en la frente.

—Te llamo después, cariño —me dijo, y asentí.

Vi a mi mejor amigo salir de mi despacho y cuando volví a mirar a Alex, tenía el ceño fruncido y la mandíbula apretada. Estaba enfadado, y no podía decir si era conmigo, porque pensara que iba a traicionarlo, o con Zamora, por atreverse a ir en busca de su secretaria.

Sin decir una sola palabra me cogió de la mano y me sacó de mi despacho para llevarme al suyo, donde tras entrar cerró la puerta y echó la llave.

—Alex —me puse en pie.

—Contéstame, Daniela —exigió acortando la distancia y me agarró por el codo—. ¿Ese hijo de puta ha venido buscándote a ti?

—Sí —murmuré apartando la mirada de la suya, centrándome en la punta de mis zapatos.

—Déjanos solos —le pidió a Jorge, que antes de marcharse se inclinó para besarme en la frente.

—Te llamo después, cariño —me dijo, y asentí.

Vi a mi mejor amigo salir de mi despacho y cuando volví a mirar a Alex, tenía el ceño fruncido y la mandíbula apretada. Estaba enfadado, y no podía decir si era conmigo, porque pensara que iba a traicionarlo, o con Zamora, por atreverse a ir en busca de su secretaria.

Sin decir una sola palabra me cogió de la mano y me sacó de mi despacho para llevarme al suyo, donde tras entrar cerró la puerta y echó la llave.

Capítulo 27



Seguí a Alex con la mirada mientras caminaba hacia el ventanal, donde se detuvo con las manos en los bolsillos.

—¿Qué te ha dicho Zamora? —preguntó aun dándome la espalda.

—Me ha ofrecido un trabajo como su asistente personal.

—Ese hijo de puta... —Inclinó la cabeza hacia abajo.

—Alex, le he dicho que no.

—Eso lo sé, Daniela, confío en ti. Lo que me jode es que se haya atrevido a venir a buscarte. ¿Cómo sabía que estarías ahí?

—Lo que yo me preguntaba era cómo sabía que ni David, ni tú, estabais en la empresa.

—Estuvo tanteando al cliente al que hemos ido a ver.

—Le dije a Jorge que tal vez sería eso.

—¿Qué más te ha dicho?

—Que me pagaría el doble —me acerqué a él y me quedé a su lado mirando por el ventanal—. Puede que solo me quiera como un topo, pero yo jamás haría eso.

—Lo sé.

—Alex, ¿qué pasó con la última secretaria que tuviste?

—Estás cubriendo su baja por maternidad —dijo mirándome con el ceño fruncido.

—Me refiero a la última antes que ella.

—¿La que tuve hace cinco años?

—No me estoy explicando —suspiré.

—Al parecer no.

—En los dos primeros años de vida de la empresa, tuviste varias secretarias —dije—, ¿qué pasó con la última de esa época?

—Ese cabrón —murmuró cerrando los ojos mientras volvía a girar la cabeza.

—¿Qué pasó, Alex?

—Conectamos, empezamos a sentir algo el uno por el otro, estuvimos juntos unos meses, Zamora se enteró y le fue con una mentira, se las ingenió para engañarla con pruebas falsas, por más que le dije que era mentira no me creyó, lo dejamos y ella... —lo vi apretar la mandíbula con fuerza y el modo en el que se le tensaba el cuerpo— La engañó de tal manera que incluso le dio un puesto en su empresa, lo último que supe fue que se había suicidado. Lo hizo por culpa de Zamora, le metió mucha mierda en la cabeza, la envenenó contra mí.

—No es eso lo que me ha dicho. Dice que fue culpa tuya, que tú la engañaste, que jugaste con ella y cuando quiso algo más, simplemente le dijiste que nunca tendrías nada serio con una secretaria.

—Eso es mentira, Daniela. Yo quería a esa chica, puedes preguntarle a David.

—¿Y qué va a decirme él? Es tu mejor amigo, te cubrirá las espaldas.

—¿En serio estás dudando de mí? —preguntó cogiéndome por el codo para que me girase a mirarlo— Lo está volviendo a hacer, Zamora está queriendo joderme de nuevo y no le basta con la empresa. Vive obsesionado por quitarme todo lo que me importa.

¿—¿Y tú no? Compites con él por esos contratos.

—Es él quien va detrás de nuestros clientes, David y yo nos limitamos a mantenerlos, nada más. Desde que empezamos en esto, Zamora ha querido quitarnos de en medio, hacerse con nuestros clientes, y no se lo hemos permitido. Fue demasiado lejos cuando se metió en mi vida privada, demasiado.

—Ella se enamoró, tú no, puedes admitirlo, no pasa nada. Ella se hizo ilusiones y tú no querías lo mismo.

—Daniela...

—No quiero acabar como ella, Alex —dije evitando que siguiera hablando—. No quiero ser como una de esas secretarias que tuviste aquellos años, que se enamoraron de ti, y acabaron siendo rechazadas después de unos cuantos polvos —la voz me salía prácticamente entrecortada, tenía un nudo en la garganta y las lágrimas comenzaron a deslizarse por mis mejillas—. No quiero ser como mi madre, no quiero sufrir tanto que llegue un momento en el que no pueda más y me quite la vida, no quiero hacerlo por un hombre como lo hizo aquella chica por ti —me sequé las lágrimas con ambas manos.

—Daniela, no es así como pasó, pequeña, te lo juro. Fue Zamora, él la envenenó desde que supo quién era y lo que significaba para mí. Y ahora está haciendo lo mismo, ¿no lo ves? Te está poniendo en mi contra, te está metiendo ideas de mierda en la cabeza. Daniela...

—No quiero sufrir, Alex, de verdad que no. Ya he pasado por mucho en mi vida, y no quiero esto, no lo quiero.

—¿Qué estás queriendo decirme?

—Que, sea lo que sea que ha habido entre nosotros, no debería seguir, tú eres mi jefe, yo soy tu secretaria. Pero siento algo, y soy consciente de que lo sabes, por eso te pido tiempo, Alex, necesito tiempo para pensar. No quiero seguir viéndote fuera de aquí, necesito que nos ciñamos solo al trabajo.

—Lo tienes, todo el que quieras.

Asentí con las lágrimas cayendo por mis mejillas, momento en el que Alex llevó ambas manos a ellas y comenzó a secarlas con los pulgares. Me perdí en sus ojos, en esos de color azul grisáceo que me miraban con lo que parecía dolor, pero lo descarté, yo sí estaba enamorada de él, pero él de mí, era algo más que improbable.

Cuando se inclinó y sentí sus labios sobre los míos, cerré los ojos y me permití disfrutar de aquel beso que, posiblemente, fuera el último.

En el momento en el que se apartó apoyando la frente en la mía, las lágrimas comenzaron a salir de nuevo y la pena me invadió.

—No lo creas, pequeña —me pidió—, no permitas que juegue contigo y te destruya como lo hizo con ella. No se lo permitas.

—Necesito irme a casa —dije entre sollozos.

—Yo te llevo.

—No —negué—. Quiero estar sola.

—Pídele a Jorge que te lleve, por favor. Me quedo más tranquilo si sé que alguien te acompaña.

—Vale.

Me dio un último beso en la frente y a regañadientes se apartó para dejar que me fuera. Caminé hacia la puerta mientras me secaba las mejillas, y para poder evitar que las lágrimas siguieran brotando de mis ojos.

El dolor y la pena eran tan grandes que me mataban, pero tenía dos versiones distintas de una misma historia y por mucho que confiara en Alex, y que le conociera más que a Zamora, no lo conocía del todo.

Uno de los dos mentía, eso era un hecho, y sí, podría creer a Alex ciegamente, pero si lo hacía y me equivocaba, sería yo quien acabaría con el corazón roto y el alma hecha pedazos, o peor.

Salí sin que ninguno de los dos dijera una sola palabra más de las que habíamos dicho hasta ese momento, entré en mi despacho y cogí el móvil para llamar a Jorge, que contestó al segundo tono.

Cuando le pedí que me llevara a casa dijo que me veía en recepción en cinco minutos.

,

Recogí mis cosas y al salir vi a Alex parado en su puerta, con las manos en los bolsillos, mirándome fijamente y con unos ojos que parecían realmente atormentados.

No dijo nada y no estaba segura de si quería que lo hiciera, que me pidiera que no me fuera, que me dijera que me quedara allí o que le permitiera llevarme, pero no abrió la boca.

Fui hacia el ascensor y no me detuvo, simplemente me dejó marchar y se quedó mirándome desde la puerta de su despacho, mientras las del ascensor se cerraban haciéndome desaparecer de su vista en aquel pequeño cubículo.

Me apoyé en la pared del fondo dejando caer la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados y volví a llorar.

Sabía que aquello iba a costarme mucho, el estar cada día con él en la empresa, verlo y tener que resistir las ganas y la tentación de besarlo, o simplemente la necesidad de querer abrazarlo.

—Pídele a Jorge que te lleve, por favor. Me quedo más tranquilo si sé que alguien te acompaña.

—Vale.

Me dio un último beso en la frente y a regañadientes se apartó para dejar que me fuera. Caminé hacia la puerta mientras me secaba las mejillas, y para poder evitar que las lágrimas siguieran brotando de mis ojos.

El dolor y la pena eran tan grandes que me mataban, pero tenía dos versiones distintas de una misma historia y por mucho que confiara en Alex, y que le conociera más que a Zamora, no lo conocía del todo.

Uno de los dos mentía, eso era un hecho, y sí, podría creer a Alex ciegamente, pero si lo hacía y me equivocaba, sería yo quien acabaría con el corazón roto y el alma hecha pedazos, o peor.

Salí sin que ninguno de los dos dijera una sola palabra más de las que habíamos dicho hasta ese momento, entré en mi despacho y cogí el móvil para llamar a Jorge, que contestó al segundo tono.

Cuando le pedí que me llevara a casa dijo que me veía en recepción en cinco minutos.

Recogí mis cosas y al salir vi a Alex parado en su puerta, con las manos en los bolsillos, mirándome fijamente y con unos ojos que parecían realmente atormentados.

No dijo nada y no estaba segura de si quería que lo hiciera, que me pidiera que no me fuera, que me dijera que me quedara allí o que le permitiera llevarme, pero no abrió la boca.

Fui hacia el ascensor y no me detuvo, simplemente me dejó marchar y se quedó mirándome desde la puerta de su despacho, mientras las del ascensor se cerraban haciéndome desaparecer de su vista en aquel pequeño cubículo.

Me apoyé en la pared del fondo dejando caer la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados y volví a llorar.

Sabía que aquello iba a costarme mucho, el estar cada día con él en la empresa, verlo y tener que resistir las ganas y la tentación de besarlo, o simplemente la necesidad de querer abrazarlo.

Capítulo 28



Viernes, y por fin se acababa la semana de trabajo, sin duda, la más complicada que había tenido que afrontar hasta el momento en toda mi vida.

Desde que salí el lunes del despacho de Alex, no había vuelto a verlo, David me dijo que se quedaba trabajando desde casa y que solo salía para las reuniones a las que tuviera que acudir con él.

Por un lado, me aliviaba saber que no iba a sentir esas ganas de besarlo y de que me abrazara, y por otro, me mataba no poder verlo.

Pero de algún modo él había entendido que aquello era lo mejor, al menos para mí.

Esa tarde salí antes, no tenía mucho más que hacer y David me dio permiso, a falta de mi jefe directo... bueno era el socio.

Había quedado en ir a cenar con Jorge, Nando e Izan, y después tomar una copa, mi mejor amigo quería hacerme salir de casa a como diera lugar, y no había manera de que le dijera que no. Era cabezón, como el que más.

Antes de ir a casa a prepararme decidí pasar por el salón donde trabajaba Carolina, quería tener una breve sesión de belleza.

—¡Daniela! —gritó al verme— Qué sorpresa.

—Hola, cielo —sonreí dándole un abrazo—. Vengo a ponerme en tus manos.

—Ay, por favor, esto es como un sueño —dio unas palmaditas—. ¿Qué quieres hacerte?

—Manicura, maquillaje y que me peines. Esta noche salgo con Jorge y quiero verme mona.

—Pero si tú ya eres monísima de por sí —volteó los ojos—. Vamos, empezamos con la manicura.

Me llevó hasta esa zona y no tardó en ponerse manos a la obra, nunca mejor dicho.

Y mientras me hacía una buena sesión de manicura, hablamos sobre su chico, ese del que estaba oficial y perdidamente enamorada.

—Quiere conocer a mi abuela —dijo mientras me aplicaba la primera capa de esmalte rojo—, pero no sé si quiero que eso pase.

—¿Y por qué no?

—Es mayor para mí, la abuela no lo entenderá —se encogió de hombros.

—O sí, eso no lo sabes. Tal vez para tu abuela sea suficiente saber que ese hombre te respeta, Carolina.

—Lo hace —sonrió—. Le hablé de lo que me había pasado, y ha sido paciente. Me dijo que, cuando yo quisiera y me sintiera preparada, y lo cumplió hasta hace unos días —se sonrojó.

—Vaya, así que eso significa que ya...

—No soy virgen —murmuró con un tono rojo carmesí en las mejillas.

—Y, ¿qué tal?

—Estaba nerviosa, pero él consiguió que todo fuera bien, que me tranquilizara. Fue tan tierno, Daniela —sonrió—. Pero a la mañana siguiente nos olvidamos de la ternura.

—Suele pasar —reí.

—Y no se ha ido, eso me aterraba, que una vez que consiguiera eso, simplemente desapareciera.

—En cambio, quiere conocer a tu abuela.

—Sí.

—Pues preséntasela. Ya sabes que tu abuela tiene un ojo para los chicos... que ni la CIA.

—Uf, la de veces que me dijo que sabía que ese chico te iba a hacer daño.

—Y a mí, pero no quise creerla. Por esto te digo que, cuanto antes le presentes a tu chico, mejor.

—Creo que este fin de semana le hablaré de él.

—En cuanto se lo digas va a ser ella la que te pida conocerlo, así que me parece que el domingo tenéis comida familiar —sonreí.

—Hala, ya me estás poniendo nerviosa —resopló y se me escapó una carcajada.

Cuando terminó de dejarme las uñas perfectas, según sus palabras, pasamos a la zona de peluquería, donde tras lavarme el pelo me lo alisó con las planchas para después maquillarme.

Salí de aquel salón con el guapo subido, que diría Rosaura, y es que Carolina era única haciendo magia con sus manos y consiguiendo que una mujer se sintiera renovada con apenas una sesión de belleza.

Una vez en casa me di una ducha rápida y escogí un vestido blanco de tirantes finos y a la altura de las rodillas con las sandalias negras de tacón.

Cogí el bolso y una chaqueta cuando me llegó el aviso de que el taxi estaba esperándome abajo, y salí de casa lista para pasar esa noche con mis tres chicos.

Jorge me puso un mensaje preguntando cómo iba y le dije que estaba en camino, sabía que lo hacía porque pensaría que no iba a ir, pues esa mañana me había estado insistiendo en que, si se me ocurría no salir con ellos, se presentaba en casa y me sacaba de los pelos si era necesario.

Cuando entré en el bar donde habíamos quedado los vi a los tres en la barra tomando una cerveza.

—Ya estoy aquí —dije agarrándome al brazo de Jorge—, ¿contento?

—Pues sí, y más de verte tan guapa.

—Salí antes del trabajo y me pasé por el salón a ver a Carolina, quería verme mona esta noche —sonreí.

—Pues estás sexy que te mueres —dijo Nando—. Fíjate que, si esta noche decidiera probar con una mujer, sería contigo.

—Qué manía, no se ha acostado conmigo en catorce años, y se va a liar contigo que, como quien dice, te acaba de conocer —Jorge volteó los ojos y sonreí.

—Quién sabe, igual yo le gusto más que tú —se encogió de hombros.

—Que quede claro que no me liaría con ninguno de vosotros, que sois mis amigos —les señalé.

—¿Eso me incluye a mí? Que soy el único hetero de los tres —dijo Izan.

—Sí, eso te incluye a ti.

—Vaya por Dios, otra que me rompe el corazón —se llevó la mano al pecho mientras hablaba con ese tono de voz ligeramente entrecortado.

—¿Pasamos a la mesa? Tengo hambre.

—Y hasta aquí la elegancia y sensualidad de nuestra querida monstruo de las galletas —soltó Jorge.

—¿Serás malo? Ni que me pasara todo el día comiendo.

—No, pero es que tienes las horas de comida marcadas a fuego en la mente y el organismo, hija mía.

—Desde que comí, y solo fue una ensalada, como para no tener hambre —protesté mientras íbamos a la mesa.

a

Nos sentamos y como siempre que estaba con ellos, el tiempo pasaba volando entre risas.

Nando le preguntó a Izan si había vuelto a tener noticias de su ex, y dijo que sí, que había quedado con ella para tomar café, pero no la vio con la intención de querer recuperar lo que una vez tuvieron.

—No va a quedarse mucho aquí —dijo cogiendo su cerveza—, para final de año se va a Madrid, trasladan a su jefe a una nueva sede y la quiere con él.

—Y tú, ¿cómo estás? —le pregunté dándole un apretón en la mano.

—Si te soy sincero, pensé que iba a estar peor. La quise mucho, pero en este año al final sí he superado no solo la ruptura, sino también el hecho de que la he visto, hemos estado juntos, y ni siquiera he querido besarla.

—Pues eso merece un brindis, colega —dijo Nando, levantando su cerveza—. Joder, con lo mal que lo pasaste al principio, me alegro de que estés bien.

Izan sonrió, al tiempo que asentía y seguimos cenando y charlando. Cuando acabamos, y tras tomarnos unos chupitos para rebajar la cena, fuimos a un local de copas que había a solo un par de calles de allí para continuar con nuestra noche.

Debía admitir que salir con ellos me había hecho mucho bien, cada uno a su manera tenía la habilidad de hacerme reír, y consiguieron que durante unas horas me olvidara de algunas de las cosas que pasaban en mi vida.

Al menos así fue hasta que lo vi a él.

—¿Estás bien, Daniela? —me preguntó Izan, con quien me encontraba bailando en ese momento.

—Sí, sí —sonreí—. Todo bien.

z

Una mirada rápida por encima del hombro fue suficiente, no solo para que yo comprobara que Alex estaba tenso al verme con Izan, sino para que mi amigo supiera por qué mi modo relajado había desaparecido por completo.

—¿Lo conoces?

—¿A quién? —Fruncí el ceño.

—No te hagas la despistada que no te pega. Sé que te has fijado en el hombre de la barra —hizo un leve gesto con la cabeza en dirección a donde estaba Alex—. ¿Un ex, o algo así?

—Es mi jefe.

—¿Y te acuestas con él? Porque voy a decirte una cosa, un hombre solo mira de ese modo a otro, con ganas de arrancarle la cabeza, cuando está demasiado cerca de lo que considera suyo. Y tú —me dio un golpecito en la punta de la nariz—, es lo que él quiere en este momento. Mis pelotas en cambio las quiere en un tarro.

—No seas bobo —sonreí negando.

—Anda qué no —resopló—. A ese tipo le gustas más de lo que tú puedas saber o él quiera admitir. Voy a reformular la pregunta. ¿Ha habido algo entre tu jefe y tú?

—Sí —confesé—, pero ellos no lo saben. Bueno, en realidad nadie lo sabe y tampoco debía saberse.

—Pues yo lo he sabido con un par de miradas, no creo que Jorge o Nando tarden mucho en darse cuenta como siga mirando hacia aquí de ese modo.

—Ni siquiera sé qué hace aquí, ha estado evitándome toda la semana. Bueno, eso no es lo que ha pasado, o sí, ay, no sé.

—Vale, vamos por una copa y me cuentas todo desde el principio —dijo llevándose hacia la barra.

Y lo hice, por primera vez en semanas le conté a alguien lo que había entre mi jefe y yo, el modo en el que todo comenzó casi sin que me diera cuenta, la rivalidad entre él y Zamora y lo que vino después de aquella visita en la cafetería.

No podía evitar que de vez en cuando se me fuera la vista hacia Alex, ese que no dejaba de beber y observarme.

—¿Sigues pensando que ese tal Zamora es quien te contó la verdad? —preguntó.

—No lo sé, Izan. Puede que sí, o tal vez Alex tenga razón y me mintió, que su objetivo es ponerme contra él y que acepte el trabajo que me ofreció.

—¿Qué crees que siente tu jefe por ti?

—Si te soy sincera, nada más allá de una atracción sexual.

—Pues eso lo vamos a comprobar ahora —dijo y frunció el ceño.

Vi a Izan tomarse el resto de su copa de un trago, la dejó en la barra y, sin que me lo esperase, me rodeó con el brazo por la cintura al tiempo que se inclinaba y posaba los labios sobre los míos.

No hizo nada más que eso, unir nuestros labios como si me besara, pero no lo hacía, no se movía, no buscaba entrar en mi boca con su lengua ni aquel parecía un acto en busca de una noche de sexo.

Entonces, ¿qué estaba haciendo aquel chico al que ya consideraba un amigo? No entendía nada, de verdad que no.

—¿Qué has hecho? —le pregunté cuando se apartó.

—Probar una teoría que estoy seguro de que va a dar resultados en tres —comenzó a contar—, dos, uno, y...

—Daniela —la voz de Alex nos llegó desde detrás de Izan.

—De nada —murmuró Izan, haciéndome un guiño.

—Alex, qué... ¿Qué haces aquí?

—Tenemos que hablar —dijo al tiempo que me tendía la mano, esperando que yo me aferrara a ella como si de un salvavidas en mitad de una tormenta tras un naufragio se tratara.

Miré a Izan, que sonreía de manera casi imperceptible, y se encogió de hombros. Volví a mirar a Alex y casi por inercia le cogí de la mano, momento en el que vi algo parecido al alivio en sus ojos.

—¿Dani? —Jorge me llamó cuando se acercó a nosotros, y al ver el modo en el que nuestro jefe me tenía, se le abrieron mucho los ojos.

Fue Nando quien unió todas las piezas de aquel puzzle.

—Hostia puta —dijo sin dejar de mirarme.

Alex no me dio tiempo a decir nada, comenzó a caminar por aquel lugar llevándome de la mano, salimos a la calle y subimos a su coche.

Condujo concentrado en la carretera, sin mirarme, sin decir una sola palabra.

Alex no me dio tiempo a decir nada, comenzó a caminar por aquel lugar llevándome de la mano, salimos a la calle y subimos a su coche.

Condujo concentrado en la carretera, sin mirarme, sin decir una sola palabra.

Capítulo 29



Cuando entramos en su casa él seguía sin decir nada, fue hacia el salón y se sirvió un vaso de whisky, ese que bebió de un solo trago.

—Alex —lo llamé cuando fue hacia la puerta del jardín.

—¿Quién era? —preguntó sin mirarme, con ambas manos en los bolsillos.

—Es solo un amigo.

—Yo no me beso con mis amigas —dijo con tono serio.

—No es lo que parece.

—Ah, ¿no? Si un hombre se abalanza sobre una mujer y sus labios se unen, ¿qué coño es eso, Daniela? —Me miró con el ceño fruncido.

—Izan lo ha hecho para demostrarme algo, ahora lo sé —contesté yendo hacia él.

—¿Demostrarte qué? ¿Que él puede darte algo más de lo que yo te puedo dar?

—No —negué llevando mis manos alrededor de su brazo hasta que conseguí que sacara la mano del bolsillo y las entrelacé—. Justo esto, Alex. Que sientes algo por mí.

—Ya te dije eso el lunes —volvió a mirar hacia el mar.

—Tengo miedo —confesé—. Tengo miedo de que ocurra algo más y te pierda.

—Ni siquiera me creíste cuando te dije que Zamora mentía, que quiere jugar con tu mente.

—Y siento mucho no haber creído en eso, Alex, de verdad.

—Ha sido la peor semana de mi vida —confesó—. Tenía a David frito con llamadas pidiéndole que me dijera si había visto a Zamora cerca de ti. Ahora él lo sabe.

—¿Lo que pasó entre nosotros?

—Eso, y que siento algo por ti —me miró y vi sinceridad en sus ojos.

—Bueno, después de esta noche, Jorge también sabe que he tenido algo con mi jefe. Puedes apostar que ahora mismo está pensando en todas las preguntas que va a hacerme.

—Yo solo tengo una, Daniela.

—Miedo me da escucharla —sonreí.

—¿Serías capaz de seguir con lo nuestro, a pesar de que lo sepa todo el mundo?

—Sí —no tuve ni que pensarlo, porque aquellos días sin haberlo visto me habían demostrado lo difícil que sería estar sin él, y eso sería incluso peor que el hecho de que Zamora me envenenara la cabeza con sus mentiras.

Alex me sostuvo ambas mejillas y se inclinó para besarme, no tardamos en dejarnos llevar por ese deseo que nos invadía a ambos y allí mismo nos arrancamos la ropa.

Cogió mis muñecas y llevó mis manos al cristal, aprisionando mi cuerpo con el suyo mientras deslizaba los dedos entre los pliegues de mi sexo, haciendo que la humedad fuera en aumento a cada segundo que pasaba.

Me besaba y mordía el cuello y el hombro al tiempo que sus dedos jugaban con mi clitoris, y tras soltar mis muñecas pidiéndome que dejara las manos allí quietas, llevó la que ahora tenía libre hacia mis nalgas, me separó ligeramente las piernas y comenzó a penetrarme con dos dedos desde atrás.

Grité y gemí hasta liberar el primer orgasmo y cuando acabé, Alex me inmovilizó las muñecas con su corbata e hizo que me arrodillara frente a él.

Sin decir una sola palabra sabía lo que quería, así que lo hice.

Acerqué mis labios a su miembro, deslicé la lengua por su longitud y vi a Alex cerrar los ojos y jadear al sentirlo.

No tardé en acogerlo en mi boca y darle ese placer que quería.

El sexo oral siempre me había parecido algo íntimo que compartir con tu pareja, alguna vez quise hacerlo con mi ex, pero no parecía gustarle, y él tampoco me lo hacía a mí, pero Alex sí me había dado un placer inmenso con su

lengua y su boca, y quería devolverle, aunque fuera tan solo una parte de lo que él me había hecho sentir a mí.

Con una de sus manos cogió mi cabello y no dudó en guiarme, seguí sus órdenes silenciosas y al tiempo que lo llevaba al límite, me excitaba más y más.

Hizo que me apartara y me llevó hasta la mesa del salón donde, tras hacer que me inclinara sobre ella y separara las piernas, se arrodilló tras de mí y comenzó a devorar mi sexo como si aquel fuera el elixir que le daba la vida.

Volví a correrme con fuerza mientras él evitaba que pudiera apartarme, lamiendo mi clitoris sumamente sensible.

Sin que me dijera nada actué por instinto y me arrodillé de nuevo ante él para devolverle el placer que acababa de sentir.

Le miraba a los ojos mientras acogía en mi boca su enorme y masculina virilidad, escuchando sus jadeos, disfrutando de su placer y excitándome más y más.

Hizo que me apartara y me apoyara en el borde de la mesa, momento en el que comenzó a penetrarme con fuerza mientras mantenía una de mis piernas flexionada y sujeta por la rodilla, alrededor de su muslo.

Alex se movía con fuerza y violencia, entraba y salía de mi cuerpo excitado y tembloroso mientras me besaba el hombro, mientras dejaba breves y sutiles mordiscos en el cuello, y me hacía gemir en su oído.

Sus embestidas eran cada vez más intensas, más profundas, golpeando con fuerza en lo más hondo de mi ser, y no tardó en conseguir que un nuevo orgasmo se formara en mi vientre, haciendo que un escalofrío me recorriera de pies a cabeza y me corriera a gritos dejando caer la cabeza hacia atrás, mientras él lamía y mordisqueaba mis pezones.

Se retiró y me colocó de nuevo inclinada sobre la mesa, con las piernas separadas, y se adentró de nuevo con su miembro duro, erecto y palpitante en mi vagina, golpeando con fuerza, follándome duro como sabía que a él le gustaba, aferrándose a una de mis caderas de tal modo, que podía sentir sus dedos clavándose en mi carne.

Con la otra mano sentí que enrollaba mi cabello en ella, tirando ligeramente hacia atrás, haciendo que mi cabeza quedara levantada mirando hacia el jardín, hacia el mar.

Siguió entrando y saliendo de mi cuerpo, colmándome por completo mientras sus jadeos se mezclaban con mis gemidos y mis gritos, con el sonido de nuestros cuerpos chocando el uno con el otro en aquel silencioso y oscuro salón.

Noté el momento exacto en el que Alex se preparaba para su liberación, para tener ese orgasmo que había estado retrasando durante tanto tiempo, pues era consciente de cómo palpitaba su erección entre los músculos de mi vagina, esos que se contraían a su alrededor.

Grité cuando mi propio orgasmo empezaba a formarse en mi interior, cuando esa sensación de éxtasis subía por mi vientre arremolinándose en él, haciendo que un escalofrío intenso como un rayo me atravesara de pies a cabeza estremeciendo todo mi cuerpo, centímetro a centímetro, cada poro de mi piel desnuda y expuesta ante él.

Y finalmente nos corrimos al unísono, liberamos aquel clímax entre jadeos y chillidos y seguimos follándonos hasta que no pudimos más, hasta que ambos cuerpos, rendidos y laxos, se dejaron caer sobre la mesa.

Alex me rodeaba por la cintura con un brazo mientras sostenía mi barbilla con la otra mano para besarme en los labios de un modo tan tierno que competía con esa pasión desenfrenada y arrolladora que nos había atravesado a ambos mientras nos entregábamos a la más pura y carnal lujuria que dos personas podían sentir.

—No te vas a ir en todo el fin de semana —murmuró mientras me miraba fijamente a los ojos.

—Algo intuía —sonreí y volvió a besarme.

—Y ahora, vamos a recuperar todo el tiempo perdido de estos días —dijo mientras me quitaba la corbata de alrededor de mis muñecas—. Y recuerda, solo yo puedo besarte y follarte.

,

Grité cuando mi propio orgasmo empezaba a formarse en mi interior, cuando esa sensación de éxtasis subía por mi vientre arremolinándose en él, haciendo que un escalofrío intenso como un rayo me atravesara de pies a cabeza estremeciendo todo mi cuerpo, centímetro a centímetro, cada poro de mi piel desnuda y expuesta ante él.

Y finalmente nos corrimos al unísono, liberamos aquel clímax entre jadeos y chillidos y seguimos follándonos hasta que no pudimos más, hasta que ambos cuerpos, rendidos y laxos, se dejaron caer sobre la mesa.

Alex me rodeaba por la cintura con un brazo mientras sostenía mi barbilla con la otra mano para besarme en los labios de un modo tan tierno que competía con esa pasión desenfrenada y arrolladora que nos había atravesado a ambos mientras nos entregábamos a la más pura y carnal lujuria que dos personas podían sentir.

—No te vas a ir en todo el fin de semana —murmuró mientras me miraba fijamente a los ojos.

—Algo intuía —sonreí y volvió a besarme.

—Y ahora, vamos a recuperar todo el tiempo perdido de estos días —dijo mientras me quitaba la corbata de alrededor de mis muñecas—. Y recuerda, solo yo puedo besarte y follarte.

Capítulo 30



Lunes por la tarde, y salí del trabajo con tiempo suficiente para llegar al centro comercial y ver a Marisa, habíamos quedado esa tarde para tomar café.

Desde que nos reencontramos nos habíamos estado escribiendo a menudo, yo le preguntaba sobre todo por la peque, esa niña que me tenía enamorada.

Era una muñequita, y cuando su mamá la grababa en vídeo y me lo enviaba, me sacaba más de una sonrisa al verla a ella reír.

Paré en un semáforo y al mirar por el espejo retrovisor, vi un coche que me había parecido ver cuando salí del parking del edificio de oficinas.

Conducía un hombre, de eso estaba segura, pero no pude distinguir su rostro dado que llevaba gafas de sol.

Reanudé la marcha en cuanto el semáforo se puso en verde y, sin excederme demasiado del límite de velocidad permitido para circular por la ciudad, aceleré todo lo que pude, necesitaba comprobar si ese coche me seguía o no era más que una casualidad que estuviera en los mismos lugares que yo.

Cuando vi que él también aceleraba el paso, comencé a preocuparme.

No estaba enloqueciendo, a fin de cuentas, no era solo un presentimiento el hecho de que había tenido la sensación durante algunos días de que había alguien que me seguía, sino que ese alguien estaba a solo unos metros de mí en ese mismo momento.

Giré a la derecha y me metí por una calle justo antes de que otro coche se cruzara entre el mío y el de quien me seguía, lo que me dio margen para acelerar y perderle de vista hasta que llegué al parking del centro comercial y aparqué cerca del acceso a la zona de tiendas por la segunda planta.

Eché un vistazo para ver si me seguía alguien, pero por suerte no fue así.

Subí hacia la zona comercial y caminé hacia la cafetería donde había quedado con Marisa, y ahí estaba ella, sentada en una de las mesas con su peque en brazos.

—Hola —saludé llamando su atención.

—Hola, cielo —sonrió y me incliné para darle un par de besos.

—Pero qué niña más guapa, por favor, si es que es para comérsela. Qué graciosa está con esa diadema y la flor.

—Ahora que puedo ponérselas y no se las va a quitar, aprovecho —rio.

—Buenas tardes —miré a la camarera que acababa de llegar—. ¿Qué va a tomar?

—Un café y un Gofre —respondí, y ella asintió.

—¿Qué tal va en el trabajo? —preguntó Marisa cuando nos quedamos solas.

a

—Muy bien, ya me he hecho al puesto —sonreí.

—Yo he empezado a trabajar desde casa, necesitaba algo que hacer, además de cuidar de la niña y dedicarme a las tareas. He conseguido que mi jefe me pase algunas tareas, así que tres días en semana estoy teletrabajando de nueve y media a una y media. Me viene bien distraerme de ese modo.

—Y aun así tienes todas las tardes libres para la peque, la casa, y salir a despejarte.

—Sí, sí, una maravilla —rio.

La camarera llegó poco después con nuestros cafés y los gofres, y pasamos la siguiente hora charlando de cualquier tema que nos venía a la cabeza, pero el principal fue su peque.

n

Esa bebé me miraba con la sonrisa todo el tiempo en los labios y acabé cogiéndola para que su madre descansara un poquito. Me la comí a besos y dejé que jugara con mi pelo, ese que parecía gustarle tanto.

—Me da que mi hija va a acabar siendo peluquera —dijo Marisa, cuando tuvo que quitarle un mechón de mi pelo de entre los dedos—. Bea, cariño, que vas a dejar a la pobre Daniela sin melena.

—No te preocupes, que no me ha arrancado ningún mechón.

—No sabes lo bien que me viene salir de casa un rato, haber perdido el contacto con muchas de aquellas amistades por nuestro trabajo o las familias, es una pena.

—Ya imagino.

—Tengo que ir a comprarle un regalo a Julio —dijo refiriéndose a su marido—, su cumpleaños es la semana que viene y, ya que he salido...

—Te acompaño, que a mí no me está esperando nadie en casa.

—¿Y Jorge?

—Se va a pasar la noche con su chico —sonreí.

—Oye, ¿por qué no te vienes una noche a cenar a casa? Julio tiene un amigo soltero muy majo y...

—No —la corté riéndome—. Te digo lo mismo que a Jorge y su chico, no necesito casamenteras que quieran presentarme a un hombre con el que podría tener una relación.

—Vale, vale, no he dicho nada —levantó ambas manos en señal de rendición sin dejar de sonreír—. Pero que sepas, que, harías muy buena pareja con ese hombre, me gusta para ti.

—Anda, vamos a buscar el regalo perfecto para ese marido tuyo. ¿Has pensado en algo en concreto?

—Pues lo de siempre, corbatas, gemelos, perfume, una camisa —se encogió de hombros—, lo que nunca falla.

—Eso está muy bien, pero puedes sorprenderle con otras cosas —reí.

—¿Qué cosas? —Arqueó la ceja y en ese momento pensé como lo haría Jorge.

Llevé a Marisa a la tienda de ropa masculina donde había comprado las corbatas para mis amigos, allí cogió un par de ellas y dos camisas, además de unos bonitos gemelos.

Pasamos por la perfumería y se hizo con un pack de regalo del perfume que solía utilizar, y en cuanto salimos no dudé en llevarla a la tienda de lencería.

Se compró un bonito conjunto para esa noche, además de reservar en el restaurante donde cenaron juntos por primera vez, y es que le dije que, si quería sorprenderlo de verdad, no había nada mejor que una cena romántica los dos solos y después, una noche de pasión.

A la niña la dejaría con sus padres esa noche y todo arreglado.

Nos despedimos cuando Julio llegó para recogerlas y bajé al parking para coger el coche e irme a casa.

Pediría una pizza para cenar, después de ducharme, me tomaría una copa de vino y vería un par de capítulos de alguna serie de estreno que hubiera en Netflix.

No había hecho más que aparcar el coche a unos pocos metros de la puerta del edificio, acababa de coger el bolso, y la puerta del copiloto se abrió haciendo que me asustara.

—Pero, ¿quién eres? —grité al ver un hombre vestido de negro y con las gafas de sol puestas. Si hubiera tenido que apostar diciendo quién era, no habría fallado al decir que se trataba del mismo hombre que me había seguido horas antes con su coche.

—Eres escurridiza, o siempre estás con alguien —protestó—. Mi jefe quiere verte.

—¿Y quién narices es tu jefe?

—Arranca, que estás a punto de conocerlo.

—No voy a ir a ningún sitio, bájate de mi coche.

—Preciosa —lo vi llevarse la mano a la cintura y no tardé en ver una pistola apuntándome—, arranca si no quiere que te pegue un tiro aquí mismo.

—¿Has estado siguiéndome todos estos días?

—Desde que el jefe te vio aquella noche —contestó.

Y ahora no tenía dudas de que aquella noche no fueron imaginaciones mías, que no me equivoqué al pensar que había visto a esa persona que hacía tanto tiempo no veía y que pensé no volver a ver nunca.

No sabía qué podría querer de mí, por qué aparecía de nuevo en mi vida, tras tantos años sin saber el uno del otro.

—Arranca, no me hagas repetirlo —dijo moviendo la mano en la que sostenía la pistola.

No tenía elección, si quería evitar recibir un disparo y morir desangrada dentro de mi coche, tenía que hacer lo que me pedía.

Y esa noche no me estaba esperando nadie en casa, lo que significaba que, si algo iba mal, podría acabar muerta.

,

s

e

Capítulo 31



Llegamos a una casa a las afueras, apartada de todo y de todos, rodeada por unos altos muros y varios hombres armados apostados en su interior.

Me hizo aparcar frente a las escaleras de entrada a la casa y no tardó en bajar del coche, esperando a que yo hiciera lo mismo.

Cuando lo hice, le seguí hasta la puerta y allí nos esperaba otro hombre, vestido de negro al igual que todos, que me cacheó sin el más mínimo cuidado.

—No voy armada, ni siquiera sabía que vendría aquí —protesté.

—Muñeca, te sorprendería los lugares en los que una mujer ha ocultado una pequeña arma —dijo arqueando la ceja y mirando con descaro entre mis piernas.

—Pues ya te digo yo que ahí no vas a mirar, y que tampoco tengo nada escondido.

—Vamos, el jefe te espera —comentó impaciente el hombre que me había obligado a ir hasta allí.

Entramos en la casa y le seguí por aquella opulente y ostentosa estancia, con paredes blancas, suelos de mármol granate, mesas de mármol gris con jarrones que parecían auténticas antigüedades, y algunos cuadros colgados de la pared de pintores de renombre.

El repiqueteo de mis tacones rompía con el silencio de aquella estancia, me fue guiando por el pasillo hasta entrar en un salón igual de ostentoso y recargado, con muebles antiguos, cuadros, esculturas, cortinas azules, alfombras de pelo y una chimenea.

Volvió a llevarme por otro pasillo en el que había varias puertas a un lado y otro, y al llegar a la última, llamó con un par de golpes.

—Adelante —aquella voz hizo que me estremeciera, no había vuelto a escucharla desde hacía años, pero seguía

intimidándome igualmente.

Abrió la puerta, se hizo a un lado para dejarme entrar, y cuando crucé aquel umbral, lo vi de pie junto a un ventanal, con una mano en el bolsillo del pantalón y sosteniendo un vaso de whisky en la otra.

Estaba de espaldas, pero recordaría esa postura, esa espalda y aquel olor tabaco, perfume y whisky, por muchos años que pasaran.

—Jefe, aquí tiene a la chica —le dijo para llamar su atención.

—Déjanos solos, y que no nos molesten.

—Sí, jefe.

Lo vi salir de allí cerrando la puerta tras de sí, y noté los nervios apoderándose de mí.

—Han pasado catorce años, Daniela —me estremecí al escuchar mi nombre y volví a mirarlo, no tardó en girarse y me encontré cara a cara con la última persona que esperaba ver en ese momento de mi vida.

Seguía igual que en aquel entonces, esa mirada de ojos marrones y fríos, su cabello negro bien peinado, luciendo ahora alguna que otra cana en las sienes. Las arrugas que había en los bordes de sus ojos dejaban claro que los años también habían pasado por él.

—Te veo bien, pequeña —sonrió de aquel modo que tan bien recordaba.

—¿Qué quieres, Fidel? —pregunté.

—La puta de tu madre se fue debiéndome dinero. Y quiero recuperarlo.

—Pues no creo que lo tuviera escondido, no encontraron nada en la casa, y yo tampoco. De haberlo hecho, te aseguro que me habría ido lejos, en vez de tener que pasar aquellos años en una casa de acogida.

—No te fue mal, por lo que veo. Has tenido una buena vida. Estudiaste, y has pasado por varios trabajos. Eres secretaria de un empresario bastante reconocido.

—¿Por qué me estás siguiendo?

—¿Acaso no es obvio? Ya es hora de que recupere el dinero que me debe tu madre.

—Estás loco si piensas que voy a hacer aquello que mi madre hacía para ti. No pienso vender esa mierda que la mató.

—¿Quién ha dicho que quiera que vendas mi droga, pequeña? —Arqueó la ceja— Hay otras maneras de pagarme

—No voy a ser una de tus putas, tampoco.

—Escúchame bien —acortó la distancia que nos separaba y me cogió de la barbilla con fuerza haciendo que lo mirara—. Jamás permitiría que otro te follara para que me pagaras con ese dinero. Si fuera con sexo como podrías pagarme, sería yo mismo el que te follaría y te haría mi esposa. Has crecido bien, y no voy a negar que me excitas

—Me das asco —dije con los dientes apretados—. Nunca me acostaría contigo.

—Eso ya lo veremos —sonrió con malicia—. ¿Tu jefe te paga las horas extra en su cama?

Abrí los ojos ante aquellas palabras y fui consciente de que me llevaba siguiendo más tiempo de lo que pensaba.

—Si no quieres que venda tu mierda, y tampoco que sea una de tus putas, ¿qué es lo que quieres?

—Follarte, he visto algunas fotos que me han hecho imaginarte con mi polla en muchos sitios, pero, aparte de eso quiero el dinero que me debe tu madre.

—Debiste pedirselo a ella antes de que muriera, no sé qué pasó para que no te pagara, ni si tenía ese dinero escondido.

—Escondido no, buscamos por todas partes en la casa y no encontramos nada. Existe la posibilidad de que alguien se lo robara, pero eso ya no lo sabremos.

—Quieres mi dinero —dije al fin cayendo en la cuenta y él asintió.

—Me debía quince mil euros, han pasado catorce años y hay algunos intereses. Me debes treinta mil euros, pequeña.

—¿Qué? ¿De dónde voy a sacar yo ese dinero? Si vivo al día —protesté.

—Tienes dos semanas para conseguirlos —me soltó y dio un sorbo a su whisky—. Pide un préstamo, un adelanto a tu jefe, o directamente que él te dé el dinero, muchas putas cobran sumas indecentes de dinero por hacer lo que tú has hecho.

—No voy a hacer eso.

—Consigue el dinero para dentro de dos semanas, o las fotos que yo he visto verán la luz justo al acabar ese plazo. Tu reputación, y la de tu jefe, se irán a la basura.

. —Esto es chantaje, extorsión.

—Veo que eres una mujer lista, nada que ver con aquella niña que se me resistió. ¿Sabes que podrías haber sido una mujer poderosa si me hubieras dejado cuidarte?

; —Tenía catorce años cuando te colaste en mi habitación intentado que me acostara contigo, prácticamente me
. triplicabas la edad, eras un puto enfermo.

—Ahora no eres ninguna niña, eres toda una mujer, has crecido y madurado, no hay tanta diferencia entre tu jefe y yo, y a él bien que te lo estás follando.

—No tengo ese dinero, y tampoco manera de conseguirlo en dos semanas —dije tratando de cambiar de tema.

—Pues es el plazo que te doy, pequeña. Treinta mil euros en dos semanas, o tus fotos estarán en revistas y televisión junto con el nombre de tu jefe. Él es de buena familia, dudo mucho que a sus padres les guste saber que tiene ciertos... gustos, en lo referente a lo sexual.

, —Eres un hijo de puta —apreté ambas manos cerrándolas con tanta fuerza, que incluso me estaba clavando las uñas en las palmas—. Arruinaste la vida a mi madre, me la arruinaste a mí, y ahora vuelves pidiendo algo que yo ni sabía que ella tenía que darte.

—Dos semanas, pequeña, o quién sabe dónde tendrás que irte para rehacer tu vida. ¡Frank! —gritó, y la puerta se
nabrió en ese momento.

—¿Sí, jefe? —reconocí la voz del hombre que me había llevado hasta esa casa.

—Ya hemos terminado aquí.

No dijo más, se giró y volvió a pararse frente al ventanal.

Noté la mano de aquel hombre alrededor de mi brazo y me hizo salir, llevándome de vuelta a la puerta de entrada, hasta mi coche.

—Nos vemos por ahí, preciosa —dijo haciéndome un guiño antes de cerrar mi puerta.

Puse el coche en marcha sabiendo que aquellas palabras habían sido porque ese hombre iba a seguirme de cerca durante las próximas dos semanas.

, Salí de la casa de la peor persona que había tenido la desgracia de encontrarme en el camino con una sola idea en mente.

No podía contarle nada a Jorge, se preocuparía y no me dejaría sola ni un momento, pero tampoco podía decirle a Alex lo que ocurría.

Todas las veces que nos habíamos visto había sido en su casa, esa en la que habíamos estado expuestos y sin saberlo.

No me podía creer que Fidel hubiera llegado tan lejos solo para chantajearme y conseguir que le pagara.

y ¿De dónde iba a sacar yo esa cantidad de dinero? Y mucho menos en dos semanas, es que era imposible.

Solo me quedaba una opción, una persona a la que llamar para contarle lo que había pasado.

Hacía catorce años que formaba parte de mi vida en las sombras, que me escribía de vez en cuando para saber cómo estaba, qué tal me iba, y se lo agradecía, porque aquella noche en la que perdí a la única familia que me quedaba, ella fue la única que se preocupó por mí y porque acabara en buen hogar.

Le debía muchas cosas, y ahora volvía a necesitarla una vez más.

No podía contarle nada a Jorge, se preocuparía y no me dejaría sola ni un momento, pero tampoco podía decirle a Alex lo que ocurría.

Todas las veces que nos habíamos visto había sido en su casa, esa en la que habíamos estado expuestos y sin saberlo.

No me podía creer que Fidel hubiera llegado tan lejos solo para chantajearme y conseguir que le pagara.

¿De dónde iba a sacar yo esa cantidad de dinero? Y mucho menos en dos semanas, es que era imposible.

Solo me quedaba una opción, una persona a la que llamar para contarle lo que había pasado.

Hacía catorce años que formaba parte de mi vida en las sombras, que me escribía de vez en cuando para saber cómo estaba, qué tal me iba, y se lo agradecía, porque aquella noche en la que perdí a la única familia que me quedaba, ella fue la única que se preocupó por mí y porque acabara en buen hogar.

Le debía muchas cosas, y ahora volvía a necesitarla una vez más.

Capítulo 32



No dudé en enviar aquel mensaje mientras iba hacia casa, me había cerciorado de que no me seguían desde que salí de ese encuentro con Fidel y ya estaba aparcada en la zona de parking en la parte trasera de la cafetería de la gasolinera.

Unos minutos después vi un coche llegar y aparcar no muy lejos de donde yo estaba, en el momento en el que vi salir a la persona que esperaba, cogí el bolso y salí para ir a encontrarme con ella.

Entré en la cafetería donde apenas había unas ocho personas cenando, y en una de las mesas del fondo me estaba esperando.

—Hola, Celia —saludé y me miró con una sonrisa en los labios.

—Daniela —dijo poniéndose en pie.

Aquella pelirroja de ojos verdes me abrazó y reviví lo que sentí años atrás, la noche en la que esa policía me encontró junto al cuerpo sin vida de mi madre.

Celia Andrade, policía que llevó el caso de mi madre y actual inspectora del departamento de homicidios.

A sus cuarenta años seguía manteniendo ese rostro amable que recordaba de aquella joven policía que me ayudó.

—Te veo bien, cielo —sonrió cuando nos separamos—. Pero está claro que no me has enviado un mensaje solo para que nos veamos. ¿Qué pasa, Daniela? —preguntó mientras nos sentábamos.

—Buenas noches, ¿qué van a tomar? —Miré a la camarera que acababa de acercarse.

—Café con leche para mí —contestó Celia.

—Otro para mí, gracias.

La camarera asintió y se fue para prepararlos.

—¿Y bien? —insistió.

—Fidel lleva un tiempo siguiéndome —dije y arqueó la ceja—. Uno de sus hombres me ha abordado hoy en el coche al llegar a casa y me ha hecho conducir hasta la de Fidel.

—Fidel, el último novio de tu madre.

—Sí.

—¿Y por qué te está siguiendo? ¿Qué quiere de ti después de catorce años?

—Al parecer mi madre le debía dinero, imagino que de alguna de sus ventas. Me lo está pidiendo a mí.

—¿Tu madre tenía dinero de Fidel? —Frunció el ceño— ¿Dónde? Porque en el registro de la casa no encontraron nada, y la policía la puso patas arriba.

—No lo sé, puede que ni siquiera lo tuviera, o sea, ¿dónde podría haber escondido mi madre quince mil euros?

—¿Ese cabrón te ha pedido quince mil euros?

—Treinta mil, en realidad. En estos años hay intereses, al parecer.

—No lo entiendo, después de catorce años, ¿por qué reclama ahora ese dinero?

—Creo que es por dónde estoy trabajando —suspiré.

—Aquí tiene, dos cafés con leche —dijo la camarera, dejándolos en la mesa.

Esperamos a que se fuera y volví a hablar.

—Soy la secretaria de uno de los socios de la empresa de sistemas de seguridad informáticos más importante de la ciudad. Llevan la seguridad de bancos, hoteles, organismos públicos, empresas privadas... Me ha dado dos semanas para pagarle, o saldrán a la luz unas fotos que me han hecho con mi jefe.

—¿Te has acostado con tu jefe? —preguntó con los ojos muy abiertos, y asentí— Vaya, eso es nuevo hasta para ti —sonrió—. No voy a preguntar qué tipo de imágenes tiene.

—No lo sé, pero puedo hacerme una idea —suspiré pasándome la mano por la frente—. Si no le doy el dinero, la reputación de mi jefe se irá a la mierda, Celia. Y no sé de dónde voy a sacar ese dinero.

—Te está extorsionando, de eso no hay duda. Pero esto me lleva a pensar en otra cosa.

—¿En qué?

—La muerte de tu madre.

—Se suicidó —me encogí de hombros—, ya lo sabes.

—Tal vez no. Daniela, siempre me he preguntado por qué lloraría ese día si lo que quería era morir desangrada.

—A saber, qué se le pasó por la cabeza en ese momento.

—La mujer de mi antiguo jefe dijo que, tal vez, no quería suicidarse. Las dos sabemos que te quería, que nunca permitió que te faltara un plato de comida, ropa, libros para tus estudios... Tu madre era una luchadora que te sacó adelante estando sola. Sí —me cortó cuando abrí la boca para hablar—, se metió en un mundo de mierda en el que no debería haberse metido, pero te quería, Daniela. Tu madre había consumido drogas y alcohol aquella tarde y después se cortó las venas, pero lloró mientras lo hacía. ¿Y si no lo hizo ella, cielo? ¿Y si alguien sabía que tu madre tenía ese dinero, que no le pertenecía, y se lo robó, matándola para que no hablara?

—Si fuera el caso, ¿quién podría haberlo hecho?

—Tal vez la persona que le pagó por esa mercancía, no lo sé. Tendría que volver a abrir el caso, investigar junto con mis compañeros de antidroga, pero necesito tu permiso para hacerlo.

—Mi madre fue incinerada, ni siquiera pude hacerme cargo de un entierro decente.

—Aún tenemos todas las pruebas que encontramos en la casa, ahora sí que puedo hacer que antidrogas estudie aquellos libros que tu madre guardaba, eran registros de ventas, estoy segura. Estaban escritos en clave, pero seguro que daremos con algo. Daniela, tal vez tu madre no se suicidó, pudo ser asesinada.

Aquello hizo que me estremeciera, y la primera persona que se me vino a la cabeza que podía haber asesinado a mi madre, fue Fidel.

Según decía le debía dinero, lo buscaron en la casa y no lo encontraron, tal vez la mató solo por eso.

—Sé lo que estás pensando, y no —dijo.

—¿Qué estoy pensando?

—No fue Fidel, ahora que sabemos que le debía dinero, no la habría matado. Querría recuperarlo.

—Pero pudo ser él, a fin de cuentas, mi madre trapicheaba con sus drogas.

—Tuvo que ser otra persona, Daniela. No te centres en Fidel, o acabarás volviéndote loca.

—Quiere que le dé un dinero que no sé cómo podría conseguir en solo dos semanas, por no hablar de que ha insinuado de que le habría encantado hacerme su mujer. Celia, si no consigo ese dinero, la vida de mi jefe se puede ir a la mierda por mi culpa.

—Allí me va a mandar el comisario cuando lo llame a estas horas de la noche, y el inspector del departamento de antidroga, querrá matarme. Pero voy a empezar a mover todo, sé que vamos contrarreloj.

—No, tú no tienes...

—Eh, ni se te ocurra acabar esa frase —me señaló poniéndose seria—. No voy a dejarte sola, Daniela.

5

3 —Tampoco soy tu responsabilidad, Celia.

—Te prometí aquella noche que me encargaría de que estuvieras bien —contestó—. Me aseguré de que encontraran la familia adecuada para ti y en estos catorce años no hemos perdido el contacto. No, no eres mi responsabilidad, pero quiero encontrar la verdad de lo que le pasó a tu madre. Si no se suicidó, quiero que lo sepas.

Suspiré, nos terminamos el café y quedamos en estar en contacto, además de que me hizo saber que pondría a alguien pendiente de mí las veinticuatro horas para asegurarse de que ni Fidel, ni ninguno de sus hombres, me hiciera daño.

Después de lo que había averiguado no me quedaba más remedio que hablar con Jorge y ponerlo al tanto de todo, y evitar a mi jefe en la medida que me fuera posible.

Pero, ¿cómo iba a hacerlo cuando ese hombre me llamaba a su despacho solo para devorarme a besos cuando le apetecía?

—Pero pudo ser él, a fin de cuentas, mi madre trapicheaba con sus drogas.

—Tuvo que ser otra persona, Daniela. No te centres en Fidel, o acabarás volviéndote loca.

—Quiere que le dé un dinero que no sé cómo podría conseguir en solo dos semanas, por no hablar de que ha insinuado de que le habría encantado hacerme su mujer. Celia, si no consigo ese dinero, la vida de mi jefe se puede ir a la mierda por mi culpa.

—Allí me va a mandar el comisario cuando lo llame a estas horas de la noche, y el inspector del departamento de antidroga, querrá matarme. Pero voy a empezar a mover todo, sé que vamos contrarreloj.

—No, tú no tienes...

—Eh, ni se te ocurra acabar esa frase —me señaló poniéndose seria—. No voy a dejarte sola, Daniela.

—Tampoco soy tu responsabilidad, Celia.

—Te prometí aquella noche que me encargaría de que estuvieras bien —contestó—. Me aseguré de que encontraran la familia adecuada para ti y en estos catorce años no hemos perdido el contacto. No, no eres mi responsabilidad, pero quiero encontrar la verdad de lo que le pasó a tu madre. Si no se suicidó, quiero que lo sepas.

Suspiré, nos terminamos el café y quedamos en estar en contacto, además de que me hizo saber que pondría a alguien pendiente de mí las veinticuatro horas para asegurarse de que ni Fidel, ni ninguno de sus hombres, me hiciera daño.

Después de lo que había averiguado no me quedaba más remedio que hablar con Jorge y ponerlo al tanto de todo, y evitar a mi jefe en la medida que me fuera posible.

Pero, ¿cómo iba a hacerlo cuando ese hombre me llamaba a su despacho solo para devorarme a besos cuando le apetecía?

Capítulo 33



Esa mañana de martes estaba de los nervios mientras esperaba a Jorge y Nando en la cafetería.

La noche anterior le pedí a mi mejor amigo que fuera allí una hora antes de entrar al trabajo, y yo había llegado diez minutos antes.

Apenas había podido dormir, no dejé de dar vueltas en toda la noche y las palabras de Fidel se reprodujeron una y otra vez en mi cabeza.

Si no tenía su dinero en dos semanas, las fotos que nos habían sacado a Alex y a mí, en su casa durante a saber, cuánto tiempo, verían la luz.

La mañana anterior estuve evitando a Jorge para no tener que hablar sobre lo que había entre Alex y yo, después de que unos días antes nos viera y sumara dos más dos. Se pasó el fin de semana enviándome mensajes, preguntando cuándo podríamos hablar de mi pequeño, oscuro y posiblemente obscuro secreto, eran sus palabras, no las mías.

Y había llegado el momento de que se lo contara, pero no solo porque fuera mi mejor amigo y quisiera compartir con él esa parte de mi vida, sino porque ahora más que nunca esa vida que tenía corría peligro.

Estaba dando un sorbo al café cuando los vi entrar a los dos y Jorge sonrió como ese niño que sabe un secreto.

—Aquí está la señora secretitos —dijo sentándose a mi lado—. Ya puedes empezar a contarme todo, y quiero detalles —me señaló.

—No hay mucho que contar, Jorge, me lie una tarde con mi jefe después de comer, pasamos la noche juntos y desde entonces, el resto ya te lo imaginas —me encogí de hombros.

—Madre mía, qué resumen más... simple. ¿Qué te pasa? —Frunció el ceño.

—No es de mi jefe de quien quería hablarte, Jorge. Bueno, también entra en la historia, pero no de ese modo.

—Madre mía, me estás poniendo de los nervios. ¿Puede saberse qué ocurre? Tienes una cara de muerta viviente que no puedes con ella.

—No te enfades —le pedí.

—Mal, Dani —suspiró—, si empiezas así, mal. ¿Qué pasa?

La camarera se acercó para preguntarnos qué íbamos a tomar, yo me pedí otro café y un par de tostadas, y los chicos un desayuno completo, en cuanto volvimos a quedarnos solos Jorge me miró con la ceja arqueada.

—Hace días que empecé a tener la sensación de que alguien me observaba, pensé que había sido una alucinación cuando creí ver a alguien de mi pasado, hasta ayer. Sí, que me vigilaban. Un hombre me siguió hasta casa desde aquí, me abordó en el coche y me hizo conducir hasta una casa.

—¿Y quieres que no me enfade por no contarme esto? No me jodas, Dani.

—No quería que te preocuparas.

—Eso debía juzgarlo yo. ¿Quién te está vigilando?

—El último novio que tuvo mi madre.

—¿Qué quiere? ¿Es que no le bastó con arruinar vuestras vidas?

Suspiré y le conté lo que quería, todo lo que me había dicho la tarde anterior y el hecho de que Alex se viera involucrado en este asunto.

No se podía creer que me estuviera pidiendo un dinero que, a saber, si realmente existía.

Le dije que había hablado con Celia, la policía que me ayudó desde el momento en el que me encontraron en casa con mi madre, y dijo que no me iba a dejar sola ni un solo día en casa.

—¿Ves? Por esto no quería contarte nada —protesté—. Tienes tu vida, Jorge, una pareja, y no deberías ser mi niñera constantemente.

—No soy tu niñera, pero no puedes prohibirme que me preocupe por ti. ¿Cuánto te ha pedido?

—Treinta mil euros.

—Joder —dijo Nando.

—¿Dónde coño escondería tu madre ese dinero? No estamos hablando de un par de euros para una bolsa de pipas.

—Ella le debía quince, los otros quince son intereses.

—Yo creo que lo que ese tío quiere, no es el dinero precisamente —comentó Nando.

—Si no se lo doy, mandará fotos mías con Alex a la prensa.

—Encima te chantajea. Es que es para matarlo —resopló Jorge.

—Puede que sea cierto, que quiera joderos de ese modo a los dos, pero me decanto más porque este tipo te quiere a ti, Dani —dijo Nando.

—¿Cómo que la quiere a ella?

—Por lo que le dijo, eso de que ahora sería una mujer poderosa. A ver, ¿catorce años y es ahora cuando aparece pidiendo dinero? Sí, lo hace porque trabajas para un tío con mucha pasta, pero mírate. Eres una mujer, está viendo que te follas a otro y, si me lo permites, ese enfermo lleva obsesionado contigo catorce putos años. No sé, igual desvarío, pero me da en la nariz que no quiere el dinero, te quiere a ti.

—Por encima de mi cadáver, vamos —contestó Jorge—. Ese cabrón tiene que pegarme dos tiros si quiere tener a Dani como su amante o su esposa. No te va a tocar un pelo, de eso estoy seguro.

—Y según la inspectora, puede que la persona que le dio ese dinero a tu madre se lo robara y la asesinara fingiendo un suicidio, ¿no? —preguntó Nando.

—Eso dijo —suspiré—. Pero no sé, tal vez esté equivocada.

—A ver, por lo que sabemos, ese hombre buscó el dinero en la casa y no lo encontró.

—No, y la policía tampoco.

—Entonces las probabilidades de que sí se lo robara la misma persona que se lo había dado, son de un noventa y nueve, por cierto. El uno por ciento restantes puede ser que ella lo escondiera en otro sitio.

—Pero, ¿dónde habría metido mi madre quince mil euros? ¿En mi caja de cereales?

—Hasta donde sabemos, el robo es la mejor pista —suspiró Nando—. Vamos a desayunar, que hoy tenemos trabajo que hacer.

—¿De verdad estás pensando en comer, con todo lo que nos acaba de contar? —protestó Jorge.

—Sí, rindo más con café en mi organismo y una buena tostada de pan con tomate y jamón. Tengo que buscar todo lo que pueda sobre ese tío, colarme en el sistema de la policía y averiguar cuanto más, mejor.

—No, Nando, no vas a hacer...

—Sí, Dani, sí voy a hacer justo eso que he dicho. No es legal, lo sé, pero si puedo obtener algo que darle a la policía, mucho mejor para todos.

—No debería haberos contado nada —dije mirando mi taza.

—Por supuesto que sí, te lo habríamos sonsacado igualmente —respondió Jorge encogiéndose de hombros.

—Y tú, habla con Alex —miré a Nando—. Tienes que contarle esto para que esté preparado. Si en dos semanas no pagas y ese cabrón cumple con su amenaza, imagino qué tipo de imágenes verán la luz.

—No quiero llegar a ese punto, pero no tengo el dinero que me pide y por supuesto que no se lo voy a pedir a Alex.

—Cariño, dudo mucho que la policía te permita pagar un chantaje, así que olvídate de buscar el dinero.

—¿Tú te acuerdas de lo que le hice a mi ex? —me preguntó Nando, tras dar un bocado a su tostada— Pues quién sabe dónde puede acabar el dinero de ese personaje, solo por el hecho de haberte querido extorsionar.

Terminamos de desayunar y, por más que le pedí a Nando que no se metiera en líos por andar indagando en la vida de Fidel, hizo caso omiso a mis palabras.

Fuimos a las oficinas y dado que llegamos diez minutos antes de nuestra hora de entrada, Alex no estaba aún en su despacho.

Cuando me llegó un mensaje de texto de Fidel diciéndome que tenía un día menos para conseguirle lo que me había pedido, entré en pánico.

No solo sabía cómo me había ido en esos catorce años, sino que además de que me vigilaba sabía mi número de teléfono.

Se había esmerado a conciencia en averiguar todo lo que concernía a mi vida privada, y eso, eso me daba mucho más miedo que el hecho de que me pidiera dinero.

Capítulo 34



Estaba terminando de redactar los cambios en uno de los nuevos contratos, cuando Alex entró en mi despacho dándome los buenos días.

—Buenos días —dije apenas mirándolo.

—¿Va todo bien? —Apoyó una mano en el respaldo de mi sillón y la otra en el escritorio, inclinándose para besarme en la mejilla, pero no contesté— Daniela —me sostuvo la barbilla con dos dedos, no fue necesario que le dijera nada, debió verlo en mis ojos—. Ven.

Alex me cogió de la mano y, tras hacer que me levantara, salimos de mi despacho para ir al suyo, cerró la puerta y nos sentamos en las sillas frente al escritorio.

—Sé que te pasa algo, así que, cuéntamelo —me pidió sin soltar mi mano.

—Me han estado vigilando —dije mirando hacia el suelo—. Saben que estoy contigo, nos han seguido a tu casa y tienen fotos, fotos nuestras en situaciones comprometidas.

—¿Zamora nos ha seguido hasta mi casa?

—No, no es él. Es alguien... de mi pasado.

—¿Un exnovio, o algo así?

—Mío, no, de mi madre. El tipo con el que salía en el momento en el que... ya sabes.

—¿Qué quiere de ti?

Suspiré y le conté lo que había pasado la tarde anterior, cuando el tipo que trabajaba para Fidel me hizo ir hasta esa casa. En el momento en el que le conté lo del dinero y las fotos frunció el ceño.

—Yo te doy el dinero, Daniela, lo que sea con tal de que te libres de ese tipo.

—No, Alex, no voy a hacer lo que él quiere, no voy a pedirte el dinero para pagarle, no soy...

—No eres una puta, pequeña —dijo cogiéndome la barbilla para que lo mirase—, pero yo puedo ayudarte.

—Ni siquiera sé si es cierto lo del dinero, Alex —me puse en pie y fui hacia el ventanal, abrazándome a mí misma, mientras recordaba el modo en el que Fidel había vuelto a mirarme la tarde anterior, tras catorce años sin verlo—. Quizás sea mentira y lo único que quiere es a mí.

—No entiendo, si te dijo que no quería que vendieras su mercancía, tal como hacía tu madre, ¿por qué te querría a ti?

—Cuando tenía catorce años, se coló una noche en mi habitación —comencé a decir mientras mi mente volvía a aquel momento, haciendo que me estremeciera—. Intentó besarme, pero conseguí apartarme a tiempo, me cogió por la cintura cuando trataba de salir de mi cama y me lanzó a ella con fuerza. Conseguí coger la lámpara de la mesita de noche cuando se abalanzó sobre mí y le golpeé con ella en la cabeza, empezó a sangrar un poco, pero ni siquiera eso le detuvo. Me dio varias bofetadas, me cogió por las muñecas para inmovilizarme y, si no hubiera sido porque pude moverme rápido, le mordí en el hombro y le di un rodillazo en la entrepierna, me habría...

—Basta —dijo en un susurro y me abrazó desde atrás—. No va a volver a tocarte, Daniela.

—La policía que me encontró junto al cuerpo de mi madre va reabrir el caso, dice que tal vez no se suicidó, sino que alguien la mató después de quitarle ese dinero.

—El tipo con el que salía.

—No —negué—. Él también lo buscó y no encontró nada en la casa. Celia, la policía, dijo que mi madre tenía algunos libros que podrían ser registros de venta, va a pedir que los revisen bien para ver si encuentran algo ahora que saben qué buscar.

—Seguro que dan con algo.

—Alex, esas fotos...

—No me preocupan —me cortó.

—Pero a mí, sí. Son de nosotros teniendo sexo, si no le doy el dinero que me pide, en dos semanas estarán en la prensa y en las televisiones de todo el mundo y tu reputación...

—Ey, pequeña —me giró entre sus brazos—. Tenemos una empresa de seguridad informática, hay un montón de

expertos que dirían que esas fotos son un montaje, que lo único que querían era manchar mi imagen. De verdad, esas fotos para mí ahora mismo es lo de menos. Tú eres quien me importa, Daniela, solo tú —dijo mientras me acariciaba las mejillas con sus pulgares, y se inclinó para besarme.

En ese momento me aferré a él, a la seguridad que me daba tenerlo cerca, aun sabiendo que Fidel seguía ahí, al acecho, mientras los días pasaban y se me echaba el tiempo encima.

Sentí un nudo en la garganta y esa sensación de querer llorar, pero me controlé para no hacerlo, no quería que Alex viera que mi fortaleza fallaba, pero era eso lo que estaba pasando.

Durante catorce años había convivido con la imagen de mi madre, rodeada de agua y sangre, con su rostro, sus ojos sin vida mirándome desde la bañera, preguntándome por qué lo había hecho, y ahora, en cuestión de unas pocas horas, todo eso podía tener un significado muy distinto al que siempre le había dado.

Si realmente no fue ella quien lo hizo, si no se suicidó y lloró por el dolor de saber que me iba a quedar sola y rota cuando la encontrara, si había sido otra persona la que hizo aquellos cortes en sus muñecas, no podría perdonarme el haber dudado de ella en esos años.

La puerta se abrió de golpe y Alex y yo nos separamos al escuchar la voz de Jorge.

—Lo siento —dijo al encontrarnos como lo había hecho—. Dani, Nando tiene algo.

Su chico entró en el despacho y se acercaron al escritorio, al igual que Alex y yo. Ellos se sentaron en las sillas y nosotros nos quedamos de pie.

Nando abrió el portátil y tras pinchar sobre algunas carpetas y páginas, señaló la pantalla.

—Tu madre le vendió a este a tío dos días antes de que la encontraras... ya sabes —dijo.

—¿Cómo has dado con ese nombre? —Fruncí el ceño.

—Se ha colado en los archivos de la policía —contestó Jorge—. Tenían los libros de tu madre escaneados y, aunque estaba todo escrito en clave, ha dado con datos bastante buenos.

—¿De quién se trata? —preguntó Alex.

—Pues este es una buena pieza, por lo que sé ve. Estuvo entrando y saliendo de la cárcel desde los dieciocho hasta los veinticinco, robos menores y trapicheo, hasta que, en ese momento, que tenía cuarenta años, era la mano derecha de un tipo que quería hacerse con el mercado de drogas que movía el novio de tu madre. Su jefe lo usó como gancho para una compra falsa, o sea, que tenía previsto no pagar por la droga que tu madre iba a entregarle, pero finalmente lo hizo. Lo curioso es que se la jugó a su propio jefe, él había sido el responsable de que entrara

en la cárcel en más de una ocasión, se ve que se cansó de ser la cabeza de turco. El caso es que, dos días después de la muerte de tu madre, este tipo abrió una cuenta con quince mil euros en un banco de París. Sin duda quería desaparecer, que nadie en España lo buscara.

—¿Él, mató a mi madre?

—Pues tiene todas las papeletas —contestó Jorge.

—Pero hay más, princesa —miré a Nando y buscó en un par de archivos hasta que puso el que quería mostrarnos—. Salía con tu madre.

No me podía creer lo que estaba viendo en la pantalla de ese portátil. Mi madre junto al hombre al que catorce años atrás había vendido la droga de Fidel en una foto.

! Ella se veía sonriente, y él la miraba como si estuviera realmente enamorado.

;

—Pero, no puede ser, mi madre en esa época estaba con Fidel.

—Se ve que iba a dejarlo, porque esta foto es de unos cuatro meses antes de que la encontraras.

—A ver, chicos —todos miramos a Alex—. Si la madre de Daniela y ese tipo estaban juntos, él no pudo robarle el dinero y asesinarla. Sabemos que se la jugó a su jefe, y tal vez ella hizo lo mismo con Fidel.

—¿Quieres decir que puede que ese fuera su plan desde el principio? ¿Engañar a Fidel y al otro hombre? —tanteé

—Exactamente eso, pequeña. Tal vez su plan era irse juntos con el dinero de sus jefes.

—Pero él se fue a París sin ella, esa teoría no es posible.

—¿Y si fue a buscarla y la encontró muerta? —comentó Jorge— Pudo haberla matado Fidel porque no le dio su dinero.

—Bueno, eso nunca lo sabremos porque mi madre está muerta desde hace catorce años, y él no va a confesar si lo hizo o le mandó a alguno de sus hombres que lo hiciera.

El teléfono que había en el escritorio de Alex empezó a sonar y cuando respondió, dijo que podía subir.

a

—Mireia dice que ha venido a verte la inspectora Andrade —me dijo—, ¿la conoces?

—Celia —asentí—. La policía de la que te he hablado. Me ha debido llamar al móvil, pero lo tengo en el despacho.

No tardamos en escuchar el repiqueteo de sus tacones tras salir del ascensor y, cuando se asomó a la puerta, lo hizo con ambas manos en la cintura y la ceja arqueada.

—Dado que sé a qué se dedica esta empresa, y que he investigado a alguno de los compañeros para saber que estabas a salvo, no tengo que molestarme en averiguar quién ha hackeado el archivo del caso de tu madre en la base de datos de mi comisaría, ¿verdad, Nando?

—Joder, ¿en serio me han pillado? Si he guardado mi rastro mejor que el chocolate para que Jorge no me lo robe.

—Estás hablando de la policía, también tenemos un buen equipo de informáticos en nuestras filas —le dijo ella.

—¿Qué haces aquí, Celia? —pregunté.

—Ponerte al día de lo que hemos averiguado, no, desde luego.

—Tal vez tuvieras razón, quizás fue Fidel quien asesinó a mi madre —dijo cuando se acercó a mí—. ¿Y ese hombre con el que estaba saliendo? Nunca la vi con él.

—Al parecer fueron discretos, no querían que Fidel se enterase. Daniela, tu madre tenía un diario. Revisando la caja donde tenía todos esos libros de cuentas, lo encontré —abrió su bolso y sacó un cuaderno azul pastel no muy grande, era más como una libreta—. Tienes que leerlo.

—¿Cómo voy a leer el diario de mi madre?

—Leyéndolo —contestó con una sonrisa—. Solo te diré lo que ya sabía, ella no quería dejarte, Daniela.

Me ofreció aquel pequeño cuaderno, lo miré con cautela y finalmente lo cogí.

—Ese hombre aún vive, en París donde se instaló hace catorce años —dijo señalando la pantalla del portátil—. En dos días lo tendré en comisaría para hablar con él. Te mantendré informada.

—Vale.

—Y tú —miró a Nando—. No vuelvas a colarte en la base de datos de mi comisaría, ni de ninguna otra, ya puestos.

—Solo estaba ayudando a una amiga a averiguar cosas —se defendió al tiempo que levantaba ambas manos.

—Pues ya la has ayudado.

—Sí, inspectora.

—Alex tenemos... Ah, perdón, no sabía que estabas reunido —dijo David entrando en el despacho.

—Nosotros ya nos íbamos —Jorge le dio un golpecito a Nando en el hombro, ambos se levantaron y salieron del despacho.

—Yo también me voy —Celia me dio un abrazo—. No te preocupes por Fidel, tengo gente vigilándolo y también pendiente de ti. Sabes que siempre estoy guardándote las espaldas —me hizo un guiño—. Te llamo cuando haya hablado con ese hombre, y hazme caso, cielo, lee el diario.

Asentí y la vi ir hacia la puerta. David se quedó mirándola de arriba abajo con cierto descaro, ella arqueó la ceja y él sonrió de medio lado mientras la veía salir del despacho.

—Creo que acabo de conocer a la madre de mis hijos —dijo cuando nos quedamos los tres solos.

—Pues yo lo dudo mucho —reí—. Es inspectora de policía y jamás la escuché hablar de querer formar una familia.

—Eso cambiará cuando me conozca, ya lo verás.

—¿Qué querías, David? —le preguntó Alex.

—Tengo noticias sobre la trampa del queso que le pusimos a nuestro ratoncito.

—¿Y?

—Zamora ya ha llamado al supuesto empresario, se ha llevado el queso —respondió con un guiño.

¹ Les dejé a solas y me fui al despacho a seguir trabajando, solo que el tener aquel pequeño cuaderno que mi madre usó como diario, me hacía imposible poder concentrarme.

La mañana acabó y salí a comer con Alex, quien insistió en que cogiera algunas cosas de mi casa y me fuera a la suya.

Por más que le dije que no quería, que tenía a Fidel vigilándome a cada paso y que sus padres se acabarían enterando, hizo algo que provocó que acabara esa tarde llorando en su despacho.

Les pidió a sus padres que vinieran a la empresa y les puso al tanto de todo, de mi historia, de lo nuestro y de esas fotos con las que me estaban chantajeando.

Leonor me abrazó como lo haría una madre, me besó la frente y dijo que la familia estaba para apoyarse y que, si llegaba el caso de que esas fotos vieran la luz, ya cruzaríamos ese puente con una buena defensa.

Fue ella quien me acabó convenciendo para que me instalara en casa de su hijo, así que al salir del trabajo pasamos por mi casa, cogí algo de ropa y me fui con él.

Jorge me dijo que hacía bien, y él se quedaba más tranquilo sabiendo que no iba a estar sola en nuestra casa los días que él se quedara a dormir en casa de su chico.

Leonor me abrazó como lo haría una madre, me besó la frente y dijo que la familia estaba para apoyarse y que, si llegaba el caso de que esas fotos vieran la luz, ya cruzaríamos ese puente con una buena defensa.

Fue ella quien me acabó convenciendo para que me instalara en casa de su hijo, así que al salir del trabajo pasamos por mi casa, cogí algo de ropa y me fui con él.

Jorge me dijo que hacía bien, y él se quedaba más tranquilo sabiendo que no iba a estar sola en nuestra casa los días que él se quedara a dormir en casa de su chico.

Capítulo 35



Era mi segunda noche en casa de Alex y me tocaba estar sola durante la cena, pues cuando salimos del trabajo se fue con David a una reunión con un cliente.

En cuanto llegué me di una ducha, me puse un pijama corto y, tras secarme un poco el pelo y recogerlo en un moño deshecho, fui a meter una pizza en el horno para cenar.

Aún no había leído el diario de mi madre y, aprovechando que estaría sola, decidí que era un buen momento para hacerlo.

Me serví una copa de vino, cogí la pizza y el diario, y me senté en el sofá para comenzar con esa lectura.

Empezó a escribirlo cuando yo tenía doce años, contaba cosas de su día a día, de los momentos en que la hacía reír con mis locuras y en lo mucho que disfrutaba viéndome dormir.

Pero le atormentaba el hecho de que esos novios que había tenido, siempre se hubieran fijado en mí, lamentaba haberme expuesto tanto a esos hombres, y entonces llegué a unos meses antes de su muerte, donde hablaba de Fidel.

«Quiero dejar ya esta vida, sé que no es buena ni, para mí, ni mucho menos para mi hija. Daniela merece algo mejor que una madre adicta a las drogas y que vende para conseguir un poco más de dinero.

Ahora me doy cuenta de que mi tía tenía razón, y habría sido mejor darla en adopción cuando nació.

¿Qué clase de madre se metía en la mierda en la que yo me había metido?

Entendería si mi hija me odiase, de verdad que sí, pero nunca me arrepentiría de haberla tenido, ella es la persona que más quiero en mi vida.

Fidel no deja de mirarla como mira a sus prostitutas, con esos ojos lascivos y sucios de quien desea algo de ella. Y si no hago algo, sé que mi hija no dejará de ser un objetivo para él.»

Tragué con fuerza al saber que mi madre era consciente de lo que Fidel pensaba sobre mí. Ella también tenía miedo de que intentara hacerme algo, de que una noche sus peores temores, y los míos, se hicieran realidad.

«Y esa noche llegó, muy a mi pesar...

Había salido tarde del trabajo y cuando entré en casa lo vi sentado en el sofá con una bolsa de hielo entre las piernas y un apósito en el hombro. Dijo que había sido una pelea con uno de sus vendedores, pero no lo creí, no tenía duda de lo que había pasado, y cuando fui a la habitación de mi pequeña y la escuché sollozar, supe que tenía que poner fin a todo esto.

A partir de esa noche empecé a ponerle somníferos a las botellas de whisky que Fidel tenía en casa. Me las ingení para añadirlo disuelto en el propio whisky con una jeringuilla, todas las noches se tomaba una copa y eso haría que mi niña no volviera a estar en peligro.

Siempre se ha dicho que una madre por sus hijos hace lo que sea, y yo lo llevaba haciendo desde que Daniela estaba en mi vientre.»

Se me hizo un nudo en la garganta al leer aquello. Así que por eso no volví a tener las visitas nocturnas de Fidel, y yo pensando que mi rodillazo le había quitado las ganas.

Me sequé las lágrimas, di un sorbo al vino y seguí leyendo.

«Esta noche he conocido a alguien, y sé que no es bueno para mí, pues se mueve en ese mundo que yo debería abandonar, pero es la primera vez en años que me río con alguien y lo hago de verdad. Es la primera vez en mucho tiempo que un hombre me mira y realmente me ve.

No es como Fidel, no tiene su poder, pero trabaja para alguien poderoso que quiere hacerse con el territorio de Fidel.»

Y ahí entraba el hombre misterioso al que yo no conocía, y durante varias páginas leí esa historia de amor que vivió mi madre, y con la que dejó las drogas, cosa que yo no llegué a saber.

Hasta que me encontré con algo que, sin duda, aclaraba muchas de las cosas que me pregunté durante años.

«Estaba todo planeado y nada podía salir mal.

Yo vendería la mercancía a su jefe, y él tendría el dinero, ese que Fidel nunca llegaría a ver y su jefe no recuperaría.

Tenía los billetes para irnos a París los tres juntos, mi niña al fin tendría esa vida que merecía y nadie podría

encontrarnos nunca. Todo estaba arreglado, nuevas identidades para los tres, un piso que le dejaba un amigo durante el tiempo que necesitáramos para acomodarnos y hacernos a la nueva situación y, sobre todo, la seguridad de que ningún otro hombre iba a mirar a mi hija como lo había estado haciendo Fidel.

Para cuando él se enterase de que el dinero no iba a verlo, Daniela y yo estaríamos en París comenzando nuestra nueva vida, esa que podríamos haber tenido si no me hubiera metido en un mundo en el que jamás debí meterme.

Pero como bien dicen, de los errores se aprende y yo tengo la lección más que aprendida. Nunca volveré a caer en eso, con lo que me ha costado salir.

Ahora sé que algún día recordaré todo por lo que hemos pasado mi niña y yo y me reiré, que las dos juntas echaremos la vista atrás y esto no será más que una anécdota que querremos dejar guardada en ese rincón de la memoria para no volver a mencionarla nunca.

Y Daniela tendrá esa vida que quise para ella desde que nació, hará una carrera, será una gran mujer y el día de mañana formará una familia, pequeñas Daniela, que me llamarán abuela y harán que se me caiga la baba.

Si mi hija supiera lo mucho que la quiero, y todo lo que estaría dispuesta a hacer por ella...»

/

No había nada más escrito, hasta ahí llegaban los pensamientos de mi madre de sus dos últimos años de vida.

Me sequé las mejillas y las lágrimas seguían cayendo sin control.

Ahora estaba más segura que nunca de que mi madre no se había suicidado, y por lo que ponía en ese diario, había sido Fidel quien la mató, o mandó a alguno de sus hombres que lo hiciera.

—¿Daniela? —al escuchar la voz de Alex me sequé de nuevo las mejillas para retirar las lágrimas.

—Estoy en el salón.

—Hola, pequeña —sonrió al verme y se inclinó sobre el sofá para besarme.

Estaba tan guapo en ese momento, con su traje gris de tres piezas, la camisa blanca, la corbata de un tono gris más oscuro y la barba de dos días, pues esa mañana había salido de casa con prisa y sin afeitarse.

—¿Has estado llorando? —preguntó frunciendo el ceño.

—He leído el diario de mi madre.

—Entiendo —se sentó en el sofá y me cogió por la cintura para colocarme sobre su regazo—. ¿Qué has descubierto?

—La verdad —dije mientras apoyaba la cabeza en su hombro—. No se suicidó, iba a dejar a Fidel y nos iríamos a París con ese hombre del que se había enamorado. Lo que te conté de aquella noche en mi habitación...

—¿Sí?

—Ella puso somníferos en todas las botellas de whisky que él tenía en casa, supo que esa noche intentó algo y no quiso que se repitiera —se me cayeron algunas lágrimas.

—Tu madre te quería —dijo acariciándome la espalda.

—Celia tenía razón, lloró mientras se desangraba. La obligaron a beber y a tomar drogas ese día, ella lo había dejado y yo no me di cuenta. Supongo que disimulaba frente a Fidel para que no sospechara que quería robarle el dinero y dejarlo. Se iban a ir juntos, bueno, nos íbamos a ir los tres unos días después de esa supuesta venta.

—¿Crees que acabó sospechando algo? Digo, si tenían todo arreglado para irse unos días después, Fidel pudo olerse algo y por eso la mató, porque supo que le había robado el dinero.

—No lo sé, Alex —suspiré—. Si Fidel siempre ha tenido ojos en todas partes, quién sabe, tal vez alguien averiguó lo que había hecho mi madre, se lo contó y...

—¿Te ha vuelto a escribir? —preguntó colocándome un mechón de cabello tras la oreja, y negué.

—No, pero sé que tiene a alguien vigilándome.

—Y Celia te protege, así que no tienes de qué preocuparte —me besó—. Ahora, pequeña, ¿podemos irnos a la cama? Me muero por celebrar con mi chica que tenemos a Zamora contra las cuerdas.

—¿En serio? —Abrí los ojos— Pensé que ibas a cenar con un cliente.

—Ajá, con el supuesto millonario que Zamora querrá quitarnos. Necesitábamos que se nos viera con él, sé que Zamora tiene a alguien vigilándonos también y no tardará en reunirse con ese cliente. Va a ser divertido cuando lo denunciemos por extorsión, por espionaje y todo lo que a David se le ocurra —rio mientras se ponía en pie llevándome en brazos—. En esa denuncia entra también el que te amenazara a ti, y como será su palabra contra la nuestra, no tendrá nada que hacer.

—Oye, has dicho, mi chica —fruncí el ceño.

—Es que eres mi chica, Daniela —sonrió—. Ya te lo dije, nadie más que yo va a besarte y hacerte el amor.

—Dijiste a follarme —sonreí mientras le deshacía el nudo de la corbata.

—Eso también, soy versátil. Un día puedo ser un romántico que te hace el amor, y otro, un animal que te folla sin piedad.

—Pues tienes suerte de que me gusten tus dos versiones, ambas me tienen conquistada.

—Tú sí que me has conquistado, pequeña, desde el primer momento en el que entraste en mi despacho.

—Eso también, soy versátil. Un día puedo ser un romántico que te hace el amor, y otro, un animal que te folla sin piedad.

—Pues tienes suerte de que me gusten tus dos versiones, ambas me tienen conquistadita.

—Tú sí que me has conquistado, pequeña, desde el primer momento en el que entraste en mi despacho.

Capítulo 36



Celia me llamó esa mañana de sábado para decirme que Aaron quería verme.

Aaron, el hombre del que mi madre se había enamorado y por quien pensaba dejar España para comenzar conmigo una nueva vida.

Cuando se lo dije a Alex, me sugirió que fuera a verlo, a conocerlo realmente pues no le había visto nunca, y dado que Fidel tenía a gente tras de mí constantemente, quedamos en vernos en un hotel del centro donde podrían pensar que nos reuniríamos con alguno de los clientes de la empresa.

Acabábamos de entrar en la cafetería donde ya nos esperaba Celia y, cuando vi al hombre que tenía al lado, lo reconocí por esa foto que había visto en el portátil de Nando.

—Hola, Celia —la saludé con un abrazo.

—Daniela, él es Aaron —dijo girándose.

—Hola —no pude decir nada más, no sabía qué decirle a alguien a quien no conocía.

—Te pareces tanto a tu madre, Daniela —sonrió y lo hizo con los ojos vidriosos—. Es como si la tuviera delante ahora mismo.

—¿Por qué querías verme?

—Para poder decirte que quise a tu madre, estaba enamorado de ella y os iba a sacar de España para siempre. Tu madre no se suicidó, Daniela, por mucho que quisieran hacer creer que fue lo que pasó.

—¿Quién podría querer asesinarla? —pregunté.

—Lo sabes tan bien como yo.

—Fidel —dije y Aaron asintió.

—Fui a buscarla, tal como me dijo que hiciera, y cuando llegué a vuestra calle vi un par de coches de Fidel aparcados y algunos de sus hombres esperando fuera. No sé cómo, pero creo que descubrió que tu madre iba a dejarlo, e irse con el dinero de esa venta. Cuando vi salir a Fidel con el gesto serio y enfadado, supe que algo no iba bien. Entré en la casa y la encontré en la bañera, pero no entré, no pude. Caí de rodillas frente a la puerta y lloré mientras veía cómo su sangre corría hasta el suelo, mientras la mirada sin vida de tu madre estaba fija en mí. Iba a pedirle en París que se casara conmigo, ¿sabes? —sonrió— Era una gran mujer, y dejó esa mierda cuando nos conocimos.

—¿Por qué no avisaste a la policía cuando la encontraste? —tenía un nudo en la garganta que no me dejaba casi n hablar.

—Con mis antecedentes, por mucho que hubieran pasado quince años desde la última vez que me pillaron, tenía todas las papeletas para que me consideraran sospechoso. Además, no podía arriesgarme a que mi jefe y Fidel supieran que estábamos juntos. Quise ir a buscarte, llevarte conmigo, pero no me conocías de nada y cuando encontraran a tu madre te buscarían a ti, por no hablar de Fidel, pensaría que ella te habría dado el dinero para que te fueras. No sé, Daniela, se me pasaron muchas cosas por la cabeza en ese momento y...

—Fidel quiere el dinero que le quitasteis, me lo reclama a mí, y con intereses.

—Me lo ha dicho la inspectora. Yo podría dártelo, invertí algo de dinero, tengo una empresa que va bien y...

—No —le corté—. No quiero tu dinero. Ahora que sé que fue él quien asesinó a mi madre, no voy a parar hasta verlo entre rejas. Me dio dos semanas de plazo para pagarle, y apenas está a punto de cumplirse la primera. Voy a hacerle esperar, voy a ir a llevarle el dinero y conseguiré que confiese el asesinato de mi madre.

—Daniela, ¿estás segura de lo que vas a hacer, cielo? —preguntó Celia.

—Sí. Ese hombre va a pagar por lo que le hizo a mi madre, por lo que intentó hacerme a mí, por estos catorce años en los que he pensado que mi madre había optado por la vía fácil y que me dejó sola, y por haberme amenazado.

—Quiero que contéis conmigo como testigo para cuando lo juzguen por el asesinato de Elena —le dijo Aaron a Celia.

—No sé si el juez te tomará en cuenta, pero de hacerlo, ten por seguro que estarás ahí.

—Daniela, tu madre te quería, sentía auténtica pasión por ti. Si había algo de lo que se arrepentía, era de no haberte sacado de esa vida mucho antes.

—¿Fue feliz esos últimos meses? —quise saberlo porque desde que era pequeña solo podía recordarla triste, con la mirada perdida y sin esa sonrisa que tenía en las fotos que guardaba en mi mesita de noche.

—Siempre lo fue porque te tenía a ti, pero sí, desde que la conocí y hasta que nos dejó, la vi sonreír más de lo que la había visto al principio. Y nunca dejaba de hablar de ti, siempre tenía a su pequeña en mente.

—Gracias —me sequé esas primeras lágrimas que empezaban a correr por mis mejillas.

—¿Por qué me las das?

i —Por haberme contado todo esto, por estar con ella durante ese tiempo, por hacer que dejara esa mierda que le estaba quitando la alegría. Por querer ayudarla a darme una nueva vida, aunque Fidel truncara vuestros planes. Lo que no entiendo es por qué no me lo dijo nunca.

—No quería que Fidel se enterara y sabiendo que lo odiabas, temía que algún día te enfrentaras a él y le dijeras que os ibais a ir.

—No lo habría hecho —negué mientras me abrazaba a mí misma—. Pero como bien debías saber, Fidel tenía ojos en todas partes, y oídos también. Si me hubiera contado algo podrían haberlo descubierto de algún modo y eso habría sido peor.

—A tu madre le habría encantado verte ahora —dijo sonriendo y de nuevo vi sus ojos vidriosos—. Estaría orgullosa de la mujer en la que te has convertido. La inspectora me ha contado un poco lo que has hecho en estos catorce años. Y este hombre, a tu madre, le habría gustado para ti.

—¿Por qué crees que estamos juntos? —Fruncí el ceño.

—Daniela, la mirada es el espejo del alma, y en la tuya hay amor cuando lo miras, igual que lo había en la de tu madre cuando te miraba o hablaba de ti. Siempre me decía que, lo único que le pedía a la vida para ti, era que te pusiera a un hombre en el camino, uno que te quisiera, que te amara, que te considerara su igual y no alguien inferior. Que te diera una buena vida, estabilidad y felicidad, y que no jugara con tus sentimientos, que no te rompiera el corazón. Y él es ese hombre —miró a Alex y sonrió de nuevo—. Gracias por aceptar verme, no sabes las ganas que tenía de poder conocerte al fin. Siempre me pregunté qué había sido de ti y, cuando la inspectora me dijo quién era y lo que ocurría, no dudé en venir y hablar con ella de un pasado que marcó el resto de mi vida.

—¿Te casaste? —pregunté porque sentía curiosidad, habían pasado catorce años, y en ese tiempo era más que probable que Aaron hubiera rehecho su vida.

—No —contestó con una sonrisa triste en los labios—. Tenía cuarenta años cuando conocí a tu madre y descubrí lo que era realmente estar enamorado de una persona. En estos años no he podido estar con nadie más, no he querido estarlo tampoco, ella lo fue todo para mí, a pesar del poco tiempo, pero la consideraba mi mujer, y así ser:

hasta que tenga que dejar este mundo.

—¿De verdad la amabas tanto? —Se me caían las lágrimas.

—Sí, Daniela —sonrió llevando ambas manos a mis mejillas para retirar las lágrimas—. La amé tanto, que aún me duele haberla perdido como lo hice por culpa de ese hombre. Si no hubiera ido a casa, si tan solo hubiéramos huido aquella noche cuando hicimos la venta falsa, ella seguiría viva, estaría con nosotros en este momento y la habrías podido volver a ver sonreír.

—No puedes culparte por eso —dije sin poder dejar de llorar.

—Lo haré siempre, Daniela, porque mi instinto me dijo aquella noche que os metiera en mi coche y nos fuéramos pero tu madre dijo que debíamos esperar o Fidel sospecharía.

—Lo hizo igualmente.

—Sí, lo hizo, y por eso no podré dejar de culparme.

s

Le abracé, porque a pesar de que no conocía a ese hombre de nada, me había inspirado más confianza y me había demostrado más humanidad de la que alguna vez sentí en esos hombres con los que estuvo mi madre, incluido el propio Fidel.

—No te marches sin despedirte, por favor —le pedí.

—Tranquila, me alojo en este hotel y me quedaré hasta que pase todo el tema de Fidel. Cuando quieras que hablemos —sacó una tarjeta y me la dio—, puedes llamarme a este número.

Asentí, me sequé las lágrimas y me despedí de Celia. Alex me pasó el brazo por los hombros y fue así como salimos del hotel mientras yo cubría mi rostro y los ojos llorosos con las gafas de sol, pues sabía que uno de los esbirros de Fidel nos observaba desde algún lugar de esa calle.

Subimos al coche y condujo de vuelta a su casa, donde pasamos el resto del fin de semana entre besos y abrazos, sin que hubiera un solo gesto sexual entre nosotros.

Alex respetaba mi momento de duelo, y yo se lo agradecía. Ya le compensaría con lo que tanto nos gustaba hacer a los dos.

e

,

Capítulo 37



Ese miércoles esperaba que saliera todo bien para Alex y la empresa.

David había puesto al tanto de lo que pasaba a un viejo amigo suyo que era policía y, tras comentarle que sabían algunas cosas de Zamora y que muchas de sus gestiones no eran legales ni lícitas, habían hecho averiguaciones que ni siquiera Nando encontró.

El supuesto cliente con el que nuestra empresa iba a firmar el contrato ya había quedado con Zamora para hablar, y la policía estaba al tanto de ese encuentro para actuar.

Alex estaba nervioso, se lo notaba cada vez que entraba en el despacho para hablar sobre un borrador en el que estaba trabajando, para ver entre los dos los cambios que podíamos hacer y esos ajustes de costes que fueran aceptados por los clientes.

David no se quedaba atrás, ya que en un par de ocasiones lo encontré en el despacho de Alex hablando con él y no dejaba de pasearse de un lado al otro con las manos en los bolsillos.

No había duda que ese día estábamos todos expectantes a lo que sucedería con Zamora, y que los nervios nos traían de cabeza.

Para colmo de mis males recibí una llamada inesperada, pero dado el tiempo que había pasado y el que faltaba para que se cumplieran las dos semanas del plazo que me había dado Fidel, tampoco era de extrañar que estuviera llamándome en ese momento.

—¿Cómo va nuestro acuerdo, pequeña? —preguntó cuando descolgué.

—Todavía no han pasado las dos semanas —protesté.

—Lo sé, lo sé, pero quería saber si habías hecho avances en este tiempo.

—Me has pedido treinta mil euros, no es fácil conseguir esa cantidad, y lo sabes.

—Bueno, podríamos llegar a un acuerdo. ¿Considerarías la opción de ser mi mujer?

—Antes me tiro a las vías del tren, fíjate lo que te digo. No me llames más, todavía tengo tiempo.

Colgué y lancé el móvil sobre la mesa, momento en el que Alex entró en mi despacho.

—¿Todo bien?

—Me acaba de llamar Fidel, ofreciéndome un trato —resoplé.

—¿Qué quiere?

—Se olvida del dinero si soy su mujer, algo que no va a pasar ni en sus sueños.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer el lunes? —preguntó poniéndose en cuclillas frente a mí.

—Sí, estoy muy segura.

—¿Has vuelto a hablar con Aaron?

—Sí —sonreí—. Me parece un buen hombre. ¿Sabes que cuando acabe esto, quiere venirse una temporada aquí a vivir? Dice que le gustaría poder pasar tiempo conmigo sin tener que escondernos en un hotel.

—Ese hombre era la persona que tu madre escogió para pasar el resto de su vida, algo así como un padre para ti. Creo que os vendría bien compartir ese tiempo.

—Cuando todo lo que concierne a Fidel termine, sí me gustaría poder conocerlo más. ¿Sabes que la empresa que tiene es de seguridad? Tiene un par de equipos de hombres y mujeres que se encargan de escoltar a famosos y personalidades importantes. Tal vez pueda ser un buen contacto para esta empresa y conseguir clientes que quieran sus casas con un buen sistema de seguridad informático.

—¿Mi secretaria quiere un aumento o algo así, por darme ideas? —sonrió con la ceja arqueada.

—Si mi jefe quiere dármelo, yo, encantada.

—Tu jefe quiere darte otra cosa —murmuró mientras acortaba la distancia y sentí el calor de sus labios en los míos.

Fue por un par de cafés y nos los tomamos en mi despacho mientras revisábamos un par de contratos que Elisa me había mandado al e-mail, eso sí, Alex estuvo todo el tiempo pendiente del reloj hasta la una, momento en el que

David entró corriendo en el despacho con una amplia sonrisa.

—Se acabó —dijo, y escuché a Alex soltar el aire mientras se apoyaba con ambos codos en las rodillas e inclinaba la cabeza—. Zamora ha caído con todo el equipo. Nuestro cebo me ha dicho que no se lo podía creer cuando ha visto a la policía allí buscándolo, y que al saber que se lo llevaban detenido para investigarlo por extorsión y blanqueo de capitales entre otras cosas, no hacía más que decir que eso era un error. Pero vamos, que va pasar una temporadita a la sombra.

—A saber, cuántos clientes nos ha quitado en estos años —murmuró Alex—, porque seguro que no ha sido la primera vez.

—Bueno, cuando salte la noticia de que lo han detenido, muchos de esos clientes buscarán otra empresa que contratar, y si hablaron con nosotros, puede que quieran volver a negociar. Por no hablar de las acciones de la empresa, van a caer en picado y todo el mundo venderá antes de perder todo su dinero.

Alex asintió y le pidió a David que llamara a Jorge y a Nando, y que trajeran al chico al que Zamora había utilizado como topo para hacer sus jugadas contra la empresa.

Diez minutos después los tres estaban entrando por la puerta y Mikel, nuestro pequeño ratoncillo, lo hacía visiblemente nervioso.

—Todo ha terminado —dijo Alex mirando a Jorge y Nando, que sonrieron, y después se acercó a Mikel—. Tú eres uno de los empleados más nuevos que tenemos en la empresa, ¿verdad?

—Sí, señor. Me contrataron después de hacer aquí las prácticas.

—Sé lo que has hecho, Mikel. No solo has roto tu compromiso al firmar la confidencialidad en tu contrato, sino que has traicionado la confianza de todos tus compañeros.

—Señor, yo...

—No, primero vas a escucharme. Lo que has hecho es motivo de despido, nadie pondría en duda que lo hiciera hoy mismo y sin darte una liquidación, ni una carta de recomendación, todo lo contrario, podría hacer que ninguna empresa te contratara. Pero sé que no tienes una buena situación en casa.

—No, señor —murmuró inclinando la mirada.

—Mikel, en la vida siempre te encontrarás con lobos con piel de cordero que se aprovecharán de ti, de tus debilidades, y que irán en busca de lo que ellos quieren sin importar las consecuencias que tú debas enfrentar. No voy a despedirte —le dijo, y Mikel volvió a mirarlo con los ojos muy abiertos—. Has hecho cosas que solo podrías hacer un hacker, y de eso Nando sabe bastante —Mikel lo miró y Nando se encogió de hombros—. Por eso quiero

que trabajes directamente con él. Muchos de nuestros clientes son víctimas de ataques cibernéticos y nos piden que demos con la persona que los lleva a cabo, y tú vas a hacer ese trabajo, con la supervisión de Nando.

a

—Señor, yo, no sé qué decir.

l —Con que me asegures que nunca vas a volver a conspirar contra la empresa, y que si alguien te ofrece dinero para traicionarme vendrás a contárnoslo, me basta.

—Se lo juro, señor, no volverá a ocurrir.

—Bien. Nando, ahora Mikel está bajo tus órdenes, si él la caga, tú también pagarás.

—Ratoncito, más vale que no me la juegues porque te aseguro que te hundo la vida. Y no sería la primera vez que lo hago —le dijo Nando.

—Jorge, Nando, gracias por lo que habéis hecho.

—Jefe, esta empresa es la que nos da de comer cada día, haríamos lo que fuera por ella —contestó Jorge.

—Podéis volver al trabajo.

Los tres salieron de mi despacho y en el momento en el que nos quedamos solos, David dijo que había que celebrarlo con una botella de champán.

—Lástima que no traje ninguna —suspiró.

—Deja el champán para el martes, cuando lo de Daniela también se haya solucionado —le dijo Alex.

—Entonces para el martes tengo aquí dos botellas de champán bien frías para brindar como lo hacían en el equipo A.

—¿Y cómo brindaban ellos? —pregunté sonriendo.

a

—Aníbal lo hacía con un puro, y siempre con la misma frase —carraspeó—. Me encanta que los planes salgan bien —hizo un guiño y acabamos los tres riendo.

Desde luego que David era único, pero sabía cómo hacer que, incluso en los días más grises, todos sonriéramos.

l

)

Capítulo 38



Había llegado el día, la fecha límite que me dio Fidel para entregarle esos treinta mil euros que pidió, y aquí estaba, entrando por las puertas de su casa y aparcando frente a las escaleras.

Bajé del coche sola, algo que me costó conseguir puesto que Alex y Jorge querían acompañarme, y Celia incluso dijo que lo hiciera uno de sus agentes fingiendo ser la persona que me había prestado el dinero, pero no acepté.

Quería hacerlo sola, enfrentarme cara a cara al asesino de mi madre, catorce años después de que me la arrebatará

—Ni se te ocurra cachearme —le dije al tipo que al igual que el primer día estaba en la puerta—. No tengo armas metidas en la entrepierna, ni en ningún otro sitio. Solo traigo el dinero para tu jefe y poder perderlo de vista.

Sonrió de medio lado, abrió la puerta y me dejó pasar.

El tal Frank, el tío ese que me estuvo siguiendo desde el principio, estaba esperándome allí para llevarme al despacho de Fidel. Yo solo esperaba poder controlar mis nervios y no acabar perdiendo los papeles, necesitaba que confesara, que me dijera a la cara que había sido él quien obligó a mi madre a beber y drogarse antes de hacerle esos cortes en las muñecas.

—Jefe, ya está aquí —le dijo Frank a Fidel.

—Que pase.

Frank me miró, hizo un gesto con la cabeza dándome paso, y entré sin soltar aquella bolsa de deporte que llevaba colgada al hombro.

Fidel estaba sentado en su escritorio, tecleando algo en su portátil, con un vaso de whisky al lado.

—Ah, aquí está mi pequeña Daniela —sonrió al mirarme—. ¿Ese es mi dinero?

—Sí —contesté, pero no solté la bolsa—. Pero antes de dártelo, quiero que hablemos.

—¿De qué podríamos tener que hablar tú y yo? Porque dudo mucho que sea de negocios.

—De mi madre. ¿Alguna vez la quisiste?

—En mi mundo no tiene cabida el amor. Tu madre y yo, follábamos, ella trabajaba para mí y todos contentos.

—Eres despreciable —dije apretando los dientes—. Ella al principio sí te quería, se enamoró de ti.

—Tu madre tenía la mala costumbre de enamorarse de los tipos malos, qué le vamos a hacer.

—Le arruinaste la vida.

—¿Yo? No, pequeña —sonrió—, yo la ayudaba a sacarte adelante.

—La obligabas a vender tu mierda por unos pocos euros, eso no es ayudarla, Fidel.

—¿Tenías un plato en la mesa? ¿Ropa con la que vestir? ¿Libros para ir a clase? Sí, sí a todas esas preguntas y a más. Pero seamos sinceros, realmente no es que tu madre te diera todas esas cosas, sino que yo te las di. Yo te las proporcioné con mi dinero.

—Y tendré que agradecértelo, y todo —resoplé.

—Podrías haber dejado que siguiera cuidando de ti, que te diera mi lado en el trono como reina de la organización.

—Era una niña, maldito enfermo.

—Habría esperado a que cumplieras los veinte.

—Qué generoso por tu parte. ¿Fue por eso por lo que asesinaste a mi madre? ¿Porque ella descubrió que me querías a mí?

—Tu madre estaba tan drogada constantemente, que no se daba cuenta de lo que yo quería contigo.

—No es cierto, mi madre sabía muy bien lo que tú querías. Dime una cosa, Fidel, ¿nunca te preguntaste por qué te quedabas dormido en el sofá mientras te tomabas el whisky, y despertabas en ese mismo sitio a la mañana siguiente? —pregunté y le vi fruncir el ceño— Veo que sabes a qué me refiero. Todo empezó poco después de aquella noche, cuando intentaste violarme. Mi madre lo supo, y puso somníferos en todas tus malditas botellas de whisky.

—Qué hija de puta... —murmuró.

—Ella me protegía de ti, porque sabía perfectamente lo que tú querías de mí. Pero no te lo iba a permitir, por eso iba a dejarte, iba a alejarnos de ti.

—Se quedó con mi dinero, la muy puta —rugió apretando los puños—. Me engañó, a mí, al hombre que se lo había dado todo.

—Qué cínico eres, y qué ego más grande tienes —resoplé—. Por eso la mataste, porque te robó y estaba con otro hombre, iba a dejarte y a ti nadie podía dejarte, ¿verdad? ¿Qué hiciste ese día? ¿La obligaste a beber y tomar drogas y después le cortaste las venas?

—¡Sí! —gritó poniéndose en pie mientras daba un golpe en la mesa— Fui a buscarla para que me diera el dinero, me dijo que no lo tenía, que se lo habían robado al volver a casa, una puta mentira. Sabía que se estaba viendo con alguien, pero nunca supe de quién se trataba, y sí, me enteré de que quería dejarme e irse contigo, después de todo lo que hice por ella, de lo mucho que la ayudé para sacarte adelante cuando estaba a un paso de que te llevaran los Servicios Sociales por algunas denuncias de vuestros vecinos. Aparecí como el caballero de brillante armadura, diciendo que era su pareja y que cuidaría de ambas, todos me creyeron y pudiste seguir con tu madre. Y la muy zorra quería dejarme, llevándose mi dinero. Sabía que lo había escondido en algún lado, pero por más que busqué no di con él. Pensé que te lo habría dado a ti y que te había puesto rumbo a algún sitio, hasta que supe por algunos contactos en la policía que te llevaban a una casa de acogida. No te perdí el rastro, sabía que el algún momento me serías útil para devolverme lo que esa puta me había robado, y aquí estamos —sonrió—, catorce años después reunidos para que me des mi dinero. Dame la bolsa, Daniela, y podrás irte y recuperar tu maravillosa vida —dijo extendiendo la mano.

—Eres un hijo de puta —murmuré—. Catorce años pensando que mi madre se había suicidado, catorce años de pesadillas, de despertarme con la imagen de mi madre en una bañera rodeada de agua y sangre con los ojos sin vida, observándome. Catorce años sola, sin la persona más importante de mi vida. Pero se ha acabado, Fidel, no vas a volver a joderle la vida a nadie más.

—Pequeña, te aconsejo que, si quieres salir de aquí con vida, en lugar de acabar en un puto descampado borracha, drogada y desangrándote como la zorra de tu madre, me des esa bolsa ahora mismo y te marches por donde has venido.

—El que se va eres tú, Fidel, al lugar donde deberías estar desde hace catorce años, desde el momento en el que asesinaste a mi madre.

;

Fue decir aquello, y la puerta del despacho se abrió con un fuerte estruendo. Cinco agentes de policía vestidos de negro, con pasamontañas, gafas y cascos, entraron gritando que quedaba detenido.

Fidel no daba crédito a lo que estaba pasando, hasta que me desabroché la camisa y me quité el micrófono que Celia había ordenado que me pusieran.

Comenzó a insultarme, a decirme que eso no quedaba ahí y que acabaría en el mismo lugar que mi madre, tarde o temprano.

Vi a Celia cuando salir de la casa, sonrió recibíendome con los brazos abiertos y no tardé en ver a Alex saliendo de uno de los coches de policía.

Corrió hacia mí, nos fundimos en un abrazo y me besó en la frente.

—¿Estás bien? —preguntó sin apartarse de mí.

—Sí, ahora sí. Ahora que he hecho justicia con la muerte de mi madre, estoy bien —suspiré.

¹—¿Tan bien como para escuchar la propuesta que tengo que hacerte?

,

²—¿Qué propuesta?

—Cásate conmigo, Daniela —me pidió sosteniendo mis mejillas entre sus manos—. Cásate conmigo y deja que sea tu compañero de vida de hoy en adelante.

;

³—¿Te has vuelto loco? No solo eres mi jefe, sino que apenas hace unas semanas que nosotros...

—Como dijo Aaron, te he conocido a mis cuarenta años y he descubierto lo que es estar realmente enamorado de una persona, así que, sí, puedes considerar que estoy loco, pero no voy a querer a nadie más que no seas tú, el resto de mi vida.

—Alex —se me humedecieron los ojos y se me formó un nudo en la garganta que no me dejaba hablar.

¿Qué contestaba yo a eso?

,

De sobra sabía que ese hombre había conseguido que me enamorara de él poco a poco y sin darme cuenta, por eso había una pregunta rondando en mi cabeza.

¿Qué pasaría si le decía que no? ¿Y si le decía que sí?

Sonreí cuando la respuesta para ambas me llegó casi al mismo tiempo, abracé a Alex y cerré los ojos disfrutando de su perfume.

—¿Daniela?

—¿Hum?

—¿Tengo que arrodillarme? —me eché a reír.

—Pues no estaría mal, la verdad, pero aquí, delante de toda la policía, quedaría una pedida un poco... ¿Qué haces? —Abrí los ojos al ver que se arrodillaba.

—¿A ti qué te parece?

—Levanta, por Dios —le pedí intentando que se levantara mientras miraba alrededor y vi a Celia sonreír.

—A ella le caigo bien, y a Aaron también, así que, si me dices que sí, les das una alegría.

—Estás loco, Alex, en serio.

—No lo niego, ¿pero puedes darme una respuesta? Me estoy clavando las piedras en la rodilla.

Se me escapó una carcajada y lo abracé, lanzándome con tanta fuerza sobre él, que acabamos los dos tirados en el suelo.

—Ahora me las estoy clavando en la espalda —resopló—. Me da que, si te casas conmigo, el nuestro va a ser un matrimonio de alto riesgo.

—¿Tengo que arrodillarme? —me eché a reír.

—Pues no estaría mal, la verdad, pero aquí, delante de toda la policía, quedaría una pedida un poco... ¿Qué haces? —Abrí los ojos al ver que se arrodillaba.

—¿A ti qué te parece?

—Levanta, por Dios —le pedí intentando que se levantara mientras miraba alrededor y vi a Celia sonreír.

—A ella le caigo bien, y a Aaron también, así que, si me dices que sí, les das una alegría.

—Estás loco, Alex, en serio.

—No lo niego, ¿pero puedes darme una respuesta? Me estoy clavando las piedras en la rodilla.

Se me escapó una carcajada y lo abracé, lanzándome con tanta fuerza sobre él, que acabamos los dos tirados en el suelo.

—Ahora me las estoy clavando en la espalda —resopló—. Me da que, si te casas conmigo, el nuestro va a ser un matrimonio de alto riesgo.

Capítulo 39



Un año después...

Ese había sido, sin duda, el año más largo de mi vida.

Acepté casarme con Alex, pero ambos acordamos esperar hasta que el juicio contra Zamora, y el de Fidel, se celebrasen y pudiéramos centrarnos en la organización de la boda.

A pesar de que sería algo íntimo, con sus padres, mis amigos y la gente de la empresa, queríamos que todo estuviera perfecto.

Los juicios salieron bien, Zamora tenía más trapos sucios por todo el mundo de los que Alex y David pudieran haber imaginado, y al final el socio de mi futuro marido tenía razón, muchos de esos clientes que se fueron con Zamora tras rechazarlos a ellos, regresaron pidiendo una reunión para contratar sus servicios.

Y sí, las acciones de la empresa de Zamora cayeron en picado hasta el punto de que el que una vez fuera amigo de ambos, se viera en la quiebra y entre rejas.

Fidel también tuvo lo suyo, y con la grabación que hicimos aquel día el juez tuvo más que suficiente para condenarlo por el asesinato de mi madre, catorce años después, por no hablar de las condenas por tráfico y venta de drogas, chantaje contra mí y otras acusaciones que fueron saliendo a la luz.

El testimonio de Aaron no solo de que vio salir a Fidel y a sus hombres de la casa de mi madre, sino de algunas de las cosas que ella le contaba sobre él, añadieron años a esa condena.

Fidel me miró aquella mañana como si quisiera matarme, pero Aaron se colocó ante mí de ese modo protector que un padre podría tener con su hija, ganándose así no solo mi respeto, sino también el de mis suegros.

Y es que Leonor y Carlos me tenían como a una hija, al punto de que Leonor iba a buscarme a la empresa para que saliéramos a comer juntas o a pasar la tarde de compras.

Me mudé a la casa de Alex al día siguiente de que me pidiera matrimonio, y como Nando tenía la casa en propiedad, Jorge también dejó el piso y se mudó con su chico. La cara de mi prometido al saber que ellos eran gays, no tuvo precio, pero respiró aliviado al saber que realmente nunca lo engañaría con mi mejor amigo.

Las chicas al saber que estaba prometida con el jefe dieron saltos de alegría, incluso Elvira me dijo que había visto cómo me miraba Alex y que ahí acabaría habiendo algo.

—Ya estás —dijo Carolina tras terminar de maquillarme—. Guapísima, por cierto —sonrió.

—Eso es porque tienes unas manos que hacen magia.

Carolina finalmente presentó a su chico a su abuela Rosario, quien quedó encantada con aquel hombre que miraba a su nieta como si fuera el tesoro más valioso del mundo.

No tardaron en casarse y esperaban su primer hijo, pues Carolina estaba embarazada de seis meses.

—Cuando te vea tu futuro marido, se va a desmayar.

—Calla, loca, a ver si voy a tener que pasar el día de mi boda en urgencias —reí.

—Tranquila, que la abuela se ha traído su remedio —volteó los ojos.

Y bendito remedio aquel, pues el novio de Carolina, sí que se desmayó el día de su boda, pero porque al pobre le dio una bajada de azúcar por los nervios.

—¿Se puede? —Miré hacia la puerta y vi a Celia, estaba guapísima con aquel vestido entallado de color turquesa.

—Sí, aquí ya hemos terminado —dijo Carolina mientras terminaba de recoger sus cosas para irse y dejarnos solas.

—¿Cómo estás? —me preguntó.

—Atacada de los nervios —reí.

—Es normal, todas las novias os ponéis nerviosas.

—Oye, que a ti te queda menos de un mes para casarte.

—No me lo recuerdes, que estaba yo muy tranquila.

Sí, la inspectora y el socio de mi prometido habían congeniado tanto que David no paró hasta conseguir que se casara con él, y estaban en trámites de adoptar a un par de hermanos, pues ella no podía tener hijos.

—Estás preciosa, Daniela. ¿Quién nos iba a decir hace quince años que estaríamos hoy aquí?

—Pues me habría desmayado si escucho con catorce años que me iba a acabar casando —reí.

—Quería darte algo —dijo sacando una cajita con unos pendientes—. Esto es ese algo viejo que toda novia debe llevar. Me los regaló mi jefe cuando me ascendieron a inspectora, y como te considero de mi familia, quiero que los uses hoy.

—Joder, inspectora, que me vas a hacer llorar y a Carolina le da un infarto —reí—. Son preciosos. Muchas gracias. Te los devuelvo antes de las doce.

—Ni que fuéramos Cenicienta y el hada madrina —rio ella.

—Pues tú eres mi hada madrina, aquel día llegaste para salvarme la vida.

—Verás que al final la que acaba llorando soy yo —resopló.

—¿Es aquí donde está la novia? —preguntó Aaron.

—Aquí mismo, sí. Toda tuya —dijo Celia tras darme un abrazo—. Disfruta de tu día, mi niña, y que la felicidad no te falte nunca en tu vida.

—Y tú que la vivas conmigo —contesté con los ojos vidriosos.

Celia se fue y me quedé a solas con Aaron, ese hombre que dejó París para instalarse cerca de mí y estar a mi lado como un padre, ese al que le pedí que fuera mi padrino, aunque no me diera sus apellidos y dijo que sí.

—Tu madre estaría llorando ahora mismo —me dijo mientras me abrazaba.

—Las dos lo estaríamos —sonreí—. Gracias por llevarme hasta mi futuro marido.

—Es lo que hacen los padres, ¿no? Pues eso —me hizo un guiño—. Y con el permiso de tu futuro marido, que ya me lo ha dado, quiero que tengas algo.

Cuando lo vi abrir la caja con el anillo con el que iba a pedirle matrimonio a mi madre, se me saltaron las lágrimas.

Era un precioso solitario de oro blanco con un pequeño diamante engarzado en el centro.

—Ella querría que lo tuvieras tú. No pude desprenderme de él —sonrió.

—Me siento como si me estuvieras pidiendo matrimonio —dije entre risas.

—Eso no, pero sí que me gustaría que me permitieras convertirme en tu padre oficialmente. Llevas los apellidos de tu madre y me gustaría que llevaras los míos, que algún día seas mi heredera, como tu madre y yo quisimos hace quince años.

—Aaron... —Me sequé las lágrimas de las mejillas y él se acercó para abrazarme.

—En este año te he considerado mi hija, y quiero que lo seas de verdad, Daniela.

—Mi madre estaría orgullosa de ti, Aaron.

—Y de ti también, preciosa, eso no lo dudes.

—Diles a tus abogados que preparen todo y a mi vuelta del viaje de novios, firmamos.

—Ese es el mejor regalo que podías darme en un día como hoy. Y ahora, seca bien esas lágrimas o Carolina nos muelen a golpes a los dos.

Me eché a reír y tras coger el pañuelo que me daba, sequé mis mejillas y cogí el ramo para agarrarme a su brazo.

Nos casábamos en nuestra casa, de Alex y mía, en ese jardín con vistas al mar que tanto nos gustaba a los dos, y cuando salimos y comenzó a sonar la música, Alex sonrió al verme.

—Aquí la tienes, Alex —le dijo Aaron, entregándole mi mano—. Espero que cuides a mi hija el resto de su vida y la trates como la reina que siempre ha sido.

—Tienes mi palabra, suegro —contestó Alex, y entendí que ambos habían hablado de lo que Aaron iba a pedirme ese día.

El oficiante comenzó la ceremonia y durante todo el tiempo Alex y yo estuvimos mirándonos, sonriéndonos y sin soltar nuestras manos entrelazadas, esas con las que nos dábamos leves apretones demostrándonos que estábamos juntos.

Nos besamos cuando nos declaró oficialmente marido y mujer y todos gritaron al unísono ese, “viva los novios” que tanto me gustó escuchar.

Jorge fue el primero en acercarse a mí, abrazándome como ese hermano mayor que siempre había sido y siempre sería, y acabamos los dos llorando por la felicidad del momento.

—Le voy a pedir a Nando que se case conmigo —me dijo con un susurro.

—¿En serio?

—Sí. Es él, Dani, es él con quien quiero pasar el resto de mi vida.

—Pues aprovecha para pedírselo hoy, que te doy el ramo si quieres —sonreí.

—Hostia, si hago eso nos lo cargamos —rio—, que mi chico es muy tímido.

—Pues que se le quite la timidez —le hice un guiño.

—Ole las novias guapas —dijo Nando, acercándose para abrazarme—. Ese vestido en corte sirena te queda de muerte.

—Morir se va a morir el novio, que la mira con unas ganas de arrancarle el vestido... —escuché decir a Izan.

—Pues se va a esperar a la noche de bodas —me encogí de hombros.

—Eso, que sufra —rio.

—Qué malo eres —le di un abrazo y un par de besos—. ¿Y Mireia?

—Con tu suegra comprobando que el cóctel esté listo.

✓ Asentí y fui junto a Alex para ir a saludar a los invitados.

Y sí, le había preguntado a Izan por Mireia porque ese par se conocieron una noche que salí con las chicas y con ellos, y desde entonces, se hicieron inseparables, enamoraditos hasta la médula el uno del otro.

Tras los saludos y un brindis con los invitados, pasamos al cóctel y mi suegra, vino a ver si estaba todo a mi gusto

—Está perfecto, Leonor —la abracé—. Nunca me imaginé mi boda, pero tú has hecho que sea perfecta.

—Querida, las madres por nuestras hijas hacemos lo que sea. Y por nuestros hijos también —miró a Alex.

—Menos mal, porque a veces pienso que es ella tu hija, y no yo.

—La veo más, eso seguro, que nunca me pone excusas para no ir a casa.

—Carlos, di algo, que ya empiezan —reí.

—No hija, yo no me meto que luego salgo perdiendo —dijo levantando ambas manos.

Pasamos a la zona donde cenaríamos y disfrutamos de la comida y la bebida mientras todos pedían que nos besáramos, cosa que a mi marido no le costaba ni un poquito.

Después de la tarta nos acercamos a todas las mesas y Rosario me abrazó y besó como haría una abuela.

—Te ves radiante, hija —sonrió—. Ojalá siempre seas así de feliz, porque te lo mereces, Daniela.

Llegó el momento del baile y, lejos de ser un vals o una de esas baladas lentas, escuché los primeros acordes de guitarra de una bachata que conocía bien.

Alex me cogió por las caderas y comenzamos a bailar ese tema tan famoso de Romeo Santos.

“Soy capaz de lo incapaz por ti mi cielo...”

Sonreí al tiempo que negaba mientras me dejaba llevar por mi marido en cada paso de esa bachata, que a él se le daba de maravilla bailarlas, y cuando me pegó a su cuerpo sentí esa chispa que solía saltar a veces entre nosotros.

—*Te regalo to' a mi sangre y mi fortuna. Me hago astronauta pa' llevarte a la luna...* —comenzó a cantar, y sonreí negando.

—¿De verdad me regalas tu fortuna? —pregunté.

—Es tuya desde que aceptaste casarte conmigo, así que —se encogió de hombros.

—Ah, o sea, que si me divorcio de ti... ¿seré millonaria?

—Me puedes desplumar, sí —rio.

—Suenas tentador.

—Tentadora eres tú, diablilla, que me estás poniendo malo con ese vestido.

—Pues ponle remedio al asunto que noto entre tus piernas, amor.

—No me provoques, que te llevo a un rincón y...

—Llévame, y hazme tuya —susurré y le mordisqueé el lóbulo de la oreja.

—Tú lo has querido.

En cuanto acabó la canción me llevó hacia la casa y acabamos en su despacho dejándonos llevar por esas ganas que nos hacían arder.

—Tú lo has querido.

En cuanto acabó la canción me llevó hacia la casa y acabamos en su despacho dejándonos llevar por esas ganas que nos hacían arder.

Epílogo



Diez años después...

Siempre había escuchado aquello de que, cuando una puerta se cerraba, otra se abría, y a lo largo de mi vida lo había podido comprobar muchas veces.

Perdí a mi madre cuando más la necesitaba, pero apareció Celia como si de un hada madrina se tratara para llevarme a una nueva puerta abierta.

Con Jorge viví mis años de adolescente y siguió acompañándome en mi edad adulta, llevándome una vez más a una puerta tras la que encontraría, sin saberlo, al amor de mi vida.

Alex se coló en mi mente y mi corazón sin que me diera cuenta y sin que lo esperase, pero no cambiaba ni uno solo de los momentos que habíamos vivido a lo largo de los once años que llevábamos juntos.

Diez años habían pasado desde nuestra boda y teníamos la familia que siempre quisimos.

Nuestros hijos, Jorge y Diana, tenían ocho años, eran mellizos y el vivo retrato de su padre, con esos ojos azul grisáceo que tanto llamaban la atención.

Y dado que yo venía de pasar por el sistema de niños y adolescentes en casas de acogida, los dos estuvimos de acuerdo en formar parte de esos cientos de parejas que ofrecían sus hogares a niños que lo necesitaban, y hacía dos años que acogimos en casa a un par de hermanos, Oliver y Raúl, que ahora tenían siete y cinco años, y quienes eran dos ángeles para nosotros, al igual que nuestros hijos.

Pero queríamos adoptarlos, así que Alex llevaba unos meses tramitando los papeles y esperábamos que pronto pudiéramos llevarlo a cabo.

Quienes también eran papás tras haber adoptado eran David y Celia, quienes tenían un niño y una niña que era para comérselos, Sofía de seis y Guille de tres.

Jorge y Nando también adoptaron, eran los papás de Lucas, un niño de cinco años que era para comérselo.

Y sí, mi mejor amigo le pidió matrimonio a su novio el día de mi boda usando mi ramo de novia.

Carolina seguía felizmente casada y, además de su hija Cristina de nueve años, tenía a los gemelos Pablo y Daniel de cinco, dos terremotos de cuidado que tenían a la pobre Rosario loca.

Izan y Mireia también se casaron, la suya, al igual que la mía, fue una historia de amor que comenzó sin que lo esperaran y se casaron un año después que Alex y yo, y formaron una bonita familia con sus dos hijas, Cintia y Claudia, unas mellizas preciosas de seis años.

Elisa, la secretaria de David, se casó con un informático al que contratamos hacía ya cuatro años, y un año después se convirtieron en padres de un al que llamaron con él, Eloi.

Elvira también encontró su medio limón, como ella decía, en un piloto de avión durante un viaje que hizo a Roma ella sola hacía cinco años.

Se casaron un año después y ella se convirtió en la mamá de la pequeña Cloe, una niña de seis años hija de Alberto, su ya marido, que había quedado viudo cuando la niña tenía dos años.

Marisa también formaba parte de mi vida, solo que ella se acabó divorciando de su marido, pero no había día que no pasáramos la tarde en el centro comercial con su hija y los míos.

Eso sin contar con que Alex le dio un puesto como secretaria de dirección, concretamente mi secretaria, pues me dio un puesto en la junta directiva junto a él y David.

Leonor y Carlos estaban encantados con sus dos nietos y con esos otros dos a quienes querían también con locura y nunca hicieron distinciones. Si regalaban a sus nietos, a Oliver y a Raúl también les hacían un regalo.

Y luego estaba Aaron, mi padre, ese que se desvivía por mí y mis cuatro chiquillos, como le gustaba llamarlos.

No, no quería ni oír hablar de la posibilidad de irse a París y dejarnos aquí, pues su vida desde que me conoció^s decía que estaba conmigo, cuidándome tal como habría querido mi madre.

Tenía una familia grande, numerosa y de esas que cuando se reunía hacía que todos celebráramos la vida.

Muchas veces pensaba en mi madre, en lo mucho que le habría gustado ver lo lejos que había llegado, a pesar de lo difícil que lo había tenido en la vida desde que la perdí, pero luché cada día por aquello que quería y no me daba por vencida, nunca lo haría al igual que ella nunca lo había hecho.

Solía recordar una frase que leí en su diario y ella había escrito años atrás, esa que se me quedó grabada en la

mente y que no dudé en escribir e imprimir para enmarcarla junto con las únicas fotos que tenía de ella.

“La vida a veces es como una baraja de cartas, y la suerte puede o no acompañarnos en las que nos tocan en cada nueva tirada”

,

En mis treinta y nueve años de vida había pasado por muchas situaciones, unas más felices que otras, pero de cada una de ellas me quedaba con algo positivo.

—Amor, ¿estás lista? —preguntó Alex entrando en la habitación.

—Sí, solo me faltan los pendientes.

—¿Es que nunca vas a dejar de excitarme? —susurró mientras me agarraba por las caderas y noté su miembro entre mis nalgas.

—Pues no sé, igual cuando sea una ancianita sin dientes —me encogí de hombros.

—Lo dudo —rio y me besó el cuello—. ¿Tenemos quince minutos?

—No, Alex, no tenemos quince minutos.

—¿Diez?

—Tampoco, ni siquiera cinco —reí—. Anda, vamos que tus hijos están esperando abajo.

—Están jugando a la consola, tranquilitos...

—¡Mamá! ¿Nos vamos? Que vamos a llegar tarde al cumpleaños del primo Lucas —gritó mi hijo Jorge desde el salón.

—Muy tranquilitos, sí —volteé los ojos.

—Tenía que haber dejado que David y Celia vinieran a buscarlos.

—Eso, tú pensando siempre en el rapidito.

—¿Y qué quieres? Me pone cachondo mi secretaria.

—Oye, que hace mucho que no soy tu secretaria.

—En mi mente lo eres, sobre todo cuando te veo con tu falda lápiz y esa camisa...

—Alex, nos vamos.

—Esta noche no te libras, que lo sepa —me mordisqueó el hombro y acabé riéndome.

1 Aun hoy, tantos años después de habernos casado, seguía llamándome a su despacho en la empresa solo para besarme o tener un poco de sexo rápido y prohibido, pues podría encontrarnos alguien allí y sería bastante incómodo.

Pero como dije, no cambiaría ni uno solo de esos momentos que vivía cada día con Alex, porque todos eran especiales, todos tenían ese algo que me hacía quererlo más cada día.

Y sí, siempre habría una puerta nueva que se abriría ante nosotros, una tirada de cartas con la que podría acompañarnos la suerte, pero lo que estaba claro era que tan solo de nosotros dependía ver el vaso medio lleno, en vivir la vida y disfrutarla.

Mi madre no me dejó tal como creí durante catorce años, y con ese diario descubrí que era cierto eso de que una madre haría cualquier cosa por sus hijos, por mucho que pusiera su propia vida en riesgo.

Si alguien me preguntara qué tipo de madre me gustaría ser, diría que como lo fue mía, luchando día a día para sacarme adelante, sola, en un mundo donde no le tocaron demasiadas cartas buenas, pero en esos últimos meses de su vida encontró una puerta abierta que le dio esperanza de poder tener una vida mejor.

Nadie debería rendirse, nadie debería pensar que todo está acabado tras una mala mano de cartas, pues de sobra es sabido que en la vida nos podremos caer mil veces, pero siempre tendremos que poder levantarnos mil y una más.

—Alex, nos vamos.

—Esta noche no te libras, que lo sepa —me mordisqueó el hombro y acabé riéndome.

Aún hoy, tantos años después de habernos casado, seguía llamándome a su despacho en la empresa solo para besarme o tener un poco de sexo rápido y prohibido, pues podría encontrarnos alguien allí y sería bastante incómodo.

Pero como dije, no cambiaría ni uno solo de esos momentos que vivía cada día con Alex, porque todos eran especiales, todos tenían ese algo que me hacía quererlo más cada día.

Y sí, siempre habría una puerta nueva que se abriría ante nosotros, una tirada de cartas con la que podría acompañarnos la suerte, pero lo que estaba claro era que tan solo de nosotros dependía ver el vaso medio lleno, en vivir la vida y disfrutarla.

Mi madre no me dejó tal como creí durante catorce años, y con ese diario descubrí que era cierto eso de que una madre haría cualquier cosa por sus hijos, por mucho que pusiera su propia vida en riesgo.

Si alguien me preguntara qué tipo de madre me gustaría ser, diría que como lo fue mía, luchando día a día para sacarme adelante, sola, en un mundo donde no le tocaron demasiadas cartas buenas, pero en esos últimos meses de su vida encontró una puerta abierta que le dio esperanza de poder tener una vida mejor.

Nadie debería rendirse, nadie debería pensar que todo está acabado tras una mala mano de cartas, pues de sobra es sabido que en la vida nos podremos caer mil veces, pero siempre tendremos que poder levantarnos mil y una más.

Esperamos que os haya gustado y si es así nos podéis seguir en las siguientes redes y en nuestras páginas de Amazon ¡Gracias!

Facebook:

[Dylan Martins](#)

[Janis Sandgrouse](#)

Amazon:

Dylan Martins: relinks.me/DylanMartins

Janis Sandgrouse: relinks.me/JanisSandgrouse

Instagram:

@dylanmartinsautor

@janis.sandgrouse.escritora

Twitter:

@ChicasTribu

Esperamos que os haya gustado y si es así nos podéis seguir en las siguientes redes y en nuestras páginas de Amazon ¡Gracias!

Facebook:

[Dylan Martins](#)

[Janis Sandgrouse](#)

Amazon:

Dylan Martins: relinks.me/DylanMartins

Janis Sandgrouse: relinks.me/JanisSandgrouse

Instagram:

@dylanmartinsautor

@janis.sandgrouse.escritora

Twitter:

@ChicasTribu